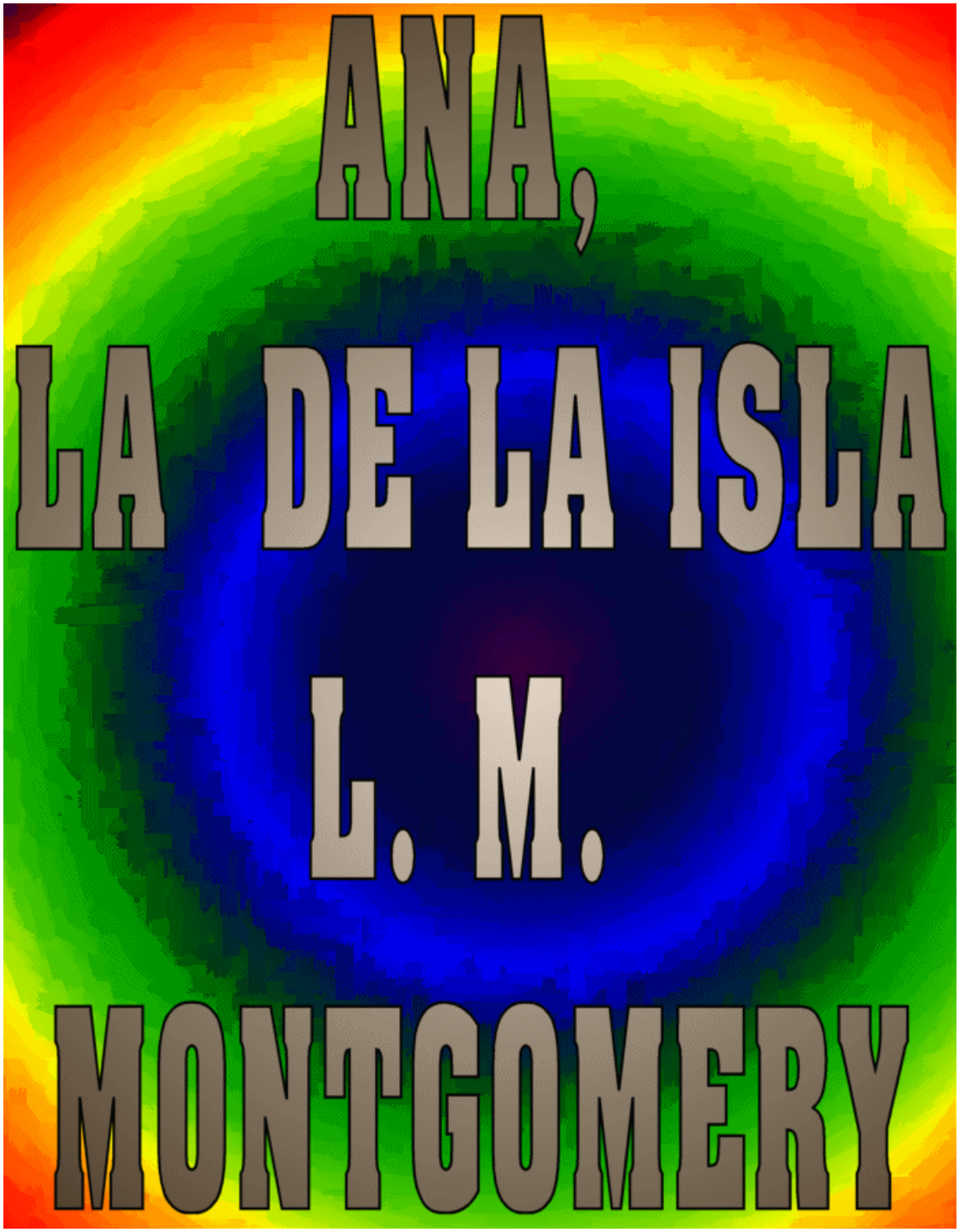
ANA, LA DE LA ISLA
L. M. MONTGOMERY



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO PRIMERO

Se atisba un cambio

«Ya termina la cosecha, ya se va el verano», sentenció Ana Shir-ley mientras contemplaba con ojos soñadores los campos segados. Había estado recogiendo manzanas en la huerta de «Tejas Verdes» en compañía de Diana Barry y ahora se hallaban las dos descansando de sus labores en un soleado rincón al que llegaba una brisa todavía templada y llena del aroma de los heléchos del Bosque Embrujado.

Pero todo el paisaje anunciaba ya el otoño. El mar bramaba sordamente en la distancia; los campos parecían desnudos y marchitos, salpicados de espigas doradas; el valle del arroyuelo, más allá de «Tejas Verdes», estaba cubierto de ásteres de un etéreo color púrpura y el Lago de las Aguas Refulgentes se había tornado azul... azul... azul; y no era el inconstante azul de la primavera, ni el pálido azulado del verano, sino un azul limpio, inmutable, sereno, como si el agua, tras superar todos los cambios y estados emocionales, hubiera caído en una paz imposible de quebrar con veleidosos sueños.

-Ha sido un hermoso verano -dijo Diana haciendo girar con una sonrisa el nuevo anillo que lucía en su mano izquierda-, y la boda de la señorita Lavendar ha sido un magnífico broche de oro. Supongo que el señor Irving y su esposa estarán a estas horas en las costas del Pacífico.

-A mí me parece que ha pasado ya tanto tiempo como para que hubieran dado la vuelta al mundo -suspiró Ana-. Parece mentira que haya pasado sólo una semana desde que se casaron. Todo ha cambiado. La señorita Lavendar y los Alian se han ido. ¡Qué solitaria parece la misión con todas las persianas cerradas! Pasé por allí anoche y me hizo el efecto de que todo estuviera muerto.

-Nunca tendremos otro pastor tan agradable como el señor Alian -dijo Diana con calurosa convicción-. Creo que este invierno tendremos toda clase de suplentes y la mitad de los domingos no habrá prédica; y Gilbert y tú os vais, ¡va a ser muy aburrido!

-Fred estará aquí -insinuó Ana con intención.

-¿Cuándo se muda la señora Lynde? -preguntó Diana como si no hubiera oído la última observación de Ana.

-Mañana. Me alegro de que venga; aunque significará otro cambio. Ayer, Marilla y yo limpiamos el cuarto de huéspedes. Puedes imaginarte cómo me disgustó la tarea. Mira: será una tontería pero me parecía un sacrilegio. Ese viejo cuarto siempre fue para mí algo sagrado. De niña lo veía como el lugar más hermoso del mundo. Hubiera dado lo que no tenía por dormir en un cuarto de huéspedes, pero en el de «Tejas Verdes»... ¡oh no, allí jamás! Habría sido terrible, no habría pegado un ojo en toda la noche. Cuando Marilla me enviaba allí, no caminaba; andaba de puntillas, conteniendo la respiración, como en una iglesia y me sentía aliviada cuando salía. George Whitefield y e] Duque de Wellington, uno a cada lado del espejo, me contemplaban fijamente, especialmente si me atrevía a mirarme al espejo, por cierto el único de toda la casa donde mi cara no se reflejaba un poco torcida. Me maravillaba que Marilla se atreviera a limpiar ese cuarto. Y ahora no sólo está limpio, sino completamente desocupado. Whitefield y Wellington han sido arrinconados en el rellano superior. «Así pasa la gloria de este mundo» -concluyó Ana con una risa que tenía algo de pena-. No es agradable profanar nuestros antiguos ídolos, aun cuando los hayamos abandonado.

-Estaré tan sola cuando te hayas ido -se lamentó Diana por centésima vez-, ¡y pensar que te irás la semana que viene!

-Pero todavía estamos juntas -dijo Ana alegremente-; que la próxima semana no nos robe la alegría de ésta. Yo misma detesto la idea de marcharme; ¡mi hogar y yo somos tan buenos amigos!... ¡Sentirse sola! Soy yo quien debería quejarse. Tú te quedas aquí con todos tus viejos amigos... y con Fred. Mientras, yo estaré entre extraños.

-Excepto Gilbert... y Charlie Sloane -dijo Diana imitando la ironía de su amiga.

-Charlie será un gran consuelo, por supuesto -asintió Ana sarcásticamente.

Y las dos irresponsables damitas se echaron a reír. Diana sabía lo que Ana opinaba sobre Charlie Sloane; pero, a pesar de sus confidencias, no sabía con precisión lo que pensaba de Gilbert Blythe. Ni siquiera la misma Ana lo sabía.

-Todo lo que sé es que los muchachos se alojarán en el otro extremo de Kingsport -continuó Ana-. Estoy contenta de ir a Redmond y sé que después de un tiempo me gustará. Pero las primeras semanas serán duras. Por lo demás, tendré el consuelo de escapar a casa los fines de semana, como cuando iba a la Academia de la Reina. Navidad parece estar a mil años.

-Todo cambia... o va a cambiar -dijo Diana tristemente-. Presiento que nada volverá a ser como antes, Ana.

-Parece que hemos llegado a un cruce de caminos -exclamó Ana pensativamente-. Debemos separarnos. ¿Te parece que crecer es tan agradable como lo imaginábamos cuando niñas?

-No sé; hay cosas que están bien -respondió Diana acariciando su anillo con aquella sonrisita que hacía sentirse a Ana repentinamente excluida y sin experiencia-. Pero veo muchas cosas confusas. A veces el ser mayor me asusta y daría cualquier cosa por ser otra vez una niña.

-Ya nos acostumbraremos -repuso Ana alegremente-. No pueden seguir surgiendo cosas inesperadas a cada momento; aunque, para mí, son éstas las que dan sal a la vida. Tenemos dieciocho años, Diana. Dos más y serán veinte. Cuando tenía diez años veía los veinte como una lejana edad madura. Poco más y estarás convertida en una juiciosa y madura señora, y yo seré la tía solterona que vendrá a visitarte durante las vacaciones. Siempre me reservarás un rinconcito; ¿no es cierto, Dianita? Claro que no el cuarto de huéspedes. Las solteronas no pueden aspirar a dormir allí: yo seré tan humilde como Uriah Heep y me contentaré con un lugar en el altillo.

-¡Qué tonterías estás diciendo, Ana! -rió Diana-. Tú te casarás con un hombre guapo, elegante y rico. Ningún cuarto de huéspedes en Avonlea será bastante suntuoso para ti y ahuecarás la nariz cuando veas a tus amigos de la juventud.

-Sería una pena; mi nariz no está mal, pero si la ahueco queda horrorosa -dijo Ana dándose golpecitos en ella-. Y no tengo unos rasgos tan bellos como para echarla a perder; de cualquier modo, aunque me casara con el Rey de la Isla de los Caníbales, no pasaría ante ti con la nariz levantada.

Otra alegre carcajada y las jovencitas se separaron: Diana para regresar a «La Cuesta del Huerto»; Ana para ir hasta la oficina de correos. Allí la esperaba una carta. Cuando Gilbert Blythe la alcanzó en el puente sobre el Lago de las Aguas Refulgentes, estaba chispeante de excitación.

-¡Priscilla Grant también va a Redmond! -exclamó Ana-. ¿No es fantástico? Tenía la esperanza de que fuera, pero ella no creía que su padre se lo permitiera. Sin embargo lo ha hecho. Junto a Priscilla soy capaz de afrontar cualquier cosa, hasta a los profesores de Redmond, todos juntos.

-Creo que nos gustará Kingsport -dijo Gilbert-. Me han dicho que es una vieja aldea, con el parque natural más hermoso del mundo y un paisaje magnífico.

-Dudo que sea más hermoso que esto -murmuró Ana, con la mirada amante y transfigurada de aquellos para quienes el hogar es el lugar más hermoso del mundo, no importa qué paraísos pueda haber bajo otros cielos.

Estaban acodados en el puente, embebidos en el encanto del crepúsculo, exactamente donde Ana había subido de su bote anegado aquel día en que Elaine flotaba hacia Camelot. Aunque el cielo estaba aún teñido de púrpura, el reflejo de la luna prestaba a las aguas una plateada irrealidad de ensueño. Mientras, el recuerdo tejía un mágico y sutil encantamiento entre los dos jóvenes.

-Estás pensativa, Ana -dijo él por fin.

-Temo que si hablo o me muevo toda esta magnífica belleza se desvanecerá como un silencio roto -suspiró ella.

De pronto la mano del joven se posó sobre la de Ana, blanca y delicada, que descansaba en la baranda. Veláronse sus ojos castaños y algo de los sueños que estremecían su alma pugnó por brotar de sus labios entreabiertos. Pero ella retiró su mano y se volvió vivamente. El encanto del crepúsculo se disipó.

-Debo regresar a casa -exclamó con indiferencia algo exagerada-. Manila estaba con dolor de cabeza esta tarde y con toda seguridad los mellizos andarán haciendo de las suyas. No debí permanecer fuera tanto tiempo.

De camino a casa habló de cosas sin importancia y Gilbert apenas pudo intercalar una que otra palabra. Fue un alivio para ella que se separaran. Desde que se le reveló en «La Morada del Eco», su corazón abrigaba un nuevo sentimiento hacia Gilbert, algo que alteraba la camaradería de los días escolares y amenazaba ocupar su lugar.

-Nunca me había alegrado de que Gilbert se fuera -pensó, entre resentida y apenada, mientras subía la cuesta-. Nuestra amistad se perderá si insiste en sus tonterías. No debe ocurrir y no lo permitiré. ¡Oh, por qué los chicos serán tan irrazonables!

Tenía la molesta sensación de que no era precisamente razonable sentir aún sobre su mano la cálida presión de la de Gilbert tan nítidamente como la había sentido en aquel brevísimo momento; y menos aún que fuera una impresión placentera tan distinta a la que sintiera ante un gesto idéntico de Charlie Sloane, hacía tres noches, durante una fiesta en White Sands. El ingrato recuerdo la estremeció. Pero todos los problemas relacionados con sus enamorados desaparecieron de su mente no bien se sumergió en la prosaica atmósfera de la cocina de «Tejas Verdes», donde un chiquillo de ocho años lloraba amargamente sobre un sillón.

-¿Qué sucede, Davy? -le preguntó tomándolo en sus brazos-. ¿Dónde están Marilla y Dora?

-Marilla fue a acostar a Dora -sollozó el niño-. Dora se cayó por las escaleras del sótano y se raspó la nariz y...

-Oh, bueno, no llores, querido. Claro que es una pena, pero así no remediarás nada. Mañana Dora estará bien. Llorar, nunca sirve de ayuda, y...

-Yo no lloro porque Dora se cayó al sótano -dijo el niño interrumpiendo el sermón-. Lloro porque no estaba allí para verla. No sé por qué me tengo que perder siempre las cosas divertidas.

-¡Oh, Davy!... -Ana ahogó una carcajada-. ¿Te parece divertido que la pobre Dora caiga y se haga daño?

-No se lastimó mucho -dijo Davy desafiante-. Claro que si se hubiera muerto estaría realmente triste, Ana. Pero los Keith no se mueren así como así. Me parece que somos como los Ble-wett. Herb se cayó del henal el miércoles pasado y rodó hasta la cuadra, donde tienen encerrado un potro salvaje, y rué a dar justo bajo sus patas; y así y todo salió con sólo tres huesos rotos. La señora Lynde dice que hay tipos que no se mueren ni a cañonazos. ¿Vendrá mañana la señora Lynde, Ana?

-Sí, Davy. Espero que serás amable y bueno con ella.

-Seré bueno y amable. ¿Pero será ella quien me llevará a dormir todas las noches?

-Puede ser..., ¿por qué?

-Porque si lo hace -dijo Davy firmemente- no rezaré mis oraciones delante de ella como lo hago contigo.

-¿Por qué no?

-Porque no me gusta hablar con Dios delante de extraños, Ana. Dora puede rezar junto con la señora Lynde, si quiere, pero yo no lo haré. Esperaré a que se vaya. ¿No te parece bien, Ana?

-Sí, si estás seguro de no olvidarte.

-Te prometo que no me olvidaré. Rezar me gusta mucho. Pero no será igual hacerlo solo como contigo. Me gustaría que te quedaras en casa, Ana. No comprendo por qué quieres irte y dejarnos.

-No es que quiera irme, Davy, sino que tengo que hacerlo.

-Si no quieres no lo hagas. Eres grande. Cuando yo sea mayor no voy a hacer ni una sola cosa de la que no tenga ganas.

-Toda tu vida tendrás que hacer cosas que no deseas, Davy.

-Yo no -dijo Davy enfáticamente-; ¡ya verás! Ahora tengo que hacerlas porque si no Manila y tú me mandáis a la cama. Pero cuando crezca no podréis y nadie me obligará a hacer lo que no quiera. ¡Qué bien lo voy a pasar! Milty Boulter dijo que su madre dice que vas a la universidad a pescar un novio. ¿Es cierto, Ana? Dímelo.

Por un segundo, Ana sintió ira. Pero luego pensó que unas palabras tan groseras como los de la señora Boulter no podían herirla.

-No, Davy, no es cierto. Voy a estudiar, investigar y aprender muchas cosas.

-¿Qué cosas?

-Mil cosas -respondió Ana.

-Pero si quisieras pescar un novio, ¿cómo lo harías? Quiero saber... -insistía Davy, fascinado por el tema.

-Es mejor que lo preguntes a la señora Boulter -dijo la joven sin pensar-. Creo que ella sabe de eso más que yo.

-Le preguntaré en cuanto la vea -asintió Davy muy serio.

-¡Davy! ¡Si te atreves!... -exclamó ella comprendiendo su error.

-Pero si tú me dijiste... -protestó el niño, agraviado.

-Es hora de dormir -ordenó Ana como escapatoria.

Después de acostar al chiquillo, Ana fue hasta la isla Victoria y se sentó allí, sola, envuelta en la sutil y melancólica luz de la luna, mientras el arroyo y la brisa parloteaban alegremente. Ana siempre había amado aquel arroyuelo. Más de un sueño había enhebrado sobre sus aguas brillantes. Olvidó a sus enamorados, las habladurías de las maliciosas vecinas y todos los problemas de su juvenil existencia. En su imaginación navegó por mares lejanos que bañaban las distantes playas de los «hechizados países para enamorados» donde yacían Atlante y Elíseo, llevando como piloto a la Estrella Vespertina, rumbo a la tierra del Amor.

Y fue más rica en fantasías que en realidades; porque lo que se ve, pasa; mas lo invisible es eterno.

CAPÍTULO DOS

Guirnaldas de otoño

La siguiente semana pasó rápidamente, ocupada en lo que Ana llamaba «quehaceres de última hora». Debía hacer varias visitas de despedida, unas más agradables que otras, según estuvieran visitantes y visitados acordes con las esperanzas de la joven o pensaran que estaba demasiado excitada por ir a la universidad y creyeran su deber «ponerle los puntos sobre las íes».

Los miembros de la Sociedad de Fomento de Avonlea dieron una fiesta nocturna de despedida a Ana y a Gilbert en casa de Josie Pye; la eligieron un poco porque la casa era amplia y también porque se sospechaba que las Pye declinarían toda participación si no se elegía su casa para la fiesta. Fue un grato acontecimiento, pues las dueñas de la casa, contra su costumbre, se portaron muy bien y no hicieron ni dijeron nada que pudiera echar a perder la armonía de la reunión. Josie estuvo increíblemente cordial; hasta condescendió a decir a Ana:

-Tu nuevo vestido te sienta bastante bien, Ana. Realmente, casi pareces guapa.

-¡Qué amable de tu parte! -respondió Ana, con alegres ojos. Su sentido del humor se estaba desarrollando y, lo que a los catorce años la habría herido, ahora le resultaba divertido. Josie sospechó que Ana se reía de ella, pero se contentó con murmurar a Gertie, mientras bajaban la escalera, que Ana se iba a dar aires de reina ahora que iba a la universidad.

Toda la «pandilla» estaba allí, llena de alegría. Diana Barry, rosada y pecosa, a quien Fred seguía como una sombra; Jane Andrews, pulcra, sensata y sencilla; Ruby Gillis, más hermosa y llamativa con su blusa color crema y unos geranios rojos en su dorada cabellera; Gilbert Blythe y Charlie Sloane, tratando de acercarse lo más posible a la escurridiza Ana; Carrie Sloane, pálida y melancólica, porque su padre no dejaba que Oliver Kimball se le acercara; Moody Spurgeon MacPherson, cuya cara redonda y defectuosos oídos seguían tan redonda y defectuosos coma siempre, y Bill Andrews, que pasó toda la noche sentado en un rincón tartamudeando cuando alguien le hablaba y observando a Ana Shirley con mirada embelesada.

Ana conocía de antemano todos los pormenores de la fiesta. Pero no sabía que, de acuerdo con su condición de fundadores, ella y Gilbert serían obsequiados por los miembros de la Sociedad de Fomento con las obras completas de Shakespeare y una pluma estilográfica, respectivamente. El regalo y las hermosas cosas que dijo Moody Spurgeon en el discurso con su mejor voz y su más solemne tono, la cogieron tan por sorpresa que el brillo de sus grandes ojos grises quedó completamente empañado por las lágrimas. Había trabajado dura y fielmente por la Sociedad. El hecho de que sus miembros premiaran así sus esfuerzos conmovía las fibras más íntimas de su corazón. Todos se mostraban tan agradables, amistosos y alegres (incluidas las Pye) que en ese momento Ana amaba a todo el mundo.

Ana había disfrutado mucho durante la reunión; pero el final de la fiesta lo echó todo a perder. Nuevamente Gilbert cometió el error de ponerse sentimental mientras cenaban en la galería iluminada por la luna. Y Ana, para castigarlo, dedicó sus atenciones a Charlie Sloane y le permitió que la acompañara a casa. Descubrió, sin embargo, que a nadie hiere más la venganza que a quien trata de infligirla. Gilbert salió pomposamente con Ruby Gillis. Ana les oyó hablar y reír mientras se alejaban envueltos por la apacible brisa otoñal. Seguramente estaban en el mejor de los mundos mientras ella se aburría como una ostra con Charlie Sloane, que hablaba sin descanso y que ni por casualidad decía algo que valiera la pena oír. Ana respondía con ocasionales «sí» o «no», y pensaba en lo guapa que estaba aquella noche Ruby Gillis, en lo saltones que parecían los ojos de Charlie a la luz de la luna (mucho más que de día) y en que, después de todo, el mundo no era un lugar tan hermoso como había creído durante las primeras horas del atardecer.

-Estoy cansada, simplemente -dijo cuando por fin pudo quedarse sola en su cuarto. Y honestamente lo creía así. Pero, a la tarde siguiente, un extraño y alegre temblor, algo así como un brinco desconocido y secreto conmovió su corazón cuando vio a Gilbert que regresaba del

Bosque Embrujado cruzando el viejo puente con su andar firme y rápido. ¡De modo que, a pesar de todo, Gilbert no iba a pasar su última tarde con Ruby Gillis!

-Pareces cansada, Ana -dijo Gilbert.

-Lo estoy y, lo que es peor, disgustada. Cansada porque he estado arreglando mi baúl y cosiendo toda la tarde. Y disgustada porque a seis honorables señoras se les ocurrió venir a despedirse de mí. Todas ellas tuvieron algo que decir. Algo que tiñera la vida de color gris oscuro.

-¡Viejas brujas! -fue el elegante comentario de Gilbert.

-¡Oh, no, no lo son! -contestó Ana seriamente-. Ése es el problema. Si fueran viejas brujas no les habría hecho caso; pero el caso es que son todas almas maternales, buenas, amables, que me quieren y a quienes quiero; y por eso sus palabras pesan tanto para mí. Se empeñaron en que el viaje a Redmond para seguir estudiando es una locura. Desde ese momento me he estado preguntando si será así. La señora Sloane suspiró, dijo que ojalá mis fuerzas me acompañen durante tan largo viaje, e inmediatamente me imaginé víctima de una postración nerviosa al llegar al tercer año. La señora Wright comentó que debía costar un dineral permanecer en Redmond cuatro años y sentí que era imperdonable despilfarrar el dinero de Marilla y el mío en una tontería semejante. La señora Bell dijo que esperaba que el ir a la universidad no me mareara, tal como había ocurrido con tanta gente, y tuve la sensación de que después de cuatro años en Redmond me convertiría en una criatura insufrible, una «sabelotodo», que miraría por encima del hombro a todos los habitantes de Avonlea. La señora Wright «tiene entendido» que las jovencitas de Redmond, especialmente las que viven en Kingsport, son «elegantes y presuntuosas» y no cree que yo me sienta a gusto entre ellas. Ya me veo como una humilde provinciana desaliñada y desairada, vagando por las aulas de Redmond.

Ana concluyó con una carcajada en la que había mucho de tristeza. Todo reproche hallaba eco en su naturaleza sensitiva, incluso el reproche de aquellos que le merecían escaso respeto. En aquel momento la vida había perdido su perfume y el fuego de su ambición estaba consumido.

-No debes tomar en cuenta lo que te han dicho -protestó Gilbert-. Tú sabes perfectamente que son excelentes personas pero de principios rígidos. Hacer lo que ellas nunca han hecho les parece un horrible pecado. Eres la primera joven de Avonlea que irá a la universidad, y sabes bien que todos los pioneros han sido acusados de locura.

-Sí, lo sé. Pero sentir es muy diferente a saber. Me digo lo mismo que has dicho tú; pero hay ocasiones en que el sentido común no tiene poder sobre mí y se me ocurren cosas absurdas. No te imaginas lo que me costó terminar de hacer el equipaje después que se marchó la señora Wright.

-Estás muy cansada, Ana. Olvida todo eso y ven a dar una vuelta conmigo por los bosques. Más allá del pantano debe de haber algo que quiero enseñarte.

-¿Debe de haber? ¿Acaso no estás seguro?

-No. Sólo sé que debería estar allí por algo que vi en la primavera. Ven. Imaginaremos que somos otra vez dos niños y que corremos con el viento.

Partieron alegremente. Ana, recordando los desagradables acontecimientos de la víspera, se mostraba amable con Gilbert; y Gilbert, que estaba aprendiendo a ser cauto, tuvo buen cuidado de no decir nada que pudiera quebrar la antigua camaradería de la niñez. La señora Lynde y Marilla los observaron desde la ventana de la cocina.

-Ésos formarán pareja algún día -sentenció la señora Lynde.

Marilla se sobresaltó. En el fondo de su corazón abrigaba la secreta esperanza de que fuera cierto; pero le chocaba el estilo con que lo anunciaba la señora Lynde.

-Todavía son dos criaturas -comentó fríamente. La señora Lynde rió afablemente.

-Ana tiene dieciocho años; a esa edad yo ya estaba casada. Somos viejas, Marilla; es penoso aceptar que los niños sean ya personas mayores, eso es. Ana es una mujercita y Gilbert un hombre que besa el suelo que ella pisa; eso puede verlo cualquiera. Él es un muchacho excelente y Ana no puede ser mejor. Espero que no se le ocurra ninguna tontería

romántica en Red-mond. No apruebo los establecimientos mixtos de enseñanza y nunca los aprobaré, eso es. Y creo que los estudiantes no hacen allí otra cosa que coquetear -concluyó solemnemente.

-Quizá tengan también que estudiar un poco -dijo Malilla con una sonrisa.

-Muy poco -resopló Rachel-. Sin embargo, creo que Ana sí lo hará. Nunca ha sido coqueta. Pero no aprecia a Gilbert en todo lo que vale, eso es. ¡Conozco a las jovencitas! También Charlie Sloane está loco por ella, pero yo nunca le aconsejaría que se casara con un Sloane. Son gente buena, honesta y respetable, sin duda. Pero son Sloane.

Marilla asintió. Para un extraño, el hecho de que los Sloane fueran Sloane no significaría nada, pero ella comprendió. Todo pueblo tiene una familia así; gente buena, honesta y respetable, pero que son Sloane, y que lo serán siempre, así hablen lenguas de hombres o de ángeles.

Gilbert y Ana, ignorantes de que su futuro estaba siendo ordenado por la señora Rachel, paseaban en la penumbra del Bosque Embrujado. En la distancia, las segadas colmas se iluminaban bajo los radiantes rayos ambarinos que surgían de un pálido cielo rosado y celeste. El lejano bosque de abetos tenía el brillo del bronce, y sus largas sombras formaban franjas sobre las altas praderas. Pero en la canción del suave viento, entre los pinos, sonaban ya las primeras notas del otoño.

-El bosque está realmente embrujado ahora, como en los viejos tiempos -dijo Ana mientras se detenía a recoger una rama de helécho blanqueada por la escarcha-. Parece como si las niñas que éramos Diana y yo aún jugaran aquí, en la Burbuja de la Dríada a la luz del crepúsculo, en su cita con los espíritus. ¿Sabes que nunca puedo atravesar este sendero cuando está oscuro sin sentir algo del antiguo temor, y estremecerme? Entre los fantasmas que habíamos inventado, había uno especialmente horrible: el de la niña asesinada que chillaba detrás de nosotros y que nos apretaba los dedos con sus manos heladas. Te confieso que no puedo evitar un escalofrío cuando vengo por aquí después de la caída de la tarde. Todavía me parece oír pasos furtivos a mis espaldas. La Dama Blanca, el descabezado o los esqueletos no me asustan, pero preferiría no haber imaginado nunca el fantasma de la niña. ¡Cómo se enfadaron Marilla y la señora Barry por todo esto! -concluyó Ana con una carcajada cargada de reminiscencias.

Los bosques que bordeaban el pantano tenían todos los tonos del rojo. Tras superar un bosquecillo de pinos y un soleado valle orlado de arces hallaron ese «algo» que buscaba Gilbert.

-¡Ah, aquí está! -dijo con satisfacción.

-¡Un manzano! ¡Y aquí abajo! -exclamó Ana, encantada.

-Sí, un verdadero manzano; en medio de pinos y hayas, a más de un kilómetro de cualquier huerta. Pasé por aquí la primavera pasada y lo encontré completamente cubierto de capullos blancos. De modo que decidí volver en el otoño para ver si había dado fruto. Mira, está cargado de manzanas; y parecen buenas, además.

-Supongo que debe haber brotado hace muchos años; tal vez de alguna semilla caída aquí por casualidad -dijo Ana, soñadora-. ¡Y cómo ha crecido y florecido por sus propios medios, sin ninguna ayuda, solo entre extraños!

-Siéntate aquí, Ana. Este árbol caído será el trono del bosque. Treparé a buscar unas manzanas. Están todas muy altas; el manzano quiere llegar al sol.

La fruta estaba deliciosa. Bajo la corteza oscura apareció la pulpa muy, muy blanca, con hilitos rojos, y con cierto gustillo silvestre que no habían hallado jamás en las manzanas de huerta.

-No debían tener mejor gusto las manzanas del Paraíso -comentó Ana-. Pero ya es hora de regresar a casa. Mira, hace tres minutos había sol, y ahora es de noche. ¡Qué pena que no hayamos podido contemplar el crepúsculo! Supongo que esos instantes nunca pueden captarse.

-Volvamos por el Sendero de los Amantes. ¿Estás tan disgustada ahora como cuando empezamos el paseo, Ana?

-No. Esas manzanas me han caído como maná del cielo. Siento que me gustará Redmond y que pasaré allí cuatro años espléndidos.

-¿Y después de esos cuatro años, qué?

-Para esa época ya habrá otros recodos en el camino -respondió Ana con rapidez-. No tengo la menor idea de lo que encontraré allí, ni quiero saberlo. Es mejor ignorarlo.

El Sendero de los Amantes parecía realmento delicioso esa noche, silencioso y misteriosamente iluminado por el pálido resplandor de la luna. Lo recorrieron en medio de un agradable silencio.

«¡Qué fácil sería todo si Gilbert estuviera siempre como esta tarde!», reflexionó Ana.

Gilbert la observaba mientras caminaban. Con su claro vestido y su figura grácil parecía una flor de exquisita blancura.

«Me pregunto si alguna vez podré hacer que se fije en mí», pensó con desaliento.

CAPÍTULO TRES

Despedidas y partida

Charlie Sloane, Gilbert Blythe y Ana Shirley se marcharon de Avonlea la mañana del lunes. Ana había esperado que fuera un hermoso día. Diana iba a llevarla hasta la estación y querían que este último paseo que hacían juntas resultara realmente agradable. Pero cuando se retiró a su cuarto, el domingo por la noche, el viento del este gemía alrededor de «Tejas Verdes» como una siniestra profecía, confirmada a la mañana siguiente. Cuando despertó, la lluvia golpeaba contra su ventana y dibujaba círculos en la gris superficie de la laguna; las colinas y el mar estaban medio ocultos por la tormenta y el mundo entero parecía oscuro y melancólico. Ana se vistió en medio del gris y desalentador amanecer, pues era necesario partir muy temprano para alcanzar el tren; luchó contra las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos. Dejaba el hogar que le era tan querido y algo le decía que abandonaba para siempre su seguro refugio. Ya nada volvería a ser como antes; volver durante las vacaciones no sería como vivir allí. ¡Y cuan querido le era todo! Ese pequeño cuarto blanco, consagrado a los sueños de la juventud, la vieja Reina de las Nieves en la ventana, el arroyuelo en el valle, la Burbuja de la Dríada, el Bosque Embrujado, el Sendero de los Amantes... todas esas mil cosas queridas llenas del recuerdo de los años pasados. ¿Podría ser feliz en otro lugar?.

Aquella mañana, el desayuno en «Tejas Verdes» fue triste. Davy, probablemente por primera vez en su vida, no pudo comer y gimoteó sin pudor alguno sobre su potaje. Nadie parecía tener mucho apetito, excepto Dora, que terminó su ración tranquilamente. Ésta, lo mismo que la inmortal y prudente Charlotte, que había continuado «cortando pan y manteca» mientras el cuerpo de su frenético enamorado era llevado en el ataúd, era una de esas afortunadas criaturas a quienes parece imposible conmover; a los ocho años, era ya imperturbable.

Desde luego, lamentaba mucho que Ana se marchara. Pero, ¿era ése motivo suficiente para no poder apreciar en todo su valor el huevo escalfado sobre la tostada? Por supuesto que no. Y como Davy no tocara el suyo, lo comió por él.

Puntualmente llegó Diana con su calesa, su impermeable y sus rosadas mejillas. Había llegado el momento del adiós. La señora Lynde apareció y dio a Ana un fuerte abrazo, recomendándole que cuidara de su salud, hiciera lo que hiciera. Marilla, secamente y sin llantos, le dio un golpecito en las mejillas y le encargó que escribiera en cuanto estuviera instalada. A un observador casual le habría parecido que la partida de Ana no hacía mucha mella en ella (siempre que no hubiera reparado en la expresión de sus ojos). Dora besó ceremoniosamente a Ana y se secó dos decorosas lagrimitas; pero Davy, que había estado llorando sentado en el escalón de la galería trasera desde que se levantaron de la mesa, no quiso despedirse. Cuando vio que Ana se dirigía hacia él saltó sobre sus pies, subió corriendo la escalera y fue a esconderse dentro de un armario, del que no quiso salir. Sus apagados alaridos fue lo último que oyó Ana mientras se alejaba de «Tejas Verdes».

Llovió copiosamente durante todo el viaje hasta Bright River, adonde debían dirigirse, ya que el ramal del ferrocarril de Car-mody no empalmaba con el tren que combinaba con el barco. Charlie y Gilbert se encontraban en la estación cuando ellas llegaron. Ana apenas tuvo tiempo de coger su billete y el de su baúl, despedirse aprisa de Diana y subir al tren. Hubiera querido regresar a Avonlea con su amiga; sabía positivamente que iba a sentir una nostalgia mortal. ¡Si por lo menos esa funesta lluvia dejara de caer! Ni aun la presencia de Gilbert la ayudaba, porque Charlie Sloane también estaba allí, y las «sloanadas» sólo podían tolerarse con buen tiempo. En días de lluvia eran insufribles.

Cuando el paquebote dejó el puerto de Charlottetown las cosas mejoraron algo. La lluvia cesó y el sol asomó entre las nubes iluminando las aguas grises y haciendo brillar la niebla que

envolvía las rojas playas de la isla con destellos dorados. Era, por fin, un hermoso día. Además, Charlie Sloane había tenido que retirarse inmediatamente a causa del mareo y Ana y Gilbert quedaron solos sobre cubierta.

«Me alegro mucho de que los Sloane se mareen en cuanto embarcan -pensó Ana despiadadamente-. Estoy segura de que no hubiera podido echar la última mirada de despedida con Charlie a mi lado.»

-Bueno, ya salimos -comentó Gilbert sin sentimentalismo alguno.

-Me siento como el Childe Harold de Byron; sólo que no es realmente mi «playa nativa» la que contemplo -dijo Ana pestañeando enérgicamente-. La mía es Nueva Escocia, supongo. Pero la playa nativa de cada uno es aquella que más ama y para mí no hay otra como la isla del Príncipe Eduardo. Me parece haber vivido siempre aquí. Los once años que pasé antes de llegar semejan una pesadilla. Han pasado siete desde que hice el viaje en este mismo paquebote, la tarde en que la señora Spencer me trajo de Hopetown. Todavía puedo verme con aquel horrible vestido desteñido y mi viejo sombrero marinero curioseando en todos los camarotes. Era una bonita tarde; ¡cómo brillaban al sol las rojas playas de las islas! Y aquí estoy, cruzando otra vez el estrecho. ¡Oh, Gilbert, quisiera creer que Redmond y Kingsport me gustarán, pero estoy segura de que no será así!

-¿Adonde ha ido a parar tu filosofía, Ana?

-Estoy sumergida en la soledad y la nostalgia. He pasado tres años suspirando por ir a Redmond... y ahora voy... y no querría hacerlo. ¡Pero no importa! Ya volverán mi filosofía y mi alegría en cuanto tenga tiempo de llorar un buen rato. Tengo que hacerlo «como escape»; pero habrá que esperar a esta noche, cuando esté metida en mi cama, en la pensión. Entonces, Ana volverá a ser la misma de siempre. Estoy pensando si Davy habrá salido ya del armario.

Eran las nueve de la noche cuando el tren llegó a Kingsport. Los jóvenes se encontraron en medio de la estación, entre la multitud, y Ana se sintió terriblemente aturdida. Un segundo después fue rescatada por Priscilla Grant, que había llegado el sábado.

-¡Ya estás aquí, querida! Y supongo que tan cansada como yo el sábado por la noche.

-¡Cansada! Priscilla, no hables de cansancio. Me siento exhausta, inexperta, tosca y como si tuviera diez años de edad. Por amor de Dios, apiádate de tu pobre compañera y llévala donde pueda ser capaz de pensar otra vez.

-Iremos a nuestra pensión inmediatamente. Tengo un coche esperando fuera.

-Es una bendición que estés aquí, Prissy. De no ser así, creo que me hubiera sentado sobre mi maleta, aquí mismo, a derramar amargas lágrimas. ¡Cómo consuela ver un rostro conocido en medio de tantas caras extrañas!

-¿No es ése Gilbert Blythe, Ana? ¡Cómo ha crecido desde el año pasado! Era sólo un niño cuando yo enseñaba en Car-mody. Y por supuesto que ése es Charlie Sloane. Él no ha cambiado, no podría. Tenía esa cara cuando nació y la seguirá teniendo cuando tenga ochenta años. Por aquí, querida. Estaremos en nuestro hogar dentro de veinte minutos.

-¡Hogar! -gruñó Ana-, querrás decir en alguna horrible pensión y en un dormitorio más homble aún, con vistas al patio de atrás.

-No es una homble pensión, Ana. Aquí está nuestro coche. Sube; el cochero cargará tu baúl. Y en cuanto a la pensión, es un lugar muy bonito. Tú misma lo admitirás mañana por la mañana, después que hayas reparado tus fuerzas con un buen sueño. Es un enorme caserón de piedra gris en St. John Street. Fue «residencia» de gente acomodada, pero St. John Street ya no está de moda; sus mansiones se conforman ahora con evocar glorias pasadas. Son tan enormes que los nuevos dueños han debido convertirlas en pensiones para poder utilizar todos sus cuartos. Por lo menos, eso es lo que tratan de hacernos creer nuestras caseras. Ya verás que son deliciosas.

-¿Cuántas son?

-Dos. Hannah y Ada Harvey. Tienen unos cincuenta años y son mellizas.

-Parece que estoy condenada a las mellizas -comentó Ana risueñamente-. Adondequiera que vaya me topo con ellas.

-Pero éstas ya no lo son, querida. Desde que cumplieron treinta años. Hannah ha seguido creciendo, no muy decorosamente, y Ada ha permanecido en los treinta, menos decorosamente aún. No he podido averiguar si Hannah sabe sonreír; nunca pude pescarla. Pero Ada sonríe

constantemente, lo cual es peor. De cualquier modo, son muy buenas y amables. Toman dos pensionistas por año porque Hannah no puede ver «tanto espacio desaprovechado» y no porque necesiten hacerlo, según me lo viene repitiendo Ada desde el sábado por la noche. En cuanto a las habitaciones, tengo que admitir que la mía da al patio de atrás, pero la tuya da al frente y mira hacia el viejo cementerio de St. John, que está en la acera de enfrente.

-¡Qué horror! -tembló Ana-. Creo que preferiría mirar al patio trasero.

-Espera y verás. El Oíd St. John es un lugar delicioso. Es un cementerio muy antiguo. En realidad, ya ha dejado de serlo para convertirse en uno de los paseos de Kingsport. Ayer por la tarde lo recorrí entero sólo por gusto. Está rodeado por un alto paredón de piedra y grandes alamedas lo atraviesan en todas direcciones. Las viejas tumbas son muy extravagantes, con inscripciones a la antigua de lo más curiosas. Al final terminarás por ir a estudiar allí, Ana; recuerda lo que te digo. Por supuesto que ahora no en-tierran a nadie en ese lugar. Pero hace unos pocos años erigieron un hermoso monumento a la memoria de los soldados de Nueva Escocia caídos en la guerra de Crimea. Está precisamente frente a las puertas de entrada y en él hay mucho «campo para la imaginación», como solías decir. Aquí llega por fin tu baúl, y los chicos vienen a despedirse. ¿Tendré que estrecharle la mano a Charlie Sloane, Ana? Tiene las manos siempre frías como pescados. Debemos invitarlos a que nos visiten de vez en cuando. Hannah me dijo seriamente que podíamos recibir «la visita de jóvenes caballeros» dos veces por semana, siempre que se retiraran a una hora prudente, y la señorita Ada me pidió, sonriendo, que por favor cuidara de que no se sentasen sobre sus hermosos cojines. Prometí hacerlo así; pero sólo Dios sabe cómo podré conseguirlo, a menos que los haga sentar en el suelo, pues hay cojines por todas partes. Hasta ha puesto uno sobre el piano.

Ana ya estaba riendo. La alegre charla de Priscilla había conseguido levantarle el ánimo; su nostalgia se desvaneció, y más tarde, cuando se quedó sola en la habitación, no se sintió ya tan desventurada. Se asomó a la ventana. La calle estaba oscura y silenciosa. La luna brillaba entre los árboles del viejo cementerio, detrás de la cabeza del león del enorme monumento. Ana se preguntó si había sido realmente esa mañana cuando dejara «Tejas Verdes». El cambio y el viaje le daban la impresión de que había transcurrido un siglo.

-Supongo que esta misma luna ilumina «Tejas Verdes» -meditó-. Pero no pensaré en ello y así desaparecerá mi nostalgia. Tampoco voy a llorar. Lo dejaré para otra ocasión más adecuada. Ahora me iré a dormir tranquila y cuerdamente.

CAPÍTULO CUATRO

La dama de abril

Kingsport es una ciudad de apacible y evocadora belleza, envuelta en el recuerdo de los viejos días de la colonia como una anciana dama que se arropara con las galas de su lejana juventud. Aquí y allá asoma lo moderno, pero el fondo permanece intacto. Está llena de reliquias curiosas y la rodea el romántico prestigio de muchas leyendas del pasado. Fue en su origen una simple avanzada fronteriza al borde del desierto y entonces los indios se encargaban de no hacer aburrida la vida a los colonos. Luego se transformó en muralla de separación, entre franceses e ingleses, que la ocuparon por turnos dejándole cada vez alguna nueva cicatriz.

En su parque se conserva una torre almenada, en la que todos los turistas garabatean sus nombres; en las colinas de las afueras hay un antiguo fuerte francés desmantelado y en las plazas públicas descansan oxidados cañones. Kingsport tiene también otros lugares históricos dignos de ser visitados, pero ninguno es más bello que el cementerio de Oíd St. John, en el mismo corazón del pueblo, entre dos tranquilas calles de anticuadas casas y dos bulliciosas arterias modernas. Los ciudadanos de Kingsport se enorgullecen del cementerio de Oíd St. John, pues casi todos pretenden tener enterrado allí a un ascendiente, bajo una losa que detalla todos los hechos memorables de su existencia. En pocos casos se usó arte o destreza en aquellas viejas losas. La mayoría son de piedra gris o parda del lugar, groseramente talladas y sólo ocasionalmente con algún intento de ornamentación. Algunas ostentan una calavera y dos tibias y este macabro decorado está frecuentemente acompañado de dos cabezas de querubines. La mayoría han sufrido los embates del tiempo y sus inscripciones se han vuelto indescifrables. El camposanto es extenso y sombreado, pues lo rodean y atraviesan hileras de olmos y de sauces, bajo cuya sombra los muertos yacen en paz, acunados eternamente por los vientos e indiferentes al estrépito del tránsito vecino.

En la tarde de su segundo día en Kingsport, Ana hizo el primero de sus muchos paseos por Oíd St. John. Priscilla y ella habían ido aquella mañana a Redmond a inscribirse como alumnas y tenían el resto del día libre. Las muchachas escaparon de buen grado, pues no era nada alegre estar rodeadas de desconocidos, la mayoría de los cuales tenía aspecto extraño.

Las «novatas» se habían reunido en grupos de dos o tres, mirándose de soslayo; los «novatos», más inteligentes, se habían agrupado en la gran escalinata, donde cantaban con toda la fuerza de sus juveniles pulmones, como una suerte de desafío a sus tradicionales enemigos, los de «segundo», algunos de los cuales estaban paseando y miraban con desdén a los «pardillos» de la escalera. Ni Gilbert ni Charlie aparecieron por parte alguna.

-Jamás pensé en que llegara un día en que me agradase ver a un Sloane -dijo Priscilla mientras cruzaban el jardín del colegio-, pero daría una calurosa bienvenida a los ojos miopes de Charlie. Por lo menos serían algo familiar.

-¡Oh! -suspiró Ana-, te aseguro que mientras esperaba mi turno para matricularme me sentía el ser más pequeño del mundo; ¡una gotita perdida en el mar! Es terrible sentirse insignificante, pero es intolerable que le graben a una en el alma que nunca podrá ser nada más que eso, y es así como me siento. Como si fuera invisible y algunos de los de «segundo» pudiesen pisarme. Sé que bajaré a la tumba sin que nadie me llore ni se acuerde de mí.

-Espera al año próximo -la consoló Priscilla-. Entonces podrás parecer tan aburrida y sofisticada como las de «segundo». No me cabe duda de que debe de ser terrible sentirse insignificante, pero creo que es preferible a sentirse tan grande y desgarbada como yo me sentía; me daba la impresión de que ocupaba todo Redmond, por esos cinco centímetros de altura que llevaba a los demás. No temía que me pisara una de «segundo»; lo que me asustaba era que me tomaran por un elefante o un ejemplar algo crecido de un isleño alimentado con patatas.

-Supongo que todo se debe a que no podemos perdonar a Redmond que no sea tan pequeño como la Academia de la Reina -dijo Ana, acudiendo a los restos de su antigua filosofía para cubrir su desnudez de espíritu-. Cuando la abandonamos conocíamos a todos y teníamos un lugar en la comunidad. Supongo que esperábamos subconscientemente reiniciar en Redmond nuestra vida en el mismo punto en que la dejamos en la Academia de la Reina; y ahora sentimos como si nos faltara apoyo bajo los pies. Me alegro que la señora Lynde y la señora Wright no sabrán jamás mi actual estado de ánimo. Disfrutarían diciendo: «ya te lo dije», y estarían convencidas de que es el principio del fin, cuando en realidad no es más que el fin del principio.

-Exacto. Eso suena más a cosa tuya. Pronto nos acostumbraremos y todo irá bien. Ana, ¿viste a aquella chica tan guapa, de ojos castaños y boca picara, que estuvo apoyada toda la mañana en la puerta del vestuario?

-Sí, reparé en ella precisamente porque parecía la única con aspecto de sentirse tan sola y abandonada como yo. Yo te tenía a ti, pero ella a nadie.

-A mí también me pareció así. Tuve la sensación un par de veces de que iba a cruzar hacia nosotras, pero no lo hizo, quizás por timidez. Me habría gustado que lo hiciera. De no haberme sentido como un elefante hubiera ido hacia ella. Pero no podía atravesar el vestíbulo con aquellos chicos berreando en la escalera. Es la «novata» más guapa que he visto. ¡Pero hasta la belleza es vana en tu primer día en Redmond! -concluyó Priscilla, riendo.

-Después de almorzar iré a Oíd St. John -dijo Ana-. No sé si un cementerio es buen sitio para levantar el espíritu. Pero parece que es el único a mano en el que hay árboles, y yo los necesito. Me sentaré sobre una vieja losa, cerraré los ojos e imaginaré estar en los bosques de Avonlea.

Pero Ana no lo hizo, pues encontró bastantes cosas en Oíd St. John que le hicieron tener los ojos abiertos. Cruzaron la puerta de entrada, bajo el imponente arco de piedra que ostentaba el gran león de Inglaterra.

Y en Inkerman las zarzas silvestres aún están ensangrentadas y aquellas yermas colinas pasarán a la historia.

Ana recordó los versos de Tennyson con un estremecimiento. Se encontraban en un lugar verde oscuro, donde susurraba el viento. Vagaron por allí, leyendo los largos e historiados epitafios, grabados en una época que tenía más tranquilidad que la nuestra.

«Aquí yace el cuerpo del caballero Albert Crawford -leyó Ana en una desgastada losa gris-, por muchos años guardián de la artillería de Su Majestad en Kingsport. Sirvió en el ejército hasta la paz de 1763, cuando se retiró por enfermedad. Fue un valiente oficial; el mejor de los maridos; el mejor de los padres; el mejor de los amigos. Murió el 29 de octubre de 1792, a los 84 años de edad.»

-Aquí tienes un epitafio para ti, Prissy. Por cierto que hay en él «campo para la imaginación». ¡Cuan llena de aventuras debe de haber sido esa vida! Y en lo que se refiere a cualidades personales, no existen más elogios. ¿Le habrán dicho en vida que era tales cosas?

-Aquí tienes otro -dijo Priscilla-. Escucha: «A la memoria de Alexander Ross, que murió el 22 de septiembre de 1840, a los 43 años. Erigido como tributo de afecto por alguien a quien sirvió tan fielmente durante 27 años, que lo consideró como un amigo, merecedor de toda confianza y afecto».

-Un epitafio muy bueno -comentó Ana, pensativa-. No querría yo uno mejor. Todos somos sirvientes en cierta medida y si en nuestras tumbas puede inscribirse con toda realidad el hecho de haber sido fieles, nada más podemos desear. Aquí hay una triste losa, Prissy: «A la memoria de un hijo querido». Y aquí otra: «Erigida en recuerdo de alguien enterrado en otra parte». ¿Dónde estará esa tumba desconocida? Realmente, Pris, los cementerios de hoy no serán nunca tan interesantes como éste. Tenías razón, vendré por aquí a menudo. Me gusta. Veo que no estamos solas: al final de la avenida hay una chica.

-Sí, y creo que es la misma a quien vimos esta mañana en Redmond. Hace cinco minutos que la estoy observando. Ha co menzado a acercarse media docena de veces y otras tantas se ha vuelto atrás. O es terriblemente tímida o tiene remordimientos de conciencia. Vayamos a su encuentro. Creo que es más fácil entrar en relación en un cementerio que en Redmond.

Cruzaron el sendero hacia la desconocida, que se encontraba sentada sobre una losa gris, bajo un sauce. Era muy bonita, con un tipo de belleza vivaz, irregular y fascinante. En sus cabellos suaves había reflejos castaños y en sus mejillas un suave color. Sus ojos eran grandes y de un pardo aterciopelado, las cejas sesgadas y los labios rosas. Vestía un traje oscuro bien cortado y calzaba unos hermosos zapatitos, verdadera creación de un artista en zapatería. Priscilla tuvo la repentina sensación de que los suyos eran sólo la obra del remendón del pueblo y Ana pensó, incómoda, en si la blusa que ella se había hecho y que la señora Lynde le adaptara al cuerpo, parecería demasiado campesina y casera frente al elegante vestido de aquella muchacha. Por un instante, las dos sintieron ganas de volverse.

Pero ya estaban a punto de llegar a la losa gris. Era demasiado tarde para retirarse, pues evidentemente la muchacha de ojos castaños había sacado la conclusión de que se acercaban para hablarle. Instantáneamente se puso en pie y se acercó alargándoles la mano con una sonrisa alegre y amistosa, sin sombra de timidez o de conciencia culpable.

-Me gustaría saber quiénes sois -exclamó animosamente-. Me moría por saberlo. Os he visto esta mañana en Redmond. ¿No es cierto que fue horrible? En cierto momento lamenté no haberme quedado en casa y haberme casado.

Tanto Ana como su amiga se echaron a reír ante esta inesperada conclusión. La chica de ojos castaños también rió.

-De verdad. Pude haberlo hecho. Venid, sentaos sobre esta losa y nos presentaremos. Sé que nos vamos a querer mucho; lo supe tan pronto os vi en Redmond esta mañana. Deseaba acercarme y daros un abrazo.

-¿Y por qué no lo hiciste? -preguntó Priscilla.

-Simplemente porque no me decidía. Siempre me siento indecisa. Tan pronto emprendo algo, tengo el convencimiento de que lo correcto sería lo contrario. Es una horrible desgracia; pero nací así y de nada vale culparme. De modo que no podía decidirme a hablar por mucho que lo deseara.

-Creímos que eras muy tímida -dijo Ana.

-¡Oh, no, querida! La timidez no figura entre los muchos defectos o virtudes de Philippa Gordon... Phil para vosotras. Llamadme así. Y ahora, ¿cómo os llamáis?

-Ella es Priscilla Grant -dijo Ana señalando a su amiga.

-Y ella Ana Shirley -añadió Priscilla, señalando a su vez.

-Y somos de la isla -agregaron al unísono.

-Yo vengo de Bolingbroke, Nueva Escocia -dijo Philippa.

-¡Bolingbroke! -exclamó Ana-. ¡Pero si yo nací allí!

-¿De verdad? Eso te hace una «nariz azul».

-No -respondió Ana-. ¿No fue Dan O'Connell quien dijo que el nacer en una cuadra no te hace caballo? Soy una isleña de corazón.

-Bueno, de todos modos estoy contenta de que hayas nacido en Bolingbroke. Nos hace un poco vecinas, ¿no es cierto? Y me gusta, porque así, cuando te cuente mis secretos, no será como decírselos a una extraña. Yo tengo que contarlos. No puedo guardar un secreto; es inútil intentarlo. Es mi peor defecto; ése y la indecisión. ¿Me creeréis si os digo que me llevó más de media hora decidir qué sombrero me pondría para venir aquí, a un cementerio? Primero me incliné por el de color castaño, con una pluma; pero tan pronto me lo puse pensé que este rosado con el ala suelta me sentaría mejor. Al final los puse sobre la cama, cerré los ojos y señalé uno. Le tocó al rosado, de manera que me lo puse. Me queda bien, ¿verdad? Decidme qué pensáis de mi aspecto.

Ante esta candida pregunta, hecha en tono perfectamente serio, Priscilla se echó a reír otra vez. Pero Ana, apretándole impulsivamente la mano, dijo:

-Esta mañana pensé que eras la chica más guapa de Red-mond.

La traviesa boca de Philippa dejó ver unos hermosos diente-cillos blancos al sonreír.

-Eso mismo pensé yo -fue la sorprendente respuesta-, pero quería que la opinión de alguien robusteciese la mía. No puedo decidir ni siquiera sobre mis propios trajes. En cuanto reconozco que soy guapa tengo la seguridad de que no es así. Además, tengo una horrible tía abuela que siempre me dice, con un triste suspiro: «¡Eras una niña tan linda! Es raro cómo cambian los niños al crecer». Adoro a las tías, pero detesto a las tías abuelas. Por favor, si no os molesta, decidme a menudo que soy guapa. ¡Me siento tan cómoda cuando puedo creer que soy guapa! Yo seré igualmente buena con vosotras si así lo queréis, de todo corazón.

-Gracias -dijo Ana riendo-, pero Priscilla y yo estamos tan convencidas de nuestro buen aspecto que no necesitamos ninguna ayuda, de manera que no te preocupes.

-¡Oh, os estáis riendo de mí! Sé que pensáis que soy una estúpida narcisista, pero no es así. En realidad no tengo un ápice de vanidad. Y no me cuesta nada decir un cumplido a una chica si se lo merece. ¡Estoy tan contenta de haberos conocido! Llegué el sábado por la noche y casi he muerto de nostalgia desde entonces. Es algo horrible, ¿no es cierto? En Bolingbroke tengo mi importancia, pero en Kingsport no soy nada. ¿En dónde os hospedáis?

-En la calle Saint John 38.

-Mejor que mejor. Queda a la vuelta de la esquina de Walla-ce Street. Sin embargo, no me gusta mi pensión. Es fría y solitaria y mi cuarto da a un patio ulterior horrible. Es el lugar más feo del mundo. Y en lo que se refiere a los gatos, creo que todos los de Kingsport no se podrían congregar allí, pero sí la mitad. Adoro a los gatos cuando los veo sobre las alfombras, ronroneando junto a la chimenea, pero en los patios de las casas, a medianoche, son animales totalmente diferentes. La primera noche lloré todo el tiempo, y los gatos conmigo. Tendríais que haber visto mi nariz a la mañana siguiente. ¡Cómo deseé no haber dejado mi hogar!

-No sé cómo pudiste decidirte a venir a Redmond, si eres tan indecisa -dijo Priscilla.

-Puedes estar segura de que no fui yo, querida. Fue papá quien lo quiso. Está empeñado. A mí me parece ridículo estudiar una carrera. No es que no pueda, tengo un gran cerebro.

-¡Oh! -comentó Priscilla vagamente.

-Sí. ¡Pero cuesta tanto emplearlo! ¡Y los licenciados son unas criaturas tan dignas, sobrias y solemnes! Tienen que serlo.

No, yo no quería venir. Lo hice por papá, ¡es tan bueno! Además, yo sabía que si me quedaba en casa me casaría. Eso es lo que quería mamá. Ella sí que es decidida. Pero a mí me resultaba odioso pensar en casarme, por lo menos tan pronto. Quiero divertirme antes de sentar cabeza. Y, por ridicula que sea la idea de hacer una carrera, lo es aún más la de casarse. No tengo más que dieciocho años. De manera que preferí venir a Redmond. Además, ¿cómo iba a decidir con quién casarme?

-¿Eran tantos? -preguntó Ana riendo.

-Montones. Les gusto mucho a los chicos. Pero había sólo dos que valían la pena. El resto eran todos demasiado jóvenes o demasiado pobres. Y debo casarme con un hombre rico.

-¿Por qué debes?

-Queridas, ¿podéis imaginarme casada con un pobre? No sé hacer nada útil y soy muy extravagante. ¡Oh, no, mi marido deberá tener mucho dinero! De manera que elegí dos. Pero hubiera sido lo mismo que fuesen doscientos. Sé perfectamente que cualquiera que eligiese, toda mi vida lamentaría no haberme casado con el otro.

-¿No... querías... a ninguno? -preguntó Ana. No le era fácil hablar a una extraña del gran misterio y de la gran transformación de la vida

-¡Por Dios, no! Yo no podría amar a nadie. Creo que estar enamorada te hace una perfecta esclava. Y eso daría a un hombre demasiado poder para hacerte daño. Tendría miedo. No, no. Alee y Alonzo son dos chicos muy buenos y me gustan ambos tanto que no sé a cuál de los dos prefiero. Alee es el más elegante, desde luego, y yo no podría casarme con alguien que no lo fuera. Tiene buen carácter también, y un hermoso cabello negro rizado. Es demasiado perfecto; no creo que me guste un marido demasiado perfecto.

-Entonces, ¿por qué no casarte con Alonzo? -preguntó Priscilla gravemente.

-¡Piensa en casarte con alguien que se llame así! -dijo Phil, quejumbrosa-. No creo que pudiera resistirlo. Pero él tiene una nariz clásica y sería una tranquilidad tener una nariz así en la familia, .en la que poder confiar. En la mía no puedo tener mucha fe. Por ahora tiene la forma de los Gordon, ¡pero tengo tanto miedo de que tome la forma de los Byrne cuando sea más vieja!

Mamá tiene una gran nariz Byrne. Esperad a verla. Yo adoro las narices bonitas. Tu nariz es preciosa, Ana Shirley. La nariz de Alonzo casi inclinó el platillo en su favor. ¡Pero el nombre! No, no me pude decidir. Si hubiese podido hacer como con los sombreros, ponerlos juntos y cerrar los ojos, habría sido más fácil.

-¿Y qué sintieron Alee y Alonzo cuando partiste? -preguntó Priscilla.

-¡Oh, todavía están esperanzados! Les dije que tendrían que esperar a que eligiese. Y están dispuestos a esperar. Me adoran. Mientras tanto pienso divertirme mucho. Espero tener montones de pretendientes en Redmond. No soy feliz si no los tengo. ¿Pero no os parece que los «novatos» son muy feos? Sólo vi uno guapo entre ellos. Se fue antes de que llegarais vosotras. Oí que su amigo le llamaba Gilbert. Su amigo tenía unos ojos que se notaban a lo lejos. Pero ¿ya os vais? ¿Tan pronto?

-Tenemos que irnos -dijo Ana algo fríamente-. Se hace tarde y tengo algo que hacer.

-Pero vendréis a verme ¿no es así? -preguntó Philippa, pasándoles el brazo por la cintura-. Y me permitiréis que os vaya a visitar. Quiero intimar con vosotras. Os he tomado mucho cariño. ¿No os habré disgustado con mi frivolidad?

-No -rió Ana, respondiendo cordialmente al apretón de Phil.

-Porque no soy la mitad de lo tonta que parezco. Aceptad a Philippa Gordon tal como Dios la hizo, con todos sus defectos, y creo que llegaréis a quererla. ¿No es bonito el cementerio? Me gustaría que me enterraran aquí. Aquí hay una tumba que no había visto antes; esa con la verja de hierro; la losa dice que es de un guardiamarina que murió en la lucha entre la Shannon y la *Chesapeake*. ¡Imaginaos!

Ana se detuvo junto a la verja y miró la gastada piedra, mientras le latía el corazón. El viejo cementerio, con sus árboles arqueados y sus largos senderos de sombra, se esfumó de su vista. En su lugar vio el fuerte de Kingsport un siglo atrás. De la niebla salió lentamente una gran fragata, con la «meteórica bandera de Inglaterra». Tras ella venía otra trayendo sobre cubierta un cuer po rígido y heroico arropado en su propia bandera estrellada, el del valiente Lawrence. Era la *Shannon* que entraba en la bahía, con la *Chesapeake* como presa.

-Vuelve, Ana Shirley, vuelve -rió Philippa, tirándole del brazo-. Estás a un siglo de nosotras. Vuelve.

Ana regresó con un suspiro, y sus ojos brillaban suavemente.

-Siempre me gustó esa vieja historia -dijo-, y aunque los ingleses ganaron el combate, creo que me gusta por el bravo comandante vencido. ¡Esta tumba parece hacerla tan real! Este pobre guardiamarina no tenía más que dieciocho años. «Murió de las terribles heridas recibidas en la heroica acción», así reza el epitafio. Es lo que un soldado como él podía haber deseado.

Antes de volverse, Ana desprendió el ramito de pensamientos rojos que llevaba en el pecho y lo dejó caer serenamente sobre la tumba del muchacho que pereciera en el gran duelo del mar.

-Bueno, ¿qué piensas de nuestra nueva amiga? -preguntó Priscilla cuando Phil las dejó.

-Me gustó. Hay en ella algo que induce a quererla a pesar de sus tonterías. Creo, como ella dice, que no es tan tonta como parece. Es una buena chica y no sé si crecerá alguna vez.

-A mí también me gusta -dijo Priscilla con decisión-. Habla tanto de los muchachos como Ruby Gillis. Pero me pone enferma oír a Ruby, mientras que Phil sólo me hace reír de buen grado. Ahora, dime, ¿cuál es la razón?

-Hay una diferencia -contestó Ana, pensativa-. Creo que Ruby habla conscientemente. Juega al amor. Además, te hace sentir que habla así para refregarte por la nariz sus adoradores y para hacerte sentir que no tienes ni la mitad que ella. Ahora bien, cuando Phil habla de sus admiradores parece que hablara de compañeros. En realidad ve a los chicos como a buenos camara-das y le gusta tenerlos en cantidad a su alrededor porque le agrada ser popular y más aún que crean que lo es. Incluso Alee y Alonzo (de ahora en adelante no podré separarlos) son dos juguetones que quieren jugar con ella toda la vida. Estoy contenta de haberla conocido y de que hayamos ido a St. John. Creo que he echado una raicilla hoy en Kingsport. Me alegro. Odio sentirme trasplantada.

CAPÍTULO CINCO

Cartas del hogar

Durante las tres semanas siguientes Ana y Priscilla continuaron sintiéndose forasteras. Luego, en un instante, la vida, que hasta aquel momento parecía compuesta de fragmentos inconexos, se convirtió en un todo homogéneo, que abarcaba a Redmond, profesores, clases, estudiantes, compañeras y obligaciones sociales. Los «novatos» abandonaron su inicial aislamiento y fundaron su propio grupo, con su espíritu, intereses, antipatías y ambiciones exclusivas. Triunfaron en el Torneo Anual de las Artes sobre los estudiantes de segundo año y desde entonces ganaron el respeto de todos los demás cursos y una enorme confianza en sus propios méritos. Durante tres años los de segundo habían ganado el torneo y el hecho de que ese año la victoria hubiera correspondido a los «novatos» se atribuyó a la hábil estrategia de Gilbert Blythe, que dirigió la campaña e ideó nuevas tácticas que desconcertaron a los mayores y facilitaron el triunfo de los «novatos». Como recompensa de sus méritos fue elegido presidente del curso, cargo de responsabilidad y honor (por lo menos desde el punto de vista de un «novato»), y codiciado por muchos. También fue invitado a ingresar en los «Lambs», como llamaban allí a la Fraternidad de Estudiantes Lamba Theta, proposición que muy rara vez se hacía a un «novato». Como prueba preparatoria recibió la orden de desfilar durante todo un día por las principales calles de Kingsport llevando una pamela y un enorme delantal de cocina de percal floreado. Cumplió su tarea con buen humor, quitándose la pamela con graciosa cortesía ante las damas conocidas. Charlie Sloane, que no había sido invitado por los «Lambs», dijo a Ana que no podía imaginar cómo Gilbert había hecho eso y que él nunca podría humillarse así.

-¡Qué ridículo quedaría Charlie Sloane con su delantal y su pamela! -se burló Priscilla-. ¡Idéntico a su abuela Sloane! En cambio Gilbert parecía aún más hombre así vestido.

Ana y Priscilla se encontraron atrapadas en la densa vida social de Redmond. El que esto ocurriera tan pronto se debió en gran parte a los buenos oficios de Philippa Gordon. Ésta era hija de un caballero de fortuna y reputación y pertenecía a una antigua familia de Nueva Escocia. Esto, combinado con su encanto y hermosura (cosa que no podían dejar de advertir cuantos la conocían), le abría las puertas de todos los círculos, clubes y centros de Redmond, y adonde iba ella, iban también Ana y Priscilla. Phil «adoraba» a las dos chicas, especialmente a Ana. Era un alma pura y cristalina, libre de toda clase de ínfulas. «El que me quiere, quiere a mis amigas», parecía ser su lema. Sin ningún esfuerzo las hizo ingresar en el amplio círculo de sus amistades y las dos jovencitas de Avonlea se sumergieron en una vida social fácil y placentera, para envidia y extrañeza de las otras «novatas», que por carecer del apoyo de Philippa se vieron condenadas a mantenerse casi al margen de esas actividades durante todo su primer año en la escuela.

Para Ana y Priscilla, que tenían objetivos muy serios en la vida, Philippa continuó siendo siempre la chiquilla adorable y divertida de su primer encuentro.

Dónde o cómo hallaba tiempo para estudiar era un misterio porque siempre parecía estar en busca de diversión y por las tardes recibía en su casa montones de visitas. Era muy atractiva y sus compañeros de curso y un número considerable de los de años superiores rivalizaban por sus sonrisas. Ella estaba encantada y contaba alegremente a Ana y a Priscilla sus nuevas conquistas con comentarios que habrían hecho arder furiosamente los oídos de sus infortunados enamorados.

-Parece que Alee y Alonzo todavía no tienen ningún rival serio -observó Ana burlonamente.

-Ni uno -asintió Philippa-. Les escribo todas las semanas hablándoles de mis adoradores. Estoy segura de que lo encuentran divertido. Pero el que más me gusta no lo tengo. Gilbert Blythe no me hace ningún caso. Me mira como si fuese una lin da gatita. Y sé muy bien la

razón. Te envidio, Reina Ana. Tendría que odiarte y en cambio te quiero locamente y me pongo muy triste el día que no te veo. Eres distinta de todas las chicas que he conocido. A veces, cuando me miras de una manera especial, haces que me dé cuenta de lo insignificante y frivola que soy, y aspiro a ser mejor, más inteligente y cuerda. Y entonces hago firmes propósitos de enmienda; pero en cuanto me cruzo con un jovencito bien parecido mi decisión se derrumba por completo. ¿No te parece que la vida en la escuela es magnífica? ¡Encuentro tan gracioso recordar que mi primer día aquí la odié! Pero si no hubiera sido así nunca habría intimado contigo. Ana, por favor, dime que me aprecias siquiera un poquito.

-Te quiero mucho; y creo que eres una encantadora, dulce, adorable y aterciopelada... gatita sin uñas -rió Ana-; pero no comprendo cómo encuentras tiempo para estudiar.

Sin embargo, debía de encontrarlo, pues iba a la vanguardia en todas las asignaturas. Hasta el gruñón profesor de matemáticas, que detestaba la educación mixta y se había opuesto severamente a que fuera implantada en Redmond, tuvo que rendirse ante ella. Aventajaba en todo a las demás estudiantes, excepto en lenguaje, donde Ana Shirley se imponía por amplio margen.

Ésta hallaba muy sencillo el primer curso, en gran parte debido a la severa disciplina de estudio a que ella y Gilbert se habían acostumbrado en los dos últimos años de Avonlea. Esto le dejaba más tiempo libre para su vida social, de la que disfrutaba enormemente; pero sin olvidar ni un instante a sus amigos de Avonlea. Para ella los mejores momentos de la semana eran aquellos en que recibía noticias del hogar. Después que leyó las primeras cartas pensó que jamás podría sentirse en Kingsport como en su casa. Antes de recibirlas, Avonlea parecía estar a miles de kilómetros de distancia; esas cartas la acercaban y unían la vieja vida con la nueva, hasta convertirlas en una sola existencia. La primera remesa trajo seis cartas: de Jane Andrews, Ruby Gillis, Diana Barry, Marilla, la señora Lynde y Davy. La de Jane era muy prolija, con las *t* perfectamente cruzadas y las *i* con sus puntos en el lugar exacto, pero sin una sola frase interesante. Ana quería noticias de la escuela, pero Jane nunca contestaba sus preguntas y se limitaba a contar cuántos metros de crochet había tejido, el tiempo que hacía en Avonlea, cómo pensaba hacerse el vestido nuevo y qué sentía cuando le dolía la cabeza. Ruby Gillis escribió una carta muy fluida, en la que deploraba la ausencia de Ana, asegurándole que se encontraba completamente perdida, le preguntaba qué tal eran los jóvenes de Redmond y la completaba con una detallada historia de sus experiencias con sus numerosos admiradores. Era una carta tonta y sin sentido. Ana con toda seguridad se habría reído de ella si no hubiera sido por la posdata: «Gilbert parece divertirse mucho en Redmond, a juzgar por su carta -escribía Ruby-; no creo que Charlie haya tenido el mismo éxito».

-¡Así que Gilbert había escrito a Ruby! Muy bien. Estaba en su perfecto derecho, por supuesto. Sólo que... Ana no sabía que Ruby lo había hecho primero y que Gilbert se había visto obligado a contestar por mera cortesía. Separó la carta de Ruby con desprecio. Pero la encantadora epístola de Diana, fresca y llena de noticias, sacó el aguijón que le clavara la posdata de Ruby. Claro que hablaba demasiado de Fred, pero por otra parte era tan rica en novedades y temas de interés para Ana que ésta se sintió transportada a Avonlea mientras leía. La carta de Mari-lla era seca y simple, ausente de chismografía o emoción alguna. Sin embargo, así y todo transmitió a Ana todo el ambiente llano y simple de la vida en «Tejas Verdes». La de la señora Lynde se refería sólo a noticias relacionadas con la iglesia. Como ya no tenía que atender una casa, Rachel tenía más tiempo para dedicar a los asuntos parroquiales y se había entregado a ellos en cuerpo y alma. Por aquel entonces estaba muy ocupada con los suplentes que desfilaban por el pulpito de Avonlea.

«Creo que sólo hay tontos en el sacerdocio en esta época», escribía amargamente. «¡Hay que ver los candidatos que nos mandan y lo que predican! La mitad no es verdad y, lo que es peor, no suena a doctrina. El que tenemos ahora es el peor de todos. Generalmente coge un texto determinado y luego predica sobre otra cosa. Y dice que no cree que todos los paganos estén condenados irremisiblemente. ¡Vaya una idea! ¡Si fuera así, todo el dinero que hemos enviado a las misiones estaría perdido! El domingo pasado anunció que la próxima vez hablará sobre el tiburón que apareció en la playa. Creo que haría mejor en limitarse a la Biblia dejando a un lado los sucesos de actualidad. ¡A qué estado han llegado las cosas si un ministro no puede hallar en las Sagradas Escrituras tema para una prédica! ¿A qué iglesia vas, Ana? Espero que lo harás regularmente. La gente tiene mucha facilidad para olvidar sus

obligaciones para con Dios fuera de su casa y tengo entendido que eso es muy común entre los estudiantes. Me han dicho que hasta estudian los domingos. Espero que tú nunca llegues a eso, Ana. Recuerda cómo has sido educada. Y ten mucho cuidado al elegir tus amistades. Nunca sabrás qué clase de criaturas concurren a esas escuelas. Son lobos con piel de cordero, eso es. Será mejor que no hables con ningún joven que no sea de la isla.

»Olvidaba contarte lo que pasó el día que vino a visitarnos el ministro. Fue lo más gracioso que he visto en mi vida. Le dije a Marilla: "Si Ana estuviese aquí, ¿no crees que se habría reído?". Hasta Marilla se rió. Es un hombrecillo muy bajo, grueso y patizambo. Bueno, el cerdo de los Harrison (aquel tan grande) andaba por aquí aquel día y se había metido en la galería de atrás sin saberlo nosotras, y allí estaba cuando apareció el ministro. Quiso escaparse, pero el camino estaba obstruido por un par de piernas patizambas; y contra ellas arremetió. Fuera porque el cerdo era demasiado grande o el ministro demasiado pequeño, lo cierto es que lo levantó en vilo y salió corriendo con él encima. Su sombrero y su bastón volaron por el aire precisamente en el momento en que Marilla y yo llegábamos a la puerta. Nunca olvidaré el cuadro. El pobre cerdo estaba muerto del susto. Nunca podré volver a leer en la Biblia lo del cochino que corrió locamente hacia el mar sin ver al cerdo del señor Harrison trotando cuesta abajo con el ministro encima. Supongo que el pobre animal creía que llevaba sobre su lomo al mismo diablo. ¡Gracias a Dios que los mellizos no estaban en casa! Hubiera sido terrible que vieran a un ministro en una situación tan poco digna. Al llegar al arroyo el ministro se arrojó, o fue arrojado. El cerdo cruzó rumbo a los bosques como enloquecido y desapareció. Marilla y yo corrimos y ayudamos al ministro a levantarse y le sacudimos la levita. No se había lastimado pero estaba furioso. Parecía hacernos responsables a Marilla y a mí por lo ocurrido, aunque le explicamos que el cerdo no nos pertenecía y que se había pasado el verano molestándonos. Además, ¿por qué se le ocurrió entrar por la puerta trasera? Nunca habrías visto al señor Alian hacer eso. Pasará mucho tiempo antes de que tengamos otro pastor como él. Estamos pasando un mal momento. No hemos tenido más noticias del cerdo y espero que no las tengamos nunca.

»Las cosas están muy tranquilas en Avonlea. "Tejas Verdes" no me resulta tan solitario como pensaba. Creo que empezaré otra colcha de algodón este invierno. La señora Sloane tiene un modelo muy elegante y moderno con hojas de manzano.

»Cuando quiero algo excitante, leo los casos de asesinato en el periódico de Boston que me envía mi sobrina. No acostumbraba a hacerlo, pero son realmente interesantes. Los Estados Unidos deben de ser un lugar horrible, Ana. Espero que nunca vayas allí. Pero es verdaderamente espantosa la forma en que las muchachas andan por el mundo en estos tiempos. Me hacen la misma impresión de Satán en el libro de Job, corriendo de un lado a otro, subiendo y bajando. No creo que el Señor lo vea bien, eso es.

»Davy se ha portado bastante bien desde que te fuiste. Un día se portó mal y Marilla lo castigó haciéndole usar un delantal de Dora todo el día. Entonces él fue y recortó todos los delantales de su hermana. Le di una paliza y él, en venganza, persiguió a mi gallo hasta que cayó muerto.

»Los MacPherson se han mudado a mi antigua casa. Ella es una gran ama de casa. Arrancó todas mis lilas porque daban al jardín un aspecto desordenado. Thomas las había plantado cuando nos casamos. Su marido parece buena persona, pero ella es de las que no se resignan a envejecer, eso es.

»No estudies demasiado, y no te olvides de ponerte tu ropa interior de lana en cuanto refresque. Marilla se preocupa muchísimo por ti, pero le digo que tienes mucho más sentido común que el que yo creía que llegarías a tener de acuerdo con lo que eras de niña, y que estarás bien.»

La carta de Davy comenzaba con una queja. «Querida Ana, por fabor escribe a Marilla y dile que no me hate a la varanda del puente cuando boy a pescar, los chicos se ríen de mí. Aquí está mui triste sin ti, pero el colejio es divertido. Jane andrews se enfada más que tú, anoche azusté a la señora lynde con un fuego. Estaba mui enojada y era porque yo corrí a su gayo por el gallinero asta que se murió. Yo no quería que se muriera, ¿qué lo hiso morir, ana? quiero saber. La señora lynde lo tiró y se perdió de benderselo al señor blair, el señor blair paga

50 centabos por cada gayo muerto. Di que la señora lynde le pidió al ministro que resé por ella. ¿Que hise que sea tan malo, ana? quiero saber, tengo una cometa con una cola preziosa, ana, ayer en el colejio Milty bolter me contó algo várvaro, «es verdad, el viejo Joe Mosey y León estavan jugando a las cartas una noche en el bosque, las cartas estavan sobre un tronco y un ombre negro más grande que los árboles bino y agarró las cartas y el tronco y desapareció con un ruido como un trueno. Apuesto que se asustaron. Mylty dise que el negro era el diablo: ¿era, ana? quiero saber, el señor Kimbal de spencervale esta mui enfermo y tuvo que ir al ospital. por fabor espera mientras le pregunto a Marilla si es así, malilla dise que es al manicomio donde tubo que ir, no al otro lado. El ere que tiene una culebra adentro, ¿como es tener una culebra adentro, Ana? quiero saber, la barriga de la señora lawrence también está enferma, la señora lynde dice que lo que le pasa es que piensa mucho en sus partes de adentro».

-Me pregunto qué pensaría la señora Lynde de Philippa -dijo Ana mientras doblaba sus cartas.

CAPÍTULO SEIS

En el parque

-¿Qué vais a hacer hoy? -preguntó Philippa irrumpiendo en el cuarto de Ana un sábado por la tarde.

-Vamos a pasear por el parque -respondió Ana. Debería quedarme a terminar mi blusa, pero no puedo coser en un día tan hermoso. Hay algo en el aire que me corre por las venas y llena de gloria mi alma. Mis dedos se niegan a dar una puntada. De modo que nos vamos rumbo al parque.

-¿Ese «nos» incluye a alguien más que tú y Priscilla?

-Sí, incluye a Gilbert y a Charlie, y nos encantaría que tú también nos acompañaras.

-Pero si fuera me convertiría en la tercera en discordia -se quejó Phil-. Y ésa sería una experiencia completamente nueva para mí.

-Y bien, las experiencias nuevas son siempre interesantes. Ven, y así serás capaz de sentir simpatía por esas pobres almas que hacen de tercero en discordia tan a menudo. Pero, ¿dónde están todas tus víctimas?

-¡Oh, estoy cansada de ellos! Hoy no podría aguantar a ninguno. Además, me siento un poquito triste; un poquito nada más. La semana pasada les escribí a Alee y a Alonzo. Puse las direcciones y metí las cartas en los sobres, pero no los cerré. Esa tarde pasó algo muy gracioso. Bueno, gracioso para Alee, aunque no para Alonzo. Tenía mucha prisa y saqué la carta de Alee de su sobre (por lo menos eso creí) para añadirle una posdata. Luego envié ambas cartas. Esta mañana recibí la respuesta de Alonzo. Y había escrito la postdata en su carta. Se puso furioso. Claro que ya se le pasará (y si no, peor para él), pero me arruinó el día. Por eso quise venir, para tratar de levantar un poco mi ánimo. En cuanto comience la temporada de fútbol no tendré ni un sábado libre. Adoro el fútbol. Tengo una gorra fantástica y un jersei con los colores de Redmond para ponerme esos días. ¿Sabéis que a Gilbert lo han nombrado capitán del equipo de los «novatos»?

-Sí, nos lo dijo ayer -respondió Priscilla al darse cuenta de que Ana no contestaría-. Charlie y él estaban abajo. Sabíamos que vendrían, de modo que quitamos todos los cojines de la señorita Ada. El que tiene el bordado en relieve lo escondí detrás de una silla. Pensé que allí estaría a salvo, pero no fue así. Charlie Sloa-ne fue hacia la silla, vio el almohadón, lo recogió cuidadosamente y estuvo sentado encima toda la tarde. ¡Qué desastre para el cojín! La pobre señorita Ada me preguntó hoy, muy sonriente, pero con cierto tono de reproche, por qué había permitido que se sentara encima. Le aclaré que no había sucedido por mi culpa; que fue simplemente una «sloanada» como las de costumbre.

-Los cojines de la señorita Ada ya me están crispando los nervios -dijo Ana-. La semana pasada terminó dos con bordados de toda clase. Como ya no tiene donde ponerlos, los colocó en el descansillo de la escalera. Están caídos la mitad del tiempo y si bajas a oscuras tropiezas con ellos. El domingo pasado, cuando el pastor Davies oraba por los que afrontan los peligros del mar, yo agregué para mis adentros: «Y por aquellos que viven en casas donde los cojines reinan por doquier». ¡Bueno! Estamos listas, ya veo venir a los muchachos cruzando el Oíd St. John. ¿Vienes, Phil?

-Iré si puedo pasear con Priscilla y Charlie. Representaré pacientemente mi papel. Tu Gilbert es un encanto, Ana; pero ¿por qué va tanto con «Ojos saltones»?

Ana se puso tiesa. No apreciaba mucho a Charlie Sloane, pero era de Avonlea, y ningún extraño tenía derecho a reírse de él.

-Charlie y Gilbert siempre han sido amigos -respondió fríamente-. Charlie es un buen muchacho. No tiene la culpa de que sus ojos sean así.

-¡No me digas! Pues debe de haber hecho algo terrible en su vida anterior para haber sido castigado con semejante par de ojos. Pris y yo vamos a divertirnos esta tarde. Nos burlaremos de él en su propia cara y no se dará cuenta.

Y las dos traviesas muchachas llevaron a cabo sus poco cordiales propósitos. Pero Sloane, afortunadamente para él, no se dio ni cuenta. Se consideraba todo un personaje por poder pasear con dos jóvenes como aquéllas, especialmente Philippa Cordón, la guapa del curso. Seguramente que esto impresionaría a Ana. Vería que otras personas lo apreciaban en todo su valor.

Gilbert y Ana caminaban algo separados de los otros, disfrutando de la tranquilidad y la belleza de la tarde otoñal, bajo los pinos del parque, por el sendero que trepaba y serpenteaba en torno a la costa del puerto.

-El silencio es aquí como una oración, ¿no te parece? -preguntó Ana mirando el brillante cielo-. ¡Cómo quiero a los pinos! Parece como si sus raíces estuvieran hundidas profundamente en el romanticismo de todas las épocas. ¡Es tan reconfortante andar de aquí para allá conversando con ellos! Siempre me siento muy feliz en este lugar.

Y así en las soledades montañosas, Como por algún conjuro divino, Caen de ellas sus preocupaciones, Como las agujas al sacudir el pino.

-Nuestras pequeñas ambiciones parecen aquí insignificantes, ¿no es cierto, Ana?

-Creo que si alguna vez tuviera una gran pena correría hacia los pinos en busca de consuelo -comentó Ana, soñadora.

-Espero que nunca tengas una gran pena, Ana -dijo Gilbert.

No podía concebir ningún pesar en la criatura vivaz y gozosa que estaba a su lado; ignoraba que aquellos que pueden alcanzar las más altas cumbres de la dicha son los que más bajo caen en los abismos de la desesperación; que los más aptos para la alegría son también los más capaces para el dolor.

-Sin embargo, así será... alguna vez -murmuró Ana-. En estos momentos la vida es para mí como una copa de cristal colmada de néctar, cerca de mis labios. Pero tiene que haber algo amargo... como en todas las copas. Algún día me tocará a mí.

Ojalá que cuando llegue ese momento me encuentre fuerte y preparada para hacerle frente. Y espero que no llegue por mi culpa. ¿Recuerdas lo que dijo el pastor Davies el domingo pasado? Los pesares que nos envía Dios traen consigo fuerza y consuelo; en cambio los que nos buscamos nosotros mismos, por nuestra propia conducta desordenada, son mucho más difíciles de soportar. Pero no debemos hablar de penas en una tarde como ésta. Sólo despierta alegría de vivir, ¿no te parece?

-Si dependiera de mí, apartaría de tu vida todo lo que no fuera felicidad y placer, Ana -dijo Gilbert con un tono que significaba «peligro».

-No demostrarías mucha cordura -replicó la joven prestamente-. Estoy segura de que nadie podría perfeccionarse y salir adelante sin haber tenido que vencer algunas penas, aunque supongo que esto se admite sólo cuando se está suficientemente tranquilo. Vamos; los otros han llegado al pabellón y nos esperan.

Se sentaron todos juntos en el pequeño refugio a contemplar el crepúsculo otoñal, mezcla de púrpura y de oro. Hacia la izquierda yacía Kingsport, con sus techos y sus chimeneas que despedían espirales de color violeta.

A la derecha, el puerto, con sus luces rosadas, parecía extenderse hacia el ocaso. Y más allá del raso satinado del agua y de la niebla, estaba la isla de William, como un fiel perro guardián que protegiera la ciudad. La luz de su faro irrumpía a través de la bruma como la de una suave estrella a la que respondían otras en el lejano horizonte.

-¿Habéis visto alguna vez algo de apariencia más vigorosa? -preguntó Philippa-. No me interesa mucho la isla de William, pero estoy segura de que no la podría conquistar aunque quisiera. Mirad el centinela en la cumbre del fuerte, junto a la bandera. ¿No parece salido de una novela de aventuras?

-Hablando de aventuras -dijo Priscilla-, hemos estado buscando brezo; pero, por supuesto, no encontramos. La estación está ya muy adelantada, supongo.

-¡Brezo! -exclamó Ana-. En América no crece, ¿verdad?

-Sólo en dos sitios en todo el continente -dijo Phil-. Uno aquí, en este mismo parque, y otro en algún lugar de Nueva Escocia que ahora no recuerdo. El famoso regimiento escocés de la Guardia Negra acampó aquí una primavera y cuando los hombres sacudieron sus colchones algunas semillas de brezo que había entre la paja con que estaban rellenos cayeron y echaron raíces.

-¡Oh, qué delicia! -exclamó Ana, encantada.

-Regresemos a casa dando la vuelta por Spofford Avenue -sugirió Gilbert-; así podremos ver «los hermosos palacios donde se hospeda la nobleza». Spofford Avenue es la avenida más elegante de Kingsport. A menos que sea millonario, nadie puede edificar allí.

-Sí -asintió Phil-. Hay allí una casa que quiero que veas, Ana. Ésta no fue edificada por un millonario. Es lo primero que se ve al salir del parque, y debe de haber crecido cuando Spofford Avenue era sólo un camino secundario. ¡Porque creció, no fue construida! Las casas de la Avenida no me interesan; son demasiado nuevas y con mucho vidrio. Pero ésa es un sueño. ¡Y con un nombre!... Espera a verla.

La vieron mientras caminaban desde el parque hacia la colina bordeada de pinos. Precisamente en la loma donde comenzaba Spofford Avenue se levantaba una casita blanca con grupos de pinos a ambos lados que extendían sus brazos protectores sobre el bajo techo. Estaba cubierta por enredaderas rojas y doradas, a través de las cuales espiaban las verdes ventanas cerradas. En la parte delantera había un jardín rodeado por un pequeño cerco de piedra. A pesar de estar ya en octubre se veían en él toda clase de perfumadas y hermosísimas flores y arbustos que no parecían de este mundo: abrótanos, verbenas, alhelíes, petunias, caléndulas y crisantemos. Un pequeño camino de ladrillo iba desde la puerta de entrada hasta la galería. Todo el lugar parecía haber sido trasplantado desde una remota villa; así y todo, había algo en él que hacía que su vecino más próximo, un enorme palacio rodeado de césped que pertenecía a un rey del tabaco, pareciera, por contraste, extremadamente rudo y frío. Como había dicho muy bien Phil, se notaba la diferencia entre lo natural y lo artificioso.

-Es el lugar más encantador que he visto en mi vida -dijo Ana, extasiada-. Me produce uno de mis viejos y deliciosos es tremecimientos. Es aún más extraña y tierna que la casa de piedra de la señorita Lavendar.

-Quiero que te fijes especialmente en el nombre. Mira las letras blancas en la arcada: «La Casa de Patty»; ¿no es gracioso? Sobre todo en esta calle llena de «Los Pinos», «Los Abetos» y «Los Cedros». ¡«La Casa de Patty»! ¡Es adorable!

-¿Tienes idea de quién es Patty? -preguntó Priscilla.

-Patty Spofford es el nombre de su anciana dueña. Vive allí con su sobrina, y seguirán viviendo unos cientos de años, o quizás un poco menos. La exageración es sólo una licencia poética. He averiguado que caballeros pudientes han querido muchas veces comprar el terreno; como te imaginarás, vale una pequeña fortuna, pero Patty no ha querido venderlo. Y detrás de la casa, en lugar del parque de rigor, hay una huerta de manzanos que verás en cuanto caminemos un poco; ¡una verdadera huerta de manzanos en Spofford Avenue!

-Esta noche voy a soñar con «La Casa de Patty» -dijo Ana-. Hasta me parece pertenecerle. Me pregunto si alguna vez, por casualidad, podremos ver el interior.

-No me parece probable -opinó Priscilla. Ana sonrió, misteriosa.

-No, no es probable. Pero creo que sucederá. Siento algo extraño que puedes llamar presentimiento si quieres; algo que me hace pensar en que «La Casa de Patty» y yo seremos amigas.

CAPÍTULO SIETE

En casa otra vez

Las tres primeras semanas en Redmond se habían hecho largas, pero el resto del tiempo voló como el viento. Antes de darse cuenta, los estudiantes de Redmond se encontraron en los exámenes de Navidad, que afrontaron con suerte diversa. El honor de ser el primero del curso fluctuó entre Ana, Gilbert y Philippa. Priscilla estuvo muy bien; Charlie Sloane pasó regular, pero estaba tan satisfecho como si hubiera sido el mejor en todo.

-Me parece mentira que mañana a esta hora esté ya en «Tejas Verdes» -dijo Ana la noche anterior a la partida-. Pero así será. Y tú, Phil, te encontrarás en Bolingbroke con Alee y Alonzo.

-Me muero por verlos -admitió Philippa mientras mordisqueaba un bombón-. Son dos chicos encantadores, como sabes. ¡Oh, pasaré unas vacaciones magníficas! Nunca te perdonaré, Reina Ana, que no hayas querido acompañarme.

-«Nunca» equivale a tres días en tu caso, Phil. Fuiste muy gentil al invitarme y me encantará ir a Bolingbroke algún día. Pero debo ir a casa. ¿No te das cuenta de cómo suspira mi corazón?

-No te divertirás mucho -dijo Phil desdeñosamente-. Supongo que habrá un par de reuniones de costura y que todas las viejas chismosas hablarán de ti. Te morirás de soledad, querida.

-¿En Avonlea? -exclamó Ana, muy divertida.

-Mientras que si vienes conmigo pasarás unas vacaciones perfectas. ¡Todo Bolingbroke estará loco contigo, Reina Ana... con tu cabello, con tu porte y... oh, con todo! ¡Eres tan distinta! ¡Serías un éxito! Y yo viviría del reflejo de tu gloria: «no la rosa, pero cerca de ella». ¡Ven, Ana!

-Tu cuadro de éxitos sociales es muy tentador, Phil, pero yo te pintaré otro que lo iguala. Voy a casa, a una vieja granja que una vez fue verde aunque esté ahora un poco mustia, ubicada en tre huertas de desnudos manzanos. Más abajo hay un arroyuelo, y más allá un bosque de abetos donde he oído a los dedos del viento y de la lluvia tocar el arpa con música celestial. Cerca hay una laguna que ya estará gris y acogedora. Habrá en la casa dos ancianas, una alta y delgada, la otra baja y gruesa, y un par de mellizos, perfecto modelo uno y el otro algo a quien la señora Lynde llama «santo terror». Y habrá también un pequeño cuarto blanco, sobre el porche, en el que danzarán viejos sueños, y un lecho enorme con un colchón de plumas que resultará el mayor de los lujos después del de la pensión. ¿Qué te parece mi cuadro, Phil?

-Muy soso -dijo ésta con una mueca.

-¡Oh, pero no he citado todavía lo que transforma todo! -exclamó Ana suavemente-. Allí habrá amor, Phil. Amor sincero y tierno, como no hallaré en ninguna otra parte del mundo., amor que me está aguardando a mí. ¿No te parece que esto convierte mi cuadro en una obra maestra, aun cuando sus colores no sean muy brillantes?

Silenciosamente Phil se puso en pie, dejó a un lado su caja de bombones y abrazó a Ana.

-Ana, querría ser como tú -dijo juiciosamente.

La noche siguiente Diana fue a buscar a su amiga a la estación de Carmody y ambas regresaron en el coche, bajo el tranquilo cielo estrellado. Cuando llegaron a la cuesta apareció «Tejas Verdes», y Ana observó que tenía un verdadero aire de fiesta. Había luces en todas las ventanas y su resplandor rompía la oscuridad exterior como llamaradas de bienvenida. Y

en el patio ardía una gran fogata, alrededor de la cual danzaban dos alegres figuras, una de las cuales dio un fuerte grito cuando el coche dobló entre los álamos.

-Davy te recibe con un alarido de guerra indio -dijo Diana-. Se lo enseñó el peón del señor Harrison y ha estado practicando para darte la bienvenida. La señora Lynde dice que tiene los nervios destrozados. Davy chillaba detrás de ella y luego salía corriendo. Estaba decidido a hacer una fogata para ti. Se ha pasado dos semanas juntando ramitas secas y persiguiendo a Marilla para que le dejara poner un poco de gasolina antes de encender el fuego. Y a juzgar por el olor parece que lo consi guió, a pesar de que la señora Lynde se oponía diciendo que Davy incendiaría y quemaría todo si se lo permitían.

A todo esto, Ana ya estaba fuera del coche, con Davy colgándole de las rodillas y Dora apretándole el brazo.

-¿No es una hermosa fogata, Ana? Déjame enseñarte a atizarla. ¿Has visto las chispas? La hice para ti, Ana, porque estaba contento de que volvieras a casa.

Se abrió la puerta de la cocina y la enjuta figura de Marilla se recortó en su vano, enmarcada por la luz que brillaba en el interior. Había preferido encontrarse con Ana en medio de las sombras, pues tenía pánico de echarse a llorar de alegría, ¡ella, la inexpresiva y severa Marilla, que consideraba indecoroso dar rienda suelta a una emoción! La señora Lynde, amable y sosegadamente feliz, venía detrás. Allí estaba, rodeándolas, envolviéndolas con toda su tibieza y dulzura, el amor del que Ana habló a Philippa. ¡Después de todo, nada podía compararse con los viejos vínculos, con los viejos amigos, con el viejo «Tejas Verdes»! ¡Cómo brillaban los ojos de Ana cuando se sentaron ante la recargada mesa, cómo resplandecían sus rosadas mejillas, cuan argentino era el sonido de su risa! Diana iba a quedarse a dormir allí, como en los viejos tiempos. Y hasta engalanaba la mesa el juego de té decorado con pimpollos. Para Marilla, aquélla era la máxima expresión de su amor.

-Supongo que Diana y tú os pasaréis toda la noche hablando -dijo Marilla sarcásticamente mientras las jovencitas subían la escalera. Siempre se mostraba así después de una traición a sus principios.

-Sí -asintió Ana alegremente-. Pero antes iré a acostar a Davy. Insiste en que lo haga.

-¡Ya lo creo! -dijo Davy mientras cruzaban el vestíbulo-; quiero alguien con quien compartir mis oraciones. No es nada divertido rezar solo.

-Nunca estás solo cuando rezas, Davy. Dios está siempre contigo para oírte.

-Bueno, pero a Él no puedo verlo -objetó el niño-; quiero rezar con alguien a quien pueda ver; ¡pero no quiero hacerlo con Marilla o la señora Lynde!

Sin embargo, una vez que tuvo puesto su camisón de franela no demostró mucha prisa en comenzar. Se plantó frente a Ana y restregó sus pies desnudos uno contra el otro, con aire indeciso.

-Ven, querido, arrodíllate -dijo Ana. Davy se acercó y hundió la cabeza en el regazo de Ana, pero no se arrodilló.

-Ana -dijo con voz desmayada-, después de todo no tengo deseos de rezar. Y estoy así hace una semana. Yo... yo no recé anoche, ni anteanoche.

-¿Por qué no, Davy? -preguntó la joven con bondad.

-¿No... no te enfadarás si te lo digo? Ana levantó al niño, lo sentó en sus rodillas y rodeó su cabeza con el brazo.

-¿Me he enfadado alguna vez cuando me contabas tus cosas, Davy?

-Nooo..., nunca. Pero te pones triste, y es peor. Te pondrás terriblemente triste cuando te diga esto, Ana..., y te avergonzarás de mí, supongo.

-¿Has hecho algo malo, Davy, y por eso no puedes rezar?

-No, no he hecho nada malo todavía. Pero quiero hacerlo.

-¿Qué es, Davy?

-Yo... yo quiero decir una mala palabra -soltó abruptamente el niño en un esfuerzo desesperado-. Se la oí decir al peón del señor Harrison la semana pasada, y desde entonces, todo este tiempo, aun cuando decía mis oraciones, he querido repetirla.

-Entonces dila, Davy.

Éste levantó sorprendido su ruborizado rostro.

-¡Pero Ana, es una palabra horrible!

-¡Dila!

Davy volvió a mirarla con incredulidad y luego, en voz muy baja, dijo la terrible palabra. Al instante siguiente escondía su cara contra ella.

-¡Oh, Ana, nunca volveré a decirla, nunca! ¡Nunca querré decirla! Sabía que era fea, pero nunca me imaginé que era tan... tan... ¡nunca imaginé que fuera así!

-No, no creo que quieras repetirla, Davy; ni pensarla siquiera. Y si yo estuviera en tu lugar, no me juntaría mucho con el peón del señor Harrison.

-¡Es que él sabe gritos de guerra indios! -dijo el niño sentidamente.

-Pero tú no quieres llenarte la mente con malas palabras, ¿no es cierto, Davy?; con palabras que envenenan y barren todas las ideas buenas.

-No.

-Entonces no te juntes con personas que las digan. Y ahora, ¿te sientes con ánimo de rezar?

-¡Oh, sí! -dijo Davy arrodillándose prestamente-. Ahora puedo rezar muy bien. Y no tendré miedo de decir: «si muriese antes de despertar», como cuando quería decir esa palabra.

Probablemente Ana y Diana se confesaron esa noche todos sus secretos, pero no ha quedado constancia alguna de su conversación. A la mañana siguiente estaban tan frescas y lozanas como sólo pueden estarlo las jóvenes después de tantas horas de charla y confidencias. En esa época no había nieve, pero cuando Diana cruzó el viejo puente camino de su casa, blancos copos comenzaron a licuarse sobre los campos y bosques. Las lejanas cuestas y montes parecían paisajes fantasmales, como si la pálida estación otoñal hubiera echado un nublado velo de novia sobre sus cabellos, a la espera de su invernal prometido. De modo que, después de todo, tendrían una Navidad blanca. Y, en verdad, fue un día muy hermoso. Por la tarde llegaron regalos de la señorita Lavendar y de Paul. Ana abrió los paquetes en la alegre cocina de «Tejas Verdes», la que, como decía Davy, estaba llena de «deliciosos olores».

-La señorita Lavendar y el señor Irving están ya instalados en su nueva casa -informó Ana-. Estoy segura de que la señorita Lavendar es totalmente feliz. Lo sé por el tono de su carta. Pero hay una nota de Charlotta IV: dice que no le gusta Boston y que está enferma de nostalgia. La señorita Lavendar quiere que vaya un día a «La Morada del Eco» a airearla y a ver cómo están por allí las cosas. Le pediré a Diana que me acompañe la semana próxima y pasaremos la tarde con Theodora Dix. Tengo ganas de verla. A propósito, ¿todavía va a visitarla Ludovic Speed?

-Así dicen -contestó Marilla- y es probable que eso continúe. La gente ya perdió las esperanzas de que ese noviazgo llegue a buen fin.

-Si yo fuera Theodora lo apuraría un poco, te aseguro -dijo la señora Lynde. Y no nos cupo la menor duda de que así hubiera sido.

Había también unos garabatos muy propios de Phüippa, llenos de Alee y Alonzo; lo que ellos decían y hacían, y cómo se ponían cuando ella los miraba.

«Pero aún no he podido decidir con quién voy a casarme», escribía Phüippa; «querría que estuvieras aquí para ayudarme. Uno será el elegido. Cuando vi a Alee mi corazón dio un gran brinco y pensé; éste es a quien quiero. Y luego, cuando vino Alonzo, otra vez saltó mi corazón. De modo que esta señal no sirve, a pesar de lo que dicen todas las novelas que he leído. Dime, Ana: tu corazón nunca brincó por nadie excepto por el genuino Príncipe Encantado, ¿no es verdad? Algo debe marchar mal en el mío. Pero lo estoy pasando divinamente. ¡Cómo me gustaría que estuvieras conmigo! Hoy está nevando y me siento embelesada. Tenía mucho miedo de que ésta fuera una Navidad verde, pues las odio. Tú sabes que cuando la Navidad se presenta de un sucio color gris y pardo, como si todo estuviera en remojo desde hace cien años, se dice que es una Navidad verde. No me preguntes por qué. Como dice lord Dundreary, "cosas hay que la mente humana no alcanza a comprender".

»Ana, ¿te ha ocurrido alguna vez subir a un transporte público y descubrir que no tienes dinero para pagar el viaje? A mí sí, el otro día. Es algo horrible. Tenía una moneda cuando subí. Yo creía que en el bolsillo izquierdo de mi abrigo. Cuando me hube sentado cómodamente la busqué. No estaba. Tuve un escalofrío. Busqué en el otro bolsillo; tampoco. Tuve otro escalofrío. Escudriñé en un bolsillo interior; nada absolutamente. Me acometieron dos escalofríos a un tiempo. Me quité los guantes, los puse sobre el asiento y volví a revisar todos mis bolsillos. En vano. Me puse en pie y me sacudí, y luego busqué en el suelo. El vehículo estaba repleto de gente que regresaba de la Ópera y todos me miraban, pero yo estaba demasiado angustiada para darme cuenta. No pude encontrar mi moneda. Terminé por creer que debía de habérmela tragado sin darme cuenta.

»No sabía qué hacer. Me preguntaba si el conductor sería capaz de detener el coche y ponerme en la calle ignominiosamente. ¿Podría convencerlo de que era una mera víctima de mi distracción y no una aventurera que trataba de viajar gratis mediante un subterfugio? ¡Cómo deseaba que Alee o Alonzo estuvieran allí! Pero no iban a aparecer sólo porque lo deseara. Y no podía decidirme acerca de qué le diría al conductor cuando se acercara. Apenas componía una frase de explicación me daba cuenta de que nadie la creería y debía pensar otra. Me parecía que nada me quedaba por hacer, salvo confiar en la Providencia.

»Precisamente en el momento crítico, cuando había abandonado toda esperanza y el conductor alargaba su caja frente al pasajero que me precedía recordé dónde había puesto la condenada moneda. Después de todo, no me la había tragado. Humildemente la saqué del dedo índice de mi guante y la eché en la caja. Sonreí, y sentí que el mundo era hermoso.»

La visita a «La Morada del Eco» fue una de las muchas cosas placenteras de aquellos días. Ana y Diana fueron por el camino de los bosques de hayas y llevaron una cesta con merienda. «La Morada del Eco», que había estado cerrada desde la boda de la señorita Lavendar, fue abierta otra vez a los vientos y al sol, y el fuego ardía en las habitaciones. El perfume de las rosas del florero de la señorita Lavendar aún flotaba en el aire. Parecía que en cualquier momento ésta aparecería a darles la bienvenida y que Charlotta IV asomaría a la puerta con su amplia sonrisa. También Paul parecía revolotear por los alrededores con sus fantásticas historias.

-Esto me hace sentir un poco como un viejo fantasma reviviendo antiguos tiempos -rió Ana-. Salgamos a ver si todavía hay eco. Trae el viejo cuerno. Todavía está detrás de la puerta de la cocina.

El eco todavía estaba sobre el blanco río, tan argentino y múltiple como siempre; y cuando cesó de contestar, las jovenci-tas echaron una última mirada a «La Morada del Eco» y regresaron, disfrutando de esa media hora perfecta en que se prolonga todo rosado atardecer invernal.

CAPÍTULO OCHO

Primera petición de mano

El año no quiso despedirse con un colorido crepúsculo y una sonrosada puesta de sol. Se fue con una blanca y estruendosa tormenta. Era una de esas noches en que el dios de los vientos se lanza desatado sobre las heladas praderas y los oscuros valles, gime por los aleros como un alma errante y arroja la nieve furiosamente contra las temblorosas ventanas.

-Es exactamente la clase de noche en que a la gente le gusta meterse entre las frazadas y decir sus oraciones -dijo Ana a Jane Andrews, quien había ido a pasar la tarde con ella y se quedó a dormir. Pero cuando estuvieron abrigadas en el lecho del pequeño cuarto blanco sobre la galería, no fue precisamente en sus oraciones en lo que pensó Jane.

-Ana -dijo muy solemnemente-, quiero decirte algo, ¿me escuchas?

Ana estaba muy cansada a consecuencia de la fiesta que había dado Ruby Gillis la noche anterior. Tenía muchas más ganas de dormir que de oír las confidencias de Jane, que con toda seguridad la aburrirían. No tenía la más remota idea de lo que se avecinaba. Probablemente también Jane se había comprometido; corrían rumores de que Ruby Gillis era la novia del maestro de la escuela de Spencervale, por quien se decía que suspiraban todas las muchachas. «Pronto seré la única soltera de nuestro antiguo cuarteto», pensó Ana en su sopor, y dijo:

-Por supuesto.

-Ana -prosiguió Jane aún más solemnemente-, ¿qué piensas de mi hermano Bill?

Ana se quedó con la boca abierta ante la inesperada pregunta y forcejeó desesperadamente con sus ideas. ¡Por Dios! ¿Qué pensaba ella de Billy Andrews? Nunca había pensado nada sobre él, sobre el Billy Andrews de cara redonda y tonta con su eterna sonrisa. ¿Podría cualquiera pensar siquiera en él?

-*No...* no entiendo, Jane -tartamudeó-, ¿qué quieres decir... exactamente?

-¿Te gusta Billy? -preguntó Jane lisa y llanamente.

-Pero... pero... sí, por supuesto -dijo Ana, no muy segura de decir totalmente la verdad. Por cierto que Billy no le disgustaba. Pero ¿podría la indiferente tolerancia con que le aceptaba cuando acertaba a verlo ser considerada como algo más? ¿Qué estaba tratando de averiguar Jane?

-¿Te gustaría para marido? -preguntó Jane con calma.

¡Marido! Ana se había sentado en la cama para precisar mejor su opinión respecto de Billy Andrews y ante esta palabra cayó de espaldas sobre las almohadas.

-¿Marido de quién? -preguntó casi sin aliento.

-Tuyo, por supuesto -respondió su amiga-. Billy quiere casarse contigo. Siempre ha estado loco por ti y ahora que papá ha puesto a su nombre una granja, no hay nada que le impida casarse. Pero es tan vergonzoso que no se atreve a pedírtelo por sí mismo y me ha encargado a mí que lo haga. Yo no quería, pero no me ha dejado en paz hasta que le prometí hacerlo si se me presentaba la ocasión. ¿Qué opinas, Ana?

¿Era un sueño? ¿Una de esas pesadillas en las que una se ve casada o comprometida con alguien a quien aborrece o no conoce, sin tener la menor idea de cómo se llegó a ese punto? No, ella, Ana Shirley, estaba acostada, totalmente despierta en su propio lecho, y Jane Andrews se hallaba a su lado proponiéndole tranquilamente que se casara con su hermano Billy. Ana no sabía si llorar o reír, pero no podía hacer ninguna de las dos cosas por no ofender a Jane.

-Yo... yo no puedo casarme con Billy, lo sabes bien, Jane -pudo murmurar-. ¡Vaya, nunca se me ocurrió una idea semejante..., nunca!

-Supongo -condescendió Jane- que Billy siempre ha sido demasiado tímido para cortejarte. Pero puedes pensarlo bien, Ana. Billy es un buen chico. Debo decirlo aunque sea mi hermano. No tiene malas costumbres, es muy trabajador y pue des confiar en él. «Vale más pájaro en mano que ciento volando.» Me pidió que te dijera que está dispuesto a esperar hasta que termines la universidad, si insistes en estudiar, aunque él preferiría casarse esta primavera antes de comenzar la siembra. Estoy segura de que siempre será muy bueno contigo, Ana, y tú sabes que me gustarías como hermana.

-No puedo casarme con Billy -dijo Ana con decisión. Se había recobrado por completo y hasta se sentía ligeramente enfadada. ¡Era todo tan ridículo!-. Es inútil pensarlo, Jane. No siento nada por él en cuanto a eso, y tú debes decírselo así.

-Bueno, eso es lo que yo pensaba -dijo Jane con un suspiro de resignación, convencida de que había hecho todo lo posible-. Le dije a Billy que era perder el tiempo hablarte, pero insistió. Bueno, ya te has decidido y espero que no tengas que arrepentirte.

Jane habló con cierta frialdad. Sabía perfectamente que el enamorado Billy no tenía posibilidad alguna de que Ana accediera a casarse con él; sin embargo, estaba un poco resentida por el hecho de que una simple huérfana que no tenía donde caerse muerta rechazara a su hermano, uno de los Andrews de Avonlea. «Bueno, el orgullo es mal consejero», reflexionó ominosamente.

Ana se permitió sonreír en la oscuridad ante la idea de que alguna vez pudiera arrepentirse de no haberse casado con Billy Andrews.

-Espero que Billy no se apene mucho -dijo amablemente. Jane hizo un movimiento como si sacudiera la cabeza apoyada en las almohadas.

-¡Oh, no se le partirá el corazón! Billy tiene demasiado sentido común para eso. También le gusta Nettie Blewett y mamá prefiere que se case con ella antes que con ninguna otra. Es muy buena ama de casa y muy buena administradora. Estoy segura de que cuando sepa que tú lo has rechazado se quedará con Nettie. Por favor, no hables de esto a nadie, Ana.

-Claro que no -dijo Ana, que no tenia el menor deseo de pregonar que Billy Andrews la había colocado en la misma balanza que Nettie Blewett. ¡Nettie Blewett!

-Y ahora, creo que será mejor que te duermas -sugirió Jane.

Y eso hizo Jane rápida y fácilmente. Pero, aunque muy distinta a Macbeth en muchos aspectos, había contribuido a matar el sueño de Ana. Ésta estuvo despierta hasta el amanecer, mas sus meditaciones no tenían nada de románticas. Sólo a la mañana siguiente pudo ahogar todo el asunto en una buena carcajada. Cuando Jane se fue, todavía algo fría en sus maneras, porque Ana había rechazado con tanta decisión e ingratitud el alto honor de emparentarse con la casa de los Andrews, Ana regresó a su habitación, cerró la puerta y soltó la carcajada.

-¡Si pudiera comentarlo con alguien! -se dijo-. Pero no puedo; Diana es la única a quien querría decírselo; y aunque no se lo hubiera prometido a Jane no puedo confiarle nada ahora. Sé que le cuenta todo a Fred. Bueno, he recibido mi primera petición de mano. Pensaba que iba a ocurrir algún día, pero nunca imaginé que por medio de otra persona. Es divertidísimo y sin embargo hay algo en todo esto que me da pena.

Aunque no se lo confesaba, Ana sabía perfectamente qué era lo que la apenaba. Tenía sus secretos sueños con respecto a la primera ocasión en que alguien la pidiera en matrimonio. Y siempre habían sido sueños muy románticos y hermosos; y ese «alguien» era bien parecido y de ojos oscuros y muy elegante y elocuente, ya fuera el Príncipe Encantado, a quien sólo se le podía responder con un «sí» lleno de éxtasis, u otro a quien debía darse una sentida pero definitiva negativa. En el caso de este último, la respuesta era dada tan delicadamente, que él se consolaba y partía, después de besarle la mano, asegurándole su eterna e inalterable devoción. Y así quedaría como un bello episodio que recordar con orgullo y también con cierta pena.

Y ahora esta excitante experiencia se había tornado grotesca. Billy Andrews enviaba a su hermana a proponerle matrimonio porque su padre le había regalado una granja; y si Ana no lo aceptaba, lo haría Nettie Blewett. ¡Esto era lo más romántico! Ana rió... y luego

suspiró. Se había estropeado la belleza de sus sueños juveniles. ¿Continuaría adelante el doloroso proceso y todo se haría así de monótono y prosaico?

CAPITULO NUEVE

Un amor indeseado y una amiga bienvenida

El segundo trimestre en Redmond pasó tan rápido como el primero; en realidad, como dijera Philippa, «voló». Ana lo disfrutó por completo: la rivalidad estimulante, las nuevas y útiles amistades que se hacían o se afianzaban, los alegres acontecimientos sociales, las actividades de las distintas sociedades en las que actuaba y los nuevos horizontes e intereses. Estudió mucho, pues estaba decidida a ganar la beca Thorburn de inglés. Hacerlo significaba volver a Redmond al año siguiente sin diezmar los escasos ahorros de Marilla, cosa que estaba dispuesta a conseguir.

También Gilbert iba a la caza de una beca, pero encontraba tiempo para visitarlas con frecuencia. Era el compañero de Ana en casi todos los acontecimientos del colegio y ésta sabía que sus nombres se pronunciaban juntos con frecuencia. Ana se enfadaba, pero era inútil; no podía hacer a un lado a un viejo amigo como Gilbert, especialmente cuando se había vuelto de pronto inteligente y sagaz, cosa tan necesaria ante la peligrosa proximidad de más de un joven de Redmond, pues de muy buen grado cualquiera de estos últimos habría ocupado su lugar junto a la grácil pelirroja, cuyos ojos grises refulgían como estrellas. Ana no estaba nunca rodeada por la corte de gustosas víctimas que cercaba a Philippa; pero un desgarbado e inteligente «novato», un alegre y rollizo alumno de segundo y un alto y sabio de tercero acudían a la pensión para hablar de «ismos» y de otras cosas con Ana, en la «almohadonada» sala. A Gilbert no le gustaba ninguno y tenía buen cuidado de no cederles ventaja en aquello que pudiera significar una inesperada demostración de sus verdaderos sentimientos. Para ella había vuelto a ser el amigo de la niñez, y como tal podía ocupar su lugar frente a cualquier «recién llegado». Ana admitía que como compañero, nadie podía ser más satisfactorio que Gilbert. Estaba muy contenta (así se lo decía a sí misma) de que él hubiese abandonado esas ideas tontas. Aunque pasaba largos ratos preguntándose el porqué de su satisfacción a ese respecto.

Sólo un incidente desagradable estropeó, en cierto modo, aquel invierno. Charlie Sloane, sentado rígidamente sobre el más apreciado cojín de la señorita Ada, le preguntó una noche si estaba dispuesta a prometerle «ser algún día la señora Sloane». Por llegar inmediatamente después de la declaración por poder que le hiciera Billy Andrews, éste no fue un gran golpe para Ana; pero sí otra gran desilusión. También se sintió enfadada, pues tenía la seguridad de no haberle dado nunca el menor motivo para pensar tal cosa. Pero, como hubiera preguntado agriamente la señora Lynde, ¿qué se podía esperar de un Sloane? Todo el aspecto de Charlie era «Sloane». Le estaba confiriendo un gran honor, sin duda, al hacerle aquella pregunta. Y cuando Ana, evidentemente insensible a tal honor, le dio calabazas con toda la delicadeza y consideración que pudo (pues un Sloane posee también sentimientos que no deben ser heridos), el aire de familia lo traicionó. Charlie no aceptó la negativa como lo hubieran hecho los pretendientes imaginarios de Ana. Por el contrario, se enfadó y lo demostró; dijo un par de cosas desagradables; el genio de Ana se inflamó y le espetó un discursito cuyas frases le llegaron a lo más vivo. Charlie cogió su sombrero y se marchó con la cara ardiendo; Ana subió la escalera corriendo, pisó los cojines de la señorita Ada y se tiró sobre el lecho llorando de rabia y de humillación. ¿Había llegado a enfadarse con un Sloane? ¿Era posible que cualquier cosa que dijese Charlie la sacara de sus casillas? ¡Oh, esto era degradante, peor aún que ser rival de Nettie Blewett!

-¡Quisiera no tener que volver a ver a esa horrible criatura! -exclamó sollozando.

Pero no pudo evitarlo, aunque el enfurecido Charlie cuidó de que no fuese muy de cerca. Los cojines de la señorita Ada se vieron libres desde entonces de sus depredaciones; y cuando se encontraba con Ana en la calle o en las aulas de Redmond, su saludo era notoriamente helado. Durante el resto del año las relaciones entre los dos antiguos condiscípulos fueron secas. Luego Charlie dirigió sus afectos a una alumna de segundo,

gordezuela, de nariz chata y ojos azules, y que pareció concederle todo el valor que merecía; ante esto, el muchacho perdonó a Ana y condescendió a portarse bien nuevamente, cosa que hizo con evidente aire protector, destinado a demostrarle cuánto había perdido. Cierto día Ana entró corriendo en la habitación de Priscilla.

-Lee eso -dijo alcanzándole una carta-. Es de Stella; vendrá a Redmond el año próximo; ¿qué te parece su idea? Creo que es muy buena, siempre que podamos llevarla a cabo. ¿Crees que podremos, Priscilla?

-Podré contestarte mejor en cuanto sepa de qué va -dijo Pris, dejando a un lado el griego para coger la carta de Stella. Stella Maynard había sido condiscípula suya en la Academia de la Reina y estaba desde entonces dedicada a la enseñanza.

«Pero voy a abandonarla, Ana querida -decía en su carta-, para ir a la universidad. Si curso el tercer año en la Academia puedo entrar a segundo en la universidad. Estoy cansada de enseñar en una escuela rural. Algún día escribiré un tratado sobre "Las vicisitudes de una maestra rural". Será de un terrible realismo. En general, parece que todos opinan que vivimos en un lecho de rosas y que robamos nuestro sueldo. Mi libro dirá la verdad sobre nosotras. Si pasa una semana sin que alguien me diga que estoy trabajando poco por lo que me pagan, me llevaré un alegrón. Lo único que falta es que un contribuyente me diga: "Bueno, usted gana fácilmente su sueldo; todo cuanto tiene que hacer es sentarse y oír las lecciones". Al principio discutía, pero ahora soy más inteligente. La verdad es indestructible, pero, como alguien ha dicho muy bien, algunos errores son aún más indestructibles. De modo que ahora sonrío suavemente con elocuente silencio. Tengo alumnos de todas las edades y debo enseñar un poco de todo, desde el estudio de la anatomía de los gusanos hasta el sistema solar. Mi alumno más pequeño es un niño de cuatro años (su madre lo envía al colegio para quitárselo de encima) y el mayor tiene veinte (se le ocurrió de pronto que sería mejor asistir a la escuela y educarse que seguir pegado al arado más tiempo). Es un terrible esfuerzo amontonar toda clase de estudios en seis horas por día. No sé si los niños se sienten como el pequeño que asistió al cine por vez primera ("tengo que ver lo que sigue antes de haberme dado cuenta de las cosas que pasaron"), pero yo sí me siento como él.

»¡Y las cartas que recibo, Ana! La mamá de Tommy me escribe que su hijo no progresa en aritmética tanto como ella desearía. Está todavía en las restas, mientras que Johnny Jackson va por los quebrados, y eso que Johnny no es ni la mitad de inteligente que su Tommy, de manera que no puede comprenderlo. Y el padre de Susy quiere saber por qué su hija no puede escribir una carta sin poner mal la mitad de las palabras, y la tía de Dick quiere que lo cambie de lugar porque su compañero actual, Brown, le está enseñando malas palabras.

»En lo que respecta a la parte financiera... mejor no hablar. Los dioses convierten en maestros rurales a aquellos a quienes desean castigar.

»Bueno, después de haberme desfogado me siento mejor. Después de todo, he gozado de estos dos últimos años. Pero me marcharé a Redmond.

»Y ahora, Ana, he aquí mi plan: Tú sabes cómo odio vivir en una pensión. Me he hospedado así durante cuatro años y estoy harta. No me creo capaz de resistir otros tres años. Ahora bien; ¿por qué no nos juntamos Priscilla, tú y yo, alquilamos una casita en Kingsport y nos alojamos juntas? Saldría más barato que de cualquier otra manera. Desde luego, nos haría falta un ama de llaves, pero ya he pensado en quién podría serlo. ¿Me oíste alguna vez hablar de la tía Jamesina? Es la mejor tía del mundo, a pesar de su nombre. ¡Eso no es culpa suya! Le pusieron Jamesina porque su padre, que se llamaba James, se ahogó un mes antes de que ella naciera. Yo siempre la llamo tía Jimsie. Bueno, su única hija se ha casado hace poco y ha partido a tierras lejanas, pues su marido es misionero. Tía Jamesina vive desde entonces en un gran caserón y se siente terriblemente sola. Irá a Kingsport a encargarse de la casa si así lo deseamos, y sé que vosotras la querréis. Cuanto más pienso en el plan más me gusta. Podremos vivir bien e independientes.

»Si Priscilla y tú estáis de acuerdo, podríais empezar a buscar una casa. Sería mejor que dejarlo todo para el otoño. Si podéis encontrar una casa amueblada, tanto mejor. Si no, ya encontraremos muebles en los desvanes de las casas de la familia y de los amigos. De todos modos, decidios pronto y escribidme, de modo que la tía Jamesina pueda preparar sus planes para el año que viene.»

-Creo que es una buena idea -dijo Priscilla.

-Yo también -asintió Ana, encantada-. Aquí tenemos una hermosa pensión, pero con el correr del tiempo uno llega a extrañar su propio hogar. De modo que podríamos empezar a buscar casa ahora mismo, antes de que comiencen los exámenes.

-Temo que será bastante difícil conseguir una -previno Priscilla-. No te ilusiones demasiado, Ana. Las que nos gusten estarán seguramente fuera de nuestro alcance. Es probable que tengamos que conformarnos con alguna «andrajosa», en un barrio donde viven gentes desconocidas, y que tendremos que hacer que la vida interior compense la exterior.

Y comenzaron a buscar casa, sólo para encontrar que sus deseos eran aún más difíciles de realizar de lo que Priscilla temiera. Había casas en abundancia, con muebles y sin ellos; pero una era demasiado grande y otra demasiado pequeña; ésta demasiado cara, aquélla demasiado alejada de la universidad. Llegaron y pasaron los exámenes; empezó la última semana del curso y todavía su «casa de ensueño», como Ana la llamaba, no había aparecido.

-Tendremos que abandonar todo hasta el otoño -dijo Priscilla tristemente, mientras vagaban por el parque en uno de los hermosos días de abril, cuando el puerto brillaba entre la neblina-. Quizá encontremos entonces una choza donde albergarnos; y si no, siempre podremos recurrir a una pensión.

-De todos modos, no pienso preocuparme ahora por eso y echar a perder una tarde tan linda -dijo Ana, mientras lanzaba una mirada a su alrededor. El frío aire estaba cargado del balsámico olor de los pinos, y el cielo era cristalino y azul-. Hoy canta la primavera en mi sangre y siento en el aire la llamada de abril. Por culpa del viento del oeste estoy viendo visiones. Amo ese viento. ¿No es cierto que cuenta sus esperanzas y alegrías? Cuando sopla el viento del este pienso en la triste lluvia golpean do los aleros y en las olas sobre la costa gris. Cuando envejezca, el viento de oriente me traerá reumatismo.

-¿Y no es hermoso dejar de lado las pieles y los tocados invernales por vez primera y pasear como ahora, con ropas primaverales? -preguntó Priscilla riendo-. ¿No te sientes renovada?

-En primavera todo es nuevo -dijo Ana-. La misma primavera es siempre distinta. Ninguna es igual a las anteriores; siempre posee algo peculiar. Mira qué verde está la hierba y cómo están creciendo los retoños del sauce junto a la laguna...

-Y los exámenes ya han pasado y se acerca el día de la asamblea; es el miércoles próximo. Una semana después estaremos en nuestro hogar.

-Me alegro -dijo Ana, soñadora-. ¡Son tantas las cosas que quiero hacer! Quiero sentarme en los escalones del portal y sentir la brisa que viene de los campos del señor Harrison. Quiero buscar margaritas en el Bosque Embrujado y violetas en el Valle de las Violetas. ¿Recuerdas, Priscilla, el día de nuestra dorada excursión? Quiero escuchar el croar de las ranas y el susurro de los álamos. Pero también he aprendido a querer a Kings-port y me alegro de regresar en el otoño. De no haber ganado la beca Thorburn no creo que hubiera podido hacerlo. No habría podido tocar un centavo de los ahorros de Marilla.

-¡Si sólo pudiésemos encontrar una casa! -suspiró Priscilla-. Mira Kingsport, Ana; por todas partes casas, casas y casas, y ni una para nosotras.

-Detente, Pris. «Todavía está por ocurrir lo mejor.» Como los antiguos romanos, encontraremos una casa o la levantaremos. En un día como el de hoy la palabra fracaso no figura en mi diccionario.

Vagaron por el parque hasta el atardecer, viviendo el maravilloso milagro del despertar de la primavera, y regresaron como de costumbre por la avenida Spofford para poder ver «La Casa de Patty».

-Tengo la impresión de que está por ocurrir algo misterioso -dijo Ana mientras bajaban la cuesta-. Es una hermosa sensación. ¡Oh, oh, oh! ¡Priscilla Grant, mira hacia allí y dime si estoy viendo visiones!

Priscilla miró. Los sentidos de Ana no la habían engañado. Sobre la arcada de «La Casa de Patty» danzaba un pequeño y modesto cartel. Decía: «Se alquila amueblada. Informes aquí».

-Priscilla -susurró Ana-, ¿crees que es posible que podamos alquilar «La Casa de Patty»?

-No -contestó Priscilla-. Sería demasiado bueno para ser verdad. Los cuentos de hadas no ocurren en estos días. No quiero hacerme ilusiones, Ana, pues el desengaño sería terr-ible. Se-

guramente que piden por ella más de lo que podemos pagar. Acuérdate de que está en Spofford Avenue.

-De todos modos, debemos averiguarlo -respondió Ana resueltamente-. Ya es demasiado tarde, pero volveremos mañana. ¡Oh, Pris, si pudiéramos vivir en este lugar! Desde que la vi por vez primera tuve la sensación de que mi destino estaba encadenado a «La Casa de Patty».

CAPÍTULO DIEZ

«La Casa de Patty»

La tarde siguiente las encontró recorriendo resueltamente el camino que atravesaba el pequeño jardín. El aire de abril acariciaba los pinos y la arboleda estaba poblada de regordetes y chillones petirrojos. Las muchachas llamaron con timidez y fueron atendidas por una ceñuda y anciana criada. La puerta abría directamente sobre un amplio salón en el que ardía un alegre fuego, a cuyo abrigo se hallaban dos damas, ambas ceñudas y ancianas. Salvo en el hecho de aparentar una setenta años y la otra sólo cincuenta, las dos tenían el mismo aspecto. Las dos poseían ojos azules, asombrosamente grandes tras los anteojos de montura de acero; las dos llevaban una cofia y un chai de color gris; las dos tejían sin prisa y sin pausa; las dos se mecían suavemente en su asiento. Miraron a las jóvenes sin decir palabra. Detrás de cada silla había un gran perro de porcelana blanca cubierto de manchas verdes, verde la nariz y verdes las orejas. Los perros despertaron inmediatamente la fantasía de Ana; parecían dos deidades gemelas protectoras de «La Casa de Patty».

Durante varios minutos nadie habló. Las muchachas estaban demasiado nerviosas para decir palabra y ni las ancianas ni los perros de porcelana parecían inclinados a iniciar la conversación. Ana observó la habitación. ¡Qué lugar tan adorable! Otra puerta daba al bosquecillo y los petirrojos llegaban audazmente hasta el mismo umbral. El piso estaba cubierto de esterillas bordadas, iguales a las que tenía Marilla en «Tejas Verdes», y a las que todo el mundo consideraba anticuadas, aun en Avonlea. ¡Y estaban en plena Spofford Avenue! Un pulido reloj antiguo sonaba fuerte y solemnemente en un rincón. Sobre la chimenea había unos pequeños aparadores, detrás de cuyas puertas de vidrio brillaban hermosas porcelanas. De las paredes colgaban cuadros y siluetas. En un ángulo del salón estaba la escalera, en cuyo primer descansillo se abría un largo ventanal con un acogedor asiento. Todo era tal como Ana imaginara. El silencio se había tornado tan pesado que Priscilla dio un pequeño codazo a Ana intimándola a hablar.

-Nosotras... nosotras vimos el anuncio de que esta casa se alquila -dijo Ana desmayadamente, dirigiéndose a la mayor de las damas, evidentemente la señorita Patty Spofford.

-¡Oh, sí! -respondió la señorita Patty-. Hoy pensábamos quitar el cartel.

-Entonces... entonces es demasiado tarde -exclamó Ana, pesarosa-. ¿La han alquilado ya?

-No; hemos decidido no hacerlo.

-¡Qué pena! -dijo Ana impulsivamente-. ¡Amo este lugar! Tenía la esperanza de que podríamos vivir aquí.

La señorita Patty dejó a un lado su labor, se quitó los anteojos, los limpió, volvió a ponérselos, y por primera vez miró a Ana como a un ser humano. La otra dama repitió los movimientos de ésta con tal exactitud, que podía haber pasado perfectamente por su imagen reflejada en un espejo.

-Usted lo ama -exclamó la señorita Patty con énfasis-. ¿Quiere decir que de verdad lo ama? ¿O es que simplemente le gusta? Las jóvenes de hoy en día usan términos tan exagerados que uno nunca puede saber qué quieren significar realmente. No sucedía así cuando yo era joven. En aquel tiempo una muchacha no decía que amaba los nabos con el mismo tono con que decía que amaba a su madre o al Salvador.

-Realmente lo amo -dijo Ana dulcemente-. Lo he amado desde el primer instante en que lo vi. Mis dos compañeras y yo queremos alquilar una casa el año próximo en lugar de vivir en una pensión y por eso buscábamos una casita que nos conviniera; cuando supe que ésta se alquilaba me sentí muy feliz.

-Si la amas, es tuya -dijo la señorita Patty-. María y yo decidimos esta tarde que no la alquilaríamos porque no nos gustó ninguno de los que se presentaron a verla. No tenemos necesidad de hacerlo. Podemos costearnos el viaje a Europa. Claro que sena una ayuda, pero ni por todo el oro del mundo le dejaría mi casa a gentes como las que vinieron a verla. Tú eres distinta. Creo que la querrás y serás buena con ella. Es tuya.

-Si... si podemos pagar lo que ustedes piden -balbuceó Ana.

La señorita Patty dijo la cantidad. Ana y Priscilla se miraron. Priscilla sacudió la cabeza.

-Mucho me temo que no podamos pagar tanto -dijo Ana ahogando su desilusión-. ¿Sabe? Sólo somos estudiantes, y pobres.

-¿Cuánto pensaban pagar? -preguntó la señorita Patty sin dejar de tejer.

Ana lo dijo. La señorita Patty asintió gravemente.

-Eso será. Como ya les dije, no la alquilamos por necesidad. No somos ricas, pero tenemos suficiente para el viaje a Europa. Nunca he estado allí y no pensé en hacer ese viaje, pero mi sobrina, María Spofford, está empeñada en hacerlo. Y ahora, díganme si una joven como María puede andar sola trotando por el mundo.

-No... yo... supongo que no -murmuró Ana, viendo que la señorita Patty era completamente sincera.

-Claro que no. De modo que debo ir con ella para cuidarla. Espero que también me divertiré; tengo setenta años, pero todavía no estoy cansada de vivir. Si se me hubiera ocurrido, ya habría ido a Europa antes. Estaremos fuera dos años, tal vez tres. Salimos en junio y les enviaremos la llave cuando esté todo en orden, para que tomen posesión de la casa cuando lo deseen. Empaquetaremos sólo algunas cosas que apreciamos especialmente y el resto quedará aquí.

-¿Dejará los perros de porcelana? -preguntó Ana tímidamente.

-¿Los quieres?

-¡Oh, sí! Son magníficos.

La expresión de la señorita Patty se tornó placentera.

-Tengo por esos perros un gran aprecio -dijo orgullosa-mente-. Tienen unos cien años y han estado sentados a ambos lados de la chimenea desde que mi hermano Aarón los trajo de Londres hace cincuenta anos. Spofford Avenue fue llamada así en honor a mi hermano.

-Era un gran hombre -dijo la señorita María, hablando por primera vez-. Hoy en día no se encuentran caballeros como él.

-Fue para ti un buen tío, María, y haces bien en recordarlo.

-Siempre lo recordaré -exclamó la señorita María con solemnidad-. Puedo verlo en este mismo momento, de pie ante el fuego, con las manos bajo los faldones de su gabán.

La señorita María sacó un pañuelo y se lo llevó a los ojos; pero la señorita Patty retornó resueltamente del mundo de los sentimientos al de los negocios.

-Dejaré los perros donde están si me prometen cuidarlos. Sus nombres son Gog y Magog. Gog mira hacia la derecha y Magog a la izquierda. Y hay algo más. Espero que no se opondrán a que esto siga llamándose «La Casa de Patty».

-Por supuesto que no. Pensamos que el nombre es una de las cosas más bonitas que tiene.

-Veo que tienen sentido común -dijo la señorita Patty con gran satisfacción-. ¿Quieren creer que todos los que vinieron para alquilar la casa me preguntaron si podían cambiarle el nombre mientras la ocuparan? Yo les dije rotundamente que el nombre pertenece a la casa. Se ha llamado así desde que mi hermano Aarón me la dejó en herencia y así seguirá llamándose hasta que María y yo muramos. Después de esto, el nuevo propietario puede ponerle cualquier nombre tonto que se le ocurra -concluyó la señorita Patty como si hubiera dicho «Después de esto, el diluvio universal»-. Y ahora, ¿querrían ustedes recorrer la casa y verlo todo antes de que demos por terminado el trato?

Lo que siguieron viendo aún les gustó más. Además del salón había una cocina y un pequeño dormitorio. El piso superior lo componían tres habitaciones, una grande y dos pequeñas. Ana prestó especial atención a una de éstas, con vista a los enormes pinos, y deseó que fuera la suya. Estaba empapelada de azul claro y tenía un pequeño tocador muy antiguo con candelabros. Había también una gran ventana con un acogedor asiento bajo los volantes de muselina azul, y Ana pensó que era el lugar ideal para estudiar y meditar.

-Es tan maravilloso que temo despertar y encontrarme con que todo es un hermoso sueño -dijo Priscilla mientras salía.

-La señorita Patty y la señorita María están hechas «de la sustancia de los sueños» -rió Ana-. ¿Puedes imaginártelas de «trotamundos», especialmente con esos chales y cofias?

-Supongo que se los quitarán cuando empiecen a trotar

-dijo Priscilla-, pero con toda seguridad que llevarán sus labores a todos lados. Son parte de ellas mismas. Ya las veo recorriendo la Abadía de Westminster y tejiendo al mismo tiempo. Bueno, el caso es que viviremos en «La Casa de Patty»... y en Spofford Avenue. Me siento como una millonaria.

-Y yo como una de las estrellas matutinas que salta de gozo

-respondió Ana.

Esa noche Phil Gordon llegó hasta la pensión de St. John Street y se arrojó sobre la cama de Ana.

-Querida, estoy muerta de cansancio. Me siento como si llevara a cuestas el país entero. He estado haciendo el equipaje.

-Y supongo que estás agotada porque no podías decidir qué guardar primero o dónde poner las cosas -rió Priscilla.

-Exactamente. Y cuando ya tenía todo apiñado de cualquier modo, y mi casera y su criada estaban sentadas encima de la maleta para que pudiera cerrarla, descubrí que había guardado un montón de cosas que quería tener para la Asamblea. Tuve que volver a abrirla y sepultarme en él durante una hora hasta que rescaté lo que quería, después de revolverlo todo otra vez. No, Ana, no maldije.

-¿He dicho que lo hicieras?

-No, pero lo pensabas. Aunque admito que mis pensamientos no eran del todo limpios. Y tengo tal resfriado que lo único que puedo hacer es resoplar, suspirar y estornudar. ¿No os suena a agonía? Reina Ana, di algo para levantarme el ánimo.

-Recuerda que el próximo jueves por la noche estarás en la tierra de Alee y Alonzo -suspiró Ana. Phil sacudió la cabeza dolorosamente.

-Más agonía; no quiero a Alee ni a Alonzo cuando estoy tan resfriada. Pero, ¿qué os pasa? Ahora que os veo juntas me doy cuenta de que parecéis tener una luz interior. Vaya, si estáis resplandecientes; ¿qué sucede?

-El próximo invierno vamos a vivir en «La Casa de Patty»

-anunció Ana triunfalmente-. Vivir, ¿entiendes? No de pen sionistas. Hemos alquilado la casa junto con Stella Maynard y su tía se ocupará de todo.

Phil saltó, se sonó la nariz y cayó de rodillas ante Ana:

-Muchachas, muchachas, dejadme ir a mí también. Seré muy buena. Si no hay cuarto para mí dormiré en la caseta del perro, en la huerta... la he visto. ¡Pero dejadme ir con vosotras!

-Levántate, boba.

-Arrastraré mis pobres huesos hasta que me digáis que podré vivir con vosotras el próximo invierno.

Ana y Priscilla se miraron. Luego Ana dijo lentamente:

-Phil, querida, nos encantaría tenerte con nosotras, pero será mejor que hablemos claro. Yo soy pobre... Pris es pobre... Stella Maynard es pobre... Nuestro sistema de vida será muy simple y nuestra mesa sencilla. Tendrías que vivir como nosotras. Ahora bien, tú eres rica, y la casa donde te hospedas lo atestigua.

-¿Oh, ¿qué puedo hacer contra eso? -demandó Phil trágicamente-. Saben mejor unas hierbas en compañía de seres queridos que un buey bien cebado comido en una solitaria pensión. No penséis que

soy toda estómago; sería capaz de vivir a agua y pan... con un poquito de manteca... si me dejáis ir con vosotras.

-Además -continuó Ana- habrá que trabajar mucho. La tía de Stella no podrá ocuparse de todo. Cada una tendrá asignada su tarea, y tú...

-...no sabes hacer nada -concluyó Philippa-. Pero aprenderé. Sólo tendréis que enseñarme una vez. Para empezar, puedo hacer mi cama. Y recordad que si bien no sé cocinar, nunca pierdo la paciencia; eso es algo. Y jamás protesto por el tiempo que hace. Eso es más aún. ¡Oh, por favor, por favor! Nunca he deseado tanto otra cosa en la vida... y este suelo está muy duro.

-Hay algo más, Phil -dijo Priscilla resueltamente-. Tú, como todo Redmond sabe, recibes visitas casi todas las noches. En «La Casa de Patty» eso no será posible. Hemos decidido recibir a nuestras amigas únicamente los viernes por la tarde. Si vienes con nosotras tendrás que observar esta regla.

-Bueno, sin duda pensarán que eso me pesa, ¿no es cierto? Pues no. Me alegra. Hace tiempo que debía haberlo establecido por mí misma, pero no me decidía. Si no me aceptáis moriré de desilusión y mi espíritu os rondará eternamente. Me colocaré en el mismo umbral de «La Casa de Patty» y no podréis entrar ni salir sin tropezar con mi espectro.

Nuevamente Ana y Frísenla cambiaron expresivas miradas.

-Bueno -dijo la primera-, claro que no podemos prometerte nada hasta hablar con Stella; pero no creo que se oponga. Por nuestra parte te aceptamos y te damos la bienvenida.

-Si te aburres de nuestra vida sencilla puedes dejarnos sin explicaciones -agregó Priscilla.

Phil se levantó, las abrazó con júbilo y partió alegremente.

-Espero que todo marche bien -comentó Priscilla.

-Nosotras debemos conseguir que así sea -reconoció Ana-. Creo que Phil se adaptará muy bien a nuestra sencilla vida de hogar.

-¡Oh, Phil es un encanto como camarada y compañera de diversiones! Y cuantas más seamos mejor para nuestros bolsillos. Pero, ¿cómo será convivir con ella? Hay que pasar las buenas y las malas junto a una persona para llegar a conocerla realmente.

-¡Oh, bueno! Ya veremos cómo nos portamos todas cuando llegue el momento. Phil es algo irreflexiva, pero no egoísta, y creo que nos irá magníficamente en «La Casa de Patty».

CAPÍTULO ONCE

Al correr del tiempo

Ana regresó a Avonlea con el galardón de la beca de Thorburn. Todos le aseguraban que no había cambiado mucho y lo decían como si estuvieran sorprendidos. Avonlea tampoco había cambiado. Por lo menos, así parecía al comienzo. Pero cuando aquel domingo Ana se sentó en el reclinatorio, observó una serie de pequeños cambios que, al presentársele todos juntos, le hicieron pensar en que el tiempo no pasa en vano ni siquiera en Avonlea. En el pulpito predicaba un nuevo pastor. En los bancos no se veían ni se verían nunca más algunos rostros antes familiares: el del viejo «Tío Abe», con su profecía cumplida; el de la señora Sloane, que había suspirado ya por última vez; el de Timothy Cotton que, como dijera la señora Lynde, «se las había arreglado para morirse de una vez después de veinte años de ensayo»; y el del viejo Josiah Sloane, a quien nadie reconoció en su ataúd por sus patillas bien cortadas. Todos dormían su último sueño en el cementerio, detrás de la capilla. ¡Y Billy Andrews se había casado con Nettie Blewett! Aquel domingo aparecían juntos por primera vez después de la boda. Cuando Billy acompañó a su esposa, vestida de sedas y adornada con plumas, hasta el banco de los Andrews, Ana bajó los ojos para que no se la viera reír. Recordó la tormentosa noche de Navidad en que Jane le pidiera su mano para Billy. Por cierto que las calabazas no parecían haberle quebrado el corazón. Ana se preguntaba si también Jane habría tenido que pedir la mano de Nettie para él o si el muchacho habría reunido bastante valor para hacerlo personalmente. Toda la familia Andrews compartía su orgullo, desde la señora Harmon, en el órgano, hasta Jane en los bancos. Jane había renunciado al colegio y pensaba trasladarse al oeste al otoño siguiente.

-Lo que ocurre es que no puede conseguir un novio en Avonlea, eso es -dijo desdeñosamente la señora Lynde-. Dice que el oeste le sentará bien. Es la primera vez que tengo noticias de su mala salud.

-Jane es una buena chica -dijo Ana, con lealtad-. Nunca trató de llamar la atención, como hacen otras.

-¡Oh, desde luego que no corría tras los hombres, si es eso lo que quieres decir! -contestó la señora Rachel-. Pero querrá casarse tanto como la que más, eso es. ¿Qué otra cosa podría llevarla al oeste, a un lugar desamparado y con la única ventaja de que abundan allí los hombres y escasean las mujeres?

Pero no fue a Jane a quien Ana contempló aquel día con sorpresa y consternación. Fue a Ruby Gillis, que se sentó junto a ella en el coro. ¿Qué le había ocurrido a Ruby? Estaba más hermosa que nunca; pero sus ojos azules tenían un brillo excesivo y el color de sus mejillas era demasiado intenso; además, estaba muy delgada. Las manos que sostenían el misal eran casi transparentes.

-¿Está enferma Ruby Gillis? -preguntó Ana a la señora Lynde mientras regresaban de la iglesia.

-Ruby Gillis se está muriendo de tisis galopante -dijo bruscamente la señora Lynde-. Todos lo saben, excepto ella y su familia. Ellos no dan su brazo a torcer. Si les preguntas por ella te dicen que está bien. No ha podido dar clase desde que tuvo una congestión pulmonar este invierno, pero dice que volverá a hacerlo en el otoño y quiere ejercer en la escuela de White Sands. Cuando esa escuela se reabra, la pobre niña estará ya en la tumba, eso es.

Ana escuchaba en silencio. ¿Sería verdad que Ruby Gillis, su antigua condiscípula, se estaba muriendo? ¿Era posible? En los últimos años se habían separado, pero aún existía la vieja intimidad de la escuela, y esas noticias le llegaron al corazón. ¡Ruby, la brillante, la alegre, la coqueta! Era imposible asociarla con la idea de la muerte. Cuando finalizó el servicio religioso dio cordial-mente la bienvenida a Ana, invitándola a que la visitara la tarde siguiente.

-Estaré fuera el martes y el miércoles por la tarde -le había murmurado triunfante-. Hay un concierto en Carmody y una fiesta en White Sands. Herb Spencer me lleva. Es mi último adorador. Ven mañana. Me muero por hablar largo y tendido contigo. Quiero que me cuentes tus andanzas por Redmond.

Ana sabía bien que lo que Ruby deseaba era hablarle de sus últimas conquistas, pero prometió ir y Diana se ofreció a acompañarla.

-Hace tiempo que deseaba ver a Ruby -dijo cuando dejaron «Tejas Verdes», la tarde siguiente-, pero realmente no podía ir sola. Es horrible ver cómo se estremece mientras trata de aparentar que nada le ocurre, cuando no puede casi hablar a causa de la tos. Está luchando desesperadamente por vivir y, por lo que afirman, no tiene salvación.

Las muchachas marcharon silenciosas por el camino, a la luz del crepúsculo. Los petirrojos cantaban en los árboles, llenando el dorado aire con sus trinos jubilosos. El croar de las ranas llegaba de los pantanos y las lagunas, por encima de los campos, en los que reventaban las semillas al sol y bajo las lluvias. El aire estaba perfumado con el aroma salvaje y dulce de las frambuesas. En las silenciosas hondonadas se cernía una blanca neblina y sobre los campos brillaban solitarias estrellas.

-¡Qué atardecer más hermoso! -dijo Diana-. Mira, Ana, parece un país de ensueño. Ese largo banco bajo nubes purpúreas es la tierra y el cielo claro, encima, es un mar dorado.

-¡Cuan hermoso sería navegar en él en el barco de luz de la luna que ideó Paul en su vieja composición!, ¿te acuerdas? -preguntó Ana, despertando de sus sueños-. ¿Crees, Diana, que allí podríamos volver a encontrar nuestros sueños de ayer?

-¡No sigas! -exclamó Diana-. ¡Parece que fuésemos un par de viejas!

-Es que así me siento desde que supe lo de la pobre Ruby. Si es verdad que ella se está muriendo, cualquier otra cosa triste puede serlo también.

-¿Te molesta que visitemos un momento a Elisha Wright? -preguntó Diana-. Mamá me pidió que le dejase este plato con jalea para la tía Atossa.

-¿Y quién es la tía Atossa?

-¡Oh!, ¿es que no sabes nada? Es la esposa de Samson Coates, de Spencervale; la tía de Elisha Wright. Es también tía de mi padre. Su marido murió el invierno pasado y quedó muy pobre y sola, de manera que los Wright la trajeron a vivir con ellos. Mamá pensó en tomarla a su cargo pero papá se opuso. Dice que no podría vivir con ella.

-¿Es tan terrible? -inquirió Ana con tono ausente.

-Probablemente podrás ver cómo es antes de que nos vayamos -dijo Diana significativamente-. Papá dice que tiene una cara como un hacha: corta el aire. Pero su lengua es aún más afilada.

A pesar de la hora avanzada, la tía Atossa cortaba patatas en el jardín de los Wright. Llevaba un viejo pañuelo sobre la cabeza y su cabello gris estaba decididamente desgreñado. A la tía Atossa no le gustaba ser descubierta cuando no estaba en guardia, de manera que salió del paso haciéndose la desagradable.

-¿Ah, de modo que tú eres Ana Shirley? -preguntó después de la presentación de Diana-. He oído hablar de ti. -Su tono implicaba que no había oído nada bueno-. La señora Andrews me dijo que estabas de regreso y que habías progresado mucho.

Era evidente que la tía Atossa opinaba que el progreso podría haber sido mucho mayor. Ni un instante había cesado en su labor.

-¿Servirá de algo pedirles que se sienten? -preguntó sar-cásticamente-. Desde luego, por aquí no hay nada que pueda entretenerlas mucho. El resto de la gente no está en casa.

-Mamá le manda este pote de mermelada de ruibarbo -dijo Diana cortésmente-. La hizo hoy y pensó que le gustaría.

-¡Oh, gracias! -repuso la señora Atossa, con agrio tono-. No me acaba de gustar la jalea de tu madre; la hace demasiado dulce. Sin embargo, procuraré probar un poco. He tenido poquísimo apetito esta primavera. No estoy nada bien -continuó solemnemente-, pero sigo tirando. Los que no pueden trabajar son innecesarios aquí. Si no es demasiado pedir, ¿podrías dejar la jalea en la despensa? Tengo prisa por dejar esto listo esta noche. Supongo que dos señoritas como ustedes no harán cosas así. Tendrán miedo de echarse a perder las manos.

-Yo acostumbraba mondar patatas antes de que alquilásemos la granja -dijo Ana, sonriente.

-Y yo todavía lo hago -agregó Diana-. Lo estuve haciendo durante tres días la semana pasada. Desde luego -añadió con ironía-, después me suavicé las manos con zumo de limón y me puse guantes.

La tía Atossa lanzó un bufido.

-Me imagino que has aprendido eso en las revistas idiotas que tanto lees. Supongo que tu madre lo consiente, pues siempre te ha mimado. Cuando George se casó con ella todos pensamos que no sería una buena esposa para él. ¿Os vais? -preguntó al ver ponerse en pie a las muchachas-. Bueno, supongo que no resulta muy divertido hablar con una vieja como yo. Es una lástima que los chicos no estén en casa.

-Vamos a visitar a Ruby Gillis -explicó Diana.

-Cualquier cosa es válida como excusa -dijo la tía Atossa con tono amigable-. Lo importante es entrar y salir corriendo, casi sin tiempo para saludar. Supongo que serán las costumbres del colegio. Os aconsejo que no os acerquéis mucho a Ruby Gillis. Los médicos dicen que la tisis es contagiosa. Siempre pensé que Ruby pescaría algo en su visita a Boston el otoño pasado. Los que nunca están conformes con quedarse en su casa siempre pescan algo.

-Los que nunca van de visita también enferman -dijo Diana, solemne-. Y algunas veces hasta se mueren.

-Pues entonces no le pueden echar la culpa a nadie -respondió triunfante la tía-. Me he enterado de que te casarás en junio, Diana.

-Eso no es verdad -respondió Diana sonrojándose.

-Bueno, no tardes mucho en hacerlo -continuó la tía con significativo tono-. Pronto te marchitarás; no eres más que piel y huesos. Y los Wright son muy endebles. Deberías llevar sombrero, señorita Shirley. Tu nariz está escandalosamente pecosa. ¡Santo Dios, si eres pelirroja! Bueno, supongo que la Providencia nos ha hecho como somos. Dale saludos de mi parte a Marilla Cuthbert. No se ha molestado en venir a verme desde que llegué a Avonlea, pero supongo que no tengo por qué quejarme. Los Cuthbert siempre se consideraron superiores.

-¡Oh!, ¿no es horrible? -exclamó Diana, mientras escapaban corriendo por la cuesta.

-Es peor que Eliza Andrews -respondió Ana-. ¡Pero piensa lo que es vivir toda la vida con un nombre como Atossa a cuestas! Eso es capaz de echarle a perder el genio a cualquiera. Debió imaginarse que se llamaba Cordelia. Eso la hubiese ayudado mucho. Así me pasó a mí en los tiempos en que no me gustaba llamarme Ana.

-Josie Pye será como ella cuando envejezca. Su madre y la tía Atossa son primas, ¿sabes? Me alegro de haber dejado a la tía. ¡Es tan maliciosa! Su arte consiste en encontrar el lado malo de las cosas; papá recuerda una anécdota muy divertida sobre eso. Cierta vez había en Spencervale un ministro que era muy bueno pero muy sordo. No alcanzaba a escuchar una conversación en tono corriente. Bueno, ellos solían reunirse a rezar los domingos al atardecer y todos los asistentes se ponían en pie por turno y decían un versículo de la Biblia. Pero una tarde la tía Atossa se puso en pie de un salto. Ni rezó ni predicó. En cambio riñó a todos los que estaban allí, los llamó por sus nombres y dijo cómo se habían portado, sacando a relucir todos los escándalos y querellas de los últimos diez años. Y puso punto final declarando que no le gustaba la iglesia de Spencervale y que no volvería por allí, aunque esperaba que cayera sobre la congregación un terrible castigo. Entonces se sentó, y el ministro, que no había oído una palabra, dijo: «Amén. Y quiera el Señor aceptar la plegaria de nuestra querida hermana». ¡Tendrías que oír a papá cuando lo cuenta!

-Hablando de cuentos, Diana -comentó Ana, con tono significativamente confidencial-, ¿sabes que me he estado preguntando si sería capaz de escribir un cuento corto digno de ser publicado?

-Desde luego que sí. Tú solías escribirlos, y muy emocionantes, en nuestro Club de Cuentos.

-Bueno, no me refería a uno de aquéllos -dijo Ana sonriente-. Lo he pensado mucho últimamente, pero tengo un poco de miedo. Sería muy humillante el fracaso.

-Una vez oí decir a Priscilla que los primeros cuentos de la señora Morgan fueron rechazados. Pero estoy segura de que con los tuyos no ocurrirá eso, Ana. Los editores, creo yo, son ahora más sensatos.

-Margaret Burton, una de las muchachas del segundo año de Redmond, escribió un cuento el invierno pasado y se lo publicó el *Canadian Woman.* Yo me creo capaz de escribir otro tan bueno.

-¿Y te lo publicará esa revista?

-Probaré primero en una de las revistas más grandes. Todo depende de la clase de cuento que escriba.

-¿Y sobre qué tema?

-Aún no lo sé. Quiero tener un buen argumento. Creo que eso es imprescindible desde el punto de vista de un editor. Lo único que tengo decidido es el nombre de la heroína. Será Averil Lester. Bonito, ¿no es cierto? Sólo se lo he contado al señor Ha-rrison y a ti. Él se mostró desalentador, me dijo que hay ya muchas tonterías escritas y que esperaba algo mejor de mí después de un año de universidad.

-¿Y qué autoridad tiene el señor Harrison para hablar así? -preguntó Diana, irritada.

Encontraron la casa de los Gillis iluminada y llena de gente. Leonard Kimball, de Spencervale, y Morgan Bell, de Carmody, se contemplaban a través del comedor. Varias muchachas estaban de visita. Ruby se hallaba vestida de blanco y sus ojos y mejillas brillaban en extremo. Rio y charló sin cesar, y cuando las otras muchachas se hubieron ido, condujo a Ana al piso superior para enseñarle sus nuevos vestidos de verano.

-Todavía tengo que hacerme uno de seda azul, pero es demasiado pesado para el verano. Creo que esperaré hasta el otoño. Sabrás que iré a enseñar a White Sands. ¿Qué te parece mi sombrero? El que tú llevabas ayer en la iglesia era muy bonito. Pero para mí me gusta uno más brillante. ¿Has notado esos dos ridículos muchachos que están abajo? Vienen dispuestos a desplazarse uno a otro. A mí no me interesa ninguno de ellos. Herb Spencer es quien me gusta, aunque algunas veces lo dudo. En Navidad creí que me gustaba el maestro de Spencervale. Pero algo encontré en él que me desagradó. Casi enloqueció cuando le di calabazas. Hubiera preferido que esos dos chicos no hubie sen venido esta noche. Quería charlar largo y tendido contigo, Ana. Todavía somos buenas amigas, ¿no?

Ruby pasó su brazo por la cintura de Ana con una risita hueca. Pero, por un instante, cuando sus ojos se encontraron, Ana vio más allá del brillo de los de su amiga algo que le hizo doler el corazón.

-Ven a menudo, Ana. Ven sola, te necesito -murmuró Ruby.

-¿Te sientes bien, Ruby?

-¡Perfectamente! Nunca me sentí mejor. Claro que esa congestión del invierno pasado me aplacó un poco. Pero fíjate en mis colores. Estoy segura de que no parezco una inválida.

La voz de Ruby sonaba aguda. Retiró su brazo del talle de su amiga, como resentida, y bajó las escaleras. En el salón estuvo más alegre que nunca, aparentemente tan concentrada en el juego con sus adoradores que Diana y Ana se sintieron un poco fuera de lugar y partieron casi enseguida.

CAPITULO DOCE

«El sacrificio de Averil»

-¿En qué piensas, Ana?

Las dos jovencitas holgazaneaban una tarde en el valle del arroyo. Los abetos se inclinaban sobre él, la hierba era de un verde brillante y las peras silvestres, de suave perfume, colgaban a su alrededor formando blancas cortinas.

Ana volvió de su ensueño con un suspiro de felicidad.

-Pensaba en mi cuento, Diana.

-¡Oh, ya lo has comenzado! -gritó Diana, repentinamente interesada.

-Sí, apenas llevo escritas unas pocas páginas, pero ya lo tengo bien compuesto en la mente. Me ha llevado un montón de tiempo definir la situación. Ninguna de las que imaginaba parecía apropiada para una joven llamada Averil.

-¿No podías cambiarle el nombre?

-No, eso era imposible. Intenté hacerlo pero no pude. Sería como cambiar el tuyo. Averil parecía tan real que, pensara en el que pensara, siempre aparecía Averil en el fondo. Pero finalmente encontré un argumento apropiado. Luego llegó la tarea de elegir los nombres de mis demás personajes. No tienes idea de lo fascinante que es. He permanecido horas y horas despierta pensando en ello. El héroe se llama Perceval Dalrymple.

-¿Ya has bautizado a todos los personajes? -preguntó Diana con ansiedad-. Si todavía no lo has hecho voy a pedirte que me dejes uno... cualquier personaje sin importancia. Sería como si tuviera una parte en tu historia.

-Puedes bautizar al chico que está empleado en casa de los Lester -concedió Ana-. No es muy importante, pero es el único que todavía no tiene nombre.

-Llámalo Raymond Fitzosborne -sugirió Diana, que tenía una buena colección de nombres, reliquias del viejo Club de Cuentos que habían fundado en los días escolares junto con Ana, Ruby Gillis y Jane Andrews.

Ana sacudió la cabeza dubitativamente.

-Suena demasiado aristocrático para un criado. No puedo imaginarme a un Fitzosborne dando de comer a los cerdos y juntando astillas, ¿y tú?

Diana opinaba que, después de todo, si uno tenía imaginación, podía encontrarlo admisible, pero que Ana sabía seguramente más de psicología. Finalmente el criado fue bautizado Robert Ray, con el sobrenombre de Bobby para ciertas ocasiones.

-¿Cuánto crees que te pagarán por él? -preguntó Diana.

Ana no había pensado siquiera en ello. Iba en pos de la fama y sus sueños literarios no se habían contaminado todavía con consideraciones mercenarias.

-Me permitirás leerlo, ¿no es cierto? -rogó Diana.

-Cuando lo termine os lo leeré a ti y al señor Harrison, y quiero que lo juzguéis severamente. Nadie más lo verá hasta que esté publicado.

-¿Qué final tendrá, feliz o desgraciado?

-No estoy segura. Lo hubiera preferido desdichado, pues es mucho más romántico, pero tengo entendido que los editores tienen prejuicios contra los finales tristes. Una vez le oí decir al profesor Hamilton que sólo los genios pueden atreverse a escribir un desenlace desgraciado. Y yo -concluyó Ana modestamente- no tengo nada de genial.

-¡Oh, yo prefiero los finales felices! Deja que los protagonistas se casen -pidió Diana, que desde que se encontraba comprometida con Fred creía que así debían terminar todas las novelas.

-Pero ¿no te gusta llorar cuando lees cuentos?

-Sí, pero por la mitad. Me gusta que terminen bien.

-Tengo que idear una circunstancia patética -meditó Ana-. Tendría que herir a Robert Ray en un accidente, y escribir una escena de muerte.

-No, no debes matar a Bobby -declaró Diana riendo-. Me pertenece y quiero que viva. Mata a cualquier otro, si tienes que hacerlo.

Los quince días siguientes los pasó Ana escribiendo o soñando según su estado de ánimo. A ratos se la veía radiante ante una idea nueva, a ratos desesperada porque un personaje no se comportaba correctamente. Esto no podía entenderlo Diana.

-Hazlos como tú quieras -le sugirió.

-No puedo -refunfuñó Ana-. Averil es una heroína imposible de manejar. Hace y dice cosas que yo no quiero; echa a perder todo lo que he escrito antes y debo hacerlo de nuevo.

Sin embargo, la historia fue por fin terminada y Ana se la leyó a su amiga en el refugio de su habitación.

Había llevado a cabo su «escena patética» sin sacrificar a Robert Ray, y mientras leía observaba a Diana por el rabillo del ojo. Cuando el momento llegó, Diana lloró apropiadamente; pero ante el desenlace pareció algo desilusionada.

-¿Por qué mataste a Maurice Lennox? -le reprochó.

-Era el villano. Debía ser castigado.

-Pero a mí me gustaba más que los demás -dijo Diana con escasa lógica.

-Bueno, pues está muerto y muerto quedará -exclamó Ana, algo resentida-. Si le hubiera permitido seguir vivo habría continuado persiguiendo a Averil y a Perceval.

-A menos que lo reformaras.

-No sería romántico, y además alegraría demasiado la historia.

-Bueno, de cualquier modo es un cuento muy bueno, Ana, y estoy segura de que te hará famosa. ¿Ya tienes el título?

-Hace tiempo que lo he encontrado. Se llama «El sacrificio de Averil». ¿No suena hermoso y literario? Ahora, dime sinceramente, Diana, ¿encuentras algún fallo?

-Bueno -dudó Diana-, la escena en que Averil hace el pastel no me parece suficientemente romántica. Es algo que podría hacer cualquiera. *Yo* creo que las heroínas no deberían cocinar.

-Bueno, ésa es la parte humorística, y además una de las mejores de todo el cuento -respondió Ana. Y debemos reconocer que el tiempo se encargó de darle la razón.

Diana refrenó prudentemente cualquier otra observación, pero el señor Harrison fue mucho más difícil de complacer. Comen/ó por decir que en la historia había demasiadas descripciones.

-Suprime todos los pasajes floridos -pidió despiadadamente.

Ana tuvo la incómoda convicción de que el señor Harrison tenía razón y se comprometió a podar la mayoría de sus bienamadas descripciones; a pesar de lo cual fueron necesarias tres nuevas revisiones para que la historia resultara finalmente aprobada por el fastidioso señor Harrison.

-He suprimido todas las descripciones menos la del atardecer -dijo Ana por fin-. Simplemente no pude quitarla. Era la mejor de todas.

-No tiene nada que ver con la historia; además, ¿por qué transcurre la acción entre la gente rica de la ciudad? ¿Qué sabes tú de ella? La historia debió suceder aquí, en Avonlea. Claro que cambiando los nombres, pues de lo contrario la señora Rachel Lynde pensaría con toda seguridad que ella es la heroína.

-¡Oh, eso sí que no! -protestó Ana-. Avonlea es el lugar más hermoso del mundo, pero no tiene el romanticismo necesario para ser cuna de una historia de amor.

-Yo diría más bien que hay demasiado romance en Avonlea... y demasiada tragedia también -dijo el señor Harrison secamente-. Pero tus personajes no son reales, sean de donde sean. Hablan demasiado y usan un lenguaje muy florido. Hay una escena en la que ese muchacho Dalrymple habla por lo menos dos páginas, sin dejar decir una palabra a la chica. En la vida real ella lo habría enviado al infierno.

-No lo creo -exclamó Ana enfáticamente. En el fondo de su corazón tenía la certidumbre de que las hermosas palabras dichas a Averil conquistarían completamente a cualquier muchacha. Además, era inadmisible que Averil, la sublime, la majestuosa Averil, pudiera «mandar al infierno» a alguien.

-Además -continuó el despiadado señor Harrison-, no veo por qué no se queda con ella Maurice Lennox. Es el doble de hombre que el otro. Hizo cosas malas, pero las hizo. Lo único que hace Perceval es gimotear.

¿«Gimotear»? ¡Eso era aún peor que «irse al infierno»!

-Maurice Lennox es el villano -dijo Ana, indignada-, no comprendo por qué a todo el mundo le gusta más que Perceval.

-Perceval es demasiado bueno. Es irritante. La próxima vez que crees un héroe hazlo un poco más humano.

-Averil no podía casarse con Maurice. Era malo.

-Ella podía haberlo reformado. No puedes reformar a una medusa pero puedes reformar a un hombre. Tu cuento no es malo y admito que tiene interés. Pero eres demasiado joven para escribir algo que valga la pena. Espera diez años.

Ana se prometió a sí misma que la próxima vez que escribiera una historia no le pediría a nadie que la criticara. Era demasiado desmoralizador. Aunque le había hablado del cuento a Gilbert, no se lo leería.

-Si tiene éxito ya lo verás publicado, Gilbert; de lo contrario nadie sabrá de él.

Marilla no sabía nada del cuento. Ana se imaginaba a sí misma leyéndoselo en una revista y, cuando Marilla se deshiciera en alabanzas (todo era posible), declarándose la autora.

Cierto día Ana llevó a la oficina de Correos un sobre grande y abultado, dirigido, con esa confianza que da la juventud y la inexperiencia, al semanario más importante entre los importantes. Diana estaba tan excitada como Ana.

-¿Cuánto tiempo crees que tardarán en contestar? -preguntó.

-No pueden pasar más de quince días. ¡Oh, qué feliz y or-gullosa me sentiré si lo aceptan!

-Claro que lo aceptarán; y probablemente te pedirán que les envíes otros. Algún día serás tan famosa como la señora Morgan. ¡Qué orgullosa me sentiré entonces de ser tu amiga! -dijo Diana, que poseía, por lo menos, el sorprendente mérito de profesar una desinteresada admiración por los dones y gracias de sus compañeros.

Así pasó una semana de deliciosos sueños, después de la cual llegó el amargo despertar. Diana encontró una tarde a su amiga en su buhardilla, con una expresión extraña en sus ojos grises. Sobre la mesa había un gran sobre y un arrugado manuscrito.

-Ana, ¿te han devuelto el cuento? -preguntó.

-Así es -respondió ésta brevemente.

-Bueno, ese editor debe de estar loco. ¿Qué razones te da?

-Ninguna. Sólo una nota diciendo que no le resulta satisfactorio.

-Nunca acabó de gustarme ese semanario. Los cuentos que publica no son ni la mitad de interesantes que los del *Canadian Woman,* a pesar de que cuesta mucho más. Sin duda el editor tiene prejuicios contra todo el que no sea yanqui. No te desanimes, Ana. Recuerda cómo le devolvían los cuentos a la señora Morgan. Envíalo al *Canadian Woman.*

-Creo que lo haré -dijo Ana, animándose-. Y si lo publican le enviaré una copia a ese editor americano. Pero suprimiré la parte del crepúsculo. Creo que el señor Harrison tenía razón.

Y el crepúsculo fue sacrificado; pero, a pesar de esta heroica mutilación, el editor del *Canadian Woman* devolvió el original con tanta rapidez, que la indignada Diana declaró que era imposible que pudiera haberlo leído entero y que suspendería su suscripción inmediatamente. Ana tomó su segundo fracaso con la calma propia de la desesperación. Enterró su cuento en el antiguo baúl donde dormían los manuscritos del viejo Club de Cuentos; pero antes cedió a los ruegos de Diana y le dio una copia.

-Éste es el fin de mis actividades literarias -dijo amargamente.

No contó nunca lo ocurrido al señor Harrison, pero una tarde éste le preguntó bruscamente si le habían aceptado el cuento.

-No, el editor no lo quiso -respondió brevemente.

El señor Harrison miró de reojo el ruborizado perfil de rasgos delicados.

-Bueno, supongo que continuarás escribiendo.

-No, nunca más trataré de escribir un cuento -declaró Ana con la desesperanza de sus diecinueve años ante el rudo golpe.

-Yo no renunciaría tan pronto -dijo finalmente el señor Harrison-. Escribiría una historia de vez en cuando, pero no perseguiría a los editores con ella. Escribiría sobre personas y lugares conocidos; haría hablar a la gente con el lenguaje de todos los días; y dejaría que el sol siguiera su

trayectoria normal sin darle demasiada importancia. Si tuviera que introducir en mi historia a un villano, le daría una oportunidad, Ana..., le daría una oportunidad. Hay hombres muy malos en el mundo, supongo, pero tendrías que andar un buen rato antes de encontrar alguno, aunque la señora Lynde crea que todos somos malos. La mayoría de nosotros guarda su poquito de bondad en algún rinconci-llo. Continúa escribiendo, Ana.

-*No;* fue una tontería intentarlo. Cuando termine en Red-mond me dedicaré a la enseñanza. Sé enseñar. No sé escribir cuentos.

-Cuando termines en Redmond, ya habrá llegado el momento para buscarte un marido. No me parece bien posponer demasiado el matrimonio... como hice yo.

Ana se incorporó y regresó a su casa. Había momentos en los que el señor Harrison resultaba realmente intolerable. «Mandar al infierno», «gimotear», «buscar marido». ¡¡Oh!!

CAPITULO TRECE

La senda de los tranagresores

Davy y Dora estaban listos para ir a la escuela dominical. Iban solos, cosa que no sucedía muy a menudo, pues la señora Lynde asistía a ella regularmente. Pero, por culpa de una tercedura de tobillo, aquella mañana se quedaba en casa. Los mellizos debían representar a la familia en la iglesia, ya que Ana había partido la noche anterior a pasar el domingo con unas amigas en Carmody y Marilla padecía uno de sus habituales dolores de cabeza.

Davy bajó la escalera lentamente. Dora le aguardaba en el salón, muy compuesta por la señora Lynde. El niño, en cambio, se había vestido solo. Tenía un centavo en el bolsillo para la colecta de la escuela dominical y cinco centavos para la de la iglesia; en una mano llevaba su Biblia y en la otra el cuaderno; sabía perfectamente su lección, la Historia Sagrada y las preguntas del Catecismo. ¿Acaso no había estudiado (a la fuerza) toda la tarde del domingo anterior en la cocina de la señora Lynde? Por todo esto, Davy debiera haber estado con un ánimo angelical; pero, la verdad sea dicha, a pesar de la Historia Sagrada y del Catecismo, se sentía interiormente como un lobo feroz.

Cuando se reunió con Dora, la señora Lynde salió renqueando de su cocina.

-¿Te has lavado? -preguntó severamente.

-Sí; todo lo que se ve -respondió Davy con aire desafiante.

La señora Lynde suspiró. Sus sospechas recaían sobre las orejas y el cuello del niño, pero sabía que si intentaba inspeccionarlo saldría corriendo; y aquel día ella no podía perseguirlo.

-Bueno, portaos bien. No andéis por el polvo. No os detengáis en la puerta a hablar con los otros niños. No os mováis en los asientos. No olvidéis la Historia Sagrada. No perdáis el dine ro ni olvidéis darlo en la colecta. No habléis durante la oración y prestad atención al sermón.

Davy no se molestó en contestar. Echó a andar cuesta abajo seguido humildemente por Dora. Pero el alma le bullía dentro del cuerpo. Había aguantado (al menos así lo creía) muchas cosas a la señora Lynde desde que ésta se mudara a «Tejas Verdes», debido a que ella no podía vivir con nadie, ya tuviera nueve o noventa años, sin tratar de educarlo convenientemente. La tarde anterior había convencido a Marilla para que no permitiera al niño ir de pesca con los hijos de Timothy Cortón. Davy estaba aún furioso por aquello.

Tan pronto como bajaron la cuesta, Davy se detuvo e hizo una mueca horrible. Dora, a pesar de conocer bien sus habilidades al respecto, temió sinceramente que no pudiera volver a la normalidad.

-¡Maldita sea! -explotó.

-¡Oh, Davy, no jures! -murmuró Dora.

-«Maldita» no es un juramento... no un verdadero juramento. Y si lo es, no me importa.

-Bueno, si tienes que decir palabras feas, por lo menos no lo hagas en domingo -rogó Dora.

Davy estaba lejos de arrepentirse, pero en el fondo sentía que quizás había ido un poco lejos.

-Voy a inventar una mala palabra para mí solo -declaró.

-Si lo haces, Dios te castigará -dijo Dora solemnemente.

-Entonces Dios es un picaro desconsiderado. ¿Acaso no sabe que un hombre tiene que tener alguna manera de expresar sus sentimientos?

-¡ ¡Davy!! -exclamó Dora, esperando que su hermano cayera muerto en el acto. Pero no sucedió.

-De cualquier modo, no voy a aguantar más las órdenes de la señora Lynde -farfulló Davy-. Ana y Marilla tienen derecho a mandarme, pero ella no. Voy a hacer todo lo que me prohibió. Mírame y verás.

Y en medio de un hostil silencio, mientras Dora lo observaba fascinada por el horror, Davy salió del camino cubierto de verde musgo, sepultó sus tobillos en el polvo, producto de cuatro se manas de sequía, y anduvo arrastrando los pies con saña hasta quedar envuelto en una confusa nube.

-Esto es sólo el principio -anunció triunfalmente-. Y voy a detenerme en cada puerta a conversar hasta que no quede nadie con quien hacerlo. Y me voy a retorcer en el asiento y a hablar todo el tiempo y voy a decir que no sé la Historia Sagrada. Y voy a tirar las dos monedas para las colectas ahora mismo.

Y así lo hizo Davy: las arrojó por encima de la empalizada del señor Barry con feroz placer.

-Satanás te hizo hacer eso -exclamó Dora, con reproche.

-No -gritó Davy, indignado-. Lo pensé yo solo. Y pensé algo más. No iré a la escuela dominical ni a la iglesia. Me iré a jugar con los Cortón. Ayer me dijeron que se quedaban en su casa porque su madre no está y no tienen quien los lleve a la escuela. Vamos, Dora; lo pasaremos muy bien.

-Yo no quiero ir.

-Sí irás. Si no lo haces le contaré a Marilla que Frank Bell te besó en el colegio el lunes pasado.

-No pude evitarlo. Yo no sabía que iba a hacerlo -gritó Dora poniéndose roja como un tomate.

-Bueno, pero no le diste una bofetada ni parecías enfadada. También le diré eso si no vienes. Cortaremos camino cruzando este campo.

-Tengo miedo de esas vacas -protestó Dora, vislumbrando un medio de escape.

-¡Qué tontería tener miedo de las vacas! -se burló Davy-. ¿No ves que son más jóvenes que tú?

-Pero son más grandes.

-No te harán nada. Vamos. Esto es magnífico. Cuando sea grande no me molestaré en ir a la iglesia. Sabré ir al cielo por mi cuenta.

-Al otro lado irás si no respetas el día del Señor -aseguró la infeliz Dora mientras lo seguía contra su voluntad.

Pero Davy no estaba asustado... todavía. El infierno quedaba muy lejos y las delicias de una expedición pesquera con los Cot-ton se hallaban cerca. Le hubiera gustado que Dora se mostrara más valiente. Temía a cada momento que se echase a llorar, y eso arrumaba la diversión de cualquiera. ¡«Caramba con las mujeres»! Davy no dijo «malditas» esta vez ni con el pensamiento y no porque lamentara... todavía... haberlo dicho antes, sino porque era preferible no provocar la ira divina varias veces en un mismo día.

Los pequeños Cortón estaban jugando en el patio de atrás y recibieron a Davy con gritos de alegría. Pete, Tommy, Adolphus y Mirabel Cortón estaban solos. Su madre y los hermanos mayores habían salido. Dora se alegró de que estuviera allí Mirabel. Temía encontrarse sola entre tantos varones, y si bien Mirabel era casi tan mala, ruidosa y descuidada como ellos, por lo menos usaba faldas

-Venimos a buscaros para ir de pesca -anunció Davy.

-¡ ¡Viva!! -gritaron los Cortón. Salieron corriendo a buscar lombrices, Mirabel la primera con un recipiente de hojalata. Dora tenía unas ganas terribles de llorar. ¡Oh, si ese odioso Frank Bell no la hubiera besado! Habría podido desafiar a Davy e irse sola a su querida escuela dominical.

No podían ir a pescar a la laguna pues corrían el riesgo de ser vistos por las personas que se dirigían a la iglesia; tuvieron que conformarse con el arroyo que atravesaba los bosques detrás de la casa de los Cortón, pero de cualquier manera, en el arroyo había montones de truchas, y eso hizo que pasaran una mañana magnífica. Por lo menos los Cortón la encontraron estupenda: y Davy parecía compartir esa opinión. No del todo imprudente, se había quitado los calcetines y los zapatos y conservaba puesto el guardapolvo que le prestara Tommy Cortón. Así equipado desafiaba los pantanos y las malezas. Dora se sentía franca y manifiestamente desgraciada. Seguía a los demás de charco en charco, apretando fuertemente su Biblia y su cuaderno y pensando con amargura en la bienamada clase, en la que hubiera debido estar en aquel momento, sentada frente a una maestra a quien adoraba. En cambio, allí estaba, vagando por los bosques

con esos salvajes Cortón y tratando por todos los medios posibles de mantener limpias sus botas y su bonito vestido blanco. Mirabel le había ofrecido un delantal que ella rechazara con desprecio.

Las truchas picaban como sólo lo hacen en domingo.

En una hora los pescadores tuvieron todo el pescado que quisieron, de modo que decidieron regresar a la casa, con gran alivio de Dora. Ésta se sentó muy tiesa sobre un fardo de heno mientras los otros se dedicaban a un horroroso juego de muchachos y subían luego al techo de la pocilga para terminar finalmente grabando sus iniciales en el apoyamonturas. El techo en declive del gallinero y un montón de paja que había debajo inspiraron a Davy: pasaron media hora deslizándose desde el techo hasta la paja en medio de vivas y alaridos.

Pero hasta los placeres ilícitos tienen un fin. Cuando el rodar de los coches que cruzaban el puente les anunció el término de los oficios, Davy decidió que había llegado la hora de marcharse. Se quitó la bata de Tommy, luciendo nuevamente su correcto atavío, y se separó de las truchas con un suspiro de resignación. No había que pensar siquiera en llevárselas.

-Bueno, ¿no lo hemos pasado bien? -preguntó mientras bajaban la colina.

-Yo no. Y no creo que tú hayas disfrutado... realmente -respondió Dora, con una perspicacia poco habitual en ella.

-Yo sí -gritó Davy con un tono que no dejaba lugar a dudas-. Claro que tú lo habrás pasado mal, sentada allí como... como una muía.

-Yo no tengo ninguna relación con los Cotton -dijo Dora desdeñosamente.

-Los Cotton son muy buenos. Y lo pasan mucho mejor que nosotros. Hacen lo que quieren y dicen cuanto se les ocurre ante cualquiera. Yo también voy a hacerlo de hoy en adelante.

-Hay montones de cosas que no te atreverías a decir.

-Te apuesto que sí.

-¿A que no dirías «rufián» delante del ministro?

-Bueno, un ministro es distinto. «Rufián» no es una palabra santa.

Davy no se sentía muy cómodo, aunque hubiera preferido morir antes que admitirlo ante su hermana. Ahora que había terminado las bribonerías, su conciencia comenzaba a aguijonearlo. Después de todo, quizás hubiera sido mejor asistir a la escuela dominical. La señora Lynde podría ser mandona, pero en su co cina nunca faltaba una caja con bizcochos hechos por ella; y no era tacaña. En aquel momento tan poco oportuno Davy recordó que cierta vez, cuando había roto su nuevo pantalón para la escuela, la señora Lynde se lo había zurcido sin decirle ni una palabra a Manila.

Pero la copa de sus iniquidades no estaba aún colmada. Davy encontró que hacían falta nuevos pecados para cubrir los pasados. Aquel día, mientras almorzaba con la señora Lynde, ésta comenzó por preguntarle:

-¿Estaban hoy presentes todos los de tu clase?

-Sí, señora, estaban todos... menos uno.

-¿Diste tus lecciones de Historia Sagrada y de Catecismo?

-Sí, señora.

-¿Pusiste la moneda en el cepillo?

-Sí, señora.

-¿Estaba en la iglesia la señora MacPherson?

-No lo sé -esto, por lo menos, era verdad, pensó Davy.

-¿Anunciaron la reunión de la Sociedad de Ayuda para la semana próxima?

-Sí, señora.

-¿Y la reunión para ejercicios espirituales?

-No. No sé.

-Deberías saberlo. Tendrías que haber escuchado con más atención los avisos. ¿Sobre qué habló el señor Harvey?

Davy bebió un impresionante trago de agua, que sorbió junto con la última protesta de su conciencia. Volublemente recitó un viejo texto que aprendiera semanas atrás. Después de esto, y afortunadamente para él, la señora Lynde dejó de interrogarle; pero el niño no disfrutó de la comida. Sólo pudo comer un trozo de budín.

-¿Qué te sucede? -preguntó asombrada la señora Lynde-. ¿Estás enfermo?

-No -murmuró Davy.

-Estás pálido. Será mejor que no andes al sol esta tarde-sermoneó.

-¿Te das cuenta de la cantidad de mentiras que has dicho?-preguntó Dora en tono de reproche, tan pronto como volvieron a encontrarse solos.

Davy, aguijoneado por su propia desesperación, se volvió ferozmente:

-No lo sé ni me importa. Y tú, mejor te callas, Dora Keith.

Y el pobre Davy se guareció en el seguro refugio de un montón de leña, meditando sobre la conducta de los transgresores.

Aquella noche, cuando Ana regresó, «Tejas Verdes» se hallaba envuelta en el silencio y la oscuridad. Inmediatamente se fue a dormir pues estaba muerta de cansancio y de sueño. La semana había transcurrido llena de compromisos que se prolongaban hasta horas muy avanzadas. No había terminado de poner la cabeza en la almohada cuando estaba ya medio dormida; pero en aquel mismo momento la puerta de su habitación se abrió suavemente y una voz plañidera dijo:

-Ana.

Ana se incorporó de un salto.

-¿Eres tú, Davy? ¿Qué sucede?

Una blanca figurita entró corriendo y saltó a la cama.

-Ana -sollozó el niño abrazándola fuertemente-. ¡Cuánto me alegro de que estés en casa! No podía irme a dormir hasta que se lo hubiera contado a alguien.

-¿Contar qué?

-Lo miserable que me siento.

-¿Por qué, querido?

-Porque he sido muy malo todo el día, Ana. ¡Oh, he sido malísimo! Más que nunca.

-¿Qué has hecho?

-Tengo miedo de decírtelo. Nunca volverás a quererme, Ana. Esta noche no pude rezar. No pude decirle a Dios lo que había hecho. Me daba vergüenza.

-Pero Él lo sabe de todas maneras, Davy.

-Eso es lo que dijo Dora, pero yo pensé que tal vez Dios no se había dado cuenta enseguida. De todos modos quería decírtelo primero a ti.

-¿Qué es lo que has hecho? Y llegó la avalancha:

-Falté a la escuela dominical... y fui a pescar con los Cot-ton... y dije montones de cosas feas de la señora Lynde... ¡oh, muchísimas!... y... y... y dije una mala palabra... y dije cosas de Dios.

Hubo un profundo silencio. Davy no sabía qué hacer. ¿Estaría Ana tan enfadada como para no hablarle más?

-Ana, ¿qué vas a hacer conmigo? -preguntó, en un murmullo.

-Nada, querido. Creo que ya has tenido suficiente castigo.

-No, no me han hecho nada.

-Has estado muy triste desde que lo hiciste, ¿no es cierto?

-Tú lo has dicho.

-Pues era tu conciencia que te estaba castigando, Davy.

-¿Qué es mi conciencia? Quiero saberlo.

-Es algo que está dentro de ti, que te dice cuándo has hecho algo malo y te hace sufrir si persistes en ello. ¿Lo has notado?

-Sí, pero no sabía qué era. Sería mejor no tenerla, porque estropea toda la diversión. ¿Dónde está mi conciencia, Ana? Quiero saber. ¿Está en mi estómago?

-No, en tu alma -respondió Ana dando gracias a la oscuridad, que le permitía aparentar seriedad.

-Supongo que entonces no me puedo librar de ella -dijo Davy, con un suspiro-. ¿Vas a contar a Marilla y a la señora Lynde todo lo que he hecho?

-No, querido. No se lo diré a nadie. Estás triste por haberte portado mal, ¿no es cierto?

-¡Tú lo has dicho!

-¿Y nunca volverás a portarte así?

-No, pero... -agregó Davy con cautela-... podría ser malo de alguna otra forma.

-¿No dirás malas palabras, ni faltarás a la escuela dominical, ni contarás mentiras para cubrir tus pecados?

-No. No vale la pena.

-Bueno, Davy, dile a Dios que lo sientes mucho y pídele que te perdone.

-¿Me has perdonado tú, Ana?

-Sí, querido.

-Entonces, no me importa mucho que Él me perdone o no.

-¡Davy!

-¡Oh, se lo pediré... se lo pediré! -dijo el niño mientras se alejaba del lecho convencido, por el tono de Ana, de que había dicho sin duda algo terrible-. No tengo inconveniente en pedírselo, Ana. «Por favor, Dios, estoy muy triste por haberme portado mal todo el día y seré siempre bueno los domingos y por favor perdóname.» Ya está, Ana.

-Bien, ahora a dormir como un niño bueno.

-Sí, sí. ¡Vaya, ya no me siento miserable! Estoy muy bien. Hasta mañana.

-Hasta mañana.

Ana se recostó sobre la almohada con un suspiro de alivio. ¡Oh, cuánto sueño tenía! Y en ese momento:

-¡Ana!

Davy se hallaba nuevamente junto a su lecho. Ana entreabrió los ojos.

-¿Qué pasa ahora, querido? -preguntó, tratando de ocultar su impaciencia.

-Ana, ¿has notado cómo escupe el señor Harrison? ¿Crees que si practico mucho podré hacerlo así yo también? Ana se incorporó,

-Davy Keith. Vete derecho a tu cama. Y que no vuelva a pescarte levantado esta noche. ¡Vete, he dicho! Davy salió corriendo sin preguntar razones.

CAPÍTULO CATORCE

La llamada del más allá

Ana estaba sentada junto a Ruby en el jardín de los Gillis. Habían estado contemplando la puesta de sol en un atardecer caluroso y húmedo de verano y el mundo parecía colmado de flores. Los tranquilos valles reposaban bajo la bruma, las sombras adornaban el bosque y los ásteres ponían su nota de color púrpura en las praderas.

Nuestra amiga había rechazado un paseo a la luz de la luna hasta White Sands para poder acompañar a Ruby esa tarde. Había pasado así muchos atardeceres de verano, aun cuando muchas veces se había preguntado por qué y a pesar de haber decidido más de una vez que no volvería a hacerlo.

La palidez de Ruby aumentaba a medida que avanzaba el estío; el propósito de ir al colegio de White Sands había sido desechado («papá no quiere que enseñe hasta pasado Año Nuevo»), y los trabajos de aguja que tanto le gustaban caían cada vez más a menudo de sus manos demasiado débiles. Pero siempre parecía alegre y esperanzada mientras hablaba de sus pretendientes, de sus rivalidades y sus dolores.

Y era esto precisamente lo que volvía difíciles las visitas de Ana. Todo lo que alguna vez fuera tonto y divertido resultaba ahora trágico: era la muerte espiando por detrás de una máscara de vida. Y, sin embargo, Ruby parecía aferrarse a Ana; nunca la dejaba regresar sin la promesa de una pronta visita. La señora Lynde protestaba; aseguraba que Ana se contagiaría, y hasta la misma Marilla parecía dispuesta a creerlo.

-Cada vez que vas a ver a Ruby Gillis vuelves con aire de cansancio -le dijo un día.

-¡Es tan triste! -respondió Ana en voz baja-. Ruby parece no tener la más mínima idea de cuál es su estado. Y sin embargo, presiente que necesita ayuda, la anhela, y aunque yo quiero dársela, no puedo. Durante todo el tiempo que paso a su lado la veo luchar con un enemigo invisible, como si tratara de derrotarlo con la poca energía que le queda. Por eso regreso tan deprimida.

Pero aquel día Ana no notaba aquella lucha con tanta intensidad. Ruby estaba extrañamente callada. No había pronunciado una sola palabra sobre fiestas, paseos o chicos. Yacía en la hamaca, con su trabajo sin tocar y un chai blanco sobre sus delgados hombros. Sus largos cabellos rubios, que tanto envidiara Ana en sus días de escuela, caían sobre su pecho. Se había quitado las horquillas, pues decía que le daban dolor de cabeza. El color intenso que la tisis ponía algunas veces en sus mejillas había desaparecido, dejándolas pálidas e infantiles.

En el plateado cielo apareció la luna, y su luz iluminó las nubes a su alrededor. Abajo brillaba la laguna, rodeada de radiante bruma. Más allá del campo de los Gillis estaba la iglesia, con su viejo cementerio. Las blancas losas brillaban a la luz de la luna, destacando sus contornos sobre los oscuros árboles.

-Qué raro parece el cementerio a la luz de la luna -dijo Ruby de pronto-. ¡Qué fantasmal! -añadió temblando-. Ana, pronto estaré allí. Tú, Diana y los demás andarán por el mundo llenos de vida, y yo estaré allí... en el cementerio... muerta.

Aquello sorprendió a Ana. Por unos instantes no pudo hablar.

-Sabes que será así, ¿no es cierto? -preguntó Ruby.

-Sí, lo sé -respondió Ana en voz baja-. Querida Ruby, lo sé.

-Todos lo saben -continuó ésta amargamente-; yo lo supe este verano aunque no quería resignarme. ¡Oh, Ana! -dijo incorporándose y tomando la mano de su amiga, como si rogara-. ¡No quiero morir! Tengo miedo de morir.

-¿Por qué tienes miedo de morir, Ruby?

Porque... porque... lo que me asusta no es morir, sino ir al cielo. Soy creyente y sé que iré allí. Pero... ¡será tan distinto! ¡Pienso... y pienso... y me asusto tanto! El cielo ha de ser hermoso, sin duda; la Biblia lo dice; Pero, Ana, no seré allí lo que he sido siempre.

Por la mente de Ana cruzó el extraño recuerdo de una divertida historia que escuchara contar a Philippa Gordon; la historia de un hombre que dijera más o menos lo mismo del mundo del futuro. Entonces parecía divertido; recordaba cuánto había reído Phil. Pero ahora nada tenía de humorístico, saliendo de los pálidos y temblorosos labios de Ruby. Era triste, trágico y real. El cielo no podía ser igual a lo que rodeaba a Ruby. Nada había habido en su vida alegre y frivola, en sus vacíos ideales y aspiraciones, que la hubiera preparado para el gran cambio, o que le permitiera imaginar la otra vida de otro modo que como algo extraño, irreal e indeseable. Ana buscaba desesperadamente algo que pudiera servirle para ayudar a Ruby. ¿Es que podría decir algo?

-Creo, Ruby... -comenzó; le resultaba difícil hablar a alguien de sus más profundos pensamientos o de las nuevas ideas que estaban vagamente tomando forma en su mente respecto de los grandes misterios de esta vida y del más allá; y todavía le resultaba más difícil hablar de ellos a Ruby Gillis-, creo que quizá tengamos ideas equivocadas sobre el cielo, sobre qué es y qué tiene guardado para nosotros. No lo imagino tan distinto de la vida como la mayoría de la gente. Creo que seguiremos viviendo allí casi como aquí y seremos igual. Sólo que será más fácil ser buenos y seguir a los más santos. Todas las dudas y perplejidades desaparecerán y veremos claro. No tengas miedo, Ruby.

-No puedo evitarlo -contestó ésta tristemente-. Aunque lo que dices sobre el cielo fuera verdad (y tú no puedes estar segura, pues sólo es producto de tu imaginación), de todos modos no sería igual. No puede serlo; yo quiero seguir viviendo aquí. ¡Soy tan joven, Ana! Casi no he vivido. He luchado terriblemente por vivir y ha sido en vano. Tengo que morir y dejar todo aquello que me es querido.

Ana sintió un dolor casi intolerable. No podía decirle mentiras piadosas, y todo lo que su amiga le había dicho era horriblemente cierto. Abandonaba todo cuanto amaba. Sólo se había preocupado por las cosas terrenales, por las pequeñas cosas pasajeras de la vida, olvidando las que llevan hacia la eternidad, las que unen los dos extremos del golfo y hacen de la muerte el paso de un mundo al otro, del amanecer al pleno día. Dios se ocuparía de ella allí; aprendería. Pero ahora no cabía duda de que su alma se aferraba, con ciega desesperanza, a lo único que conocía y amaba.

Ruby se alzó, apoyándose en un brazo, y elevó al cielo sus hermosos y brillantes ojos azules.

-Quiero vivir -dijo, con un temblor en la voz-. Quiero vivir como los demás. Quiero... quiero casarme, Ana, y... y tener hijos. Tú sabes que siempre me gustaron los niños. Esto no se lo podría decir a nadie más que a ti. Se cómo comprendes las cosas. Y el pobre Herb... me quiere y yo le quiero también. Los otros nada significan para mí, pero él sí; y si viviera podría ser su mujer y sentirme feliz. ¡Oh, Ana, es horrible!

Ruby cayó entre los almohadones y lloró convulsivamente. Ana estrechó su mano para consolarla, y ese gesto pareció ser mejor ayuda para su amiga que las palabras, pues, poco a poco, ésta se calmó y cesaron sus sollozos.

-Me alegro de haberte dicho todo esto, Ana -murmuró-. Me ha ayudado mucho. Lo deseé todo el verano; cada vez que viniste quise hablarte, pero no podía. ¡Me parecía que haría tan cierta la muerte si anunciaba que iba a morir o si cualquier otra persona lo decía o lo adivinaba! No me atrevía siquiera a pensarlo. Durante el día, cuando había gente a mi alrededor y todo estaba alegre, no era tan difícil dejar de pensar; pero por las noches, cuando no podía dormir, era horrible, Ana. En esos momentos no había escapatoria. La muerte venía y me miraba a la cara hasta darme tanto miedo como para gritar.

-Pero ya no volverás a tener miedo, ¿no es cierto, Ruby? ¿Tendrás valor y creerás que todo irá bien?

-Probaré. Voy a pensar en lo que me has dicho y trataré de creerlo. ¿Vendrás a verme tan a menudo como puedas, Ana?

-Sí, querida.

-No tardará mucho, Ana, estoy segura; y me gustaría que tú estuvieses junto a mí más que cualquier otra persona. Siempre te quise más que a las otras compañeras. Nunca fuiste celosa ni mezquina. La pobre Em White vino a verme ayer. ¿Recuerdas cómo éramos de amigas durante los tres años que fuimos juntas a la escuela? Nos enfadamos el día del festival y desde entonces nunca nos volvimos a hablar, ¡qué tontería! Todas esas cosas me parecen tontas ahora. Em y yo recordamos ayer la vieja disputa. Me dijo que me hubiese vuelto a hablar hace

años, pero que creía que yo no lo haría. Y yo no le volví a hablar porque estaba segura de que ella no quería. ¡Cuánta incomprensión hay entre la gente, Ana!

-La mayor parte de las desdichas de esta vida se deben a la incomprensión entre la gente -dijo Ana-. Ahora debo irme, Ruby. Se hace tarde y no debes exponerte a la humedad.

-¿Volverás pronto?

-Sí, muy pronto. Y si hay algo en que pueda ayudarte lo haré con mucho gusto.

-Lo sé. Ya me has ayudado. Ahora parece todo menos terrible. Buenas noches, Ana.

-Buenas noches, querida.

Ana regresó a casa caminando muy despacio. Aquel anochecer había traído consigo un cambio para ella. Su vida poseía ahora un sentido distinto, un propósito más profundo. En la superficie quizás se mantendría igual, pero en lo más hondo no. Con ella no debería ocurrir lo de la pobre Ruby. Cuando llegara al fui de su vida no contemplaría la otra con el terror de algo diferente, algo para lo cual no la habían preparado los pensamientos y los ideales cotidianos. Las dulces cosas de la vida, buenas cuando se les daba su verdadera importancia, no debían constituir el fin de toda la existencia; el mandato divino debía ser aprendido y cumplido; la vida celestial debía comenzar aquí, en la tierra.

Aquella despedida en el jardín fue la definitiva. Ana no volvió a ver a Ruby con vida. A la noche siguiente, la S. F. A. dio una fiesta de despedida a Jane Andrews, que partía al oeste. Y mientras las luces brillaban, y sonaban las risas entre la alegre charla, para un alma de Avonlea llegó el mandato inevitable. A la mañana siguiente corrió de casa en casa la noticia de la muerte de Ruby Gillis. Había fallecido mientras dormía, sin dolor y en calma, y en su cara brillaba una sonrisa, como si la muerte hubiera llamado a su puerta como un buen amigo y no como el horrible fantasma al que tanto temiera.

Después del funeral, la señora Lynde declaró enfáticamente que Ruby era la muerta más hermosa que contemplara jamás. Durante muchos años se habló de su hermosura, vestida de blanco entre las flores que Ana dispusiera a su alrededor. Ruby había sido siempre hermosa, con una belleza terrenal: poseía cierta insolente cualidad, como si la ostentase ante los ojos que la contemplaban. El espíritu jamás había brillado en ella ni el intelecto la había refinado. Pero la muerte la había tocado, consagrándola, destacando la pureza de las líneas y los delicados detalles escondidos antes. La muerte había transformado a Ruby, como sólo hubieran podido hacerlo la vida, el amor y una profunda femineidad. Ana, contemplándola a través de las lágrimas, creyó ver en ella su verdadero rostro, el que Dios le destinara. Y así la recordó siempre.

La señora Gillis llamó aparte a Ana antes de que el cortejo fúnebre partiera y le entregó un paquete.

-Quiero que guardes esto -dijo, llorando-. A Ruby le habría gustado que tú lo tuvieras. Es el centro de mesa que estaba bordando. No está terminado. La aguja está clavada donde sus dedos la dejaron el día en que murió.

-Siempre queda algo por terminar -dijo la señora Lynde, con lágrimas en los ojos-; pero supongo que siempre queda alguien para terminar la labor.

-Es difícil convencerse de que está muerto alguien a quien hemos conocido -dijo Ana a Diana mientras regresaban a casa-. Ruby es la primera condiscípula que se va. Una por una, tarde o temprano, todas la seguiremos.

-Supongo que sí -respondió Diana, incómoda. No quería hablar de eso. Hubiese preferido comentar los detalles del funeral; la espléndida mortaja blanca que el señor Gillis insistiera en poner a su hija («los Gillis son cursis hasta en los funerales», había dicho la señora Lynde); la triste cara de Herb Spencer; el llanto histérico e incontrolado de una de las hermanas de Ruby. Pero Ana no quería hablar de todo eso. Parecía envuelta en un sueño, y daba a Diana la sensación de no tener allí arte ni parte.

-Ruby Gillis reía mucho -dijo Davy de pronto-. ¿Se reirá en el cielo tanto como en Avonlea, Ana? Quiero saberlo.

-Sí, creo que lo hará.

-¡Oh, Ana! -protestó Diana, con una sonrisa de sorpresa.

-Bueno, ¿por qué no, Diana? -preguntó Ana con seriedad-. ¿Crees que en el cielo no se ríe?

-¡Oh, no sé! No me parece lo más correcto, sin embargo. Tú sabes que es feo reírse en la iglesia.

-Pero el cielo no será como la iglesia, por lo menos no siempre.

-Espero que no -dijo Davy, enfáticamente-. Si lo es, yo no quiero ir. La iglesia es muy aburrida. De todas maneras, no pienso ir allí hasta dentro de mucho tiempo. Pienso llegar a los cien años, como el señor Thomas Blewett, de White Sands. Él dice que ha vivido tanto porque fuma siempre y el tabaco mata los microbios. ¿Puedo fumar pronto, Ana?

-No, Davy. Espero que nunca toques el tabaco -dijo Ana con aire ausente.

-¿Y entonces qué dirás cuando los microbios acaben conmigo?

CAPÍTULO QUINCE

Un sueño vuelto del revés

-Una semana más y volveremos a Redmond -dijo Ana. La idea de volver al trabajo, a las clases y a los amigos de Redmond la hacía feliz. «La Casa de Patty» también era motivo de dichosos sueños. Ese pensamiento traía consigo una calurosa y placentera sensación de hogar, aunque nunca hubiera vivido allí.

Pero el verano había sido también hermoso; un período de alegre vivir, con soles y cielos y delicias diversas; un lapso en que aprendiera a vivir con más nobleza, a trabajar con más paciencia, a jugar con más corazón.

«No todas las lecciones de la vida se aprenden en el colegio

-pensó-; se aprenden en todas partes.»

Pero, ¡ay!, la última semana de aquellas placenteras vacaciones se estropeó por uno de esos impíos acontecimientos que son como un sueño vuelto del revés.

-¿Has estado escribiendo alguno de esos cuentos últimamente? -preguntó el señor Harrison una noche en que Ana estaba tomando el té con él y su esposa.

-No -respondió Ana, algo encrespada.

-¡Oh, no he querido ofenderte! La señora Hiram Sloane me dijo el otro día que hace un mes alguien dejó en el buzón un gran sobre dirigido a la Compañía de Levadura Rollings de Montreal, y ella sospechó que alguien trataba de ganar el premio que ofrecían al mejor cuento que citara el nombre de la levadura. Dijo que no estaba escrito con tu letra, pero yo pensé que se trataba de ti.

-Desde luego que no. Me enteré del concurso, pero ni soñé con competir. Creo que sería una estupidez escribir un cuento para anunciar una levadura. Sería tan estúpido como el anuncio de un producto farmacéutico que quiso poner Judson Parker en la empalizada.

Así habló Ana, sin soñar con la humillación que la esperaba. Aquella misma tarde Diana llegó a su habitación, con los ojos brillantes y las mejillas arrebatadas, llevando una carta.

-Ana, aquí tienes una carta para ti. Estaba en la oficina de correos, de manera que te la traje. Ábrela pronto. Si es lo que creo enloqueceré de alegría.

Ana, perpleja, abrió la carta y echó una mirada a su contenido:

Sta. Ana Shirley

Tejas Verdes, Avonlea, Isla del Príncipe Eduardo. Señorita:

Tenemos el placer de informarle que su cuento «El sacrificio de Averil» ha ganado el premio de veinticinco dólares ofrecido en nuestro reciente concurso. Incluimos el cheque por esa suma. Estamos preparando su publicación en varios destacados periódicos de Canadá y tenemos la intención de imprimirlo para su distribución entre nuestros clientes.

Agradecemos el interés que se ha tomado por nuestra compañía, y quedamos de Ud. attos. y Ss. Ss.

Compañía de Levadura Rollings.

-No comprendo -dijo Ana. Diana aplaudió.

-¡Oh, sabía que ganarías el premio! Estaba segura. Yo mandé tu cuento al concurso, Ana.

-¡Diana Barry!

-Sí, lo hice -dijo Diana colgándose alegremente de la cama-. Cuando vi el anuncio me acordé de tu cuento y en seguida pensé en pedirte que lo enviaras. Pero temí que no quisieras; ¡tenías tan poca fe! De manera que decidí enviar la copia que me diste sin decirte nada. De ese modo, si no ganabas el premio nunca lo sabrías, pues los cuentos rechazados no los devuelven, y si ganabas tendrías una sorpresa deliciosa.

Diana no era excesivamente perspicaz, pero tuvo la sensación de que Ana no parecía una mujer alegre en esos momentos. Había en ella sorpresa, sin duda alguna; pero, ¿había alegría?

-Ana, no pareces estar muy contenta.

Una sonrisa un poco forzada apareció en los labios de ésta.

-Desde luego que estoy complacida ante tu generoso deseo de ayudarme -dijo lentamente-. Pero, ¿sabes?, estoy tan sorprendida... no puedo darme cuenta... y no comprendo. En mi cuento no había una palabra siquiera sobre... sobre... levadura.

-¡Oh, eso lo puse yo! -contestó Diana-. Era facilísimo, y desde luego que mi experiencia en el Club de Cuentos me ayudó. ¿Recuerdas el momento en que Averil hace el pastel? Bueno, allí añadí por mi cuenta que había usado levadura Rollings y que por eso quedó tan sabroso. Y además, en la última escena, cuando Perceval toma en sus brazos a Averil y le dice: «Querida, los hermosos años venideros nos traerán el hogar de nuestros sueños», yo añadí: «donde sólo usaremos la levadura Rollings».

-¡Oh! -exhaló la pobre Ana, como si le hubieran echado un balde de agua fría.

-Y has ganado veinticinco dólares -continuó Diana, jubilosa-. ¡Pero si una vez oí decir a Priscilla que el *Canadian Wo-man* sólo paga cinco dólares por cuento!

Ana sostenía el odiado cheque con la mano extendida.

-No puedo quedarme con ellos; son tuyos por derecho, Diana. Tú enviaste el cuento e hiciste las correcciones. Yo nunca lo hubiese enviado; de modo que debes cobrar el cheque.

-¡Estaría bueno! Lo que hice no tiene ningún valor. El honor de ser amiga de la ganadora es suficiente. Bueno, tengo que marcharme. Debí haber ido directamente a casa, pues tenemos visita, pero tenía que venir a conocer las noticias. ¡Estoy tan contenta por ti, Ana!

Ésta se inclinó de pronto, echó los brazos al cuello a su amiga y la besó en las mejillas.

-Creo que eres la mejor amiga del mundo, Diana, y te aseguro que comprendo la razón de lo que has hecho.

Diana, complacida y desconcertada, se marchó, y la pobre Ana, después de guardar el cheque en un cajón corno si fuera di nero maldito se marchó a la cama y derramó lágrimas de vergüenza. ¡Oh, nunca podría sobrevivir a esto, nunca!

Gilbert llegó al atardecer, con la intención de felicitarla, pues al pasar por «La Cuesta del Huerto» había sabido la noticia. Pero al observar la cara de Ana no pudo hacerlo.

-Pero, ¿qué te pasa? Esperaba encontrarte radiante por haber ganado el premio. ¡Te felicito!

-¡Oh, Gilbert, tú no! -exclamó con tono plañidero-. Creí que tú comprenderías. ¿No ves lo terrible que es?

-Debo confesarte que no. ¿Qué ocurre de malo?

-Todo. Me siento como si mi desgracia fuera eterna. ¿Cómo crees que se sentiría una madre si encontrara a su hijo tatuado con un anuncio de levadura? Así me siento yo. Quería a mi cuento y puse en él lo mejor de mí misma. Y es un sacrilegio degradarlo hasta el nivel de un anuncio de levadura. ¿Te acuerdas de lo que nos decía el profesor Hamilton en la clase de literatura, en la Academia de la Reina? Afirmaba que jamás se debía de escribir una sola palabra con un fin bajo o sin valor, sino que siempre se debía uno aferrar a los más altos ideales. ¿Qué pensará cuando sepa que he escrito un cuento para propaganda de la levadura Rollings? ¡Y cuando se sepa en Redmond! Piensa cómo se van a reír de mí.

-Eso no -dijo Gilbert, pensando, un poco incómodo, en que tal vez era la opinión particular de cierto estudiante de segundo año lo que tanto preocupaba a Ana-. Los condiscípulos pensarán, como pienso yo, que tú, como nueve de cada diez de nosotros, no nadas en la abundancia y que has elegido ese camino para solventar tus gastos durante el año. No veo nada degradante, ni tampoco ridículo. A todos nos gustaría sin duda escribir obras maestras de literatura; pero, mientras tanto, hay que pagar los estudios y el hospedaje.

Esta sensata manera de ver las cosas animó un poco a Ana. Por lo menos, alejó el temor de que se rieran de ella; pero sus ultrajados ideales quedaron con heridas profundas.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Se adaptan los caracteres

Es el lugar más hogareño que conozco; es más hogareño que mi propia casa -afirmó Philippa Gordon mientras miraba a su alrededor con ojos alegres. Aquella tarde estaban todos reunidos en el gran salón de «La Casa de Patty»; Ana y Priscilla, Phil y Stella, la tía Jamesina, Rusty, Joseph, la gata Sarah, Gog y Magog. Las llamas del hogar hacían danzar sus sombras sobre las paredes y, en un gran florero, algunos crisantemos de invernadero, envío de una de las víctimas de Phil, brillaban en la oscuridad.

Tres semanas solamente habían pasado desde que se consideraran definitivamente instaladas y todas creían ya que el experimento era un éxito. Los primeros quince días fueron de placentera excitación; habían estado muy atareadas arreglando la casa, organizando su vida y ajustando sus encontradas opiniones.

Ana no lamentó demasiado dejar Avonlea cuando llegó el momento de regresar a la escuela. Los últimos días de sus vacaciones no habían sido placenteros. Su cuento premiado fue publicado en los diarios de la isla, y el señor William Harrison tenía sobre el mostrador un enorme montón de folletos verdes, rosados y amarillos que también contenían el cuento y que repartía entre los parroquianos. Envió varios a Ana, a título de cortesía, y ésta los echó al fuego. Su humillación provenía de sus propios ideales, pues todo Avonlea opinaba que era fantástico que ella hubiese ganado el premio. Algunos amigos la miraban con verdadera admiración y sus pocos enemigos con envidia. Jo-sie Pye dijo que creía que Ana había copiado el cuento; estaba segura de haberlo leído en un diario, hacía años. Los Sloane, que habían descubierto, o que sospechaban las calabazas que le diera a Charlie, opinaron que no les parecía cosa de enorgullecerse, pues cualquiera lo hubiese podido conseguir. La tía Atossa le dijo a Marilla que lamentaba haberse enterado de que se dedicaba a escribir cuentos; que nadie, nacido y criado en Avonlea, se dedicaba a esas cosas; que eso ocurría por adoptar huérfanos que venían de Dios sabe qué lugar y de Dios sabe qué padres. Hasta la señora Lynde dudaba seriamente de que la profesión de literato fuera honesta, aunque la vista del cheque por veinticinco dólares la había reconciliado con tal profesión.

-Es sorprendente el precio que pagan por tales mentiras, eso es -dijo, mitad severa, mitad orgullosa.

Por todo esto, el momento de partir fue un alivio para Ana. Y era muy divertido estar de regreso en Redmond, convertida ya en una inteligente y experimentada alumna de segundo año, con multitud de amigos a quienes saludar en el alegre primer día de clase. Allí estaban Pris, Stella, Gilbert, Charlie (con unos aires de importancia que no habían observado antes sus condiscípulos), Phil, todavía sin solucionar su problema Alec-Alonzo, y Moody Spurgeon MacPherson, que había estado dedicado a la enseñanza desde que dejara la Academia, pero a quien su madre había convencido de que era hora de dedicar su atención a los estudios para ordenarse de pastor. El muchacho había tenido mala suerte en el comienzo: media docena de implacables estudiantes de segundo, que se hospedaban con él, le afeitaron cierta noche la mitad de la cabeza y el pobre había andado de esa guisa hasta que le crecieron los cabellos. En más de una ocasión confesó a Ana sus dudas sobre su vocación de pastor.

La tía Jamesina llegó a «La Casa de Patty» cuando ya las muchachas la habían puesto en condiciones. La señorita Patty envió la llave a Ana con una carta donde le comunicaba que Gog y Magog estaban en una caja, debajo de la cama del cuarto de huéspedes, pero que podía sacarlos de allí cuando quisiera; en una posdata manifestaba su esperanza de que las muchachas colgasen con cuidado los cuadros; la sala había sido empapelada cinco años atrás y la señorita Mary no quería más agujeros de los necesarios en el nuevo papel. Para todo lo demás confiaba en Ana.

¡Qué bien lo habían pasado poniendo en orden su nuevo hogar! Como dijo Phil, fue algo tan bueno como casarse. Podían gozar de toda la alegría de preparar un hogar sin preocuparse por el marido. Todas llevaron algo para adornar la casa o hacerla más confortable. Pris, Phil y Stella contribuyeron con chucherías y cuadros que colgaron de acuerdo con el gusto de cada cual, haciendo caso omiso del nuevo empapelado de la señorita Patty.

-Taparemos los agujeros cuando nos vayamos; nunca lo sabrá, querida -contestaban, ante las protestas de Ana.

Diana había regalado a su amiga un cojín y la señorita Ada les regaló otro totalmente bordado. Manila les envió una gran caja con frutas el Día de Acción de Gracias y la señora Lynde le regaló una manta acolchada y le dejó en préstamo otras cinco.

-Llévalas -dijo, autoritaria-; se conservarán mejor en uso que dentro de un baúl, sirviendo de alimento a las polillas.

Ninguno de estos animalitos se hubiera atrevido a acercarse a ellas; tenían tantas bolas de naftalina que hubo que colgarlas al aire en el huerto durante una semana antes de poder resistirlas en la casa. En verdad, la aristocrática Spofford Avenue rara vez tenia ocasión de observar esas colgaduras. El ceñudo viejo millonario que vivía en la casa vecina anunció su deseo de comprar la manta roja y amarilla con dibujo de tulipanes que Rachel le regalara a Ana. Dijo que su madre solía hacer mantas como ésa y que le haría recordarla. Ana no se la quiso vender, pero le escribió a Rachel sobre el episodio. Esta dama, muy contenta, contestó que tenía otra igual, de manera que el rey del tabaco consiguió su manta y la colocó sobre su cama, con gran disgusto de su elegante esposa.

Las mantas de la señora Lynde fueron muy útiles durante aquel invierno. «La Casa de Patty», junto con todas sus virtudes, tenía también sus defectos: era bastante fría; y cuando llegaron las noches heladas las chicas estuvieron contentas de poder deslizarse bajo las mantas. Ana ocupaba el cuarto azul que tanto le gustara desde la primera vez. Priscilla y Stella compartían el más grande. Phil estaba contentísima con el suyo, un pequeño cuarto sobre la cocina, y a la tía Jamesina se le había destinado otro cercano a la sala. Rusty durmió al comienzo sobre el umbral.

A los pocos días de su llegada, un día en que regresaba de Redmond, Ana tuvo la impresión de que la gente con quien se cruzaba la miraba con una sonrisa indulgente. La muchacha se preguntó, incómoda, qué ocurriría. ¿Tendría mal colocado el sombrero? ¿Llevaría suelto el cinturón? Al volver la cabeza para investigar, Ana vio a Rusty.

Trotando, a sus talones, estaba la más rara criatura de la especie gatuna que fuera dable contemplar. Era un animal crecido, flaco, descarnado y de aspecto terrible. Le faltaban pedazos en ambas orejas, un ojo estaba temporalmente fuera de uso y una de sus quijadas terriblemente lastimada. En lo que se refiere al color, éste era totalmente imposible de identificar.

Ana quiso espantarlo, pero el gato ignoró la sugerencia. Mientras lo observaba, el animal se sentó y la contempló con mirada de reproche; cuando ella reanudó la marcha, él también lo hizo. Ana se resignó a su compañía hasta llegar a la casa, pero, una vez allí, le cerró la puerta en las narices, esperando no tener más noticias suyas. Cuando Phil abrió la puerta, allí estaba el gato todavía. Con toda rapidez entró, saltó al regazo de Ana y lanzó un maullido mitad implorante, mitad triunfante.

-Ana -preguntó Stella severamente-, ¿es tuyo este animal?

-No -protestó aquélla, disgustada-. Esa criatura me ha seguido desde no sé dónde. No he podido deshacerme de él. ¡Fuera! Me gustan mucho los gatos decentes, pero no me agradan las bestias como tú.

El animal se negó a marcharse. Se acurrucó sobre el regazo de Ana con toda tranquilidad y comenzó a ronronear.

-Evidentemente te ha adoptado -rió Priscilla.

-No me gusta que me adopten -protestó Ana, testaruda.

-La pobre criatura se muere de hambre -dijo Phil-. Se le pueden contar las costillas.

-Bien, le daré una buena comida y podrá marcharse por donde vino -dijo nuestra amiga con tono resuelto.

Le dieron de comer y lo dejaron fuera. Por la mañana aún estaba allí. Y en el umbral quedó, saltando dentro cada vez que abrían la puerta. Ninguna fría acogida tenía efecto sobre él, ni

prestaba atención a nadie, fuera de Ana. Las muchachas, apiadadas, lo cuidaron durante una semana, al final de la cual decidieron que algo debía hacerse. El aspecto del gato había mejorado.

Su ojo y su quijada habían vuelto a su aspecto normal; ya no estaba tan flaco, y le habían visto lavarse la cara.

-Pero no podemos quedarnos con él -dijo Stella-; la tía Jamesina llegará la semana que viene y traerá consigo a la gata Sarah. No podemos tener dos gatos; y este Rusty pelearía todo el tiempo con Sarah. Es luchador por naturaleza. Tuvo una terrible gresca anoche con el gato del rey del tabaco y lo venció.

-Tenemos que deshacernos de él -agregó Ana, mientras miraba sombríamente al objeto de la discusión, que ronroneaba sobre la alfombra con aire inocente-. Pero la cuestión es cómo lo haremos. ¿Cómo pueden cuatro indefensas mujeres deshacerse de un gato que no quiere irse?

-Podríamos darle cloroformo -sugirió Phil-. Es la forma más humana.

-¿Quién de nosotras sabe algo sobre cloroformar gatos? -preguntó Ana.

-Yo sé, querida. Es uno de mis pocos, tristemente pocos, conocimientos. En casa acabé con algunos de ese modo. Se le da al gato por la mañana un buen desayuno. Se coge una bolsa de arpillera (hay una en el porche trasero), se mete el gato dentro y luego se pone todo en una caja de madera. Después se coge una botella con dos onzas de cloroformo, se destapa y se pone debajo de la caja. Se apoya algo muy pesado sobre la tapa y se espera hasta la tarde. El gato muere mientras duerme. Sin dolor ni lucha.

-Suena fácil -dijo Ana, dudosa.

-Es fácil. Déjamelo a mí -dijo Phil.

Se buscó el cloroformo y a la mañana siguiente se procedió a la ejecución de Rusty. Éste comió el desayuno, se relamió el hocico y subió al regazo de Ana. El corazón de la muchacha le jugó una mala pasada. El pobre animal la quería y confiaba en ella. ¿Cómo podía ser cómplice de su muerte?

-Toma, llévatelo -le dijo a Phil-. Me siento como una asesina.

-Ya sabes que no sufrirá -la consoló Phil. Pero Ana ya había huido.

El hecho fatal tuvo lugar en el porche trasero. Nadie se acercó por allí ese día. Pero al atardecer Phil dijo que el gato debía i de ser enterrado.

-Pris y Stella deben cavar una fosa en el huerto -decretó- y Ana vendrá conmigo a ayudarme a levantar la caja. Ésa es la parte que odio siempre.

Las dos conspiradoras se acercaron de puntillas al porche. Phil alzó cautelosamente la piedra que pusiera sobre la caja. De pronto, débil pero claro, sonó dentro de la caja un inconfundible maullido.

-No... no está muerto -tartamudeó Ana, sentándose sobre los escalones.

-Debería estarlo -contestó Phil, incrédula. Otro maullido probó que no era así. Las dos muchachas se miraron.

-¿Qué debemos hacer? -preguntó Ana.

-¿Por qué no venís? -preguntó Stella desde el umbral-. Ya tenemos lista la fosa. ¿Qué pasa? ¿A qué viene este silencio?

¡Oh, no!, las voces de los muertos Suenan como un lejano torrente,

citó Ana, como respuesta, señalando solemnemente la caja. La risa general quebró la tensión.

-Debemos dejarlo aquí hasta mañana -dijo Phil mientras volvía a colocar la piedra-. No ha maullado desde hace cinco minutos. Quizá los maullidos eran los de la agonía. O tal vez hemos creído escucharlos y sólo eran nuestras conciencias culpables.

Pero cuando alzaron la tapa, por la mañana, Rusty saltó alegre al hombro de Ana y comenzó a lamerle la cara afectuosamente. Nunca hubo un gato tan decididamente vivo.

-Hay un agujero en la caja -se quejó Phil-. No lo había visto. Por eso no murió. Bueno, ahora tendremos que hacerlo todo de nuevo.

-No -sentenció Ana, de pronto-. No volveremos a matar a Rusty. Es mi gato y tendréis que aceptarlo.

-Bueno, si te arreglas con tía Jamesina y Sarah -dijo Stella, con aire de lavarse las manos.

Desde entonces Rusty fue como de la familia. Dormía sobre el felpudo del porche y vivía de lo que le daban. Para la llegada de la tía Jamesina estaba gordo, lustroso y con un aspecto bastante aceptable. Pero, como el gato de Kipling, «andaba solo». Sus garras estaban siempre listas

contra todos los gatos y las de todos los gatos en su contra. Uno por uno derrotó a los aristocráticos felinos de Spofford Avenue. En lo que se refiere a Ana, sólo a ella quería. Ninguna otra persona se atrevía siquiera a acariciarlo, pues recibía a quien osaba hacerlo con sonidos que equivalían a insultos.

-Son intolerables los aires que se da ese gato -dijo Stella.

-Es un lindo minino -repuso Ana, desafiante, mientras lo acariciaba.

-Bueno, no sé cómo Sarán y él podrán vivir juntos -comentó Stella, pesimista-. Las peleas de gatos en el huerto son bastante malas, pero aquí, en la sala, serán sencillamente intolerables.

La tía Jamesina llegó a su debido tiempo. Ana, Priscilla y Phil habían esperado su llegada con ciertas reservas, pero cuando llegó y se instaló en la mecedora, frente al fuego, sintieron que la adorarían.

La tía Jamesina era una viejecita con un rostro suave, pequeño y triangular; sus ojos, grandes y azules, tenían el brillo de una inextinguible juventud y parecían llenos de esperanzas, como los de las muchachas. Tenía mejillas sonrosadas y cabellos blancos como la nieve recogidos en un peinado con rizos sobre las orejas.

-Es un peinado a la antigua -dijo, mientras tejía algo color de rosa-, pero es que yo soy anticuada Y mis ropas como mis opiniones también lo son. No sostengo que sean mejores por ello. En realidad, creo que son peores. ¡Pero se soportan tan bien! Los zapatos viejos no son tan elegantes como los nuevos, pero resultan mucho más cómodos. Soy suficientemente vieja para darme el gusto con respecto a los zapatos y a las opiniones. Tengo el propósito de pasarlo bien aquí. Sé que esperan que las cuide, pero no pienso hacerlo. Son bastante mayores para saber comportarse. De modo que, en lo que me concierne -concluyó con un guiño-, pueden perjudicarse como más les plazca.

-Oh, ¿hay alguien que separe esos gatos? -rogó Stella, temblando

La tía Jamesina había traído consigo no sólo a la gata Sarán, sino también a Joseph. Éste, explicaba, había pertenecido a una vieja amiga suya que se fuera a vivir a Vancuver.

-Ella no pudo llevárselo y me pidió que lo cuidara. No pude negarme. Es un hermoso gato; es decir, su humor es hermoso. Mi amiga le puso el nombre de Joseph porque tiene la piel de muchos colores.

Y era verdad, Joseph, como decía la disgustada Stella, parecía lleno de remiendos. Era imposible establecer el color de su piel. Tenía las patas blancas con manchas negras. Su lomo era gris con un gran manchón amarillo de un lado y negro del otro. La cola era amarilla con la punta gris. Tenía un ojo negro y otro amarillo, y un parche negro sobre uno de ellos le daba el aspecto de un facineroso. En realidad, era manso, inofensivo y de carácter sociable. A ese respecto, Joseph era como una floréenla. No saltaba, ni corría ni perseguía ratones. Y sin embargo, ni Salomón en su gloria había dormido sobre mejores cojines ni gozado de mejores manjares.

Joseph y Sarah llegaron por tren en cajones separados. Una vez en libertad, y después de haber comido, Joseph eligió el rincón y el cojín que más le gustaron y Sarah se sentó gravemente ante el fuego y se lavó la cara. Era una gata grande y pulida, de piel gris y blanca, con un aire de gran dignidad no empañado por su origen plebeyo. Había sido entregada a la tía Jamesina por su lavandera.

-La mujer se llamaba Sarah y mi marido le quiso poner el mismo nombre -explicó la tía-. Tiene ocho años y es buena cazadora. No te preocupes, Stella; Sarah nunca pelea y Joseph lo hace raras veces.

-Tendrán que luchar en defensa propia -dijo Stella.

En aquel momento entró Rusty en escena. Brincó alegremente por la habitación antes de reparar en los intrusos. Entonces se detuvo en seco y su cola se erizó. Los pelos de su lomo se transformaron en un arco desafiante; bajó la cabeza, lanzó un horrible grito de odio y se echó sobre Sarah.

El majestuoso animal había dejado de relamerse la cara y lo miraba con curiosidad. Con un despreciativo golpe de su fuerte garra detuvo el ataque. Rusty rodó por la alfombra y se levantó aturdido. ¿Qué clase de gato era aquél? ¿Saltaría otra vez o no? Sarah le volvió la espalda

deliberadamente y reanudó su tarea. Rusty decidió no proseguir y desde entonces no volvió a atacar: a partir de aquel día, Sarah rigió la comunidad. Rusty nunca volvió a cruzarse en su camino.

Pero Joseph se alzó y maulló. Rusty, ardiendo por vengarse, saltó sobre él. Joseph, pacífico por naturaleza, sabía sin embargo luchar y podía hacerlo bien. El resultado se tradujo en una serie de batallas diarias entre los dos gatos, que se aprestaban a la lucha en cuanto se veían. Ana tomaba el partido de Rusty y detestaba a Joseph. Stella se desesperaba. Pero la tía Jamesina se limitaba a reír.

-Déjalos que peleen -decía, tolerante-. Dentro de un tiempo serán amigos. Joseph necesita ejercicio; se estaba poniendo muy gordo. Y Rusty tiene que aprender que no es el único gato del mundo.

Finalmente, Joseph y Rusty llegaron a un arreglo: de enemigos jurados pasaron a amigos inseparables. Dormían sobre el mismo cojín, con las garras juntas, y se lamían seriamente la cara uno al otro.

-Todos nos acostumbramos a los demás -dijo Phil-, y yo he aprendido a lavar platos y a barrer el suelo.

-Pero no necesitas hacernos creer que puedes matar gatos con cloroformo -contestó Ana, riendo.

-La culpa fue del agujero -protestó Phil.

-Fue una suerte que hubiera uno -comentó la tía Jamesina, un tanto severa-. Admito que a veces es preciso ahogar los gatos recién nacidos, pues de lo contrario se llenaría el mundo. Pero ningún gato crecido debe ser sacrificado, a menos que vacíe huevos.

-Usted no hubiese pensado muy bien de Rusty si lo hubiese visto cuando llegó -dijo Stella-. Parecía el mismo diablo.

-No creo que el diablo sea muy feo -reflexionó la tía-. No podría hacer tanto daño si lo fuera; me lo imagino más bien como un apuesto caballero.

CAPÍTULO DIECISIETE

Una carta de Davy

-Está comenzando a nevar -anunció Phil al llegar una tarde de noviembre-; todo el jardín está cubierto de preciosas estrellitas y cruces. Hasta ahora no había notado lo bonitos que son los copos de nieve. Cuando uno vive con sencillez tiene tiempo para descubrir esas cosas. Dios os bendiga por haberme abierto las puertas de este mundo. Es realmente encantador preocuparse porque la manteca vale cinco centavos más.

-¿Ha subido? -preguntó Stella, que llevaba las cuentas de la casa.

-Ha subido... y aquí la tienes. Me estoy convirtiendo en una experta en compras. Es más divertido que coquetear -concluyó Phil.

-Todo está subiendo de un modo escandaloso -suspiró Stella.

-No importa; gracias a Dios, el aire y nuestra salvación son gratuitos -dijo la tía Jamesina.

-Y también la risa -agregó Ana-. Todavía no paga impuestos; y es una suerte, porque ahora os vais a reír: voy a leer la carta de Davy. Su ortografía ha mejorado muchísimo desde el año pasado, aunque todavía pelea con los acentos, pero posee el don de escribir siempre cartas interesantes. Escuchad y divertios, antes de que nos sepultemos en la gravedad de los estudios:

«Querida Ana:

»Tomo la pluma para decirte que estamos todos bien de salud y espero que tú también lo estes. Hoy está nevando un poco y Marilla dice que la Señora de los Cielos esta sacudiendo sus colchones de plumas. ¿La Señora de los Cielos es la esposa de Dios, Ana? Quiero saber.

»La señora Lynde ha estado muy enferma, pero ahora está mejor. La semana pasada se cayó por las escaleras del sótano. Cuando cayó se agarró del estante con todos los tarros de leche y las cacerolas, que se rompió y también se cayó y hizo un ruido magnífico. Marilla primero creyó que era un terremoto. Una de las cacerolas estaba toda abollada y la señora Lynde se golpeo las costillas. El doctor vino y le dio una medicina para fregarse las costillas pero ella se equivoco y se la tomo toda. El doctor dijo que era un milagro que no se muriera, pero no se murió y se curo las costillas. Y la señora Lynde dice que los doctores no saben nada. Pero no pudimos arreglar la cacerola y Marilla tuvo que tirarla. La semana pasada fue el día de Acción de Gracias. No tuvimos colegio y tuvimos una cena fantástica. Comí pastel y pavo asado y torta de frutas y nueces y queso y dulce y pastel de chocolate. Marilla dijo que me iba a morir, pero no me morí. Después Dora dijo que tenía dolor de óidos pero lo que le dolía era el estomago. A mí no.

»Tenemos un maestro nuevo. Hace todo en broma. El otro día hizo que los niños de tercer grado hiciéramos una redacción sobre la clase de esposa que elegiríamos y a las niñas qué clase de marido. Se murió de risa cuando las leía. Esta es la mia. Pense que te gustaría verla:

»"LA CLASE DE ESPOSA QUE ME GUSTARÍA TENER

»"Debe tener muy buenas maneras, tenerme siempre lista la comida y siempre tratarme muy bien. Debe tener 15 años. Debe ser buena con los pobres y tener limpia la casa e ir a la iglesia. Debe ser muy hermosa y tener cabello rizado. Si consigo una esposa así seré muy buen marido con ella. Creo que las esposas tienen que ser muy buenas con sus esposos. Algunas pobres mujeres no tienen ningún marido.

»La semana pasada fui a White Sands, al funeral de la señora de Isaac Wright. El esposo de la muerta estaba muy triste. La se ñora Lynde dice que una vez el abuelo de la señora Wright robó una oveja, pero Marilla dice que no debemos hablar mal de los muertos. ¿Porqué no, Ana? Quiero saber. No hay peligro en hacerlo, ¿no es cierto?

»La señora Lynde se puso furiosa el otro dia porque le pregunté si había vivido en los tiempos de Noe. Yo no quería ofenderla; sólo quería saber. ¿Vivió, Ana?

»E1 señor Harrison quería librarse de su perro. Una vez lo colgó pero el vivió y se puso a correr por el granero mientras el señor Harrison cavaba la fosa, y entonces volvió a colgarlo y esta vez se quedo muerto. El señor Harrison tiene un peón nuevo. Es patizambo. El señor Harrison dice que tiene los dos pies izquierdos. El peón del señor Barry es haragán. La señora Barry lo dice, pero el señor Barry dice que no es haragán exactamente, sino que piensa que es mas fácil desear las cosas que hacerlas.

»E1 cerdo premiado de la señora Andrews que ella estaba tan orgullosa se murió de un ataque. La señora Lynde dice que es un castigo por su orgullo. Pero yo creo quo fue peor para el puerco. Milty Boulter ha estado enfermo. El doctor le dio una medicina que tenia un gusto horrible. Le ofrecí tomarla yo por un centavo, pero los Boulter son muy tacaños, Milty dice que prefería tomársela el y guardarse la moneda. Le pregunte a la señora Boulter como se hace para pescar un hombre y se enojó mucho y me dijo que no sabía, que nunca había pescado ninguno.

»La S. F. A. va á pintar otra vez el salón. Están cansados de tenerlo azul.

»Ayer vino el ministro nuevo a tomar el te. Comió tres pedazos de torta Si lo hubiera hecho yo la señora Lynde me habría llamado glotón, y el comía ligero y tragaba pedazos grandes y Marilla siempre me dice que no se debe hacer. ¿Por que los ministros pueden hacer lo que no pueden hacer los niños? Quiero saber.

»No tengo nada mas que contarte. Te mando seis besos, xxxxxx. Dora te manda uno; este es el de ella. x.

»Tu querido amigo

»David Keith.

»PD: ¿Quién es el padre del diablo, Ana? Quiero saber.»

CAPÍTULO DIECIOCHO

La señorita Josephine recuerda a su amiga Ana

Cuando llegaron las vacaciones de Navidad, las muchachas de «La Casa de Patty» partieron hacia sus respectivos hogares; la tía Jamesina prefirió permanecer allí.

-No podría ir a ningún lado con tres gatos -dijo-, y no puedo dejar solas a las pobres criaturas durante tres semanas; lo haría si tuviésemos vecinos decentes que los alimentaran, pero en esta calle no viven más que millonarios. De modo que me quedaré aquí y cuidaré la casa.

Ana se fue a casa con las alegres esperanzas de costumbre, que no se cumplieron en su totalidad. Halló Avonlea azotada por el invierno más frío y tormentoso que recordaran los más ancianos habitantes. «Tejas Verdes» temblaba al azote de los vientos. Casi continuamente rugió la tormenta en aquellas desdichadas vacaciones y hasta en los mejores días soplaba sin cesar el viento huracanado. Tan pronto se secaban los caminos, la lluvia los volvía a llenar de barro y era casi imposible salir. La S. F. A. trató, en tres noches distintas, de dar una fiesta en honor de las estudiantes, pero cada vez la tormenta había sido peor y, puesto que nadie hubiera podido asistir, abandonaron la idea con gran pesar. Ana, pese a su lealtad por «Tejas Verdes», no pudo dejar de pensar en «La Casa de Patty», con su acogedor fuego, los ojos bondadosos de la tía Jamesina, los tres gatos, la alegre charla y las placenteras tardes de los viernes, cuando acudían las amistades del colegio y hablaban de todo un poco.

Ana se sintió sola; durante todas las vacaciones, Diana estuvo aprisionada en su casa con una grave bronquitis. No podía acudir a «Tejas Verdes» y era raro que Ana pudiese ir a «La Cuesta del Huerto», pues el viejo sendero que atravesaba el Bosque Embrujado estaba intransitable y el camino más largo, sobre el helado Lago de las Aguas Refulgentes, estaba en iguales condiciones. Ruby Gillis reposaba en el cementerio; Jane Andrews enseñaba en un colegio de las praderas occidentales. Desde luego, Gilbert permanecía fiel y llegaba como podía a «Tejas Verdes». Pero sus visitas no eran lo que habían sido, y Ana las temía; era desconcertante alzar los ojos en un silencio repentino y hallar las castañas pupilas de Gilbert fijas sobre ella con inequívoca expresión; y todavía era más desconcertante sorprenderse a sí misma ruborizada bajo su mirada como si... como si... bueno, era muy embarazoso. Ana deseaba hallarse en «La Casa de Patty», pues allí siempre había alguien cerca para ayudar a salir de esas situaciones. En «Tejas Verdes», Marina se escurría hacia los dominios de la señora Lynde tan pronto como aparecía Gilbert, e insistía en llevarse con ella a los mellizos. El significado de esa actitud era inconfundible y provocaba en Ana una sensación de furia impotente.

Davy, sin embargo, se sentía completamente feliz. Soñaba con levantarse temprano para limpiar con la pala los caminos que conducían al pozo y al gallinero. Disfrutaba con los dulces de Navidad que Marilla y la señora Lynde rivalizaban en preparar para Ana y estaba leyendo, en un libro de la escuela, un cuento que le cautivaba: el héroe, que poseía la milagrosa facultad de meterse en situaciones difíciles, siempre conseguía escapar por oportunas erupciones volcánicas o por terremotos que arrastraban, en general, todos sus problemas, lo conducían hasta la gloria y la fortuna y permitían que la historia llegara a su término de la manera más feliz.

-Te digo que es un cuento maravilloso, Ana -declaró enfáticamente-. Me gusta más que los de la Biblia.

-¿Ah, sí? -dijo Ana sonriendo. Davy la contempló con curiosidad.

-No pareces sorprendida, Ana. La señora Lynde se sorprendió mucho cuando se lo dije.

-No, Davy, no me sorprende lo más mínimo. Me parece muy natural que a un niño de nueve años le guste más leer un libro de aventuras que la Biblia. Pero, cuando seas mayor, estoy segura de que comprenderás que la Biblia es un libro maravilloso.

-Algunas partes me gustan -concedió Davy-; la historia sobre José es formidable. Pero si yo hubiese sido José, no hubiera perdonado a mis hermanos. Les hubiera cortado la cabeza. La señora Lynde se enfadó mucho cuando lo dije, cerró la Biblia y dijo que nunca la leería más si hablaba así. De manera que ahora no hablo cuando la lee los domingos por la tarde; solamente pienso cosas y se las digo a Milty Boulter al otro día en el colegio. Le conté a Milty la historia de Eliseo y los osos y se asustó tanto que nunca más se rió de la calva del señor Harrison. ¿Hay muchos osos en la isla del Príncipe Eduardo, Ana? Quiero saberlo.

-No en estos tiempos -dijo Ana, con aire ausente-. ¡Oh, Dios! ¿Terminará alguna vez esta tormenta?

-Sólo Dios lo sabe -dijo Davy alegremente mientras se disponía a reanudar la lectura.

Esta vez sí que se sorprendió Ana.

-¡Davy! -exclamó, con tono de reproche.

-La señora Lynde lo dice -protestó Davy-; la semana pasada, una noche en que Marilla preguntó: «¿Se casarán alguna vez Ludovic Speed y Theodora Dix?», la señora Lynde dijo: «Sólo Dios lo sabe».

-Bueno, hizo mal en decirlo -respondió Ana, tratando de salir del paso-. Nadie tiene derecho a pronunciar su nombre en vano ni a hablar tan a la ligera, Davy. No lo repitas nunca.

-¿Ni aunque lo diga en voz baja y con seriedad, como hace el ministro?

-No; ni aun así.

-Bueno, no lo haré. Ludovic Speed y Theodora Dix viven en Middle Crafton y la señora Lynde dice que llevan cien años de noviazgo. ¿No serán pronto demasiado viejos para casarse, Ana? Espero que Gilbert no te corteje tanto. ¿Cuándo te vas a casar con él, Ana? La señora Lynde dice que es seguro que sí.

-La señora Lynde es una... -comenzó a decir Ana, irritada, pero se detuvo.

-... vieja chismosa -concluyó Davy, con calma-. Así la llaman todos. ¿Pero es seguro, Ana? Quiero saberlo.

-Eres un niño muy tonto, Davy -dijo Ana saliendo indignada de la habitación. La cocina estaba desierta y se sentó junto a la ventana a la moribunda luz del atardecer. Hacia poniente, una pálida luna de invierno se asomaba tras las nubes de color púrpura, y el azul del cielo se desvanecía; pero, por occidente, la zona dorada se hacía más brillante, como si todos los rayos de luz se concentraran en un punto; las colinas distantes, bordeadas de pinos, se destacaban nítidamente. Ana contempló los campos blancos y quietos, fríos y sin vida a la desagradable luz de aquel crepúsculo y suspiró. Se sentía muy sola y su corazón estaba triste; era poco probable que pudiera regresar a Redmond al año siguiente. La única beca para el segundo año era de poco valor pecuniario; ella no tocaría nunca el dinero de Marilla y había pocas esperanzas de ganar lo suficiente durante las vacaciones de verano.

-Supongo que tendré que abandonar el año que viene -pensó, triste- y volver a enseñar en la escuela del distrito hasta que gane bastante para finalizar el curso; para entonces, mis compañeras ya se habrán graduado y «La Casa de Patty» estará fuera de mi alcance. ¡Bueno! No seré cobarde. Espero que podré costearme los estudios si es necesario.

-Por ahí viene el señor Harrison -anunció Davy, antes de salir corriendo-. Espero que traiga la correspondencia. Hace tres días que no llegan cartas y quisiera saber qué andan haciendo los liberales. Soy conservador, Ana. Y te aviso que hay que andarse con cuidado con los liberales.

El señor Harrison había traído la correspondencia: había alegres cartas de Stella, Priscilla y Phil, que disiparon en un momento la tristeza de Ana. También la tía Jamesina había escrito anunciando que conservaba encendido el fuego de la chimenea, que los gatos estaban bien y que las plantas crecían magníficamente.

«El tiempo ha sido muy frío -decía-, de modo que permito a los gatos dormir en la casa; Rusty y Joseph sobre el sofá de la sala y Sarah a los pies de mi cama. Me acompaña mucho su ronroneo cuando me despierto por las noches y pienso en mi pobre hija que está en el extranjero. No me preocuparía mucho si no estuviese en la India, pero dicen que allí las serpientes son horribles. Hace falta todo el ronroneo de Sarah para ahuyentar este pensamiento. Tengo confianza en todo menos

en las serpientes; no me explico por qué las hizo la Divina Providencia, pues no parecen obra de Dios. Me siento inclinada a creer que son obra del diablo.»

Ana dejó para el final una carta breve, escrita a máquina, suponiendo que seña de poca importancia.

Cuando la hubo leído, permaneció inmóvil y con lágrimas en los ojos.

-¿Qué te ocurre, Ana? -preguntó Marilla.

-Ha muerto Josephine Barry -dijo Ana en voz baja.

-De manera que al fin ha partido. Bueno, ha estado enferma durante más de un año y los Barry esperaban esa noticia en cualquier momento. Es mejor que descanse ya, Ana, pues ha sufrido mucho. Siempre te quiso mucho.

-Me ha querido hasta el final, Marilla. Esta carta es de su abogado. Me deja un legado de mil dólares.

-Por Dios, eso es un montón de dinero -exclamó Davy-. Es la señora que estaba en la cama del cuarto de huéspedes cuando tú y Diana saltasteis encima, ¿no? Diana me lo contó todo. ¿Por eso te ha dejado tanto dinero?

-Cállate, Davy -dijo Ana suavemente. Se deslizó hasta su buhardilla con el corazón contrito, dejando a Marilla y a la señora Lynde comentando la noticia.

-¿Crees que ahora se casará Ana? -inquirió Davy ansioso-. Cuando Dorcas Sloane se casó el verano pasado dijo que si hubiese tenido dinero no se habría preocupado por un hombre, pero que vivir con un viudo con ocho hijos era mejor que vivir con una cuñada.

-Davy Keith, ten quieta la lengua -dijo severamente la señora Lynde-. Hablas en forma escandalosa para un niño, eso es.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Un interludio

-Pensar que hoy cumplo veinte años -dijo Ana a la tía Jame-sina, que leía sentada en su silla favorita. Estaban solas en el salón. Stella y Priscilla habían salido a una reunión de la comisión y Phil se estaba preparando para una fiesta en las habitaciones de arriba. Ana se hallaba acurrucada sobre la alfombra con Rusty en el regazo.

-Supongo que te sentirás algo triste. Con los veinte se termina una parte muy hermosa de la vida. Estoy muy contenta de no haber salido del todo de esa época.

Ana rió.

-Usted nunca la dejará, tía. Tendrá todavía dieciocho años cuando llegue a los cien. Sí, me siento triste y un poco insatisfecha. La señorita Stacy me dijo hace mucho tiempo que a los veinte años mi personalidad estaría formada, para bien o para mal, pero yo no tengo la sensación de que haya ocurrido eso. Me parece que hay muchas lagunas en mi vida.

-Las hay en la de todos -contestó la tía alegremente-. La mía está resquebrajada en mil lugares. Tu señorita Stacy quiso decir probablemente que a los veinte años tu carácter habría tomado una u otra dirección y que seguiría desarrollándose en ese sentido. No te preocupes más, Ana. Pórtate como debes con Dios, con tus semejantes y contigo misma y trata de pasarlo lo mejor posible. Ésa es mi filosofía y siempre me ha dado buen resultado. ¿Dónde va Phil esta noche?

-A un baile; y tiene un hermosísimo vestido de seda color crema con encajes. Combina muy bien con el color bronceado de su tez.

-Hay cierta magia en las palabras «seda» y «encaje», ¿no es cierto? -dijo la tía-. Su sonido me hace sentir como si es tuviera preparándome para un baile. Y seda amarilla; me hace pensar en un vestido hecho con rayos de sol. Siempre soñé con tener un vestido de seda amarilla; pero primero mi madre y luego mi marido ni querían oír hablar de eso. Lo primero que haré en cuanto llegue al cielo será conseguir un vestido como ése.

Phil bajó, entre las risas de Ana, y se contempló en el gran espejo ovalado que había sobre una pared del cuarto.

-Un espejo lisonjero es indispensable -dijo-. El de mi habitación me hace sentir mala. ¿Estoy guapa, Ana?

-¿Realmente sabes lo guapa que eres, Phil? -preguntó Ana con honesta admiración.

-Desde luego que sí. ¿Para qué, si no, existen los hombres y los espejos? Pero no es a eso a lo que me refiero. ¿Tengo bien peinados los rizos? ¿Me cae bien la falda? Y esta rosa, ¿quedaría mejor más abajo? Tengo miedo de que esté demasiado alta.

-Todo está perfecto. Y ese hoyuelo es admirable.

-Ana, hay algo tuyo que me gusta particularmente... y es tu bondad. No hay en ti una partícula de envidia.

-¿Por qué habría de ser envidiosa? -preguntó la tía Jame-sina-. Puede que no sea tan hermosa como tú, pero tiene una nariz mucho más bonita.

-Lo sé -concedió Phil.

-Mi nariz ha sido siempre un consuelo para mí -confesó Ana.

-Y me gusta cómo te cae el cabello en la frente, Ana. Y ese rizo rebelde que parece estar siempre a punto de caerse es delicioso. En lo que se refiere a narices, la mía ha sido siempre una gran preocupación para mí. Sé que a los cuarenta tendrá un forma espantosa. ¿Cómo te parece que seré a los cuarenta, Ana? -inquirió Phil.

-Una señorona casada.

-No -dijo Phil mientras se sentaba cómodamente a esperar a su escolta-. Joseph, bestia bíblica, no te atrevas a subir a mi regazo. No tengo ganas de bailar con pelos de gato. No, Ana, no pareceré una matrona. Pero sin duda me casaré.

-¿Con Alee o Alonzo? -preguntó Ana.

-Supongo que con uno de ellos -suspiró Phil- si es que alguna vez puedo decidirme.

-No deberías dudar -la regañó la tía Jamesina.

-Nací indecisa, tía, y nada conseguirá hacerme sentar cabeza.

-Deberías de ser más sensata, Philippa.

-Desde luego que es mejor ser sensata -afirmó Phil- pero eso lo hace todo más aburrido. En lo que se refiere a Alee y Alonzo, si los conociera comprendería por qué es tan difícil elegir entre ellos. Los dos son igualmente agradables.

-Entonces elige a alguien que sea más agradable aún -sugirió la tía-. Ahí está ese estudiante de tercero, que es tan devoto tuyo: Will Leslie. Tiene unos ojos grandes, hermosos y dulces.

-Son demasiado dulces; parecen los de una vaca -dijo Phil con crueldad.

-¿Y qué me dices de George Parker?

-Lo único que se puede decir de él es que parece siempre recién planchado y almidonado.

-Entonces Marr Holworthy; a ése no le encontrarás defectos.

-No; podría pasar, si no fuese tan pobre. Yo debo casarme con un hombre rico, tía Jamesina. Eso y un buen aspecto son requisitos indispensables. Me casaría con Gilbert Blythe si fuera rico.

-¿Ah, sí? -preguntó Ana, algo picada.

-¿No nos gusta la idea, eh? Aunque Gilbert no nos agrada un comino -se burló Phil-. Pero no hablemos de cosas desagradables. Tendré que casarme algún día, supongo, pero alejaré ese día fatal todo lo que pueda.

-No te cases con alguien a quien no quieras, Phil, cuando llegue el momento -dijo la tía Jamesina.

-«Oh, los corazones que aman a la antigua. Están ahora pasados de moda» -citó Phil con tono de burla-. Ahí llega el coche. Me escapo. Adiós, damas anticuadas.

Cuando Phil partió, la tía Jamesina miró a Ana con seriedad.

-Esa chica es guapa, dulce y de buen corazón, pero, ¿no te parece algunas veces que no está bien de la cabeza, Ana?

-Oh, no creo que sean cosas de su cabeza -dijo Ana, escondiendo una sonrisa-. Es sólo su modo de hablar. La tía Jamesina sacudió la cabeza.

-Bueno, eso espero. Y lo espero porque la quiero. Pero no puedo comprenderla. No se parece a ninguna de las muchachas que conocí, ni a ninguna de las que yo fui.

-¿Y cuántas muchachas fue usted, tía Jimsie?

-Por lo menos media docena, querida.

CAPÍTULO VEINTE

Gilbert se decide

-¡Qué día tan aburrido! -bostezó Phil tendiéndose perezosamente sobre el sillón, después de desalojar a dos indignados gatos.

Ana dejó a un lado *Las aventuras de Pickwikc.* Ahora que habían concluido los exámenes de primavera, retornaba a Dic-kens.

-Será aburrido para nosotras -dijo, pensativa-, pero para mucha gente puede que sea un día maravilloso. Algunos estarán locos de felicidad. Tal vez hoy se está llevando a cabo una hazaña magnífica o se ha escrito un hermoso poema, o ha nacido un gran hombre. Y quizá se haya roto algún corazón, Phil.

-¿Por qué echaste a perder tus hermosos pensamientos con esa última frase, querida? -rezongó Phil-. No me gusta pensar en corazones rotos ni en nada triste.

-¿Crees que siempre podrás ignorar las penalidades de la vida?

-No, pobre de mí. ¿Acaso las ignoro ahora? Me imagino que no considerarás a Alee y a Alonzo como alegrías, cuando lo único que hacen es complicarme la existencia.

-Nunca tomas nada en serio, Phil.

-¿Por qué he de hacerlo? Ya hay personas de sobra que lo hacen. El mundo necesita gente como yo, Ana, para alegrarlo un poco. Sería un lugar terrible si todos fueran intelectuales y serios y consideraran las cosas sólo por su lado grave. Dime, Ana, ¿no ha sido más alegre la vida en «La Casa de Patty» este invierno, porque yo me encontraba aquí?

-Sí -concedió Ana.

-Y todos me quieren, hasta la tía Jamesina, que me cree un poco loca. Entonces, ¿por qué he de cambiar? ¡Oh, queri da, tengo tanto sueño! Anoche estuve despierta hasta la una leyendo una escalofriante novela de fantasmas. Estaba en la cama, ¿y crees acaso que después de leerla iba a levantarme a apagar la lámpara? Pues no. Y si Stella no hubiera llegado tarde, se habría quedado encendida hasta el amanecer. Cuando oí llegar a Stella le pedí que apagara la luz. Si lo hubiera hecho yo, me habría parecido que algo me atrapaba en la oscuridad al regresar a la cama. A propósito, ¿sabes qué hará tía Jamesi-na este verano?

-Sí, se quedará aquí. Lo hará por esos benditos gatos, aunque ella afirma que es por evitarse el trabajo de abrir otra vez su casa y porque odia hacer visitas.

-¿Qué lees?

-*Pickwick.*

-Es un libro que me pone hambrienta. Habla demasiado de comida. Sus personajes parecen deslizarse entre el jamón con huevos y el ponche de leche. Después de leer *Pickwick* tengo que dar una vuelta por el aparador. Pensar solamente en él me da hambre. ¿Hay alguna cosa en la alacena, Reina Ana?

-Esta mañana hice pastel de limón. Puedes coger un trozo.

Phil se precipitó hacia la despensa y Ana salió a la huerta acompañada de Rusty. Era una hermosa noche de primavera. La nieve no había desaparecido del todo en el parque; el pequeño banco, entre los pinos, en el camino al puerto, todavía estaba blanquecino bajo los rayos del sol de abril. El sendero que conducía al puerto estaba lleno de barro y el aire de la noche era frío. Pero el césped crecía verde en algunos lugares, y Gilbert había hallado pálidos y perfumados madroños en un escondido rincón. Llegó del parque con las manos cargadas.

Ana estaba sentada sobre la gran piedra gris de la huerta admirando una desnuda rama de abedul que se recortaba contra el rosa pálido del atardecer con perfecta gracia y que constituía todo un poema. Edificaba un castillo en el aire, una mansión maravillosa en cuyos soleados patios y majestuosos salones flotaban perfumes arábigos y en la cual era ella reina y castellana. Cuando vio acercarse a Gilbert tuvo un sobresalto. Últimamente se las había compuesto para no encontrarse a solas con él, pero ahora nada podía hacer; hasta Rusty la había abandonado.

Gilbert se sentó a su lado y le alargó las flores.

-¿No te recuerdan el hogar y nuestras viejas excursiones de los días de colegio, Ana?

La muchacha tomó las flores y hundió su rostro en ellas.

-En este momento estoy en las tierras de Silas Sloane -exclamó impulsivamente.

-Supongo que dentro de unos días estarás allí realmente.

-No; dentro de dos semanas. Iré con Phil a Bolingbroke antes de ir a casa. Tú estarás en Avonlea antes que yo.

-No, este año no iré. Me han ofrecido un empleo en el *Daily News* y voy a aceptarlo.

-¡Ah! -exclamó Ana. Se preguntaba cómo sería un verano en Avonlea sin Gilbert-. Bueno -concluyó suavemente-, será muy importante para ti, supongo.

-Sí, ansiaba conseguirlo. Me ayudará mucho.

-No debes trabajar demasiado -dijo Ana, sin tener clara idea de lo que decía. Deseaba desesperadamente que apareciera Phil-. Este invierno has estudiado muy duro. ¿No es una tarde espléndida? ¿Sabes que hoy he descubierto un grupo de violetas blancas debajo de aquel viejo árbol? Me sentí como si hubiera descubierto una mina de oro.

-Tú siempre estás descubriendo minas de oro -dijo Gilbert, también con aire ausente.

-Vamos a ver si encontramos más. Llamaré a Phil y...

-Deja ahora a Phil y a las violetas, Ana -exclamó Gilbert mientras le cogía una mano y se la oprimía para que no pudiera soltarse-. Hay algo que quiero decirte.

-¡Oh, no lo digas! -pidió Ana-. No... por favor, Gilbert.

-Tengo que hacerlo. Las cosas no pueden seguir así. Ana, te amo. Tú sabes cuánto, yo... yo no puedo expresarlo con palabras. Prométeme que algún día serás mi esposa.

-Yo..., yo no puedo -exclamó Ana lastimosamente-. ¡Oh, Gilbert, lo has echado todo a perder!

-¿No te importo nada? -preguntó el joven después de una pausa mortal durante la cual Ana no se atrevió a levantar los ojos.

-No... no en ese sentido. Te quiero muchísimo como amigo. Pero no te amo, Gilbert.

-Pero puedes darme alguna esperanza de que en el futuro...

-No, no puedo hacerlo. Nunca, nunca te amaré... en ese sentido... Gilbert. No vuelvas a hablarme así nunca más.

Hubo otra larga pausa... larga, tensa; Ana tuvo por fin que levantar la vista. La cara de Gilbert tenía una palidez mortal. Y sus ojos... Ana no pudo soportarlo y desvió la mirada. Todo aquello no tenía nada de romántico. ¿Es que las declaraciones tenían que ser grotescas o... terribles? ¿Podría alguna vez olvidar el rostro de Gilbert?

-¿Hay algún otro? -preguntó por fin en voz baja.

-No... no -respondió Ana con vehemencia-. No hay ninguno, en ese sentido. Y a ti te aprecio más que a nadie en el mundo, Gilbert. Y debemos, debemos seguir siendo amigos.

Gilbert rió amargamente.

-¡Amigos! Tu amistad no me basta, Ana. Quiero tu amor... y me dices que nunca podré alcanzarlo.

-Lo siento mucho. Perdóname -fue todo lo que pudo decir Ana. ¿Dónde, dónde estaban todos los hermosos discursos que imaginara para rechazar pretendientes?

Gilbert dejó su mano suavemente.

-No hay nada que perdonar. Hubo momentos en que pensé que me querías. Me he engañado, eso es todo. Adiós, Ana.

Ana corrió a su cuarto, se sentó junto a la ventana y lloró amargamente. Sentía que había perdido algo precioso: la amistad de Gilbert. Oh, ¿por qué debía perderla así?

-¿Qué te pasa? -preguntó Phil, mientras atravesaba las tinieblas tenuemente iluminadas por la luna.

Ana no contestó. En aquel momento le habría gustado que Phil se hallara a mil kilómetros de distancia.

-Supongo que has rechazado a Gilbert Blythe. ¡Eres tonta!

-¿Te parece tonto rechazar a un hombre al que no se ama?

-No sabes reconocer el amor. Has imaginado el amor como una sensación determinada y quieres que en la vida real sea así. Vaya; es la primera cosa sensata que he dicho en mi vida; no sé cómo me las he arreglado.

-Phil -rogó Ana-, por favor, vete y déjame sola un momento. Mi mundo ha caído hecho pedazos y quiero reconstruirlo.

-¿Sin Gilbert? -preguntó Phil mientras salía.

¡Un mundo sin Gilbert! Ana repitió esas palabras una y otra vez. ¿No sería un lugar muy triste y muy solitario? Bueno, todo había sido culpa de Gilbert. Había arruinado la hermosa camaradería que los unía. Tendría que aprender a vivir sin ella.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Rosas del ayer

Los quince días que Ana pasó en Bolingbroke fueron muy agradables, descontadas las vagas puntadas de insatisfacción que llegaban junto con el recuerdo de Gilbert. Sin embargo, no tenía mucho tiempo para pensar en él. «Monte Sagrado», la hermosa propiedad de los Gordon, era muy alegre, siempre llena de amigos de Phil. Todo fue una sucesión de paseos, bailes y excursiones con Phil a la cabeza. Alee y Alonzo estaban siempre tan cercanos, que Ana se preguntaba si no tendrían otra ocupación en la vida que escoltar a Phil. Ambos eran educados y amables, y Ana no podía decidir cuál era mejor.

-Y yo que confiaba en ti para decidir con quién me casaría -protestaba Phil.

-Tienes que decidirlo tú misma. Eres una experta para determinar con quién deben casarse los demás -respondió Ana, algo sarcástica.

-¡Oh, eso es muy diferente!...

El acontecimiento más hermoso fue la visita a su casa natal, aquel pequeño lugarcito de paredes amarillas, sobre una calle lateral, con el que tantas veces soñara. Cuando llegó, en compañía de Phil, la contempló con ojos encantados.

-Es casi idéntico a lo que yo imaginaba -dijo-. No hay madreselvas en las ventanas, pero tiene un árbol de lilas frente al pórtico y cortinas de muselina. ¡Cuánto me alegro de que esté todavía pintada de amarillo!

Una señora alta y delgada abrió la puerta:

-Sí, los Shirley vivieron aquí hace unos veinte años -respondió a la pregunta de Ana-. Tenían alquilada la casa. Los recuerdo bien. Murieron ambos de fiebres malignas. Fue muy triste. Dejaron una niña que supongo que habrá muerto hace tiempo; estaba muy delicada. El viejo Thomas y su mujer se hicieron cargo de ella... como si no hubiera tenido bastante con sus hijos.

-La niña no murió -dijo Ana, sonriendo-. Soy yo.

-¡No me diga! ¡Vaya, cómo ha crecido! -exclamó la mujer como si la sorprendiera el hecho de que Ana no fuera todavía una criatura-. Deje que la mire: ahora noto el parecido. Es idéntica a su padre. También era pelirrojo. Pero en los ojos y la boca se parece a su madre. Era muy guapa. Mi hija fue alumna suya y la adoraba. Los enterraron en la misma tumba y el Consejo Escolar levantó un monumento a su memoria por los servicios prestados. ¿Quieren pasar?

-¿Me permitiría ver la casa? -preguntó Ana con ansiedad.

-Sí, desde luego, si usted lo desea. No le llevará mucho tiempo; no hay mucho que ver. Trato de convencer a mi marido para que me haga una cocina nueva, pero él no se mueve. Ahí está la sala y arriba hay dos habitaciones. Usted nació en el cuarto del este, y yo fui a verla entonces. Recuerdo que a su madre le gustaba ver el amanecer y he oído decir que usted nació precisamente cuando amanecía, y que lo primero que vio su madre fue un rayo de sol sobre su cara.

Ana subió por la estrecha escalera y entró en la habitación con el corazón palpitante. Se sentía como si estuviera en un templo. Allí había soñado su madre en las dulces horas de la espera maternal; allí las había iluminado a ambas el rojizo sol del amanecer en el sagrado instante de su nacimiento; allí había muerto su madre. Ana miró reverentemente a su alrededor con los ojos llenos de lágrimas. Aquél fue para ella uno de los momentos sagrados de su existencia y habría de quedar grabado en su memoria para siempre.

-Parece mentira... mamá era más joven de lo que yo soy ahora cuando nací.

Cuando Ana bajó la escalera, la dueña de la casa la esperaba en el vestíbulo. Le alargó un pequeño paquete cubierto de polvo, con una cinta de color azul desteñida.

-Es un manojo de viejas cartas que encontré en un ropero cuando llegué aquí. Nunca supe lo que dicen, no curioseé en ellas, pero están dirigidas a la señorita Berma Wills y ése era el nombre de soltera de su madre. Puede llevárselas si quiere.

-¡Oh, gracias... gracias! -exclamó Ana apretando el paquete

con fuerza.

-Es todo lo que quedaba en la casa. Los muebles fueron vendidos para pagar las cuentas del médico y la señora Thomas se llevó la ropa y algunas cositas. No duraron mucho en medio de esos indios que tenía por hijos. Eran como alimañas.

-No tengo nada que perteneciera a mi madre. Nunca le agradeceré bastante que me haya dado estas cartas.

-No es nada. ¡Por Dios! Sus ojos son iguales a los de su madre. Parecía que hablaban. Su padre era más vulgar, pero muy guapo. Recuerdo que cuando se casaron, la gente decía que nunca se había visto una pareja más enamorada. ¡Pobres! No vivieron mucho, pero mientras duró fueron inmensamente felices, y eso vale mucho, me parece.

Ana deseaba llegar a su casa para leer las preciosas cartas, pero antes hizo una corta peregrinación. Fue sola hasta el rincón del cementerio de Bolingbroke donde estaban enterrados sus padres y depositó sobre su tumba un ramo de flores blancas. Luego se dirigió hacia «Monte Sagrado», se encerró en su habitación y leyó las cartas. Algunas habían sido escritas por su madre y otras por su padre. No eran muchas, doce en total, pues Walter y Berma Shirley no se habían separado con frecuencia. Las cartas tenían el color amarillento y desvaído que da el tiempo. Sus páginas no contenían pensamientos profundos ni palabras sabias, pero estaban llenas de amor y de confianza. Manaba de ellas el suave aroma de las cosas olvidadas y traían, desde muy lejos, la imagen de los dos desafortunados amantes. Bertha Shirley había poseído el don de escribir cartas que reflejaban su exquisita personalidad y las palabras y pensamientos conservaban todavía toda su belleza y su fragancia. Las cartas eran tiernas, íntimas, sagradas. Para Ana, la más dulce era la que su madre había escrito después de nacer ella, durante una corta ausencia de su padre. Estaba llena de «noticias» sobre la pequeña, narradas con orgullo maternal. Cuan inteligente era, cuan brillante, cuan dulce. En la posdata Bertha Shirley decía:

«La quiero más que nunca cuando está dormida, y más aún cuando está despierta.» Probablemente había sido la última frase que escribiera en su vida. Por aquel entonces su fin estaba ya cerca.

-Éste ha sido el día más feliz de mi vida -dijo nuestra amiga a Phil aquella noche-. He encontrado a mis padres. Esas cartas han hecho que sean reales. Ya no soy una huérfana. Me siento como si, al abrir un libro, hubiera encontrado entre sus páginas rosas del ayer. Dulces y amadas rosas del ayer.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

La primavera y Ana regresan a «Tejas verdes»

El reflejo de las llamas bailaba sobre las paredes de la cocina de «Tejas Verdes»; el atardecer era frío y las dulces voces de la noche llegaban sutilmente a través de la ventana del este. Marilla estaba sentada junto al fuego... por lo menos su cuerpo. Su espíritu vagaba por lejanos caminos con ánimo ligero. Últimamente había perdido así más de una hora que había pensado dedicar a sus tejidos para los mellizos.

-Supongo que estoy envejeciendo -decía. Marilla había cambiado poco en los últimos nueve años. Estaba más delgada y sus rasgos se habían hecho más angulosos; brillaban más hebras grises en sus cabellos, peinados siempre con el mismo moño bien sujeto por dos horquillas (¿serían siempre las mismas?); pero su expresión era muy distinta; en sus labios danzaba un cierto aire de buen humor, sus miradas eran más suaves y amables, su sonrisa más frecuente y tierna.

Marilla recordaba toda su vida pasada: su niñez, no precisamente desdichada, pero sí llena de estrecheces; los sueños y esperanzas de su juventud, celosamente escondidos; los largos, oscuros y monótonos años de la edad madura y la llegada de Ana, la impetuosa e imaginativa criatura llena de vida, con su corazón rebosante de amor y su mundo de fantasía, que había puesto colorido, brillo y calor en su existencia. Gracias a ella, su vida había florecido como una rosa. Marilla sentía que, de sus sesenta años, sólo había vivido los nueve que siguieron al advenimiento de Ana. Y Ana llegaría a la noche siguiente, estaría pronto en casa.

Se abrió la puerta de la cocina. Marilla levantó la vista esperando encontrarse con la señora Lynde. Pero fue Ana quien apareció, con los ojos brillantes y los brazos llenos de flores.

-¡Ana Shirley! -exclamó la anciana. Por primera vez en su vida abandonaba su reserva, ante la sorpresa. Apretó a la joven y a sus flores contra su corazón, y besó con cariño los brillantes cabellos y el dulce rostro-. No te esperaba hasta mañana. ¿Cómo has venido desde Carmody?

-Andando, mi muy querida Marilla. ¿No lo hice acaso varias veces cuando iba a la Academia de la Reina? El cartero traerá mi baúl mañana; me sentí repentinamente nostálgica y quise venir un día antes. ¡Di un paseo tan hermoso en medio del crepúsculo! Crucé por el Valle de las Violetas y recogí estas flores. Muélalas, Marilla... huélalas.

Marilla se vio obligada a hacerlo, aunque estaba más interesada en la muchacha que en oler violetas.

-Siéntate, niña. Debes sentirte realmente cansada. Te traeré algo de comer.

-La luna estaba saliendo detrás de las colinas, Marilla. Y las ranas me cantaron durante todo el viaje desde Carmody. Adoro el croar de las ranas. Parece estar relacionado con mis mejores recuerdos de las noches primaverales. Siempre me acuerdo de la noche que llegué aquí cuando las oigo. ¿Se acuerda, Marilla?

-Ya lo creo -dijo ésta, con énfasis-. No me parece que pueda olvidarlo nunca.

-¡Cómo cantaban aquel año en el pantano y en el arroyo! Las oía desde mi ventana y pensaba cómo podía sonar su canto tan triste y tan alegre al mismo tiempo. ¡Oh, qué bueno es estar otra vez en casa! Redmond es espléndido y Bolingbroke delicioso, pero «Tejas Verdes» es mi hogar.

-He oído que Gilbert no vendrá este verano.

-No. -Algo en el tono de Ana hizo que Marilla la observara agudamente, pero la muchacha estaba aparentemente absorta en el arreglo de las violetas en un florero-. ¿No son preciosas? -preguntó-. El año es como un libro, ¿no le parece?, y sus páginas están escritas con violetas en primavera, con rosas en verano, con hojas de manzano en el otoño y en invierno con malvas y siemprevivas.

-¿Aprobó Gilbert sus exámenes? -insistió Marilla.

-Con sobresalientes. Fue el primero de su clase. Pero, ¿dónde están los mellizos y la señora Lynde?

-Raquel y Dora en casa del señor Harrison y Davy en casa de Boulter. Me parece que aquí llega.

Davy entró, vio a Ana, se detuvo y luego se precipitó contra la joven con un alarido de gozo.

-¡Oh, Ana, qué contento estoy! Mira, he crecido cinco centímetros desde el otoño. La señora Lynde me midió hoy; y mira, Ana, mi diente delantero. Ya no está. La señora Lynde ató la punta de un cordón al diente y la otra a la puerta y luego la cerró de golpe. El diente se lo vendí a Milty por dos centavos. Él los colecciona.

-¿Y para qué los quiere? -preguntó Marilla.

-Para hacerse un collar de Jefe Indio -explicó el niño, subiendo al regazo de Ana-. Ya tiene quince, y todos le han prometido los suyos, de modo que no vale la pena que ningún otro se ponga también a juntarlos. Te digo que los Boulter son grandes negociantes.

-¿Te has portado bien? -inquirió Marilla, con severidad.

-Sí, pero ya estoy cansado de portarme bien, Marilla.

-Te cansarías mucho antes de ser malo, Davy -dijo Ana.

-Bueno, pero primero me divertiría, ¿no es cierto? Me arrepentiría después.

-El arrepentimiento no borra los pecados. ¿Te acuerdas de aquel domingo, el verano pasado, cuando faltaste a la escuela dominical? Me aseguraste entonces que no valía la pena ser malo. ¿Qué hiciste hoy con Milty?

-Pescamos y espantamos al gato y buscamos huevos y gritamos en el matorral detrás del granero de los Boulter. Allí hay un eco magnífico. Dime, Ana, ¿qué es el eco? Quiero saberlo.

-El eco es un duende maravilloso que vive muy lejos, en los bosques y las colinas, y que se ríe de la gente.

-¿Cómo es?

-Tiene cabello y ojos oscuros, pero el cuello y los brazos son blancos como la nieve. Ningún mortal puede verlo nunca. Es más veloz que un ciervo y todo lo que podemos conocer de él es su voz burlona. Puedes oír su llamada en la noche y su risa bajo las estrellas, pero no puedes verlo. Si lo sigues, vuela a las colinas y allí se ríe de ti

-¿Es verdad, Ana? ¿O es una soberana mentira?

-Davy, ¿no tienes sentido común para distinguir un cuento de hadas de una mentira?

-Entonces, ¿qué es lo que grita desde el matorral de los Boulter? Quiero saberlo.

-Te lo explicaré cuando seas más grande. -La mención a su edad pareció dar un nuevo giro a los pensamientos del niño, pues, tras reflexionar un momento, anunció con solemnidad:

-Ana, voy a casarme.

-¿Cuándo? -preguntó la joven con igual tono.

-¡Oh, cuando crezca, por supuesto!

-¡Vaya, qué alivio! ¿Quién es la dama?

-Stella Fletcher; está en mi misma clase. Es la más guapa de todas. Si muero antes de crecer, ¿me prometes que la vigilarás?

-Davy Keith, deja de decir tonterías -exclamó Marilla, severamente.

-No son tonterías -protestó el niño, agraviado-. Es mi prometida esposa y si yo muero será mi prometida viuda, ¿no es cierto? Y no tiene un alma que la cuide, salvo su abuela, que es muy vieja.

-Ven a cenar, Ana, y no alientes a esa criatura en su absurda charla.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Paul no puede hallar a su «Gente de las Rocas»

La vida fue muy placentera aquel verano en Avonlea, aunque Ana sentía «que le faltaba algo». Ni en sus más profundas reflexiones habría admitido jamás que ese «algo» era Gilbert. Pero, al regresar sola a su casa después de las prédicas y las reuniones de la S. F. A., mientras Diana y Fred y otras parejas paseaban por los caminos iluminados por las estrellas, sentía un extraño dolor en el corazón. Gilbert no le había escrito, y ella pensaba que debería haberlo hecho. Casualmente supo que le había enviado una carta a Diana, pero no preguntó nada; y su amiga, que suponía que ella tendría informaciones directas, no hizo ningún comentario. La madre de Gilbert, una dama franca y alegre, aunque desprovista del sentido del tacto, solía preguntarle, siempre en presencia de mucha gente, si había tenido noticias de Gilbert últimamente. La pobre Ana sólo acertaba a ruborizarse horriblemente y a contestar «no muy recientemente», frase que todos tomaban como una simple escapatoria.

Aparte de todo esto, Ana disfrutó de sus vacaciones. Prisci-lla le hizo una visita en junio y más tarde llegaron el señor y la señora Irving, Paul y Charlotta IV, a pasar en su casa julio y agosto.

«La Morada del Eco» fue nuevamente escenario de alegría y felicidad y los ecos volvieron a resucitar las risas que repicaban bajo los abetos del viejo jardín.

La señorita Lavendar no había cambiado; estaba solamente más dulce y hermosa. Paul la adoraba, y el compañerismo que los unía era algo delicioso de contemplar.

-Pero yo no la llamo «mamá» a secas -le explicó el niño a Ana-. Ese nombre pertenece sólo a mi madre y no puedo dárselo a nadie más. Pero la llamo «mamá Lavendar» y es la perso na que más quiero después de papá. Casi... casi la quiero un poquito más que a usted, señorita.

-Así es como debe ser -respondió Ana.

Paul tenía ya trece años y era alto para su edad. Su rostro y sus ojos eran tan hermosos como siempre, y su fantasía seguía siendo como un prisma que convertía en rayos multicolores lo que se reflejaba en él. Ana y el niño disfrutaban de hermosos paseos por los bosques, los campos y la playa. Nunca hubo dos «almas gemelas» como ellos.

Charlotta IV había madurado. Peinaba su cabello en un enorme moño y ya no lucía las cintas azules de otro tiempo, pero su rostro se conservaba pecoso, su nariz chata y su boca y su sonrisa eran tan amplias como siempre.

-¿No le parece que hablo con acento yanqui, señorita Shir-ley? ¿No es cierto, señora? -preguntó ansiosamente.

-No lo he notado, Charlotta.

-Me alegro. En casa dicen que sí, pero creo que es sólo por ofenderme. No quiero tener acento yanqui. No es que tenga nada contra ellos, señorita Shirley, señora; son realmente civilizados. Pero a mí, que me den la isla del Príncipe Eduardo.

Paul pasó los primeros quince días en casa de su abuela. Ana estaba allí esperándolo cuando llegó y advirtió que estaba ansioso por ir a la playa, en la que estarían Nora, la Dama Dorada y los Mellizos Marineros. Apenas pudo dominar su impaciencia mientras comía. ¿Podría ver el travieso rostro de Nora mirándole desde el otro lado del cabo mientras esperaba ansiosamente su llegada? Pero fue un Paul triste el que vio regresar de la playa a la hora del crepúsculo.

-¿No hallaste tu Gente de las Rocas, Paul? -preguntó Ana. Paul sacudió tristemente sus rizos castaños.

-Los Mellizos Marineros y la Dama Dorada no aparecieron. Nora estaba... pero ya no es la misma, señorita. Ha cambiado.

-¡Oh, Paul! Eres tú el que ha cambiado. Ya estás muy crecido para la Gente de las Rocas. Ellos sólo quieren jugar con niños. Mucho me temo que los Mellizos Marineros ya no vendrán a buscarte en su bote encantado con velas de luz de luna. Y la Dama Dorada no tocará más para ti en su

arpa de oro. La mis ma Nora no se te aparecerá mucho tiempo más. Debes pagar tu tributo por crecer, Paul. Debes abandonar el país de las hadas.

-Dicen ustedes más tonterías que de costumbre -exclamó la señora Irving, mitad indulgente, mitad severa.

-¡Oh, no! -dijo Ana sacudiendo la cabeza-. Lo que pasa es que nos estamos volviendo muy sensatos; y es una pena. No somos ni la mitad de interesantes en cuanto aprendemos que el lenguaje nos ha sido dado para esconder nuestros pensamientos.

-Pero es que no es así; sirve para que los expresemos -dijo la señora Irving con seriedad. Nunca había leído a Talleyrand y no entendía de epigramas.

Ana pasó quince apacibles días en «La Morada del Eco»; eso había contribuido en cierto modo a la solución del problema personal Ludovic Speed y Theodora Dix. También había estado allí un viejo amigo de los Irving, Arnold Sherman, cuya presencia había hecho aún más agradable la estancia.

-¡Qué bien lo he pasado! -dijo Ana a la señorita Laven-dar-. Me siento nueva. Dentro de quince días estaré en Kings-port, y Kingsport significa Redmond y «La Casa de Patty». Tendría que verla; es el lugar más adorable de la tierra. Me siento como si tuviera dos hogares: «Tejas Verdes» y «La Casa de Patty». Pero ¿qué se ha hecho del verano? Parece que fue ayer cuando llegué a casa con los brazos llenos de flores. Cuando era pequeña el verano se me hacía interminable; ahora «es como un suspiro, como una fábula».

-Ana, ¿sigues siendo tan amiga de Gilbert Blythe como antes?

-Más que nunca, señorita Lavendar. Ésta sacudió la cabeza.

-Noto que algo anda mal, Ana, y voy a ser impertinente: ¿Os habéis peleado?

-No; lo que pasa es que Gilbert quiere algo más que mi amistad, y yo no puedo dárselo.

-¿Estás segura?

-Completamente.

-Pues lo siento muchísimo.

-Me pregunto por qué todo el mundo parece creer que debo casarme con Gilbert Blythe -exclamó la joven con petulancia.

-Pues porque estáis hechos el uno para el otro, Ana. Por eso. No sacudas la cabeza. Es la verdad.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Aparece Jonás

«Prospect Point, 20 de agosto.

»Querida Ana -escribía Phil-: tengo que hacer un esfuerzo terrible para tener los ojos abiertos lo suficiente para poder escribirte. Te he olvidado este verano, querida, así como a todos mis corresponsales. Debo contestar un montón de cartas, de modo que sacaré fuerzas de gordura y seguiré adelante. Perdona el error en la metáfora. Tengo un sueño terrible. Anoche, mi prima Emily y yo estuvimos de visita en casa de unos vecinos. Había allí otras visitas y tan pronto como aquellas infortunadas criaturas dejaron la casa, la anfitriona y sus tres hijas las criticaron hasta cansarse. Yo sabía que otro tanto ocurriría con nosotras en cuanto nos fuéramos. Cuando llegamos a nuestro hogar, la señora Lilly nos informó que el sirviente de las vecinas parecía tener escarlatina; de ella se pueden esperar siempre noticias alegres como ésa. Tengo pánico a la escarlatina. Me acosté pensando en ella, y casi no pude dormir. Me revolví en la cama, soñé cosas horribles las pocas veces que dormité un poco, y a las tres desperté con fiebre, dolor de garganta y una horrible jaqueca. Supe que tenía escarlatina; me levanté, muerta de miedo, busqué en el libro de medicina casera de la prima Emily la lista de síntomas, y comprobé que los tenía todos. De modo que volví a la cama y, sabiendo ya lo peor, dormí el resto de la noche como un tronco. (Nunca he comprendido por qué un tronco tiene que dormir más profundamente que cualquier otra cosa, pero eso no viene al caso.) Esta mañana me sentía perfectamente, de modo que no es posible que haya tenido escarlatina. Supongo que, de haberme contagiado anoche, la enfermedad no se hubiera desarrollado con tanta rapidez. Claro que piensa uno en esas cosas a la luz del día, pero a las tres de la madrugada no razona nadie con mucha lógica.

»Supongo que te preguntarás qué estoy haciendo en Prospect Point. Bueno, siempre me ha gustado pasar un mes de verano en la costa y papá insistió en que viniera a la "selecta hostería" de mi prima segunda Emily, en Prospect Point. De modo que hace un par de semanas hice mi viaje de costumbre. Como siempre, el viejo "tío Mark Miller" me trajo desde la estación en su antiguo carricoche, con su caballo para todo servicio, como lo llama. Es un buen viejecito y me dio un puñado de caramelos de menta. Las mentas me han parecido siempre unos caramelos casi sagrados, seguramente porque la abuela Gordon me los daba siempre en la iglesia cuando yo era niña. Una vez, refiriéndome al olor que tienen, le pregunté si era "olor de santidad". No me gusta comer los caramelos del tío Mark porque los lleva sueltos en el bolsillo y tengo que separarlos de un par de clavos oxidados y algunas otras cosas antes de poder llevármelos a la boca. Pero no quise herir sus sentimientos y los fui dejando caer en el camino poco a poco. Cuando me hube desprendido del último, el tío me dijo, un poco regañón: "Usté no debe comérselas 'e un golpe, señorita Phil. Le va'doler la barriga".

»La prima Emily tiene sólo cinco huéspedes, sin contarme a mí: cuatro señoras mayores y un joven. Mi vecina de la derecha es la señorita Lilly. Es una de esas personas que encuentran gran placer en hablar detalladamente de sus dolores y enfermedades. No se puede mencionar ninguna dolencia sin que diga, sacudiendo la cabeza: "¡Ah, yo sé muy bien lo que es eso!" y sin que empiece a enumerar los detalles. Jonas dice que una vez le habló de ataxia locomotriz en el oído y ella contestó que bien sabía qué era eso; que lo había padecido durante diez años y que un curandero la había curado.

»¿Quién es Jonas? Espera un poco, Ana Shirley. Ya sabrás de Jonas a su debido tiempo. No se le puede mezclar con ancianas estimables.

»Mi vecina de la izquierda, en la mesa, es la señorita Phin-ney. Siempre habla con voz nerviosa y apesadumbrada; uno teme que se eche a llorar en cualquier momento. Te da la impre sión de que la vida es para ella un valle de lágrimas y que una sonrisa, para no hablar de la risa, es una frivolidad reprensible. Tiene de mí una opinión peor que la tía Jamesina y, al contrario que ésta, ningún afecto para compensarla.

»En la esquina de la mesa se sienta la señorita María Grimsby. El día en que llegué le comenté que parecía que iba a llover, y la señorita María rió. Dije que el camino hasta la estación era muy bonito y la señorita María rió. Dije que aún quedaban algunos mosquitos y la señorita María rió. Dije que Prospect Point estaba tan hermoso como siempre y la señorita María rió. Si dijese a la señorita María: "Mi padre se ha ahorcado, mi madre ha tomado veneno, mi hermano está en la cárcel y yo estoy en las últimas a causa de la tisis", la señorita María reiría. No puede evitarlo. Nació así; pero es algo verdaderamente lamentable.

»La quinta dama es la señora Grant. Es una viejecita encantadora, pero, como solamente habla bien de todo el mundo, los diálogos con ella son poco interesantes.

»Y ahora le toca el turno a Jonás., Ana.

»E1 primer día vi en la casa a un joven sentado frente a mí, sonriéndome como si me conociese desde la cuna. Sabía, por habérmelo dicho el tío Mark, que su nombre era Jonás. Blake, que estudiaba teología en St. Columba y que se había hecho cargo de la iglesia misional de Prospect Point durante ese verano.

»Es un joven muy feo; realmente, el joven más feo que he visto. Tiene una silueta desgarbada, piernas absurdamente largas, cabello rojo y lacio, ojos verdes, boca grande y orejas... bueno, prefiero no pensar en ellas mientras pueda evitarlo.

»Tiene una hermosa voz (con los ojos cerrados es adorable) y, ciertamente, tiene un alma buena y un carácter amable.

»Nos hicimos amigos en seguida. El hecho de haberse graduado en Redmond contribuyó a unirnos desde luego. Paseamos y remamos juntos y caminamos por la arena a la luz de la luna. Bajo esa luz no parecía tan feo; y era muy amable. En realidad, él desparrama amabilidad. A las viejas, con excepción de la señora Grant, no les gusta Jonás. porque se ríe y hace bromas y porque, evidentemente, prefiere la compañía de una chica frivola como yo a la de ellas.

»Por alguna extraña razón, Ana, no quiero que él me juzgue frivola, y eso es ridículo. ¿Por qué me ha de interesar qué opina de mí un señor de pelo colorado llamado Jonás., a quien nunca había visto antes?

»E1 sábado pasado Jonás. predicó en la iglesia del pueblo. Fui, desde luego, pero no pude convencerme de que era él el predicador. La idea de que era un ministro, o de que iba a convertirse en tal en el futuro, me parecía una broma.

»Bueno, Jonás. predicó. Y cuando llevaba diez minutos predicando comencé a sentirme tan pequeña, tan pequeña, que pensé que nadie podría verme a simple vista. Jonás. no dijo una sola palabra sobre las mujeres y no me miró ni una vez. Pero en aquel instante comprendí que yo era una mariposa frivola, de alma vacía, digna de lástima y terriblemente distinta de la mujer ideal de Jonás.. Ella habría de ser grande, fuerte y noble. ¡Él era tan honesto, tierno y veraz! Todo lo que un ministro debía ser. Me pregunté cómo había podido considerarle feo alguna vez (en realidad lo es), con esos ojos inspirados y esa frente de intelectual que ocultaban durante la semana los revueltos cabellos.

»Fue un sermón espléndido, que me hubiese gustado seguir escuchando eternamente, pues me habría hecho sentir muy feliz. ¡Oh, me gustaría ser como tú, Ana!

»É1 me alcanzó en el camino, de regreso a casa, y me sonrió tan alegremente corno de costumbre. Pero su sonrisa no me engañaría nuevamente. Había visto al verdadero Joñas. Pensé si él podría ver alguna vez a la verdadera Phil, a la que nadie, ni siquiera tú, ha visto aún.

»- Jonás. -dije, olvidando llamarle señor Blake. Fue horrible, pero hay ocasiones en que poco importan cosas así-, Jonás., ha nacido para ministro. No podría ser otra cosa.

»-No, no podría -dijo con sencillez-. Traté de ser otra cosa durante largo tiempo; no quería ser ministro. Pero finalmente llegué a convencerme de que ésa era la misión que me había sido encomendada y, con la ayuda de Dios, trataré de cumplirla.

»Su voz era baja y reverente. Pensé que él haría seguramente su trabajo y que lo haría bien y con nobleza; ¡feliz de la mujer capacitada para ayudarlo! Ella no sería una pluma llevada por los vientos de la fantasía. Ella sabría qué sombrero ponerse. Probablemente tendría uno solo, pues los ministros no suelen ser ricos. Pero no le importaría no tener más que un solo sombrero, o no tener ninguno, porque tendría a Jonás.

»Ana Shirley, no te atrevas a pensar, a sospechar y mucho menos a afirmar que me he enamorado del señor Blake. ¿Podría importarme a mí un teólogo pobre, feo y pelirrojo llamado Jonás.? Como dice el tío Mark, "es imposible y, lo que es más, improbable".

»Buenas noches.

»PD: Es imposible, pero tengo un miedo terrible de que sea verdad. Me siento feliz, desolada y temerosa. Sé que nunca podrá mantenerme. ¿Crees que podré convertirme alguna *vez* en la aceptable esposa de un ministro? ¿Esperará la gente que yo dirija las oraciones?»

CAPÍTULO VEINTICINCO

Aparece el príncipe encantado

-No sé si salir o quedarme en casa -dijo Ana, mirando por una de las ventanas de «La Casa de Patty» los distantes pinos del parque-. Tengo toda la tarde disponible para dedicarla al hermoso placer de no hacer nada, tía Jamesina. ¿La pasaré aquí, junto al hogar, con un plato de bizcochos, tres gatos ronroneantes y armoniosos y los implacables perros de porcelana con narices verdes? ¿O me marcharé al parque a disfrutar de las arboledas grises y del agua plateada que salpica las rocas del puerto?

-Si yo tuviera tus años me decidiría por el parque -dijo la tía Jamesina mientras golpeaba la oreja amarilla de Joseph con una aguja de tejer.

-Usted es tan joven como cualquiera de nosotras, tía.

-Sí, de espíritu. Pero admito que mis piernas no son como las vuestras. Ve a tomar un poco de aire fresco, chiquilla. Últimamente te has puesto un poco pálida.

-Creo que lo haré. Hoy no me siento con ánimo para los placeres domésticos. Quiero sentirme sola y libre. El parque estará vacío, pues todos han ido a ver el partido de fútbol.

-¿Por qué no fuiste tú también?

-Porque nadie me invitó. Bueno, el detestable Dan Ranger lo hizo, pero con él no iría a ningún lado. No quise herir sus sentimientos y le dije que no pensaba asistir al partido. Pero no importa; hoy no tengo ánimos para eso.

-Ve a tomar un poco de aire fresco -repitió tía Jamesina-, pero lleva el paraguas porque parece que va a llover. Me duele la pierna.

-Sólo las personas de edad tienen reumatismo, tía.

-Cualquiera puede tener reumatismo en una pierna, Ana; pero sólo los ancianos lo padecen en el alma. Gracias a Dios, yo no. Cuando sientas reumatismo en el alma ya puedes ir a buscarte el ataúd.

Corría noviembre, el mes de los crepúsculos púrpuras, la despedida de los pájaros, los tristes himnos del mar y el canto del viento entre los árboles. Ana caminó por el sendero bordeado de pinos del parque y dejó que el viento barriera las nieblas de su alma. No quería preocuparse por ellas, y sin embargo, desde su vuelta a Redmond, la vida no se había reflejado en su espíritu con aquella antigua y perfecta claridad.

En apariencia, la vida en «La Casa de Patty» era la de siempre: trabajo, estudio y diversión. Los viernes por la tarde el amplio salón se colmaba de visitantes y en él flotaban las bromas y las risas, mientras la tía Jamesina sonreía con beatitud. El «Joñas» de la carta de Phil llegaba a menudo en el primer tren de St. Columba y partía en el último. Era el favorito de todos en «La Casa de Patty», aunque la tía Jamesina sacudía la cabeza y afirmaba que los estudiantes de teología no eran ya como antes.

-Es muy agradable, querida -le dijo a Phil-, pero los ministros deben ser más serios y dignos.

-¿No puede un hombre reír y ser también un buen cristiano?

-¡Oh, un hombre sí! Pero yo hablo de ministros, querida. Y tú no deberías coquetear de ese modo con el señor Blake; realmente, no deberías hacerlo.

-No coqueteo con él -protestó Phil. Nadie la creía, excepto Ana. Pensaban que se estaba divirtiendo como de costumbre y le reprochaban su comportamiento.

-El señor Blake no es del tipo de los Alee y Alonzo, Phil -le dijo Stella con severidad-. Debes tomarlo en serio o destrozarás su corazón.

-¿Crees que podría destrozarlo? ¡Oh, Stella, me encantaría creerlo!

-¡Philippa Gordon! Nunca sospeché que carecieras por completo de sentimientos. ¿Cómo puedes decir que te encantaría romper el corazón de un hombre?

-No dije eso, encanto. Escúchame correctamente. Dije que me encantaría creer que podría hacerlo.

-No te entiendo, Phil. Estás manejando a ese hombre deliberadamente; y sabes que no conseguirás nada con ello.

-Tengo intención de hacer que me pida en matrimonio, si puedo -dijo Phil con calma.

-Renuncio a entenderte.

Gilbert concurría ocasionalmente en las tardes de los viernes. Siempre parecía de buen humor y tomaba parte en las bromas y ocurrencias de los demás. Ni buscaba ni evitaba a Ana. Cuando las circunstancias los reunían le hablaba amable y cor-tésmente, como si la conociera desde hacía poco tiempo. La vieja amistad había desaparecido por completo. Ana lo lamentaba profundamente, pero se decía a sí misma que estaba muy contenta de que Gilbert se hubiera repuesto tan pronto de su desilusión. Había temido que la tarde de abril en la huerta hubiese dejado en él heridas incurables, pero vio que se había preocupado en vano. Muchos hombres han muerto y han sido devorados por los gusanos, pero no por amor, y Gilbert, por lo visto, no parecía correr ese riesgo. Disfrutaba de su existencia y parecía estar lleno de ambiciones y deseos de vivir. Para él no valía la pena preocuparse porque una mujer fuera rubia y fría. Mientras lo oía bromear con Phil, Ana se preguntaba si el brillo de sus ojos, cuando ella rechazara su amor, no había sido simplemente algo imaginario.

No faltaban chicos que hubieran ocupado con mucho gusto el lugar que Gilbert dejara vacante; Ana los desairaba correcta pero firmemente. Si el Príncipe Encantado no aparecía, tampoco pensaba conformarse con un sustituto. Así razonaba aquel día gris en el parque, mientras soplaba el viento.

Repentinamente, la lluvia que pronosticara la tía Jamesina comenzó a caer con extraordinaria fuerza. Ana abrió su paraguas y corrió cuesta abajo. Al doblar el camino del puerto, una fuerte ráfaga de viento se ensañó con ella y dio la vuelta a su paraguas. La chica lo agarró con desesperación. Y entonces... una voz cercana dijo:

-¿Me permite ofrecerle el amparo de mi paraguas? Ana miró. Era alto, elegante y de porte distinguido; tenía oscuros y melancólicos ojos, voz suave y musical; sí, el héroe de sus sueños se hallaba ante ella. No podía haber sido más idéntico a su ideal de haberlo hecho a medida.

-Gracias -dijo, confundida.

-Será mejor que corramos hasta ese pequeño pabellón -sugirió el desconocido-. Podremos esperar allí hasta que amaine la tormenta. No es probable que continúe lloviendo así mucho tiempo más.

Las palabras eran comunes, pero ¡el tono! ¡Y la sonrisa que las acompañó! Ana sintió que su corazón latía de un modo extraño.

Se dirigieron juntos hasta el pabellón y se sentaron al amparo de su techo acogedor. Ana empuñó su paraguas mientras reía.

-Cuando mi paraguas se dio la vuelta me convencí de que hay una especie de depravación en las cosas inanimadas -dijo alegremente.

Las gotas de lluvia brillaban como estrellas entre sus cabellos y sus despeinados rizos caían sobre su rostro y su cuello. Ardían sus mejillas y sus grandes ojos resplandecían. Su compañero la observó con admiración. Ante su mirada, Ana sintió que se ruborizaba. ¿Quién sería? En la solapa llevaba el distintivo blanco y rojo de Redmond. Ella creía conocer, aunque fuera sólo de vista, a todos los estudiantes, salvo los «novatos», y su compañero con toda seguridad no lo era.

-Veo que somos condiscípulos -dijo él, observando con una sonrisa el distintivo de Ana-. Eso basta para presentarnos. Mi nombre es Royal Gardner. Y usted es la señorita Shirley, que leyó el ensayo sobre Tennyson la otra tarde en «Los Amigos del Saber», ¿no es cierto?

-Sí; pero a usted no puedo situarlo -dijo Ana-. Por favor, ¿adonde pertenece usted?

-Me siento como si aún no perteneciera a ninguna parte. Hace un par de años aprobé dos cursos en Redmond. Después estuve en Europa, de donde he regresado para terminar el curso.

-Éste es también mi tercer año aquí.

-De modo que no sólo somos condiscípulos, sino también compañeros de curso. Esto me reconcilia con los años que perdí -comentó su compañero, expresando todo un mundo de cosas con la mirada de sus magníficos ojos.

Durante casi una hora más continuó lloviendo con la misma intensidad. Pero el tiempo pasó volando. Cuando las nubes se abrieron para dar paso a un pálido rayo de sol de noviembre que iluminó tenuemente el puerto y los pinos, Ana y su compañero partieron rumbo a «La Casa de Patty». Al llegar al pórtico, Roy pidió permiso para visitarla, y le fue concedido. Ana entró con las mejillas llameantes y el corazón latiéndole con fuerza. Rusty trepó a su regazo y trató de besarla, pero sólo halló una acogida un tanto fría. Ana, con el alma llena de románticos estremecimientos, no tenía tiempo que perder con mininos desorejados.

Esa noche llegó a «La Casa de Patty» un mensajero que traía una caja para la señorita Shirley. Contenía una docena de magníficas rosas, y Phil, después de curiosear con impertinencia, cogió la tarjeta que las acompañaba y leyó la poética nota y la firma.

-¡Royal Gardner! -exclamó-. ¡Vaya, Ana, no sabía que lo conocieras!

-Lo conocí esta tarde en el parque en medio de la lluvia -respondió la joven apresuradamente-. Mi paraguas se dio la vuelta y él me cobijó bajo el suyo.

-¡Ah!, ¿y ese incidente tan vulgar justifica el envío de una docena de rosas de larguísimo tallo con una nota romántica? ¿Y es razón para que te ruborices cual candida doncella al leer la nota? Ana, el rostro traiciona nuestros más íntimos pensamientos.

-No digas tonterías, Phil. ¿Conoces al señor Gardner?

-Conozco a sus dos hermanos, y tengo referencias de él, como cualquier persona que pertenezca a la sociedad de Kings-port. Los Gardner figuran entre la gente más rica y distinguida. Roy es adorablemente guapo e inteligente. Hace dos años su madre se puso enferma y él tuvo que dejar los estudios para acompañarla al extranjero; su padre murió hace tiempo. Tiene que haber lamentado mucho abandonar la universidad, pero dicen que se portó magníficamente. ¡Ay, ay, ay!, Ana... Huelo romance. Hasta yo te envidio, aunque no demasiado. Después de todo, Roy Gardner no es Jonas.

-¡Tonta! -exclamó Ana altivamente. Pero aquella noche permaneció despierta durante largas horas. Su fantasía danzaba por el maravilloso país de la ilusión. ¿Había llegado por fin el Príncipe Encantado? Al recordar los soñadores ojos oscuros que tan profundamente se miraran en los suyos, Ana se sentía inclinada a creer que sí.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Aparece Christine

Las chicas de «La Casa de Patty» se estaban vistiendo para la recepción que los estudiantes de segundo año daban a los de tercero, en febrero. Ana se miró en el espejo del cuarto azul con juvenil satisfacción. Tenía puesto un vestido particularmente bonito. Había sido antes un simple vestido de gasa con un viso de seda de color crema. Pero Phil había insistido en llevárserlo en las vacaciones de Navidad para bordarle capullos de rosas en la gasa. Los dedos de la muchacha eran diestros y el resultado fue un vestido que era la envidia de las chicas de Redmond. Hasta Allie Boone, cuyos vestidos llegaban de París, miraba con ojos de deseo las hermosas rosas del traje de Ana mientras bajaba la escalera principal de Redmond.

Ana estaba probando el efecto de una orquídea blanca sobre sus cabellos. Roy Gardner le había enviado orquídeas blancas para la fiesta y ella sabía que ninguna otra muchacha de Redmond podría lucirlas en esa ocasión. Phil entró en aquel momento.

-Ana, estás más hermosa que nunca. Nueve veces de cada diez puedo sobrepasarte. Pero en la décima floreces de tal forma que me eclipsas completamente. ¿Cómo te las arreglas?

-Es el vestido.

-No. La última noche que llameó tu belleza llevabas la vieja blusa de franela que te hizo la señora Lynde. Si Roy no estuviera ya loco por ti, esta noche caería. Pero no me gusta como te quedan las orquídeas, Ana. No, no son celos. Las orquídeas no te van. Son demasiado exóticas, demasiado tropicales, demasiado insolentes. De todos modos, no te las pongas en el cabello.

-Bueno, no lo haré. Admito que no me gustan las orquídeas y creo que no me sientan bien. Roy no me las envía a menudo; sabe que me gustan las flores que se pueden llevar todos los días. Las orquídeas son sólo para ocasiones especiales.

-Joñas me envió unos hermosos capullos de rosa, pero él no vendrá. ¡Dijo que tenía que dirigir unas rogativas públicas en los barrios bajos! Creo que no quería venir. Ana, tengo miedo de no importarle un comino. Y estoy tratando de decidir si me consumiré hasta morir de dolor o si terminaré los estudios, como una mujer sensata y útil.

-Tú no tienes posibilidad de ser sensata y útil, Phil, de manera que será mejor que te consumas hasta morir -dijo Ana con crueldad.

-¡Qué despiadada!

-¡Phil, tonta! Sabes bien que Joñas te quiere.

-Pero... es que no me lo dice. Y no puedo hacer que se decida. Admito que parece quererme. Pero eso de hablarme-con-los-ojos no es razón suficiente para ponerse a preparar el ajuar. No quiero empezar tales tareas hasta estar comprometida. Sería tentar al destino.

-El señor Blake tiene miedo de pedirte que te cases con él, Phil. Es pobre y no puede ofrecerte una casa como la que siempre has tenido. Bien sabes que ésa es la única razón por la cual no te ha hablado ya.

-Supongo que es así -asintió Phil, tristemente-. Bueno -agregó, con tono más alegre-, si él no me lo pide se lo pediré yo, de modo que todo saldrá bien. No hay por qué preocuparse. A propósito, a Gilbert Blythe se le suele ver con Christine Stuart. ¿Lo sabías?

Ana estaba tratando de prenderse una cadenita al cuello y encontró de pronto que el cierre era difícil de manejar. ¿Era el mecanismo o eran sus dedos?

-No -dijo-. ¿Quién es Christine Stuart?

-La hermana de Ronald Stuart. Está en Kingsport estudiando música. No la he visto, pero dicen que es muy bonita y que Gilbert está bastante chiflado por ella. Me enfadé

cuando le diste calabazas a Gilbert, Ana. Pero Roy Gardner fue hecho de encargo para ti. Ahora puedo verlo. Tenías razón, después de todo.

Ana no se ruborizó, como le sucedía siempre que daban por segura su boda con Roy Gardner. De improviso se sintió ofuscada. La conversación con Phil le pareció trivial y la recepción un aburrimiento. Dio un tirón de orejas al pobre Rusty.

-¡Sal de ese cojín, estúpido gato! ¿Por qué no te quedas en tu lugar?

Cogió sus orquídeas y bajó al salón, donde la tía Jamesina cuidaba los abrigos puestos a templar frente al fuego. Roy Gardner esperaba a Ana jugando con Sarah. Ésta no lo recibía con agrado y le daba siempre la espalda cuando llegaba. Pero el resto de habitantes de «La Casa de Patty» lo querían. La tía, conquistada por su infalible y deferente cortesía y por los tonos de su deliciosa voz, declaró que era el mejor joven que conociera y que Ana era muy afortunada. La forma en que Roy cortejaba a Ana era tan romántica como pudiera desear cualquier corazón femenino, pero... en el fondo deseaba que la tía Jamesina y las chicas no consideraran las cosas como definitivas. Cuando Roy le murmuró al oído un poético cumplido mientras la ayudaba a ponerse el abrigo, no se ruborizó ni se estremeció, como de costumbre, y él la encontró algo callada en la corta caminata que hicieron hasta Redmond. Roy pensó que parecía algo pálida cuando regresó de retocarse, pero en cuanto entró en el salón de baile los colores y la risa retornaron de pronto. Se volvió hacia Roy con su más alegre expresión. Él le devolvió la sonrisa, aquella sonrisa «profunda y aterciopelada», como decía Phil. Y sin embargo, no era a Roy a quien ella veía. Tenía absoluta conciencia de que Gilbert estaba de pie, al otro lado de la habitación, hablando con una chica que debía de ser Christine Stuart.

Christine era muy guapa, con un tipo majestuoso, destinada a volverse algo corpulenta cuando llegase a la plena madurez. Era alta, con grandes ojos azul oscuro, rasgos marfileños y suaves cabellos negros.

-Tiene toda la apariencia que yo he deseado para mí -se dijo Ana, sintiéndose la criatura más miserable de la tierra-.

Piel de pétalo de rosa, ojos como estrellas, cabellos de color de ala de cuervo... sí, lo tiene todo. ¡Merecería llamarse Cordelia Fitzgerald! Pero no creo que su figura sea tan bonita como la mía; y su nariz es muy inferior.

Esta conclusión consoló un poquito a la pobre Ana.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Se cambian confidencias

Aquel invierno, el mes de marzo llegó trayendo días secos y dorados que se disolvían en un frío crepúsculo rosado y se perdían gradualmente en un ensueño de luna.

Sobre las moradoras de «La Casa de Patty» se cernía la sombra de los exámenes de abril. Estudiaban con ahínco y Phil se sumergía en textos y cuadernos con inesperada tenacidad.

-Obtendré la beca Johnson de matemáticas -anunció tranquilamente-. Podría ganar con facilidad la de griego, pero he optado por las matemáticas para demostrar a Joñas que soy muy inteligente.

-A Joñas le gustan más tus grandes ojos castaños y tu sonrisa que toda la inteligencia que puedas tener bajo los rizos -dijo Ana.

-En los tiempos en que yo era joven no se consideraba femenino saber matemáticas -opinó la tía Jamesina-, pero los tiempos han cambiado, no sé si para bien o para mal. ¿Sabes cocinar, Phil?

-No; nunca he cocinado nada, excepto un pan de jengibre, que fue un fracaso, salió aplastado en el centro e hinchado en los bordes. Dígame, tía, ¿no cree que la inteligencia que me permitirá ganar la beca de matemáticas también me ayudará muchísimo para aprender a cocinar en cuanto me lo proponga?

-Es posible -concedió la tía con cautela-. No combato la alta educación femenina; mi hija se ha graduado en artes y también sabe cocinar. Pero yo le enseñé antes de que el profesor de la escuela le enseñara matemáticas.

A mediados de marzo llegó una carta de la señorita Patty Spofford en la que comunicaba que su sobrina y ella habían decidido permanecer otro año en el extranjero. «De modo que pue den permanecer en "La Casa de Patty" durante el próximo invierno. María y yo vamos a invadir Egipto. Quiero ver la Esfinge antes de morir.»

-Imaginad a esas dos damiselas ¡«invadiendo Egipto»! Quisiera saber si se pondrán a tejer mientras contemplan la esfinge -rió Priscilla.

-¡Estoy tan contenta de que podamos quedarnos otro año en «La Casa de Patty»! -dijo Stella-. Tenía miedo de que se les ocurriera regresar. Entonces nuestro hermoso nidito se destruiría y nosotras, pobres pichonas, seríamos arrojadas nuevamente al mundo cruel de las pensiones.

-Voy a dar un paseo por el parque -anunció Phil mientras arrojaba a un lado el libro-. Creo que cuando llegue a los ochenta me alegraré de haber dado esta noche un paseo por el parque.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Ana.

-Ven conmigo y te lo diré.

Durante su paseo pudieron captar todo el misterio y la magia de un atardecer de marzo. Era un crepúsculo tranquilo y muy suave, envuelto en un gran silencio, un silencio que, sin embargo, estaba matizado por mil pequeños sonidos argentinos que se podían percibir tanto con el alma como con los oídos. Las dos amigas vagaron por un largo sendero bordeado de pinos que parecía conducir directamente al corazón del rojizo atardecer invernal.

-Sería capaz de irme a casa y escribir un poema sobre este bendito instante, si supiera cómo -declaró Phil deteniéndose en un espacio abierto donde la luz rosada teñía las verdes puntas de los pinos-. ¡Es todo tan hermoso aquí, en este silencio tan profundo y entre esos oscuros árboles que parecen estar siempre meditando!...

-Los bosques fueron los primeros templos de Dios -comentó Ana-. No se puede evitar un sentimiento de reverencia en estos lugares. Siempre me parece estar más cerca de Él cuando camino entre los pinos.

-Ana, soy la mujer más feliz del mundo.

-De modo que el señor Blake te ha pedido por fin que te cases con él.

-Sí. Y estornudé tres veces mientras me lo pedía. ¿No te parece horrible? Pero le dije «Sí» casi antes de que terminara, no fuese que cambiara de idea. Soy tremendamente feliz. No creía que Joñas pudiera preocuparse por un ser frivolo como yo.

-Phil, tú no eres realmente frivola. Tras la apariencia frivola tienes un alma leal y femenina. ¿Por qué la escondes de ese modo?

-No puedo evitarlo, Reina Ana. Tienes razón; no soy frivola de corazón, pero sobre mi alma hay una capa de frivolidad que no puedo quitarme. Como dice la señora Poyser, tendría que ser fundida de nuevo. Pero Joñas sabe cómo soy y me quiere, frivola y todo. Y yo le quiero. Nunca me he sorprendido tanto como cuando lo descubrí. Jamás pensé que fuera posible enamorarse de un hombre feo. Imagínate: ¡yo con un solo novio! ¡Y que se llama Joñas! Pero pienso llamarle Jo; ¡es un diminutivo tan lindo! Nunca hubiera podido ponerle un sobrenombre a Alonzo.

-Y ¿qué hay de él y de Alee?

-En Navidad les dije que no podía casarme con ninguno de los dos. ¡Es tan gracioso recordar ahora lo que llegué a imaginar como posible! Mi rechazo les hizo tan mal efecto que lloré a gritos. Pero sabía que había en el mundo un solo hombre con quien podría casarme. Ya me había decidido y esta vez todo fue fácil. ¡Es tan bonito sentirse segura y saber que te lo debes a ti misma!

-¿Crees que no te arrepentirás?

-¿De haber tomado partido? No lo sé, pero Jo me ha dado una regla espléndida para estos casos. Dice que cuando me sienta perpleja haga lo que, cuando tenga ochenta años, me alegre de haber hecho. De todos modos, Jo es capaz de decidirse con bastante rapidez; y seria incómodo que en la misma casa fuéramos ambos de pensamiento demasiado rápido.

-¿Y qué dirán tus padres?

-Papá no dirá mucho, pues piensa que está bien todo lo que yo hago. Pero mamá sí hablará. ¡Oh, su lengua es tan Byrney como su nariz! Pero todo terminará bien.

-Cuando te cases con el señor Blake tendrás que abandonar muchas cosas a las que estás acostumbrada.

-Pero lo tendré a él, y no echaré de menos todas esas cosas. Nos casaremos en junio del año que viene. Ya sabes que Jo se gradúa esta primavera; después- se hará cargo de una pequeña iglesia misional en los barrios bajos. ¡Imagíname a mí allí! Pero con él soy capaz de ir hasta a Groenlandia.

-Y ésta es la jovencita que nunca podría casarse con un hombre pobre -comentó Ana en voz alta.

-¡Oh, no me eches en cara las locuras de mi juventud! Seré tan alegre pobre como lo he sido rica, ya verás. Voy a aprender a cocinar y a coser. Desde que vivo en «La Casa de Patty» sé ir de compras al mercado y durante todo un verano he enseñado en la escuela dominical. La tía Jamesina dice que arruinaré la carrera de Jo si me caso con él, pero no será así. Sé que no tengo mucho sentido común ni mucha sobriedad; pero sí algo que vale mucho más: el don de hacer que todos me quieran. En Bolingbroke hay un hombre que cecea y que lee las plegarias en la iglesia; siempre dice: «Zi no puedez brillar como un farol eléctrico, brilla como unoz candelabroz». Yo seré el candelabro de Jo.

-Phil, eres incorregible. Bueno, tú sabes que te quiero tanto que no podré espetarte un discursillo de felicitación. Pero me alegro de todo corazón.

-Lo sé. En tus ojos brilla la verdadera amistad, Ana. Espero que algún día podré mirarte así. Te vas a casar con Roy, ¿no es cierto?

-Mi querida Philippa, ¿oíste hablar alguna vez de la famosa Betty Baxter, que «dio calabazas a un hombre antes de que la matara con un hacha»? No tengo deseos de emularla rechazando a nadie antes de que me asesine.

-Todo Redmond sabe que Roy está loco por ti -dijo Phil con candidez-. Y tú lo quieres, ¿no es cierto?

-Quizás -dijo Ana de mala gana. Sabía que era correcto ruborizarse cuando se hacían tales confesiones, pero tal cosa no ocurría. Por el contrario, las mejillas le ardían en cuanto escuchaba algo relacionado con Gilbert Blythe o Christine Stuart. Ninguno de los dos significaba nada para ella, absolutamente nada. Pero Ana había abandonado la idea de analizar la razón de este sonrojo. En lo que se refería a Roy, desde luego que lo ama ba locamente. ¿Cómo evitarlo? ¿No era acaso su ideal? ¿Quién podía resistir esos ojos tan profundos y esa voz implorante? ¿No la envidiaban la mitad de las muchachas de Redmond? ¡Y qué soneto le había enviado para su cumpleaños, con una caja de violetas! Ana lo sabía de memoria. Era muy bueno en su género, aunque no llegara, claro, al nivel de Keats o de Shakespeare: Ana no estaba tan ciega para creerlo. Y se lo había dedicado a ella; no a Laura, a Beatriz o a la Dama de Atenas, sino a Ana Shirley. Que le dijeran en rítmicas cadencias que sus ojos eran estrellas matutinas, que sus mejillas tenían colores robados al amanecer, que sus labios eran más rojos que las rosas del Paraíso, eso era estremecedoramente romántico. Pero Gilbert tenía sentido del humor. Ella le había contado una vez a Roy un chiste y él no se había reído. Recordó la risa que provocara en Gilbert la misma historia, y se preguntó, incómoda, si la vida junto a un hombre que no tenía sentido del humor no resultaría finalmente algo aburrida. Pero ¿quién podía esperar que un héroe melancólico e inescrutable reparara en el aspecto divertido de las cosas? Sería absolutamente ilógico.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Un atardecer de junio

_Me pregunto cómo se viviría en un mundo donde siempre fuera junio -dijo Ana, que volvía de la fragante huerta envuelta en el crepúsculo, mientras se detenía junto a Marilla y la señora Lynde, que se hallaba comentando el funeral de la señora Coates, al que habían asistido ese día. Dora, sentada entre ellas, estudiaba concienzudamente sus lecciones, pero Davy se había echado en el césped y aparentaba gran tristeza y depresión.

_Te cansarías de ese mundo -respondió Marilla.

-Quizá, pero creo que tardaría mucho en aburrirme si todo fuera tan encantador como hoy. ¡Todo respira amor en junio! Davy, ¿por qué ese melancólico rostro de noviembre en esta época de flores?

-Simplemente porque estoy cansado de vivir -fue la pesimista respuesta.

-¿A los diez años? ¡Vaya, qué pena!

-No bromeo -dijo Davy con dignidad-. Estoy des... deprimido -soltó la palabra con un gran esfuerzo.

_¿Cómo y por qué? -preguntó Ana sentándose a su lado.

-Porque la nueva maestra que vino a reemplazar al señor Holmes, que está enfermo, me dio como deber para el lunes diez sumas. Tendré que pasarme todo el día de mañana haciéndolas. No es divertido trabajar en sábado. Milty Boulter dijo que él no las hará, pero Marilla dice que yo debo hacerlas. La señorita Carson no me gusta nada.

-No hables así de tu maestra, Davy Keith -dijo la señora Rachel con severidad-. La señorita Carson es una joven muy agradable. No se llena la cabeza con tonterías.

-Eso no parece divertido -rió Ana-. Me gusta la gente que tiene un poquito de tontería encima. Pero me inclino a pen sar de la señorita Carson mejor que tú, Davy; la vi anoche durante la oración y tiene un par de ojos que no siempre son sensatos. ¡Vamos, Davy, levanta el espíritu! «Mañana será otro día», y yo te ayudaré a hacer las sumas. No oscurezcas este brillante crepúsculo con meditaciones sobre la aritmética.

-¡Bueno, ahora sí! -dijo Davy alegremente-. Si tú me ayudas en las sumas tendré tiempo para ir a pescar con Milty. ¡Qué lástima que el funeral de la tía Atossa haya sido hoy en vez de mañana! Me hubiera gustado ir, porque Milty dijo que su mamá aseguraba que la tía Atossa se sentaría en el ataúd a decir cosas desagradables a quienes se acercaran a verla. Pero Marilla dice que no fue así.

-La pobre Atossa yacía en paz en su ataúd -dijo la señora Lynde solemnemente-. Nunca la vi con apariencia tan placentera, te lo aseguro. ¡Bueno, no se han derramado muchas lágrimas por su partida, pobre alma! Las de Elisha Wright eran de alivio por verse libre de ella; y no puedo decir que se lo reprocho.

-¡Me parece horrible irse de este mundo sin dejar una persona que lo sienta! -exclamó Ana estremeciéndose.

-Sólo sus padres quisieron a la pobre Atossa, eso es muy cierto; y ni siquiera su marido. Fue su cuarta esposa. Él tenía la manía del casamiento. Vivió pocos años después de unirse a ella. El médico dijo que murió de dispepsia, pero yo creo que lo envenenó la lengua de Atossa, te lo aseguro. Pobre amia, sabía los chismes de todos los vecinos, pero nunca se conoció a sí misma. Bueno, ahora ya se ha ido. Supongo que el próximo acontecimiento será la boda de Diana.

-¡Me parece tan gracioso y horrible imaginarme a Diana casada! -suspiró Ana abrazándose las rodillas y mirando la luz de la ventana de su amiga, que brillaba a lo lejos, a través del Bosque Embrujado.

-Yo no veo qué tiene de horrible -aseveró la señora Lynde con énfasis-. Fred Wright tiene una buena granja y es un joven modelo.

-Con toda seguridad que no es el hombre salvaje, arrollador y malvado con el que Diana quería casarse -sonrió Ana-. Fred es extremadamente bueno.

-Es justamente lo que debe ser. ¿Te gustaría que Diana se casara con un hombre malvado? ¿Te casarías tú?

-¡Oh, no! No me uniría a ningún hombre malvado, pero me gustaría que pudiera serlo y no lo fuera. Fred es irremisiblemente bueno.

-Espero que algún día tengas más sentido común -dijo Marilla.

Marilla habló con un dejo de amargura. Se sentía profundamente desilusionada. Sabía que Ana había rechazado a Gilbert Blythe. Todo Avonlea murmuraba al respecto; cómo había trascendido era un misterio. Quizá Charlie lo habría supuesto y comentado luego como un hecho cierto; quizá Diana se lo confiara a Fred y éste no hubiera guardado el secreto. De cualquier modo, se sabía. La señora Blythe ya no preguntaba a Ana ni en público ni en privado si tenía noticias de su hijo y la saludaba fríamente cuando pasaba junto a ella. Ana, que siempre había querido a la alegre y juvenil señora Blythe, sufría en secreto por esta actitud. Marilla no decía nada, pero la señora Lynde le lanzó varias indirectas al respecto hasta que supo por la madre de Moody Spur-geon MacPherson nuevos chismes sobre el otro pretendiente que Ana tenía en la escuela, y que éste era rico, educado y bueno. Después de esto, la señora Rachel contuvo su lengua, aunque en lo más profundo de su corazón continuó lamentando que Ana no hubiera aceptado a Gilbert. La riqueza está muy bien, pero ni siquiera el alma práctica de la señora Lynde la consideraba esencial. Si a Ana le gustaba el Guapo Desconocido más que Gilbert, no había nada que decir, pero la señora Lynde temía que Ana cometiera el error de casarse por dinero. Marilla conocía demasiado bien a Ana para creerlo, pero sentía que las cosas no marchaban de acuerdo con su orden, y esto la entristecía.

-Lo que deba ser será -se dijo Rachel tétricamente-, pero a veces sucede lo que no debe suceder. Y no puedo librarme del temor de que en el caso de Ana ocurra esto último, a menos que intervenga la Divina Providencia.

La señora Lynde suspiró, pues temía que la Providencia no tomara cartas en el asunto, y ella por su parte no se atrevía a hacerlo

Ana paseaba por la Burbuja de la Dríada y fue a dar al pie del abedul blanco donde ella y Gilbert se habían sentado a conversar tantas veces en veranos pasados. Al terminar el período escolar el joven había vuelto a su puesto en el periódico y Avonlea parecía muy triste sin él. Nunca le escribió y Ana echaba mucho de menos sus cartas. Roy, en cambio, lo hacía dos veces por semana y sus misivas exquisitamente románticas eran dignas de una antología. Al leerlas, Ana lo amaba más que nunca, pero su corazón jamás palpitó tanto como cuando por fin un día la señora Sloane le alcanzó un sobre en el que reconoció la escritura de Gilbert Blythe. La muchacha corrió a «Tejas Verdes», se refugió en su cuarto y lo abrió ansiosamente... para encontrarse con un folleto ilustrativo de cierta actividad estudiantil. Eso era todo. Ana arrojó el inocente prospecto y se sentó a escribir una carta especialmente cariñosa para Roy.

En cinco días más Diana estaría casada. «La Cuesta del Huerto» era un remolino de confituras, bebidas y guisos, pues iba a festejarse una boda de las que harían época. Ana, por supuesto, iba a ser la dama de honor, tal como habían convenido cuando Diana y ella tenían *12* años de edad; y Gilbert venía de Kingsport a cumplir sus obligaciones de padrino. Ana disfrutaba inmensamente de la excitación de todos estos preparativos, pero en el fondo de su corazón sentía un ligero dolorcillo. En cierto sentido, perdía a su querida y vieja compañera. La nueva casa de Diana estaría a tres kilómetros de «Tejas Verdes» y la antigua amistad que las unía ya no volvería a ser la misma. Ana miró la luz de la ventana de Diana y pensó en cuánto había significado para ella durante los años pasados. Ya no volvería a brillar en los crepúsculos de estío. Dos enormes lágrimas se desprendieron de sus ojos grises.

-¡Oh! -suspiró-, ¿por qué la gente tiene que crecer... y casarse... y cambiar?

CAPITULO VEINTINUEVE

La boda de Diana

-Después de todo, las únicas rosas verdaderas son las rosadas -dijo Ana mientras ataba con una cinta blanca el velo de novia de Diana-. Son las flores del amor y la felicidad.

Diana estaba de pie moviéndose nerviosamente en mitad de su habitación de «La Cuesta del Huerto», ataviada con las clásicas vestiduras blancas. Cubría sus rizos negros el velo nupcial que Ana le colocara, cumpliendo el sentimental convenio de años atrás.

-Todo es mucho más hermoso de lo que yo imaginaba hace tiempo, cuando lloraba ante la idea de tu boda y de nuestra inevitable separación -rió-. Tú eres la novia de mis sueños, Diana, ataviada con el velo nupcial, y yo soy tu dama de honor. Pero, ¡vaya!; mi vestido no tiene mangas abullonadas, aunque estas cortas de encaje son aún más bonitas; y mi corazón no está terriblemente destrozado, ni odio a Fred.

-Es que no vamos a separarnos, Ana -protestó Diana-. Yo no me iré lejos y nos querremos igual que siempre. Seremos fieles a nuestro juramento infantil de amistad eterna, ¿no es cierto?

-Sí, lo seremos. Hemos disfrutado de una gran amistad, Diana, sin peleas, ni indiferencias ni palabras dañinas. Espero que continúe siempre así, aunque las cosas no podrán seguir siendo iguales. Tú tendrás otros intereses ajenos a mí por completo. Pero «así es la vida», como diría la señora Lynde. Me ha prometido regalarme para mi boda una de sus amadas colchas tejidas a mano, igual a la que te ha regalado a ti, con el dibujo de hojas de tabaco.

-Lo malo es que cuando te cases no podré ser tu dama de honor -se lamentó Diana.

-En junio seré dama de honor de Phil y luego se terminó; ya conoces el refrán: «tres veces dama, nunca novia» -dijo Ana espiando por la ventana el blanco y el rosado de la huerta en flor-. Ya viene el pastor, Diana.

-¡Oh, Ana! -murmuró ésta palideciendo repentinamente y echándose a temblar-. ¡Oh, Ana!... Estoy tan nerviosa... no puedo soportarlo... Ana, creo que voy a desmayarme.

-Si lo haces te arrastraré hasta el pozo y te tiraré. Arriba ese ánimo. Una boda no ha de ser tan terrible cuando tanta gente sobrevive a la ceremonia. Mira qué tranquila estoy yo y sigue el ejemplo.

-Espere a que le llegue el turno, señorita Shirley. ¡Oh, Ana, oigo a papá subir las escaleras! Dame el ramo. ¿Está bien el velo? ¿No estoy muy pálida?

-Estás sencillamente adorable, Diana; dame un beso de despedida. Diana Barry ya no volverá a besarme nunca más.

-Pero lo hará Diana Wright. Mamá está llamando. Vamos.

Siguiendo una simple y antigua costumbre, Ana se dirigió hacia la sala del brazo de Gilbert. En lo alto de la escalera se encontraron por primera vez frente a frente desde su despedida en Kingsport, pues Gilbert había llegado ese mismo día; Gilbert la saludó con toda cortesía. Tenía muy buen aspecto, aunque, según Ana notara al instante, estaba algo más delgado. Cuando la joven se dirigía hacia él a través del vestíbulo tenuemente iluminado, vestida con su delicado traje blanco y los brillantes cabellos adornados, sintió que sus mejillas ardían. Su aparición en la sala fue recibida con murmullos de admiración.

-¡Qué buena pareja hacen! -susurró la impresionable señora Rachel a Marilla.

Fred hizo su entrada solo, con el rostro enrojecido, y luego llegó Diana apoyada en el brazo de su padre. No se desmayó, y nada ocurrió que perturbara el orden de la ceremonia. La alegre fiesta continuó y al caer la tarde Diana y Fred partieron rumbo a su nuevo hogar y Gilbert acompañó a Ana a «Tejas Verdes».

La alegría de la tarde de fiesta parecía haberles devuelto algo de la vieja camaradería. ¡Qué agradable era volver a recorrer el viejo sendero en compañía de Gilbert!

La noche era tan silenciosa que se hubiera podido escuchar el murmullo de los capullos de rosa... la risa de las margaritas... el susurro de las hierbas y muchos dulces sonidos más, todos juntos y cada uno por separado. Los campos reflejaban la luz de la luna.

-¿Quieres dar la vuelta por el Sendero de los Amantes? -preguntó Gilbert al cruzar el puente sobre el Lago de las Aguas Refulgentes en el que la luna se reflejaba como un enorme disco de plata.

Ana accedió rápidamente. Aquella noche, el Sendero de los Amantes parecía un verdadero camino del país de las hadas, brillante, misterioso, lleno de hechizo bajo el encantamiento de luz de luna. En un tiempo habría considerado peligroso dar un paseo semejante con Gilbert, pero Roy y Christine lo tornaban seguro ahora. Mientras hablaba amablemente con el joven, Ana se sorprendió varias veces pensando en Christine. La había visto a menudo antes de salir de Kingsport y había podido comprobar su encanto y su atracción. También a Christine le había gustado Ana; pero las cordiales relaciones no llegaron a convertirse en amistad. Evidentemente, la joven no era un alma gemela.

-¿Te quedarás en Avonlea todo el verano? -preguntó Gilbert.

-No. La semana que viene me iré al este, rumbo a Valley Road. Esther Haythorne quiere que la sustituya en la escuela durante julio y agosto. Tiene a su cargo el período de verano y no está bien de salud, de modo que voy a reemplazarla. En cierto sentido, no me pesa. ¿Sabes que estoy empezando a sentirme un poco extraña en Avonlea? Eso me pone triste... pero es verdad. Es aterrador ver cómo en sólo dos años los niños se han convertido en hombres y mujeres. Desconozco hasta a mis propios alumnos. Me siento vieja cuando los veo ocupar tu lugar y el mío, y el de todos nuestros compañeros.

Ana se echó a reír y suspiró. Se sentía mayor, madura y sensata..., cosa que demostraba lo joven que era. Se preguntó dónde habría ido a parar aquella época feliz de ilusiones y esperanzas que parecía haberse alejado para siempre.

-Así va pasando la vida -dijo Gilbert, con sentido práctico. Ana imaginó que tal vez estaría pensando en Christine. ¡Avonlea iba a quedar muy solitaria... con la partida de Diana!

CAPÍTULO TREINTA

El idilio de la señora Skinner

Ana descendió del tren en la estación de Valley Road y echó una mirada en derredor para ver si alguien había ido a esperarla. Debía de hospedarse con cierta señorita Janet Sweet, pero no vio a nadie que respondiera a la idea que se había hecho de tal dama, descrita en la carta que le enviara Esther. La única persona a la vista era una anciana sentada en un carricoche en el que se amontonaban los sacos de correspondencia. Aun siendo muy complaciente, nadie hubiera dicho que su peso llegaba sólo a los noventa kilos; su cara era roja y redonda como la luna llena y casi con la misma ausencia de rasgos. Llevaba un ceñido vestido negro de cachemira, de moda diez años atrás, un pequeño sombrero de paja negra bordado de encaje amarillo y mitones de descolorido encaje negro.

-¡Eh, usted! -gritó mientras agitaba su látigo en dirección a Ana-. ¿Es la nueva maestra de la escuela de Valley Road?

-Sí.

-Bueno, ya me parecía. Valley Road se distingue por sus bonitas maestras, así como Millersville por las feas. Janet Sweet me preguntó esta mañana si la podría llevar. Yo le dije: «Seguro, si no le disgusta que la sacuda. Este coche es algo pequeño y yo soy más gorda que Thomas». Espere un poco, señorita, hasta que amontone estas sacas y la ponga a usted donde pueda. No hay más que tres kilómetros hasta casa de Janet. El sirviente de un vecino vendrá esta noche a por su baúl. Mi nombre es Skinner, Amelia Skinner.

-Ana fue «metida donde se pudo», sin que dejara de reírse interiormente durante el proceso.

-¡Hala, yegua negra! -ordenó la señora Skinner tomando las riendas con sus gordas manos. Éste es mi primer viaje de re parto de correspondencia. Thomas quería ocuparse de sus nabos y me pidió que lo reemplazara. De modo que me senté aquí y salí disparada. Me gusta, pero es aburrido. La mitad del tiempo lo paso sentada pensando y la otra mitad sentada, solamente. ¡Vamos, yegua, que quiero llegar pronto! Thomas está muy solo, ¿sabe usted? No hace más que un mes que nos casamos.

-¡Oh! -dijo Ana.

-Exactamente un mes. Thomas me hizo la corte durante mucho tiempo, sin embargo. Es bastante romántico.

Ana trató de imaginar a la señora Skinner en una situación romántica.

-¡Oh! -repitió.

-Sí. Verá usted; había otro hombre que me perseguía. ¡Hala, yegua! Yo era viuda hacía tanto tiempo que los del pueblo habían abandonado la idea de casarse conmigo. Pero cuando mi hijita, que es maestra como usted, se fue a enseñar al oeste, me sentí muy sola y ya no me asustó la idea de casarme. Y empezaron a visitarme Thomas y también William Obadiah Seaman, que así se llamaba. Me costó mucho decidirme y ellos no hacían más que venir a verme, y yo me preocupaba. ¿Sabe usted?, W. O. era rico, tenía una buena casa y vivía bien. Era el mejor partido. ¡Hala, yegua!

-¿Y por qué no se casó con él?

-Bueno, ¿sabe usted? Él no me quería -contestó con solemnidad la señora Skinner.

Ana miró a su interlocutora con grandes ojos. Pero no había ni una chispa de humor en su rostro. Evidentemente, la dama no encontraba nada divertido en sus peripecias.

-Era viudo desde hacía tres años y mi hermana trabajaba en su casa como ama de llaves. Cuando ella se casó él buscó a alguien que la reemplazara. Le aseguro que valía la pena: tiene una buena casa. ¡Hala, yegua! En cuanto a Thomas, era pobre y lo único bueno que se podía decir de su casa es que no tenía goteras, aunque es bastante pintoresca (así se dice, ¿no?). Pero, ¿sabe usted?, yo amaba a Thomas y no me importaba un comino W. O., de manera que lo

discutí conmigo misma. «Sarah Crowe -me dije (mi primer marido se llamaba Crowe)-, te puedes casar con un rico, si quieres, pero no serás feliz. La gente no se puede llevar bien en este mundo sin un poco de amor. De modo que te casas con Thomas, que te quiere y a quien tú quieres y se acabó.» ¡Hala, yegua! De manera que le dije a Thomas que sí. Durante todo el tiempo que duraron los preparativos para la boda no me atrevía a pasar cerca de la casa de W. O. por temor de que la vista de su casa me volviera loca otra vez. Pero ahora ni siquiera pienso en ella y soy feliz con Thomas. ¡Hala, yegua!

-¿Y cómo lo tomó William Obadiah?

-¡Oh, se enfurruñó un poco! Pero ahora va a Millersville a visitar a una vieja flaca y sospecho que ella lo aceptará pronto. Será mejor esposa que la primera. W. O. nunca se quiso casar con aquélla. Le pidió que se casara con él porque su padre se lo ordenó, pero esperaba que le dijera «no». Y fíjese que le dijo «sí». ¡Hala, yegua! Era muy buena ama de casa, pero muy tacaña. Llevó el mismo sombrero durante dieciocho años. Entonces se compró otro y cuando W. O. se tropezó con ella en el camino, no la reconoció. ¡Hala, yegua! Creo que me escapé por los pelos. Si me hubiera casado con él hubiese sido desgraciada, como mi pobre prima Jane Ann. Jane Ann se casó con un rico que no le gustaba mucho y ahora lleva una vida de perros. Vino a verme la semana pasada y me dijo: «Sarah Skinner, te envidio. Prefiero vivir en una cabana junto al camino con un hombre que me gusta a estar en una gran casa con el que tengo». El marido de Jane Ann no es malo, no, pero le gusta tanto llevar la contraria, que se pone el abrigo de piel cuando el termómetro señala 40 grados y la única forma de conseguir algo de él es decirle que haga lo contrario. Pero no hay amor entre ellos para suavizar las cosas y ésa es una mala manera de vivir. ¡Hala, yegua! Allí está la casa de Janet, en la hondonada. Ella la llama «Junto al Camino». ¿No es pintoresca? Creo que estará contenta de salir de aquí y quitarse todas esas sacas de encima.

-Sí, pero me ha gustado mucho el paseo -dijo Ana con sinceridad.

-¡Qué me dice! -respondió la señora Skinner, sintiéndose lisonjeada-. Espere a que Thomas lo sepa. Se alegra mucho cuando me hacen un cumplido. ¡Hala, yegua! Bueno, aquí estamos. Espero que le vaya bien en la escuela, señorita. Hay un atajo para llegar allí, a través del pantano, detrás de lo de Janet, pero tiene que tener mucho cuidado. Si pone el pie en el barro negro, se la tragará y no se sabrá más de usted hasta el día del juicio, como le pasó a la vaca de Adam Palmer. ¡Arre, yegua!

CAPITULO TREINTA Y UNO

Ana a Philippa

«De Ana Shirley a Philippa Gordon. ¡Salud!

»Querida Phil: Ya es tiempo de que te haga llegar noticias mías. Aquí estoy otra vez, trabajando de maestra rural, en Valley Road. Me alojo en «Junto al Camino», la casa de la señorita Janet Sweet. Janet es un encanto y muy bonita; alta, pero no demasiado; algo corpulenta pero con un perfil que sugiere un alma frugal que ni siquiera pierde su dominio en cuestión de peso. Tiene una mata de suave y rizado cabello castaño con algunas hebras grises, un rostro alegre con mejillas rosadas y un par de dulces ojos azules como nomeolvides. Más bien es una de esas deliciosas cocineras a la antigua, a las que no les importaba un ápice arrumar tu aparato digestivo con tal de engordarte con comidas pesadas.

»Yo la quiero y ella me quiere, principalmente, según parece, porque tenía una hermana llamada Ana, que murió muy joven.

»-Me alegro mucho de conocerte -me dijo cuando llegué-. Pero no eres como te había imaginado. Estaba segura de que serías morena, como mi hermanita Ana; ¡y hete aquí que eres pelirroja!

»Por un momento pensé que Janet no me iba a gustar tanto como creí al verla. Luego me reproché por mi apresurada insensatez al predisponerme en contra suya por el solo hecho de que me llamaba pelirroja. Probablemente la palabra "castaño" no figura en el vocabulario de Janet.

»"Junto al Camino" es un rinconcito encantador. La casa es pequeña y blanca y está en una hondonada que nace en el camino. Entre éste y la casa hay una mezcla de huerta y de jardín. El sendero que va a la puerta principal está bordeado de floréenlas; una enredadera cubre la galería y el techo. Mi habitación es muy limpia y apenas cabemos la cama y yo. Sobre la cabecera del lecho cuelga un cuadro en que se ve a Robby Burns junto a la tumba de María Estuardo, reina de Escocia, a la sombra de un enorme sauce llorón. El rostro de Robby es tan lúgubre, que no es raro que me asalten pesadillas. La primera noche que pasé aquí soñé que no podía reír más.

»La sala es pequeña y pulcra. Sobre su única ventana dan las frondosas ramas de un sauce, cuya sombra hace que la habitación tenga la verde penumbra de una gruta. Las sillas lucen respaldos magníficos, el suelo está cubierto de alegres felpudos y en una mesa redonda se encuentran, muy bien ordenados, los libros y las cartas. Y sobre la chimenea hay vasijas con heléchos, y entre éstos una "alegre" decoración de placas de ataúdes: son cinco en total y corresponden a la madre y al padre de Janet, a su hermana Ana, a un hermano y a cierto sirviente que murió aquí hace tiempo. Si un día me vuelvo loca repentinamente, "sepa el mundo por la presente" que la culpa es de esas placas.

»Pero en realidad todo es delicioso y así lo dije. Janet me quiere por esta razón tanto como detesta a la pobre Esther, quien se atrevió a decir que tanta sombra es antihigiénica y no quiso dormir sobre un colchón de plumas. Yo, por mi parte, los adoro, y cuanto más antihigiénicos y plumosos son, mejor. Janet dice que da gusto verme comer. Temía muchísimo que yo fuera como la señorita Haythorne, que desayunaba sólo frutas y agua caliente y quería que Janet renunciara a los fritos. En verdad, Esther es una joven adorable, pero algo chiflada. El problema está en que no tiene suficiente imaginación y sí cierta predisposición a las indigestiones.

»¡ Janet me dijo que podía usar la sala si quería recibir la visita de algún joven! No creo que vengan muchos. Aún no he visto un solo chico en Valley Road, excepto el peón de la casa próxima a la nuestra. Se llama Sam Tolliver y es un joven alto, delgado y pelirrojo. Vino por aquí hace poco y se sentó una hora sobre la pared del jardín, cerca de la galería delantera donde estábamos trabajando Janet y yo. El único comentario que hizo durante ese tiempo fue: "¿Quieri una minta, siñiorita? Aquí tieni, son buenas para el risfrío las minias", o si no: "¡Quí montón d' ierbas!".

»Pero por aquí hay amores. Parece que es mi destino estar relacionada más o menos activamente con los amores maduros. El señor Irving y su esposa afirman que yo "hice" su

boda. La señora de Stephen Clark de Carmody persiste en estarme terriblemente agradecida por una sugerencia que cualquier otra persona le hubiese hecho en mi lugar. Sin embargo, realmente pienso que Ludovic Speed nunca hubiese ido más allá de un plácido noviazgo de no haberles ayudado a Theodora Dix y a él.

»En los amores actuales, no soy más que una espectadora pasiva. Una vez traté de ayudar y sólo conseguí embrollarlo todo. De modo que no volveré a meterme. Te lo contaré todo cuando nos encontremos.»

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Tomando el té con la señora Douglas

La noche del primer jueves después de su llegada, Janet invitó a Ana a asistir a las oraciones colectivas. Janet florecía como una rosa en tales ocasiones. Se ponía un vestido de muselina azul pálido con pensamientos bordados, con más fruncidos de los que se podían esperar de la económica Janet, y un sombrero de paja de Italia con rosas rojas y tres plumas de avestruz. Ana se sintió bastante sorprendida. Más tarde descubrió el motivo que tenía Janet para arreglarse de ese modo: un motivo tan viejo como el mundo.

Las oraciones colectivas de Valley Road parecían ser para mujeres. Estaban presentes treinta y dos mujeres, dos muchachos grandecitos y un hombre solitario, además del ministro. Ana se encontró estudiando al hombre: no era joven, ni grácil, ni bien parecido; tenía las piernas muy largas (tenía que colocarlas como podía bajo la silla) y los hombros caídos. Sus manos eran grandes y tanto sus cabellos como su bigote necesitaban los servicios del barbero. Pero a Ana le gustó su cara, que expresaba honestidad y ternura y también algo más; algo que la muchacha encontró difícil de definir. Finalmente llegó a la conclusión de que este hombre era fuerte y había sufrido, lo cual se manifestaba en su cara. En su expresión había algo de resistencia paciente y humorística que indicaba que sería capaz de llegar a las situaciones más extremas sin perder la educación.

Cuando hubo concluido la reunión, el caballero se acercó a Janet y preguntó:

-¿Me permite acompañarla a casa, Janet?

Janet lo tomó del brazo tan tímidamente como una colegiala a quien acompañan a su casa por vez primera, cosa que comentó más tarde Ana en su carta a las chicas de «La Casa de Patty».

-Ana Shirley, permíteme que te presente al señor Douglas

-dijo Janet.

El señor Douglas se inclinó y añadió:

-La estuve contemplando durante la reunión, señorita, y pensando en lo guapa que es usted.

Estas palabras hubieran molestado a Ana en boca de otra persona, pero en la forma en que las dijo el señor Douglas la impresionaron como un cumplido real y sincero. Le sonrió y siguió a ambos por el camino iluminado por la luna.

¡De modo que Janet tenía un novio! Ana estaba encantada; Janet sería una esposa ejemplar: alegre, ahorrativa, tolerante y magnífica cocinera. Hubiera sido un delito de la naturaleza mantenerla soltera para siempre.

-John Douglas me ha pedido que te lleve a ver a su madre

-le dijo Janet al día siguiente-. Pasa la mayoría del tiempo acostada y nunca sale de casa, pero le gusta mucho estar acompañada y se ha interesado siempre por conocer a mis pensionistas. ¿Podrías ir esta tarde?

Ana asintió, pero más tarde el señor Douglas vino a invitarla de parte de su madre a tomar el té el sábado siguiente.

-¿Por qué no se ha puesto el vestido de los pensamientos?

-preguntó Ana cuando salían de la casa. Era un día caluroso y la pobre Janet, entre su excitación y el pesado vestido de cachemira, parecía estarse cociendo viva.

-Temo que a la señora Douglas le parezca terriblemente frivolo y fuera de ocasión. A John también le gusta ese vestido

-agregó, pensativa.

La vieja heredad de los Douglas quedaba a un kilómetro de «Junto al Camino», sobre la cresta de una colina azotada por los vientos. La casa era grande y cómoda, de aspecto señorial y rodeada de arces. En la parte de atrás estaban los amplios y bien cuidados establos; todo el

conjunto indicaba prosperidad. «No son deudas y apreturas precisamente lo que refleja la casa del señor Douglas», reflexionó Ana.

John Douglas las aguardaba en la puerta; las acompañó en seguida hasta el salón, donde su madre se hallaba majestuosamente sentada en un sillón.

Ana había imaginado a la señora Douglas alta y delgada como su hijo. Era, en cambio, una mujercita de suaves mejillas sonrosadas, tiernos ojos azules y boca de niña. Con un hermoso traje negro a la moda, un chai blanco sobre los hombros y los cabellos recogidos por una cofia de encaje, parecía una abuelita de juguete.

-¿Cómo te va, querida Janet? -preguntó con dulzura-. Estoy tan contenta de volver a verte. -Alzó su linda cara para recibir el beso-. Y ésta es nuestra nueva maestra. Estoy encantada de conocerla. Mi hijo ha estado cantando alabanzas suyas hasta ponerme un poco celosa y estoy segura de que Janet debe estar celosa del todo.

La pobre Janet se sonrojó. Ana dijo un par de cosas amables y convencionales y se sentaron. Fue difícil continuar, incluso para Ana, pues nadie parecía hallarse cómodo, a excepción de la señora Douglas, que no encontraba ninguna dificultad para conversar. Hizo sentar a Janet a su lado y le acarició ocasionalmente la mano, mientras ésta sonreía, con aire de sentirse terriblemente incómoda dentro de su espantoso vestido; John Douglas permanecía sentado sin sonreír.

En la mesa la señora Douglas pidió graciosamente a Janet que sirviera el té. Ésta se sonrojó más aún, pero lo hizo. Ana describió más tarde ese instante en una carta a Stella.

«Comimos lengua fría, pollo y mermelada de frambuesas; tortas de limón y de chocolate y galletas, además de torta de fruta y algunas otras cosas, entre ellas más tortas, creo que de caramelo. Después que hube comido el doble de lo debido, la señora Douglas suspiró y dijo que lamentaba no tener nada que tentara mi apetito.

»-Temo que las comidas que prepara la querida Janet le hagan encontrar poco apetitosa cualquier otra cosa -dijo dulcemente-. Desde luego, nadie en Valley Road aspira a igualarla. ¿No quiere otro pedazo de torta, señorita Shirley? No ha comido usted nada.

»Stella, ¡yo había comido una ración de lengua y otra de pollo, tres trozos de bizcocho, una buena cantidad de mermelada, varias tarteletas y un buen trozo de torta de chocolate!»

Después del té la señora Douglas sonrió con benevolencia y pidió a John que acompañara a la «querida Janet» a buscar rosas al jardín.

-La señorita Shirley me hará compañía mientras tanto, ¿no es cierto? -preguntó en tono quejoso, mientras ocupaba su sillón-. Soy una vieja muy frágil, señorita Shirley. Llevo veinte años sufriendo. Durante veinte largos y pesados años he estado muriendo poco a poco.

-¡Qué doloroso! -comentó Ana, tratando de ser simpática y sintiéndose sólo idiota.

-Muchísimas noches he creído que no llegaría a ver el día -continuó con solemnidad la señora Douglas-. Nadie sabe lo que he pasado; nadie, excepto yo. Bueno, esto ya no puede durar mucho. Pronto habrá terminado mi triste peregrinaje, señorita Shirley. Es para mí un gran consuelo saber que John tendrá una buena esposa para que lo cuide cuando su madre desaparezca; un gran consuelo, señorita Shirley.

-Janet es una mujer magnífica -afirmó Ana calurosamente.

-¡Magnífica! Un hermoso carácter -asintió la señora Douglas-. Y una perfecta ama de casa; algo que yo nunca fui. Mi salud no lo permitía, señorita Shirley. Estoy verdaderamente contenta de que John haya hecho esa elección. Confío en que será feliz. Es mi único hijo, señorita Shirley, y su felicidad es la mía.

-Desde luego -dijo Ana estúpidamente. Por primera vez en su vida se sentía tonta y le era imposible explicarse el motivo. No encontraba nada que decir a aquella angelical y dulce anciana que le acariciaba tan gentilmente la mano.

-Vuelve pronto a verme, querida Janet -dijo la señora Douglas en el momento de la partida-. No vienes ni la mitad de lo necesario, pero creo que John te traerá para siempre uno de estos días.

Ana, que estaba mirando a John Douglas mientras hablaba su madre, se sintió desmayar. El pobre parecía un torturado a quien los verdugos han dado la última vuelta de tuerca. Tuvo la seguridad de que se sentía desfallecer y se llevó a la ruborizada Janet.

-¿No es la señora Douglas una dulce mujer? -preguntó ésta mientras regresaban por el camino.

-Sí... í... í -murmuró Ana, ausente. Se estaba preguntando por qué tendría John Douglas ese aspecto.

-*Es* una mujer que sufre terriblemente -continuó Janet-. Sufre ataques terribles y eso tiene preocupadísimo a John. Tiene miedo de salir de casa y que su madre sufra un ataque sin más ayuda que la de la criada.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

«Seguía viniendo y viniendo»

Tres días más tarde, al regresar Ana de la escuela halló a Janet llorando. Se alarmó con razón, pues el llanto y Janet parecían incompatibles.

-¿Qué sucede? -preguntó ansiosamente.

-Hoy... hoy cumplo cuarenta años -sollozó Janet.

-Bueno, ayer estaba bien cerca de ellos y no parecían doler-le -la consoló Ana escondiendo una sonrisa.

-Pero..., pero John Douglas no me pidió que me casara con él.

-¡Oh, pero lo hará! Sólo es cuestión de darle tiempo.

-¡Tiempo! -exclamó Janet con rabia contenida-. Ha tenido veinte años. ¿Cuánto tiempo necesita?

-¿Quiere decir que John Douglas ha estado visitándola durante veinte años?

-Sí, y nunca ha mencionado la palabra boda, y no creo que lo haga jamás. Nunca se lo he dicho a nadie, pero hoy tengo que contarlo o enloqueceré. John Douglas comenzó a visitarme hace veinte años, antes de que mamá muriera. Bueno, siguió viniendo y viniendo y al cabo de un tiempo comencé a preparar mi ajuar, pero él nunca dijo nada; sólo seguía viniendo y viniendo, yo no podía hacer nada. Mamá murió cuando ya llevábamos así ocho años; entonces creí que hablaría, viendo que yo quedaba sola en el mundo. Se mostró muy gentil y amable e hizo cuanto pudo por consolarme, pero no dijo una palabra de matrimonio y así ha seguido. La gente dice que la culpa es mía. Que como su madre está muy enferma yo no quiero cargar con la ocupación de cuidarla. ¡Me encantaría cuidar a la madre de John! Pero dejo que hablen. ¡Prefiero que me critiquen a que me compadezcan! Es muy humillante que John no me pida en matrimonio. ¿Por qué no lo hace? Me parece que si supiera la razón, no sufriría tanto.

-Quizá su madre no quiere que se case -insinuó Ana.

-¡Oh, todo lo contrario! Más de una vez me ha dicho que le gustaría ver a John casado antes de morir. Siempre le está echando indirectas; ya la oíste la otra tarde. ¡Habría querido que me tragara la tierra!

-Pues no lo entiendo -dijo Ana. Pensaba en Ludovic Speed; aunque no era el mismo caso, pues John Douglas no era de ese tipo de hombre.

-Usted debió de mostrar más carácter, Janet; ¿por qué no le mandó a paseo hace tiempo?

-No pude -confesó la pobre Janet patéticamente-. Siempre le he querido. Aunque hubiera dejado de venir, yo no habría admitido a otro. De modo que así están las cosas.

-Pero eso le hubiera hecho reaccionar como un hombre. Janet sacudió la cabeza.

-No, creo que no. Tuve miedo de hacerlo y que él creyera que no me interesaba y se marchara. Supongo que soy pobre de espíritu, pero así es como me siento. Y no puedo remediarlo.

-¡Oh, sí que puede, Janet! Aún no es demasiado tarde. Hágale ver que no está dispuesta a tolerar por mas tiempo su actitud. Yo la apoyaré.

-No sé. No creo que me atreva. Las cosas ya han llegado demasiado lejos. Pero lo pensaré.

Ana se sintió desilusionada con respecto a John Douglas. Le había gustado mucho y no le parecía la clase de hombre capaz de jugar con los sentimientos de una mujer durante veinte años. Ciertamente precisaba una buena lección y a Ana le encantaba la idea de apoyarla. Por lo tanto se alegró cuando a la noche siguiente, mientras se dirigían a la reunión de la iglesia, Janet le anunció que seguiría sus consejos.

-Le demostraré a John Douglas que no pienso permitir que continúe pisoteándome.

Al término de la oración, John se acercó a ella con su habitual solicitud. Janet pareció asustada pero resuelta.

-No, gracias -contestó fríamente-. Conozco bien el camino a casa. No podría ser de otro modo después de haberlo recorrido durante cuarenta años. De manera que no necesita molestarse, señor Douglas.

Ana contemplaba el rostro de John Douglas a la brillante luz de la luna y comprobó que éste había recibido el golpe de gracia. John, sin decir palabra, dio media vuelta y echó a andar.

-¡Deténgase! ¡Deténgase! -gritó Ana sin importarle la mirada de las personas que la rodeaban-. ¡Deténgase, señor Douglas! ¡Vuelva!

John Douglas se detuvo, pero no regresó. Ana corrió por el sendero, le cogió una mano y lo arrastró hacia donde estaba Janet.

-Debe regresar -imploraba-. Todo ha sido un error, señor Douglas... por culpa mía. Yo la aconsejé; Janet no quería hacerlo... pero ahora todo está bien, ¿no es cierto, Janet?

Sin decir palabra, Janet se apoyó en el brazo del caballero y los dos echaron a andar. Ana los siguió humildemente hasta la casa y se deslizó por la puerta trasera.

-Bueno, eres un excelente apoyo para cualquiera -dijo Janet sarcásticamente.

-No pude evitarlo, Janet -exclamó Ana, contrita-. Me sentí como si hubiera estado de brazos cruzados viendo asesinar a alguien. Tuve que correr tras él.

-Y yo me alegro de que lo hicieras. Cuando le vi volverse y echar a andar sentí como si la poca felicidad y alegría que quedan en mi vida se hubieran ido con él. Fue una sensación horrible.

-¿No le preguntó por qué obró así?

-No, ni una palabra -respondió Janet lentamente.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

John Douglas se decide a hablar

Ana no había perdido la esperanza de que ocurriera algo; pero nada pasó. John Douglas continuó acompañando a Janet hasta su casa después de las oraciones, tal como lo hiciera desde hacía veinte años, y parecía que lo continuaría haciendo por otros veinte más. Pasó el verano. Ana daba clases en su escuela, escribía a todos y estudiaba un poco. Sus paseos hasta el colegio eran placenteros; siempre iba por el pantano, un hermoso lugar reverdecido por las musgosas lomas. Por él cruzaba un arroyo bordeado de pinos cubiertos de enredaderas y entre cuyas raíces pululaban las hierbas.

Sin embargo, Ana encontraba un poco monótona la vida en Valley Road. En realidad hubo sólo un incidente divertido.

No había vuelto a ver al flaco y pelirrojo Samuel, el de la menta, desde la visita que les hiciera. Solamente un par de veces se había cruzado con él. Pero apareció por fin una cálida noche de agosto y se sentó en el banco de la galería. Llevaba sus ropas de trabajo, que consistían en pantalones remendados, una camisa azul con rotos en los codos y un harapiento sombrero de paja. Mascaba solemnemente una pajita y miraba a Ana con la misma solemnidad. Ésta dejó su libro a un lado, con un suspiro, y tomó su bordado. No esperaba gran cosa de su conversación con Sam.

Al cabo de un largo silencio, Sam habló:

-Mi voy di allí -dijo mientras señalaba con el sombrero la casa vecina.

-¿Ah, sí? -preguntó Ana, cortés.

-Sí.

-¿Y dónde irá?

-Buino, hi istado pinsando consiguir un lugar todo mío. Está isa casa in Millersville. Piro si l'alquilo, necisito una mujir.

-Supongo -asintió Ana vagamente. Hubo otro largo silencio. Finalmente, Sam volvió a quitarse el sombrero de paja y prosiguió:

-¿Si quidaría ustí conmigo?

-¿Qué-é-é? -masculló Ana.

-¿Si quidaría ustí conmigo?

-¿Quiere decir, si me casaría con usted?

-Sí.

-Pero si apenas le conozco -gritó Ana, indignada.

-Pero mi conociría dispois de casarsi conmigo. Ana reunió toda su herida dignidad.

-Por cierto que no me casaré con usted -dijo irritada.

-Buino, puidi pasarli algo pior. Trabajo mucho y tingo dini-ro in il banco.

-No me vuelva a hablar jamás de eso. ¿Quién le puso esa idea en la cabeza? -preguntó Ana, cuyo sentido del humor estaba volviendo por sus fueros; tan absurda era la situación.

-Ustí is una linda muchacha y si las arrigla muy bien. No mi gustan l'haraganas. Riflixioni. Voi a ispirarla. Buino, tingo qu'irmi. Tingo qui ordiñar las vaquis.

Las ilusiones que Ana se hiciera sobre las declaraciones de amor habían sufrido tales golpes durante los últimos años, que casi nada quedaba ya de ellas. De modo que pudo reír a sus anchas de esta última sin que su corazón sufriera. Aquella noche hizo una imitación de Sam frente a Janet y ambas rieron como locas comentando la iniciación del muchacho en la vida sentimental.

Una tarde, cuando se acercaba a su fin la estancia de Ana en Valley Road, Alee Ward llegó a «Junto al Camino» y preguntó por Janet.

-La necesitan en casa de los Douglas -dijo-. Me parece que la señora Douglas va a morir esta vez, después de haber estado anunciándolo durante veinte años.

Mientras Janet corría a buscar su sombrero, Ana preguntó si la señora estaba peor que de costumbre.

-No está ni la mitad de mal -contestó Alee, muy serio-, y eso es lo que me hace pensar que es cosa grave. Otras veces se ha puesto a dar gritos y a correr de un lado a otro; pero ahora está acostada y silenciosa. Le aseguro que si se ha quedado es porque está muy mal.

-¿A usted no le gusta la señora Douglas? -inquirió Ana.

-Me gustan las gatas cuando son gatas. Pero no me gustan las gatas cuando son mujeres -fue la oscura respuesta de Alee. Janet regresó a su casa a la hora del crepúsculo.

-La señora Douglas ha muerto -anunció con tristeza-. Falleció a poco de llegar yo. No me habló más que una vez: «Supongo que ahora te casarás con John», me dijo. Eso me llegó al corazón, Ana. ¡Pensar que la propia madre de John creía que no me casaba con su hijo a causa de ella! Yo tampoco pude decirle nada; había otras mujeres. Me alegré de que John no estuviera allí.

Janet comenzó a llorar desconsoladamente. Ana le dio a beber té con jengibre para calmarla. Nuestra amiga descubrió más tarde que había empleado pimienta en lugar de jengibre, pero Janet no lo notó.

En la tarde que siguió al funeral, Ana y Janet estaban sentadas en la galería a la luz del crepúsculo. El viento había quedado dormido en los pinares y por el cielo septentrional cruzaban relámpagos de calor. Janet llevaba su feo vestido negro y su aspecto era peor que nunca, con los ojos y la nariz enrojecidos por el llanto. Hablaban poco, pues Janet no parecía aprobar los esfuerzos de Ana para levantarle el ánimo; prefería llanamente sentirse triste.

De pronto se oyeron ruidos en el portón y John Douglas penetró en el jardín y cruzó por encima del cantero de geranios. Janet se puso de pie y Ana la imitó. Nuestra amiga era alta y llevaba un vestido blanco, pero John no pareció verla.

-Janet, ¿te casarás conmigo?

Las palabras irrumpieron como si hubiesen estado retenidas durante veinte años y fuera imprescindible decirlas en aquel momento.

La cara de Janet estaba tan enrojecida por las lágrimas que parecía imposible que pudiera arrebatarse más aún, pero tomó un horrible color púrpura.

-¿Por qué no me lo pediste antes? -preguntó con lentitud.

-No podía. Ella me hizo prometerlo; mamá me hizo prometerlo -repitió-. Hace diecinueve años tuvo un ataque terrible y creímos que no sobreviviría. Entonces me imploró que le prometiera no pedirte que te casaras conmigo mientras viviera. No quería prometerle tal cosa, pero todos pensábamos que viviría poco; el mismo médico le daba sólo seis meses de vida. Pero me lo pidió de rodillas, sufriente y enferma. Tuve que prometérselo.

-¿Y qué tenía tu madre contra mí? -gritó Janet.

-Nada. Nada. Sólo que no quería otra mujer en su casa mientras viviera. Dijo que si no se lo prometía moriría, y sería por mi culpa. De modo que lo hice y me ha obligado a cumplirlo, aunque le imploré de rodillas que me relevara de esa promesa.

-¿Por qué no me lo dijiste? ¡Si sólo lo hubiese sabido! ¿Por qué no me lo dijiste?

-Me hizo prometer que no se lo diría a nadie -respondió John roncamente-. Me lo hizo jurar por la Biblia. Janet, nunca lo hubiese hecho si hubiera sabido que sería por tanto tiempo. Nunca sabrás lo que he sufrido en estos diecinueve años. Sé que también te he hecho sufrir, pero, ¿te casarás conmigo, Janet? ¡Oh, Janet, por favor! He venido a pedírtelo tan pronto como pude.

En este instante, la estupefacta Ana recobró el sentido y comprendió que estaba de más. Se escabulló y no volvió a ver a Janet hasta la mañana siguiente, cuando ésta le contó el resto de la entrevista.

-¡Qué mujer tan falsa, cruel e implacable! -gritó Ana.

-Calla, está muerta -dijo Janet, solemne-. Si no lo estuviera... pero no; no debemos hablar mal de ella. Por fin soy feliz, Ana. Y no me habría molestado esperar tanto si lo hubiera sabido todo.

-¿Cuándo os casaréis?

-El mes que viene. Desde luego, todo se hará en la mayor intimidad. Supongo que la gente murmurará; dirán que me apresuré a cazar a John tan pronto como su pobre madre salió del camino. John quería contar la verdad, pero le dije: «No, John, des pues de todo era tu madre, y no debemos empañar su recuerdo; guardemos el secreto. No me importa lo que diga la gente ahora que lo sé todo. No me importa un comino.» De modo que llegamos a un acuerdo.

-Tiene más capacidad de perdón que yo -dijo Ana, algo enfadada.

-Opinarás de manera muy diferente sobre muchas cosas cuando llegues a mi edad -dijo Janet, tolerante-. Ésa es una de las cosas que se aprenden con los años: a olvidar. Es mucho más fácil conseguirlo a los cuarenta que a los veinte.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Comienza el último año en Redmond

-*Aquí* estamos nuevamente, bronceadas y con el vigor de un hombre listo para correr una carrera -dijo Phil mientras se sentaba sobre una maleta con un suspiro de satisfacción-. ¿No es bonito volver a ver «La Casa de Patty»... y a la tía Jamesina... y a los gatos? Rusty ha perdido otro trozo de oreja, ¿no es cierto?

-Aunque no tuviera orejas, Rusty sería el gato más hermoso del mundo -respondió Ana desde su baúl, mientras Rusty trepaba a su regazo a modo de bienvenida.

-¿Se alegra de tenernos de vuelta, tía? -preguntó Phil.

-Sí, pero me gustaría que subierais el equipaje -contestó la tía Jamesina observando el desbarajuste de baúles y maletas que las cuatro alegres y parlanchínas jovencitas habían desparramado por todas partes-. Podéis seguir conversando más tarde. Cuando era joven mi lema era: «Primero la obligación y después la devoción».

-¡Oh, nuestra generación lo ha tergiversado, tía! Nuestro lema es: «Primero diviértete y luego suda la gota gorda». Podemos trabajar mucho mejor después de habernos reído un rato.

La tía Jamesina, con su encantador aire que la convertía en la reina de las amas de casa, pareció resignarse a lo inevitable; y, mientras alzaba a Joseph y cogía su tejido, dijo a Phil:

-Puesto que vas a casarte con un pastor, no deberías usar expresiones como «sudar la gota gorda».

-¿Por qué? ¿Por qué la esposa de un ministro tiene que usar sólo palabras serias? Todos los de Patterson Street hablan una jerga especial, y si yo no lo hiciera pensarían que soy orgullosa y pedante.

-¿Has comunicado la noticia a tu familia? -preguntó Pris-cilla dando de comer a la gata Sarah.

Phil asintió.

-¿Y cómo lo tomaron?

-¡Oh! Mamá armó un alboroto, pero yo permanecí firme como una roca, yo, Philippa Gordon, que nunca había sido capaz de llevar nada a cabo. Papá mostró más calma. Su propio padre fue pastor, así que guarda en un rincón de su corazón un lugarci-to para ellos. Después que mamá se hubo tranquilizado llevé a Jo a «Monte Sagrado» y ambos quedaron encantados con él. Pero mamá le lanzó unas indirectas terribles durante la conversación sobre el porvenir que ella habría deseado para mí. ¡Oh, mis vacaciones no han estado sembradas de rosas, queridas! Pero... triunfé y tengo a Jo. Es lo único que importa.

-Para ti -dijo la tía Jamesina secamente.

-Y también para Jo. ¿Se puede saber por qué insiste en compadecerlo? Yo creo que es digno de envidia. Conmigo obtiene cerebro, belleza y un corazón de oro.

-Menos mal que nosotras sabemos cómo tomar tus discursos -exclamó la tía Jamesina, con paciencia-. Espero que no hablarás así delante de extraños. ¿Qué pensarían de ti?

-No me importa lo que puedan opinar. No tengo interés en verme como me ven los otros. Estoy segura de que la mayoría de las veces sería terriblemente incómodo. Ni el mismo Burns debe haber sido sincero en su plegaria.

-Yo diría que todos pedimos cosas que en realidad no deseamos; lo comprobaríamos si tuviéramos la valentía de mirar en nuestro corazón -respondió la tía Jamesina sinceramente-. Creo que esa clase de plegarias no van muy lejos. Yo acostumbraba rezar pidiendo a Dios que me concediera la gracia de perdonar a cierta persona; ahora comprendo que, en realidad, no quería perdonarla. Cuando finalmente quise hacerlo, la perdoné sin necesidad de rezar.

-No puedo imaginarla guardando rencor a alguien por mucho tiempo, tía -dijo Stella.

-¡Oh, antes sí que era capaz! Pero a medida que pasan los años comprendo que no vale la pena.

-Eso me recuerda algo que quería contarles -dijo Ana. Y les refirió la historia de Janet y John.

-Y ahora cuéntanos la romántica escena que mencionabas apenas en una de tus cartas -pidió Phil.

Ana relató el episodio de Samuel con mucha gracia. Las muchachas rieron con ganas y la tía Jamesina sonrió.

-No es de buen gusto burlarse de los pretendientes -dijo con severidad-, pero -agregó con calma -debo confesar que yo siempre lo hice.

-Cuéntenos algo de ellos, tía -rogó Phil-; debe de haber tenido un montón.

-No hables en pasado. Aún los tengo. Hay tres viudos en mi pueblo que desde hace un tiempo me miran con ojos de carnero degollado. Ustedes las jóvenes creen que tienen acaparado todo el idilio del mundo.

-«Viudos» y «ojos de carnero degollado» no suena muy romántico, tía.

-Bueno, no. Pero tampoco los jóvenes son siempre románticos. Algunos de mis pretendientes ciertamente no lo eran. Me he reído de ellos de forma escandalosa, pobres muchachos. Estaba Jim Elwood, que parecía vivir en sueños y nunca sabía qué sucedía a su alrededor. No comprendió que le había dicho «no» hasta después de un año. Ya casado, cuando volvía una noche de la iglesia, su esposa se cayó del trineo y él no la echó de menos. También estaba Dan Winston. Era un «sabelotodo». Sabía todo de este mundo y casi todo sobre el otro. Podía contestar cualquier pregunta que se le hiciera, aunque fuera sobre la fecha del Juicio Final. Milton Edwards era realmente guapo y me gustaba mucho, pero no me casé con él por dos razones; primero, porque tardaba una semana en comprender un chiste; y segundo, porque nunca me lo pidió. El más interesante fue Horacio Ree-ve, pero cuando contaba algo lo adornaba de tal modo, que uno nunca podía saber si mentía o sólo dejaba correr su imaginación.

-¿Y qué hay de los otros, tía?

-¡Vamos! ¡A desempaquetar! -respondió ésta cortando su relato-. Los otros eran demasiado buenos para reírme de ellos; respetaré su recuerdo. En tu cuarto hay un ramo de flores, Ana. Lo trajeron hace una hora.

Transcurrida la primera semana, las jovencitas de «La Casa de Patty» dedicaron todos sus esfuerzos al estudio. Era el último año en Redmond y había que luchar por los premios. Ana se dedicó al inglés, Priscilla a los clásicos y Philippa la emprendió con las matemáticas. Algunas veces las asediaba el cansancio, otras el desaliento; otras les parecía que nada merecía tanto sacrificio. En este estado se encontraba Stella al llegar al cuarto azul una lluviosa tarde de noviembre. Ana se hallaba sentada en el suelo dentro del círculo de luz que arrojaba una lámpara, rodeada por un montón de arrugados manuscritos.

-¿Se puede saber qué estás haciendo?

-Estoy revisando las historias de un viejo «Club de Cuentos». Necesitaba algo para alegrar el espíritu y distraerlo. He estudiado tanto que el mundo se me tornó azul oscuro. De modo que vine y saqué estos cuentos del baúl. Están tan llenos de lágrimas e infortunios que resultan extremadamente divertidos.

-Yo también me siento desalentada -dijo Stella arrojándose sobre el sofá-. Me parece que nada tiene valor. Me siento vieja y cansada. Después de todo, ¿de qué vale vivir?

-Querida, es la fatiga la que nos hace sentir así, y el tiempo. Esta lluvia constante después de un día agotador acabaría con el ánimo de cualquiera. Tú sabes que vale la pena vivir.

-¡Oh!, supongo que sí. Pero no puedo convencerme en este momento.

-Piensa en todas las almas nobles y grandes que han vivido y trabajado en el mundo -dijo Ana soñadoramente-. ¿No vale la pena haber llegado después que ellos y heredado sus conquistas y enseñanzas? ¡Y piensa en los grandes hombres que viven hoy en el mundo! ¿No vale la pena pensar que compartimos su inspiración? Y además, los que vendrán en el futuro. ¿No vale la pena trabajar un poquito para prepararles el camino... ayudarles a adelantar aunque sea un solo paso?

-Mi mente está de acuerdo contigo, Ana. Pero mi espíritu permanece triste y falto de inspiración. Siempre me han hecho este efecto las noches de lluvia.

-A veces me gusta la lluvia. Me gusta estar acostada y sentirla golpear contra el techo o correr entre los pinos.

-A mí también, cuando se queda en el techo -dijo Stella-. Pero no siempre es así. El verano pasado pasé una noche horrible en una vieja granja. El techo tenía goteras y la lluvia caía justo sobre mi cama. Eso no tenía nada de poético. Tuve que levantarme en medio de la noche y poner la cama fuera del alcance de la lluvia. Y era uno de esos lechos sólidos y antiguos que pesan una tonelada, más o menos. Y luego el golpeteo incesante que continuó hasta que mis nervios estuvieron completamente destrozados. No tienes idea del ruido que hace una gota de lluvia sobre el suelo desnudo en una noche tormentosa. Suena a pasos de fantasmas o cosas por el estilo. ¿De qué te ríes, Ana?

-De estos cuentos. Como diría Phil, son criminales..., y en más de un sentido, pues todos los personajes mueren. ¡Qué heroínas más deslumbrantemente hermosas describíamos...! ¡Y cómo las vestíamos! Sedas, rasos, terciopelos, joyas, cintas..., nunca otra cosa. Jane Andrews habla de una doncella que duerme ataviada con un hermoso camisón de raso blanco adornado con perlas.

-Continúa. Comienzo a sentir que vale la pena vivir, ya que existe la risa.

-Aquí hay uno escrito por mí. Mi heroína parte para un baile «cubierta de enormes brillantes de los pies a la cabeza». Pero ¿de qué valen la belleza y las riquezas? «Los caminos de la gloria la conducían, pero hacia la tumba.» Obligatoriamente, tenían que morir asesinadas o con el corazón destrozado. No tenían escapatoria.

-Déjame leer una de tus historias.

-Bueno, ésta es mi obra maestra. Mira qué título tan alegre: «Mis sepulcros». Derramé abundantes lágrimas mientras la escribía y mis compañeras lloraron a raudales cuando la escucharon. La madre de Jane Andrews la regañó porque aquella semana dio a lavar un montón de pañuelos. Es la azarosa historia de la esposa de un pastor metodista. La hice casar con un metodista porque era necesario que viajara. Enterraba un hijo en cada uno de los lugares donde vivía. Eran nueve y las sepulturas iban desde Terranova hasta Vancuver. Hice una descripción minuciosa de cada niño, de sus lechos de muerte y de sus tumbas y epita fios. Tenía intención de enterrar a los nueve, pero después de haber acabado con ocho, mi reserva de horrores se agotó y le permití al último seguir viviendo, claro que como una desventurada criatura.

Stella se dio a la lectura de «Mis sepulcros» acompañando con risas sus trágicos párrafos; Rusty dormía el sueño de los gatos justo sobre un manuscrito de Jane Andrews que relataba las vicisitudes de una hermosa doncella de quince años que partía como enfermera rumbo a una colonia de leprosos, donde, por supuesto, contraía la horrible enfermedad y moría presa de ella. Ana, mientras tanto, hojeaba los otros cuentos y recordaba los viejos tiempos en Avonlea, cuando las socias del Club de Cuentos escribían sus historias sentadas al amparo de los abetos o de los pinos junto al arroyo. ¡Cuánto se habían divertido! Mientras leía, volvían a ella el sol y la alegría de aquellos veranos. Toda la gloria de Grecia o la grandeza de Roma no podían compararse con aquellas historias llenas de lágrimas y desventuras. Entre los originales, Ana halló uno escrito en hojas de papel de envolver. La risa iluminó sus ojos grises al recordar el momento y lugar donde había creado su obra. La había escrito el día en que se había caído por el tejado del gallinero de los Cobb en el camino Tory.

Ana le echó un vistazo y de repente se encontró leyéndolo atentamente. Era un corto diálogo entre ásteres y guisantes, canarios silvestres en los arbustos color de lila y el espíritu guardián del jardín. Cuando hubo terminado, se quedó sentada con la vista clavada en el espacio y al irse Stella alisó el arrugado manuscrito.

-Creo que lo haré -dijo resueltamente.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

La visita de las Gardner

-Aquí tiene una carta con un sello indio, tía Jimsie -dijo Phil-. Hay tres para Stella, dos para Pris y una bien gorda para mí, de Jo. Para ti hay sólo una circular, Ana.

Nadie notó el sonrojo de Ana mientras ésta tomaba la circular que le tendiera Phil descuidadamente. Pero a los pocos minutos Phil alzó los ojos para ver una Ana transfigurada.

-¿Qué te ocurre?

-El *Youth 's Friend* ha aceptado un pequeño apunte que envié hace un par de semanas -dijo Ana, tratando con todas sus fuerzas de hablar como quien está acostumbrado a que le acepten apuntes muy a menudo.

-¡Ana Shirley! ¡Qué maravilla! ¿Y cómo era? ¿Cuándo lo publicarán? ¿Te pagan algo?

-Sí; me han enviado un cheque por diez dólares y el editor me dice en su carta que quiere ver más trabajos míos. Y desde luego que los verá. Éste era un viejo escrito que encontré en un cajón; lo retoqué un poco y lo envié, pero sin pensar en que lo aceptasen, pues ni siquiera tiene argumento -dijo Ana, mientras recordaba la amarga experiencia de «El sacrificio de Averil».

-¿Qué vas a hacer con los diez dólares, Ana? ¿Qué te parece si vamos al pueblo a emborracharnos? -sugirió Phil.

-Voy a dilapidarlos -declaró Ana, alegremente-. De todos modos, no es dinero maldito, como el del cheque que me mandaron por la levadura Rollings. Aquél lo gasté juiciosamente en ropas útiles que odié cada vez que me las puse.

-¡Pensar que tenemos a toda una escritora en «La Casa de Patty» -exclamó Priscilla.

-Es una gran responsabilidad -agregó solemnemente la tía Jamesina.

-Desde luego que sí -dijo Pris con igual tono-. Las escritoras son gente rara, uno nunca sabe por dónde arrancarán.

-Yo quise decir que ser escritor es una gran responsabilidad -dijo la tía con severidad-, y espero que Ana lo comprenda. Mi hija solía escribir cuentos antes de su partida, pero ahora dedica su atención a cosas más importantes. Decía a menudo que su divisa era: «Nunca escribas una línea de la que pudieras avergonzarte si la leyeran en tu funeral». Será mejor que pienses de ese modo si estás decidida a embarcarte en la literatura. Aunque,

-añadió, perpleja-, Elizabeth solía reírse cuando lo decía. Siempre se reía tanto que no sé cómo se decidió a ser misionera. Me alegré de que lo hiciera, pues había rezado por ello, pero... quisiera que no hubiera ocurrido.

Y la tía Jamesina se preguntó, después de estas palabras, qué era lo que había provocado la risa de aquellas criaturas.

Los ojos de Ana brillaron todo el día; en su cerebro bullían las ambiciones literarias. Aquella exaltación la acompañó hasta la fiesta de Jennie Cooper, y ni siquiera la visión de Gilbert y Christine caminando frente a ella y Roy, consiguió empañar el brillo de sus pupilas. Sin embargo, no estaba tan alejada de las cosas terrenales para no notar que el andar de Christine era decididamente poco grácil.

«Supongo que Gilbert sólo se fija en la cara. Así son los hombres», pensó Ana enfadada.

-¿Estarás en casa el sábado por la tarde? -preguntó Roy.

-Sí.

-Mi madre y mis hermanas irán a visitarte.

Uno de sus frecuentes estremecimientos sacudió el cuerpo de Ana, aunque esta vez distaba de ser placentero. Nunca había visto a los parientes de Roy; comprendía la importancia y el especial significado de aquella visita, y lo que había en ello de irrevocable la asustaba.

-Me encantará conocerlas -dijo con llaneza; y durante un instante se preguntó si en realidad sería así. Debería serlo, desde luego. Pero, ¿no equivaldría aquello a una ordalía? Le habían llegado murmuraciones de cómo consideraban los parientes de Roy la «inclinación»

del muchacho. Seguramente que la visita no era del todo espontánea. Ana sabía que sería puesta en la balanza de los Gardner. El hecho de que consintieran en visitarla significaba que, de buen o mal grado, la consideraban como posible integrante del clan.

-Seré yo misma. No intentaré producir buena impresión -decidió Ana. Pero ya cavilaba sobre qué vestido se pondría el sábado por la tarde y hacía sus cálculos acerca de un nuevo peinado, que tal vez le quedaría mejor que el actual. La reunión perdió su atractivo para Ana. Al llegar la noche había decidido ponerse el vestido marrón y llevar el cabello suelto.

El viernes por la tarde ninguna de las muchachas tenía que asistir a clase en Redmond. Stella aprovechó la circunstancia para escribir un ensayo para la Sociedad de Amigos del Saber, sentada a la mesa en un rincón de la sala, completamente rodeada de papeles. La muchacha afirmaba que no podía escribir una línea, a menos que tirara las hojas ya terminadas al suelo. Ana, con su blusa de franela, su falda de sarga y los cabellos alborotados por el viento del paseo, se hallaba sentada en el centro de la habitación jugando con la gata Sarah. Joseph y Rusty estaban acurrucados junto a ella. Toda la casa olía a repostería, pues Priscilla se hallaba en la cocina. De pronto entró en el salón, cubierta por un gran delantal y con la nariz manchada de harina, para mostrar a la tía Jamesina una tarta de chocolate que acababa de hornear.

En ese esperanzador momento llamaron a la puerta. Nadie le prestó mucha atención, excepto Phil, que corrió a abrir, esperando que fuera el chico que debía traerle el sombrero que había comprado esa mañana. En el umbral apareció la señora Gardner con sus hijas.

Ana se levantó como pudo, espantando a los dos indignados gatos. Priscilla, que hubiese tenido que cruzar la habitación para llegar hasta la puerta de la cocina, perdió la cabeza y metió la tarta de chocolate debajo de un almohadón del sofá, echando luego a correr escaleras arriba. Stella comenzó a juntar febrilmente las hojas de su manuscrito. Las únicas que permanecieron inalterables fueron la tía Jamesina y Phil. Gracias a ellas, todos, hasta Ana, se sintieron cómodos a los pocos instantes.

Priscilla descendió sin su delantal y su mancha de harina; Stella redujo el espacio para sus hojas y Phil salvó la situación con su conversación.

La señora Gardner era alta, delgada y exquisitamente elegante, con una cordialidad tan excesiva que parecía un poco forzada. Aliñe Gardner era una edición más joven de su madre pero sin la cordialidad. Trataba de ser elegante pero lo único que conseguía era ser arrogante. Dorothy Gardner era delgada, alegre y algo retozona. Ana sabía que era la favorita de Roy y la trató con especial afecto. Hubiera sido aún más parecida a su hermano de haber tenido ojos oscuros. Gracias a ella y a Phil, la visita trascurrió realmente bien, exceptuando cierta tensión en la atmósfera y dos incidentes. Rusty y Joseph, sin otra diversión, empezaron a jugar a la caza y saltaron al sedoso regazo de la señora Gardner en una de las persecuciones. Ésta alzó sus impertinentes y contempló las formas volantes como si fuese la primera vez que veía un gato, y Ana, reprimiendo una risa nerviosa, trató de pedir disculpas lo mejor que pudo.

-¿Le gustan los gatos? -preguntó la señora Gardner con entonación de tolerante extrañeza.

Ana, a pesar de su afecto por Rusty, no era muy amante de los gatos, pero el tono de la señora Gardner la molestó. Sin poderlo remediar, recordó que a la madre de Gilbert le gustaban tanto los gatos, que tenía en su casa cuantos le dejaba su marido.

-Son animales adorables, ¿no? -dijo con tono perverso.

-A mí nunca me han gustado los gatos.

-A mi sí -terció Dorothy-. Son muy independientes. Los perros son demasiado buenos y generosos; me hacen sentir incómoda. Pero los gatos son terriblemente humanos.

-¡Qué hermosos perros de porcelana tienen! ¿Puedo verlos de cerca? -preguntó Aliñe, cruzando la habitación y trasfor-mándose en la causa inconsciente del otro accidente. Tomando a Magog entre sus manos, se sentó sobre el almohadón bajo el cual se escondía la tarta de chocolate de Priscilla. Ésta y Ana cambiaron una mirada de desesperación, pero Aliñe siguió sentada allí, discutiendo sobre los perros de porcelana hasta que llegó la hora de irse.

Dorothy quedó atrás para estrecharle la mano a Ana y decirle impulsivamente:

-Sé que tú y yo seremos grandes amigas. ¡Oh!, Roy me lo ha contado todo. Soy la única de la familia a quien cuenta todo; nadie podría hacerles confidencias a mamá y a Aliñe. ¡Qué bien tenéis que pasarlo aquí! ¿Me dejaréis venir de vez en cuando?

-Ven cuantas veces quieras -respondió Ana de todo corazón, agradecida de que una de las hermanas de Roy fuera agradable. Nunca podría ser como Aliñe ni ésta la llegaría a querer, aunque podría ganar a la señora Gardner. De todos modos, Ana suspiró de alivio cuando hubo terminado la ordalía.

De todas las frases es la peor Pudo haber sido alguna vez,

citó Priscilla trágicamente mientras levantaba el almohadón

-Esta tarta es un desastre y el almohadón no está mucho mejor. No me digáis que el viernes no es mal día.

-La gente que avisa que vendrá el sábado no tiene derecho a aparecer el viernes -se quejó la tía Jamesina.

-Sospecho que fue un error de Roy -dijo Phil-. Ese chico no está en sus cabales cuando habla con Ana. ¿Dónde se ha metido Ana?

Ana estaba en el piso superior. Se sentía con ganas de llorar, pero rió. ¡Rusty y Joseph se habían portado demasiado mal! ¡Y Dorothy era encantadora!

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Licenciadas de cuerpo entero

-Quisiera estar muerta o que hoy fuera mañana -se quejó Phil.

-Si vives lo bastante, ambos deseos se cumplirán -contestó Ana, tranquila.

-Para ti es fácil estar serena. No tienes dificultades con la filosofía. Yo no, y en cuanto pienso en el examen de mañana me pongo a temblar. ¿Qué diría Jo si fracaso mañana?

-No fracasarás. ¿Cómo te ha ido en griego?

-No sé. Quizá fue un buen examen o quizá fue tan malo como para hacer que Hornero se revolviera en su tumba. He estudiado y garabateado tanto en los cuadernos que no soy capaz de formarme una opinión sobre nada. ¡Qué contenta estará la pequeña Phil en cuanto hayan terminado los exámenes!

-¿Exámenes? Nunca oí tal palabra.

-Bueno, ¿no tengo yo tanto derecho como la que más a inventar una palabra?

-Las palabras no se inventan: surgen.

-No importa. Comienzo a ver que todo se aclarará en cuanto terminen los exámenes. ¿Os dais cuenta de que casi ha terminado nuestra vida en Redmond?

-Yo no -dijo Ana tristemente-. Me parece que fue ayer cuando Pris y yo estábamos solas en aquel gentío de «novatos» en Redmond. Y ahora somos alumnas de último año al borde de los exámenes finales

-Poderosas, inteligentes y reverendas alumnas de tercero

-dijo Phil-. ¿Creéis que somos más sabias que cuando llegamos a Redmond?

-Desde luego no os portáis como si lo fuerais -dijo la tía Jamesina con severidad.

-¡Oh, tía Jimsie! ¿No hemos sido bastante buenas, en conjunto, estos tres inviernos que nos adoptó?

-Habéis sido las chicas más buenas, dulces y gentiles que jamás hayan asistido a la escuela -afirmó la tía, que no ahorraba cumplidos-. Pero sospecho que os falta mucho sentido común. Desde luego que no se podía esperar otra cosa. El sentido común lo da la experiencia; no es cosa que se puede aprender en el colegio. Habéis estado cuatro años en la Escuela Superior y yo ninguno; pero yo sé de la vida muchísimo más que vosotras, jovencitas.

Muchas cosas hay que no siguen regla.
Hay un enorme montón de saber
Que nunca se adquiere en la escuela.
Hay montones de cosas que no se aprenden allí,

citó Stella.

-¿Habéis aprendido en Redmond algo aparte de lenguas muertas, geometría y cosas por el estilo? -preguntó la tía.

-¡Oh, ya lo creo que sí! -protestó Ana.

-Hemos aprendido la verdad de aquello que nos dijo el profesor Woodleight en la última reunión -expresó Phil-. Afirmó: «El humor es el más picante de los condimentos en el festín de la existencia. Ríanse de sus errores pero aprendan de ellos; alégrense en sus penas pero ganen fuerza con ellas; hagan un chiste de las dificultades, pero vénzanlas». ¿No vale nada ese saber, tía?

-Sí, vale. Cuando hayas aprendido a reírte de las cosas de las que hay que reírse y no de aquellas de las que no, tendrás sabiduría y comprensión.

-Y tú, Ana, ¿qué has sacado de tu curso en Redmond? -preguntó Priscilla.

-Creo -dijo Ana lentamente- que he aprendido a considerar cada pequen^ dificultad como una broma y cada gran dificultad como el adelanto de la victoria. En resumen, creo que eso es lo que me ha dado Redmond.

-Para expresar qué ha sido para mí tendré que recurrir a otra cita del profesor Woodleight -dijo Pris-. ¿Os acordáis?

Dijo en su discurso: «¡Hay tanto en el mundo para nosotros, si tenemos los ojos para verlo, el corazón para amarlo y las manos para acercárnoslo, tanto en hombres y mujeres, en arte y literatura, tanto en todas partes con que deleitarnos y de lo cual quedar agradecidos!». Creo que Redmond me enseñó eso en cierto sentido.

-En resumen, a juzgar por todo lo que decís -comenzó la tía Jamesina-, resulta que en cuatro años de escuela se puede aprender (si se tienen las dotes naturales para ello) lo que de otro modo llevaría veinte años de vida. Bueno, eso justifica la educación superior. Tenía mis dudas de que sirviera para algo.

-Pero, ¿qué ocurre si no se tienen dotes naturales?

-La gente que no tiene tales dotes nunca aprende -respondió la tía- ni en el colegio ni en la vida. Aunque lleguen a los cien años, saben tanto como al nacer. No es su culpa, sino su desgracia. Pero aquellos que tienen dotes deben dar gracias a Dios.

-¿Nos definiría esas dotes, tía Jamesina? -preguntó Phil.

-No, jovencita. Quienquiera que las tenga sabe qué son, y quien no las tenga nunca lo podrá saber. De modo que no hay necesidad de definirlas.

Volaron los atareados días y pasaron los exámenes. Ana ganó el primer premio en inglés, Priscilla en clásicos y Phil en matemáticas. Stella obtuvo calificaciones buenas en general. Y llegó por fin el día de la graduación.

-Esto es lo que yo en algún momento hubiera llamado una época en mi vida -dijo Ana, mientras sacaba de la caja las violetas de Roy y las contemplaba pensativa. Había pensado ponérselas, desde luego, pero sus ojos se detenían ahora en otra caja llena de lirios del valle tan frescos y fragantes como los que crecían en el jardín de «Tejas Verdes» cuando llegaba junio a Avon-lea. Junto a las flores estaba la tarjeta de Gilbert Blythe.

Ana cavilaba sobre el porqué le habría enviado Gilbert flores en esta ocasión. Poco había sabido de él durante el último invierno. Había acudido a «La Casa de Patty» solamente un viernes por la noche desde Navidad y rara vez se habían vuelto a encontrar. Sabía que estaba estudiando mucho, con miras a los grandes pre mios y al premio Cooper, y que apenas participaba en las reuniones sociales de Redmond. El invierno de Ana había sido muy animado desde el punto de vista social. Había estado en contacto con los Gardner; ella y Dorothy eran íntimas amigas. Los círculos estudiantiles esperaban el anuncio de su compromiso con Roy en cualquier momento. La propia Ana lo esperaba. Y, sin embargo, al salir de «La Casa de Patty» apartó las violetas de Roy y se puso los lirios de Gilbert. No podría haber dicho por qué lo hacía. Por alguna razón, los viejos tiempos de Avonlea, los sueños y amistades de entonces, parecían muy cercanos en aquel instante en que alcanzaba sus más queridas ambiciones. Gilbert y ella habían imaginado una vez alegremente el día de su graduación. Ese día maravilloso había llegado y no había lugar en él para las violetas de Roy. Sólo las flores de su viejo amigo cabían en este momento en que se cumplían las esperanzas comunes.

Durante años había soñado con aquel día; pero cuando llegó, el único recuerdo que había de dejarle no fue el del dichoso instante en que el rector de Redmond le dio su diploma, no fue el relámpago en los ojos de Gilbert cuando vio sus flores, ni la perpleja y dolorosa mirada de Roy cuando cruzó la tarima. No fueron las felicitaciones condescendientes de Alice Gardner ni las apasionadas y sinceras de Dorothy. Fue un golpe extraño e inesperado que echó a perder aquel día ansiado y dejó un débil pero duradero sabor de amargura.

Los graduados daban esa noche su baile. Cuando Ana se vistió, dejó a un lado el collar de perlas que solía llevar y sacó de su baúl la cajita que había llegado a «Tejas Verdes» el día de Navidad. En ella había una cadenita de oro con un corazoncito de color de púrpura. En la tarjeta estaba escrito: «Con los mejores deseos de tu viejo compañero, Gilbert». Ana rió al recordar el episodio que conjuraba el corazoncito, el día fatal en que Gilbert la llamó «zanahoria» y trató en vano de hacer

las paces dándole un corazón rojo de caramelo; ella le había agradecido el envío con una nota, pero nunca había llevado el dije. Esa noche se lo sujetó al cuello, con una sonrisa soñadora.

Ella y Phil fueron caminando hasta Redmond. Ana iba en silencio; Phil hablaba de muchas cosas. De pronto dijo:

-Me he enterado de que se anunciará el compromiso de Gil-bert Blythe con Christine Stuart tan pronto como pasen las fiestas de graduación. ¿Sabías tú algo de eso?

-No -dijo Ana.

-Creo que es verdad.

Ana no habló. En la oscuridad sintió que le ardía la cara. Deslizó la mano hasta su cuello, cogió la cadenita y la rompió de un enérgico tirón. Las manos le temblaban y los ojos le escocían.

Fue, sin embargo, la más alegre de las asistentes y le dijo a Gilbert, sin dolor alguno, que su carnet de baile estaba completo cuando éste le pidió que bailara con él. Más tarde, mientras se quitaba el frío junto con sus compañeras, sentada frente a la chimenea de «La Casa de Patty», nadie habló más alegremente que ella de los acontecimientos.

-Moody Spurgeon MacPherson vino por aquí después que se fueron -dijo la tía Jamesina, que se había levantado para atizar el fuego-. No sabía nada del baile de graduados. Ese muchacho tendría que dormir con una venda de goma alrededor de la cabeza para que las orejas no se le vayan hacia delante. Yo tuve un novio que lo hacía y eso lo mejoró mucho. Se lo sugerí y siguió mi consejo, aunque nunca me lo perdonó.

-Moody Spurgeon es un chico muy serio -bostezó Prisci-lla-. Se preocupa por cosas más importantes que sus orejas. Va a ser pastor.

-Bueno, supongo que el Señor no se preocupa por las orejas de un hombre -dijo la tía Jamesina con seriedad, dejando de lado las críticas sobre Moody Spurgeon. Ella sentía cierto respeto por los clérigos, aun cuando sólo estuvieran en camino de serlo.

CAPITULO TREINTA Y OCHO

Lo que no pudo ser

-¡Pensar que dentro de una semana estaré en Avonlea! ¡Oh, delicioso pensamiento! -exclamó Ana inclinada sobre la caja donde estaba guardando las colchas de la señora Lynde-. Pero pensar que dentro de una semana dejaré para siempre «La Casa de Patty», ¡horrible pensamiento!

-Me gustaría saber si nuestra risa hallará eco en los sueños de solteronas de la señorita Patty y su sobrina -exclamó Phil.

La señorita Patty y la señorita María regresaban a casa después de haber recorrido la mayor parte del mundo conocido.

«Estaremos en casa la segunda semana de mayo -escribía la primera-. Supongo que "La Casa de Patty" nos parecerá pequeña después del Salón de los Reyes, en Karnak, pero nunca me gustó vivir en lugares demasiado grandes. Me encantará verme de nuevo en casa. Cuando se empieza a viajar a edad avanzada, se corre el riesgo de excederse porque se sabe que no queda mucho tiempo para ello. Mucho me temo que María ya no vuelva a estar satisfecha.»

-Dejaré aquí mis sueños y fantasías para que alegren a las nuevas ocupantes -dijo Ana recorriendo con la vista su hermoso cuarto azul, donde había pasado tres años felices. Arrodillada para rezar junto a la ventana, se inclinaba ahora hacia ella para contemplar el crepúsculo tras los pinos. Se preguntaba si los viejos sueños podían encantar una habitación; si cuando uno deja para siempre el cuarto donde ha sufrido, disfrutado, reído y llorado no queda algo invisible e intangible que permanece allí eternamente como un pedazo de la propia alma.

-Yo creo -opinó Phil -que el cuarto donde se ha soñado, donde uno se ha sentido triste o contento, donde se ha vivido, se convierte en algo inseparable de nosotros mismos y adquiere algo de la propia personalidad. Estoy segura de que si entrara en esta habitación dentro de cincuenta años, oiría una vocéenla que me diría: «Ana, Ana». ¡Qué bien lo hemos pasado aquí! ¡Cuántas bromas y qué camaradería! En junio me casaré con Jo y sé que me encontraré trasportada al séptimo cielo, pero en este momento desearía que la vida de Redmond no terminara jamás.

-Yo también soy tan irresponsable en este instante como para desearlo -admitió Ana-. Así nos aguarden en el futuro las alegrías más profundas, nunca podrán compararse con la vida deliciosa e irreflexiva que hemos llevado aquí. Esto ha concluido para siempre.

-¿Qué piensas hacer con Rusty? -preguntó Phil al ver entrar en el cuarto al privilegiado minino.

-Yo me lo llevaré a casa junto con Sarah y Joseph -anunció la tía Jamesina al aparecer detrás de Rusty-. Sería una pena separarlos ahora que han aprendido a vivir juntos, algo tan difícil, tanto para los gatos como para los hombres.

-Me da mucha pena separarme de Rusty -dijo Ana, contrita-, pero sería inútil que lo llevara a «Tejas Verdes». Marilla odia los gatos, sin contar con que Davy acabaría con él. Además, creo que no me quedaré en casa mucho tiempo. Me han ofrecido la dirección de la Escuela Secundaria de Summerside.

-¿Vas a aceptar? -preguntó Phil.

-Todavía... todavía no me he decidido -respondió Ana sonrojándose.

Phil asintió comprensivamente. Ana no podía hacer planes hasta que Roy hablara. No cabía duda alguna de que lo haría pronto. Y tampoco la había de que Ana le daría el sí. La misma Ana consideraba el estado de cosas con complacencia. Estaba profundamente enamorada de Roy. El amor no era exactamente como ella lo imaginara, pero, se preguntaba Ana, ¿habría algún sentimiento que alcanzara la perfección de lo imaginado? Se había repetido la desilusión que sintiera cuando niña a la vista de un diamante, al encontrarse con el frío brillo en lugar del glorioso esplendor que anticipara. «Ésta no es mi idea del diamante», había dicho. Pero Roy era encantador y serían muy felices juntos a pesar de ese algo indefinido que había desaparecido de su vida.

Cuando Roy llegó aquella noche y la invitó a dar un paseo por el parque, todos en «La Casa de Patty» supieron qué iba a decir, y todos sabían o creían saber qué respondería Ana.

-Ana es una joven muy afortunada -opinó la tía Jamesina.

-Me parece -dijo Stella encogiéndose de hombros- que Roy es un buen chico y todo lo demás. Pero no tiene nada adentro.

-Eso suena a opinión de celosa, Stella Maynard -le reprochó tía Jamesina.

-Sí, suena... pero yo no estoy celosa -dijo Stella con calma-. Quiero a Ana y Roy me gusta. Todos opinan que ella hace una buena boda y hasta a la señora Gardner le parece encantadora. Todo se presenta como caído del cielo, pero yo tengo mis dudas. Acuérdese de lo que le digo, tía Jamesina.

Roy pidió a Ana en matrimonio en el mismo pabellón donde conversaran la tarde lluviosa del primer encuentro. A la joven le pareció muy romántico que eligiera ese lugar. Su proposición fue tan perfectamente expresada, como si hubiera sido copiada del «Manual sobre el noviazgo y el matrimonio», tal como lo hiciera uno de los pretendientes de Ruby Gillis. Y también era sincera. No cabía duda de que Roy sentía sus palabras. Ninguna nota falsa echó a perder la sinfonía. Ana pensó que debía sentirse estremecida de pies a cabeza. Pero no era así: sentía una frialdad aterradora. Cuando Roy hizo una pausa aguardando su respuesta, abrió los labios para dejar escapar el fatal «sí».

Y entonces comenzó a sentirse como si retrocediera ante un profundo precipicio. En un instante supo, con la rapidez de un relámpago, lo que no había sabido en muchos años. Retiró su mano de entre las de Roy.

-Oh, no puedo casarme contigo... ¡no puedo... no puedo! -exclamó desatinadamente.

Roy se puso pálido... y también algo tonto. Estaba muy seguro de sí mismo...

-¿Qué quieres decir? -tartamudeó.

-Que no puedo casarme contigo -repitió Ana con desesperación-. Creí que podría... pero no puedo.

-Pero, ¿por qué? -preguntó Roy con algo más de calma.

-Porque... no te quiero lo suficiente. Roy enrojeció repentinamente.

-¿De modo que te has estado divirtiendo conmigo durante estos dos años?

-No... no... -dijo la pobre Ana. ¿Cómo podría explicárselo? No podía hacerlo. Hay cosas imposibles de explicar-. Creí que podría casarme contigo... Sinceramente... pero ahora veo que no es así.

-Has destrozado mi vida -exclamó Roy amargamente.

-Perdóname -rogó Ana miserablemente con las mejillas ardiendo y los ojos llenos de tormento.

Roy se apartó y permaneció mirando al mar durante unos minutos.

-¿No me das alguna esperanza? Ana sacudió la cabeza en silencio.

-Entonces... adiós. No puedo comprenderlo... No puedo creer que no seas la mujer que yo había creído que eras. Pero los reproches son inútiles entre nosotros. Te amaré eternamente. Te doy las gracias por haberme brindado al menos tu amistad. Adiós, Ana.

-Adiós -susurró la joven. Cuando Roy se hubo ido permaneció largo rato en el pabellón, observando cómo la niebla envolvía lentamente el puerto.

Se sentía llena de humillación y de vergüenza; sabía que lo que había hecho no tenía perdón, pero en el fondo sentía la extraña sensación de que había recobrado su libertad.

Se deslizó dentro de «La Casa de Patty» en medio de la oscuridad y escapó a su cuarto. Pero halló a Phil aguardándola junto a la ventana.

-Espera -dijo sonrojándose anticipadamente-. Espera a que oigas lo que voy a decirte, Phil: Roy me pidió que me casara con él y lo rechacé.

-¿Tú... tú lo has rechazado? -exclamó Phil palideciendo.

-Sí.

-Ana Shirley, ¿estás en tu sano juicio?

-Supongo que sí. ¡Oh, Phil, no me regañes! Tú no comprendes ...

-Ya lo creo que no. Has estado alentando a Roy de mil maneras durante dos años... y ahora me dices que lo has rechazado. Entonces has estado coqueteando con él de un modo escandaloso. ¡Oh, Ana, no puedo creer eso de ti!

-No lo he hecho. Creí honestamente que lo quería hasta el último momento... y entonces... bueno, simplemente supe que nunca podría casarme con él.

-Supongo -exclamó Phil cruelmente- que querías casarte por su dinero, y al final tu yo bueno despertó y te lo impidió.

-No es cierto. Nunca me importó su dinero. ¡Oh!, no puedo explicarte más de lo que yo misma sé.

-Ana, tu proceder es para avergonzarse. Roy es guapo, inteligente, rico, bueno; ¿qué más quieres?

-Quiero alguien que sea parte de mi vida. Él no lo es. Al principio me marearon su aspecto y sus palabras llenas de romanticismo, y luego me dije que tenía que estar enamorada, ya que él representaba mi ideal.

-Si yo soy mala por no saber lo que quiero, tú eres peor.

-Yo sé lo que quiero. El problema está en que varía, y entonces tengo que empezar a comprenderlo todo otra vez.

-Bueno, creo que no se ganará nada, te diga lo que te diga.

-No hace falta, Phil. Me siento sucia. Esto lo ha echado todo a perder. Ya no volveré a pensar en mi época de Redmond sin recordar la humillación de esta tarde. Roy me desprecia... tú me desprecias... y yo misma me desprecio.

-Pobre querida -dijo Phil-. Ven aquí y deja que te consuele. No tengo derecho a reprocharte nada. Yo misma me habría casado con Alee o con Alonzo de no haber aparecido Jo. Ana, ¡qué confuso es todo en la vida real!... Nada resulta claro y preciso como en las novelas.

-Espero que nadie vuelva a pedirme en matrimonio mientras viva -gimoteó la pobre Ana, convencida de que lo quería así.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Comienzan las bodas

Durante las primeras semanas que siguieron a su regreso a «Tejas Verdes», Ana tuvo la sensación de que su vida llegaba a un anticlímax. Echaba de menos la alegre camaradería de «La Casa de Patty». Durante el invierno anterior había acunado hermosos sueños, que ahora yacían rotos a su alrededor. En su disgusto actual, no podía lanzarse inmediatamente a soñar. Y entonces descubrió que si no hay nada mejor que la soledad con sueños, nada peor existe que la soledad sin ellos.

No había vuelto a ver a Roy desde la dolorosa separación en el pabellón del parque, pero Dorothy vino a verla antes de que dejara Kingsport.

-Me apena de veras que no te cases con Roy -le dijo-. Te quería por hermana. Pero tienes razón: él te aburriría terriblemente. Lo quiero y es un muchacho adorable, pero, en verdad, no es nada interesante. Aunque no lo parece, así es.

-Esto no echará a perder nuestra amistad, ¿no, Dorothy? -preguntó Ana, ansiosa.

-Desde luego que no. Eres demasiado buena para perderte. Ya que no como hermana, te seguiré teniendo como amiga. Y no te aflijas por Roy. En estos momentos se siente muy triste; tengo que oír sus quejas todos los días. Pero ya se curará. Le pasa siempre.

-Oh, ¿siempre? -dijo Ana, con un ligero cambio en su voz-. ¿Ya se ha repuesto otras veces?

-Sí, querida -dijo Dorothy con franqueza-. Dos veces ya. Y se quejaba igual. No lo rechazaron; sólo anunciaron el compromiso con otro chico. Claro que cuando te conoció, me juró que nunca había estado enamorado hasta ahora; que sus amoríos anteriores no habían sido más que fantasías de adolescente. Pero no creo que debas preocuparte.

Ana decidió seguir el consejo. Sentía una mezcla de alivio y resentimiento. Roy le había dicho que era la única a quien jamás había amado. No cabía duda de que así lo creía. Pero era un consuelo saber que no había destrozado su vida. Había muchas otras diosas a quienes podría adorar. Sin embargo, la vida había sido despojada de más ilusiones y a Ana estaba comenzando a pare-cerle demasiado desnuda.

La tarde de su regreso, bajó de su cuarto con cara triste.

-¿Qué le ha ocurrido a la vieja Reina de la Nieves, Marilla?

-¡Oh!, ya sabía que te pondrías triste por eso -repuso ésta-. Yo también lo sentí. Ese árbol estaba allí desde que yo era joven. Lo partió la gran tormenta que sopló en marzo. Estaba carcomido.

-Lo echo mucho de menos -se quejaba la muchacha-. Mi cuarto no parece el mismo sin él. No podré volver a mirar por la ventana sin sentir que me falta algo. Nunca llegué a «Tejas Verdes» sin que Diana entuviese aquí para recibirme.

-Diana tiene algo más importante en que pensar en estos momentos -dijo la señora Lynde.

-Bueno, contadme las novedades de Avonlea -pidió Ana, sentándose en los escalones de la galería, donde el sol de la tarde cubrió de oro sus cabellos.

-No hay otras novedades que las que ya te escribí -dijo la señora Lynde-. Supongo que no sabías que Simón Fletcher se rompió una pierna la semana pasada. Es una gran cosa para su familia. Están haciendo todo aquello que no podían hacer mientras él estaba sano y se metía en todas partes.

-Viene de una familia escandalosa -comentó Marilla.

-¡Escandalosa! Ya lo creo. Su madre solía ponerse de pie en las reuniones de la iglesia, proclamaba a gritos los defectos de sus hijos y pedía que rezaran por ellos. Desde luego que esto los ponía furiosos y peores que nunca.

-No le has contado a Ana las novedades sobre Jane.

-Hum... Jane -gruñó la señora Lynde-. Bueno -condescendió-: Jane Andrews regresó del oeste la semana pasada; va a casarse con un millonario de Winnipeg. Puedes estar segura de que la señora Harmon no perdió tiempo en contárselo a todos.

-Querida Jane, estoy tan contenta -dijo Ana de corazón-. Se merece lo mejor de la vida.

-Oh, yo nada digo contra ella. Es una chica bastante buena. Pero no es de la clase de los millonarios y verás que ese hombre lo único que tiene es dinero, eso es. La señora Harmon dice que es un inglés que ha hecho fortuna en las minas, pero yo creo que resultará un yanqui. Debe de tener mucho dinero, pues ha cubierto de joyas a Jane. Su anillo de compromiso tiene un diamante tan grande, que parece un emplasto en el gordo dedo de Jane.

La señora Lynde no podía evitar un poco de amargura en su voz. Allí estaba Jane Andrews, esa simple maestra, prometida a un millonario; mientras que Ana no había recibido proposiciones de nadie, rico ni pobre, o por lo menos, así lo parecía. Y la señora Harmon Andrews se vanagloriaba insufriblemente.

-¿Cómo se ha portado Gilbert Blythe en la universidad? -preguntó Marilla-. Lo vi cuando regresó la semana pasada y está tan pálido y delgado que apenas pude reconocerle.

-Estudió mucho el invierno pasado. Ya saben que sacó las mejores notas en clásicos y además ganó el premio Cooper. ¡Nadie lo había ganado desde hacía cinco años! De modo que está un poco fatigado. Todos lo estamos, en realidad.

-De todas maneras, tú eres licenciada y Jane no lo es ni lo será nunca -dijo la señora Lynde, henchida de satisfacción.

Poco días después, Ana fue a ver a Jane, pero ésta estaba en Charlottetown «encargando ropa», según informó la señora Harmon orgullosamente. «Ya que una modista de Avonlea no sería suficiente para Jane, dadas las circunstancias.»

-He oído decir que le va muy bien.

-Sí, le ha ido bastante bien, aunque no sea licenciada -dijo la señora Harmon, sacudiendo un poco la cabeza-. El señor m-glis tiene millones y se van a Europa en viaje de bodas. Cuando regresen, vivirán en una mansión de mármol en Winnipeg. Jane sólo tiene una preocupación: puede cocinar magníficamente y su marido no la deja. Es tan rico, que tiene cocinera. Tendrán dos criadas, un cochero y un mayordomo, además de la cocinera. Pero, hablemos de ti, Ana. No he oído nada sobre si te casabas al terminar tus estudios.

-Oh, no. Yo seré una solterona. No puedo encontrar nadie que me guste.

Esto estaba dicho con toda intención. Quería deliberadamente recordar a la señora Harmon que si se quedaba solterona no era porque le hubiesen faltado oportunidades para casarse. Pero la señora Harmon tomó pronta venganza.

-He notado que las chicas demasiado independientes generalmente quedan solteras. ¿Y qué es eso que dicen sobre el compromiso de Gilbert con una tal señorita Stuart? Charlie Sloane me dijo que es muy guapa; ¿es verdad?

-No sé si está comprometido con la señorita Stuart -respondió Ana con espartana entereza-, pero es verdad que ella es muy guapa.

-Antes pensaba que Gilbert y tú llegaríais a algo. Si no te preocupas, Ana, todos tus pretendientes se te escurrirán de entre los dedos.

Ana decidió no continuar su duelo con la señora Harmon. No se puede practicar esgrima con un adversario que opone un hacha al florete.

-Ya que Jane no está -dijo, poniéndose en pie- no puedo quedarme más esta mañana. Volveré cuando ella regrese.

-Hazlo -dijo la señora Harmon efusivamente-. Jane no ha cambiado. Piensa seguir frecuentando a sus antiguas amigas. Estará realmente contenta de verte.

El millonario de Jane llegó a finales de mayo y se la llevó entre relámpagos de esplendor. La señora Lynde se llevó un alegrón al ver que el señor Inglis era cuarentón, bajo, delgado y con cabellos grises. Y no escatimó detallar todos sus defectos.

-Hará falta todo su oro para tragarse esa pildora, eso es -sentenció solemnemente la señora Rachel.

-Parece tener buen corazón -opinó Ana lealmente- y estoy segura de que quiere muchísimo a Jane.

-Hum... -fue la respuesta.

Phil Gordon se casó la semana siguiente y Ana fue a Boling-broke a ser dama de honor. Phil parecía un hada y el reverendo Jo estaba tan radiante de felicidad, que a nadie le pareció un hombre vulgar.

-Iremos a la tierra de Evangelina en luna de miel -informó Phil- y luego viviremos en la calle Patterson. Mamá cree que es algo terrible; piensa que Jo podría por lo menos construir su iglesia en un lugar más decente. Pero la fealdad de los cubiles de la calle Patterson florecerá para mí como una rosa si estoy con Jo. ¡Oh, Ana, soy tan feliz que me duele el corazón!

Ana estaba siempre contenta ante la felicidad de sus amigas; pero es a veces amargo estar siempre rodeada de dicha que no es la propia. Y cuando regresó a Avonlea, era Diana la que estaba rodeada de la gloria que circunda a una mujer cuando tiene junto a sí a su primogénito. Ana contempló a la joven madre con una reverencia que nunca entrara en sus sentimientos hacia Diana. ¿Podía esta pálida mujer con ojos arrobados ser la misma Diana de rosadas mejillas y rizos negros con quien había jugado en los días de infancia? Aquello le daba la desolada sensación de pertenecer solamente al pasado y no tener nada que hacer en el presente.

-¿No es guapísimo? -dijo la orgullosa mamá.

El rollizo individuo era increíblemente parecido a Fred: igual de gordo y no menos rojizo. Ana no podía decir honestamente que era guapo, pero pensaba de veras que era una cosita deliciosa.

-Antes de que viniera, deseaba una niña, para poderla llamar Ana -dijo Diana-. Pero ahora que el pequeño Fred está aquí, no lo cambiaría por un millón de niñas. No podía haber sido distinto de como es.

-Cada niño es el más dulce y el mejor -comentó la señora Alian-. De haber sido la pequeña Ana quien hubiese venido, pensarías exactamente igual.

La señora Alian visitaba Avonlea por vez primera desde su partida. Estaba tan alegre y simpática como siempre. Sus viejas amigas le habían dado una calurosa bienvenida. La esposa del actual pastor era una buena mujer, pero no precisamente un alma gemela.

-Apenas si puedo esperar a que tenga edad suficiente para hablar -suspiró Diana-. Ansio oírle decir «mamá». Y estoy decidida a que su primer recuerdo de mí sea agradable. El pri mer recuerdo que tengo de mamá es que me estaba azotando por haber hecho algo que no debía. Seguramente lo merecí, pues mamá fue siempre muy buena y yo la quiero con todo mi corazón. Pero me hubiera gustado tener un primer recuerdo suyo más agradable.

-Yo tengo un solo recuerdo de mi madre y es el más dulce de todos mis recuerdos -comenzó la señora Alian-. Yo tenía cinco años y un día se me permitió ir al colegio sola con mis dos hermanas mayores. A la salida, mis hermanas regresaron por separado, creyendo cada una que yo estaba con la otra. En cambio, salí corriendo con una niña con quien jugaba durante el recreo. Fuimos hasta su casa, que estaba cerca de la escuela, y nos pusimos a jugar con barro. Estábamos en lo mejor, cuando llegó la mayor de mis hermanas, enfadada y sin aliento. «¡Niña mal criada! -gritó tomándome de la mano y arrastrándome con ella-. Ven a casa inmediatamente. ¡Ya verás la que te espera! Mamá está enfadadísima. Te dará una buena paliza.» Nunca me habían azotado y mi corazón se llenó de terror. Jamás me sentí peor en mi vida que mientras regresaba a casa. No había tenido intención de portarme mal. Phemy Cameron me pidió que la acompañara a su casa y yo no sabía que eso estaba mal hecho, e iban a azotarme por ello. En cuanto llegamos a casa, mi hermana me arrastró dentro de la cocina, donde estaba mi madre sentada junto al fuego, a la luz del atardecer. Mis piernas temblaban tanto que no podía casi tenerme en pie. Y mamá... mamá me tomó entre sus brazos, sin una sola palabra de reproche, me besó y me apretó junto a su corazón. «Temía tanto que te hubieras perdido, querida», me dijo tiernamente. Pude ver el amor brillando en sus ojos. Nunca me reprendió ni me reprochó lo que había hecho; sólo me dijo que no volviera a irme sin su permiso. Murió poco después. Ése es el único recuerdo que de ella tengo. ¿No es hermoso?

Ana se sentía más sola que nunca cuando regresaba a casa por el Camino de los Abedules y Willowmere. Hacía mucho que no recorría aquel camino. Era una noche resplandeciente. El aire estaba lleno de la fragancia de los capullos; quizá demasiado. Los sentidos saciados lo rechazaban como a una copa colmada.

Los abedules de la senda se habían trocado en grandes árboles. Todo había cambiado. Ana tuvo la sensación de que estaría contenta cuando hubiese pasado el verano y reasumiera su labor, lejos de allí. Quizá la vida no le pareciera entonces tan vacía.

He probado el mundo;
ya no viste el color de romance que vestía,
suspiró Ana y de inmediato se sintió reconfortada por la idea de un mundo sin idilios.

CAPITULO CUARENTA

El Libro de la Revelación

Los Irving regresaron a pasar el verano en «La Morada del Eco» y Ana disfrutó de tres felices semanas en su compañía. La señorita Lavendar no había cambiado; Charlotta IV era ya una señorita, pero aún adoraba a Ana de todo corazón.

-A decir verdad, señora mía, no he conocido a nadie como usted en Boston -le dijo francamente.

También Paul había crecido. Tenía dieciséis años, sus rizos castaños habían desaparecido y ya le interesaba más el fútbol que las hadas, pero el afecto que lo unía a su antigua maestra no había variado. Los espíritus afínes lo siguen siendo, pese a los años.

Era húmeda y fría la tarde de julio en que Ana regresó a «Tejas Verdes». Se anunciaba una de las terribles tormentas de verano que a veces cruzaban el golfo. Al llegar caían las primeras gotas.

-¿Fue Paul quien te trajo a casa? ¿Por qué no lo invitaste a pasar aquí la noche? -inquirió Manila-. Se aproxima una tormenta terrible.

-Espero que esté en «La Morada del Eco» antes de que la lluvia arrecie. De cualquier modo, él quería regresar esta misma noche. Lo he pasado espléndidamente, pero me alegro de estar aquí otra vez. Davy, ¿cuánto has crecido últimamente?

-Desde que te fuiste he crecido tres centímetros. Ahora soy tan alto como Milty Boulter. Ya no me molestará con que es más grande que yo. Ah, Ana, ¿sabes que Gilbert Blythe se está muriendo?

Ana quedó muda y como inconsciente mirando a Davy, y palideció tanto que Marilla temió un desmayo.

-¡Davy, esa lengua! -exclamó la señora Lynde, furiosa-. ¡Ana, querida... reacciona! No queríamos decírtelo de repente...

-¿Es... verdad? -preguntó la joven con voz que no parecía la suya.

-Gilbert está muy mal -asintió la señora Lynde gravemente-. Enfermó de tifus no bien te fuiste a «La Morada del Eco». ¿No supiste nada?

-No.

-El caso se presentó muy serio desde el principio. El médico dice que estaba muy débil. Han contratado una enfermera especializada y hecho todo lo que puede hacerse. Reacciona, Ana; mientras hay vida hay esperanza.

-El señor Harrison estuvo aquí esta noche y dijo que no había esperanzas -reiteró Davy.

Manila, con semblante cansado y envejecido, se levantó y sacó a Davy de la cocina.

-Oh, reacciona, querida -dijo la señora Rachel abrazando cariñosamente a la jovencita-. No debemos perder las esperanzas... realmente no debemos. Gilbert tiene a su favor la fuerte constitución de los Blythe.

Ana apartó suavemente a la señora Lynde, atravesó la cocina como una autómata, cruzó el vestíbulo y subió la escalera. Ya en su antiguo cuarto, cayó de rodillas junto a la ventana mirando sin ver a través de ésta. En la gran oscuridad, la lluvia caía sobre los sembrados. Del Bosque Embrujado partían los lamentos de los árboles acosados por la tormenta y el aire traía el fragor de las olas que rompían sobre la playa distante. ¡Y Gilbert se estaba muriendo!

-Como en la Biblia, hay en toda vida un Libro de la Revelación. En las largas horas de vigilia, en medio de la tormenta, en la oscuridad de esa noche terrible, Ana leyó el suyo. Amaba a Gilbert, siempre lo había amado. Ahora lo sabía. Supo que era parte de su vida. Que vivir sin él sería una continua agonía. Y la revelación llegaba demasiado tarde... demasiado tarde incluso para tener el amargo consuelo de acompañarlo hasta el final. Si ella no hubiera sido tan ciega... tan tonta... habría tenido el derecho de ir hacia él en ese trance. Pero Gilbert nunca sabría que ella lo amaba... se iría de esta vida creyendo que no le importaba. ¡Oh, los

largos años de soledad que se presentaban ante sus ojos! ¡No podría soportarlos... no podría! Se inclinó sobre la ventana y, por primera vez en su juvenil y feliz existencia, deseó morir. Si Gilbert se iba de su lado sin una palabra, sin una señal, ella no debía seguir viviendo. Sin él, nada tenía valor. Se pertenecían uno al otro. En esa hora de suprema agonía no pudo dudarlo. Gilbert no amaba a Christine Stuart; nunca la había amado. Oh, qué tonta fue al no comprender cuál era el lazo que la unía a Gilbert... al confundir la ilusión que le inspirara Roy con el verdadero amor. Y ahora debía pagar por ello como por un crimen.

Cuando subieron a acostarse, la señora Lynde y Marilla se detuvieron junto a la puerta de Ana, se miraron dubitativamente al no oír ruido alguno y pasaron de largo. La tormenta sólo amainó al amanecer. Ana vio asomar una franja de luz en medio de la oscuridad. Pronto las colinas del este estuvieron coronadas por un resplandor púrpura. Las nubes se enrollaron en suaves y blancas masas sobre el horizonte; el cielo brilló azul y plata.

Ana se puso en pie y bajó la escalera. Sintió el fuerte viento fresco en el rostro mientras se dirigía al patio. Un jovial silbido cantó en la cuesta. Al momento apareció Pacifique Buote.

Repentinamente Ana se sintió flaquear. De no haberse apoyado en un sauce, habría caído al suelo. Pacifique era el peón de George Fletcher, vecino de los Blythe. La señora Fletcher era tía de Gilbert. Pacifique sabría si... sabría la última noticia. El hombre cruzaba a grandes pasos la cuesta, silbando a todo pulmón. No vio a Ana, que lo llamó inútilmente tres veces. Estaba ya casi fuera de su alcance cuando pudo articular:

-¡Pacifique!

El muchacho se volvió con un alegre saludo.

-Pacifique -preguntó la joven casi sin aliento-, ¿viene de la casa de Fletcher?

-Seguro. Anoche m'avisaron que mi padre 'stá enfermo. Por la tormenta no pude ir y voy 'ora cortando camino por los campos.

La desesperación impulsó a Ana. Saber lo peor era preferible a esa horrible incertidumbre.

-¿Sabe cómo seguía Gilbert Blythe esta mañana?

-Está mejor. Pudo pasar la noche. El doctor dijo que 'ora se pondrá bien. ¡Pasó raspando! Condenado muchacho, casi se mata en la escuela. Bueno, tengo qu'irme. Mi viejo tendrá apuro por verme.

Pacifique reanudó su marcha y su silbido. Ana se quedó mirándolo con ojos en que la alegría había sucedido a la angustia de la noche anterior. Era un muchacho flaco, áspero, feo; pero a la joven le pareció tan guapo como los mensajeros que llevan buenas nuevas por las montañas. Nunca, mientras viviera, podría contemplar su rostro oscuro y chato sin rememorar la cálida sensación que inundó su alma ante sus palabras.

Mucho después de que se perdiera el alegre silbido entre los álamos del Sendero de los Amantes, Ana aún estaba bajo los sauces, degustando la acre dulzura que brinda la vida cuando nos vemos libres de un gran temor. La mañana era un vaso lleno de bruma y esplendor. Cerca de ella estallaban los capullos de rosa. Los cantos de los pajarillos a su alrededor eran la música de su estado de ánimo. Y recordó la sentencia de un viejo y maravilloso libro:

«El llanto durará una noche, mas la alegría llegará al amanecer.»

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

El amor triunfa sobre el tiempo

-Vengo a invitarte a dar un paseo por el campo, como lo hacíamos en los viejos tiempos -dijo Gilbert doblando repentinamente la esquina de la galería-. ¿Qué te parece si vamos hasta el jardín de Hester Gray?

Ana, sentada sobre el escalón de piedra con una vaporosa tela color verde pálido sobre la falda, pareció algo confusa.

-¡Oh!, me encantaría -dijo suavemente-, pero no puedo, Gilbert. Sabes que esta noche tengo que ir a la boda de Alice Penhallow y cuando termine de arreglar este vestido ya será hora de irme. Lo siento mucho; quisiera ir contigo.

-Bueno, ¿podremos ir mañana, entonces? -preguntó Gilbert sin parecer muy desilusionado.

-Sí, creo que sí.

-En ese caso me voy en seguida a casa a hacer lo que tenía pensado hacer mañana. ¿Así que Alice Penhallow se casa esta noche? Has tenido tres bodas este verano, Ana: la de Phil, la de Alice y la de Jane. Nunca le perdonaré a Jane que no me haya invitado a su boda.

-Ella no tiene la culpa; recuerda la cantidad enorme de parientes que tienen los Andrews. Apenas cabían en la casa. A mí me invitaron sólo porque soy la amiga más antigua de Jane... Bueno, eso por lo menos de parte de Jane. Creo que el motivo que tuvo su madre fue hacerme ver el esplendor de su hija.

-¿Es verdad que llevaba tantos brillantes que no se podía distinguir dónde terminaban éstos y dónde empezaba Jane? Ana rió.

-Llevaba bastantes, es verdad; casi se perdía entre tantos tules, rasos, cintas y brillantes. Pero era feliz, y también lo eran el señor Inglis... y la señora Andrews.

-¿Éste es el vestido que usarás esta noche? -preguntó Gilbert contemplando los lazos y volantes.

-Sí. ¿No es bonito? En la cabeza llevaré margaritas. El Bosque Embrujado está lleno este verano.

Gilbert tuvo una instantánea visión de Ana, ataviada con su vaporoso vestido verde, su cuello y sus brazos virginales emergiendo airosamente y blancas estrellas prendidas sobre su rojiza cabellera. La visión le quitó el aliento. Pero se volvió ligeramente.

-Bueno, vendré mañana. Espero que te diviertas esta noche.

Ana le miró alejarse y suspiró. Gilbert se mostraba amistoso... muy amistoso..., demasiado amistoso. Había ido a verla a menudo a «Tejas Verdes» después de su convalecencia y algo de la antigua camaradería retornaba. Pero Ana no la encontraba satisfactoria. Junto a la rosa del amor, el capullo de la amistad resultaba descolorido. Y la muchacha comenzó a pensar otra vez si Gilbert sentía ahora por ella algo más que amistad. A la vulgar luz del día se había desvanecido la radiante certeza de aquel arrebatado amanecer. La atormentaba un terrible temor de no poder rectificar nunca su error. Era bastante probable que Gilbert amara a Christine. Quizá hasta estaba comprometido. Ana trató de arrancar inciertas esperanzas de su corazón y de reconciliarse con un futuro donde el trabajo y la ambición debían ocupar el lugar del amor. Quizá pudiera hacer un buen, o hasta un noble trabajo como maestra, y el éxito que obtenían sus cuentos breves en ciertas editoriales era un buen augurio para sus nacientes sueños literarios. Pero..., pero... Ana alzó su vestido y volvió a suspirar.

Cuando Gilbert regresó a la tarde siguiente encontró a Ana esperando, fresca como el amanecer y límpida como una estrella después de la fiesta de la noche anterior. Llevaba un vestido verde; no el que se había puesto para la boda, sino uno viejo que Gilbert había alabado en una fiesta en Redmond. Era exactamente el verde que hacía resaltar los ricos tonos de sus cabellos, el profundo gris de sus ojos y la irisada delicadeza de su tez. Gilbert,

mientras la contemplaba con el rabillo del ojo cuando caminaban por un sombreado sendero del bosque, se dijo que nunca la había visto más hermosa. Ana, por su parte, pensó cuánto había madurado aquel muchacho desde su enfermedad. Era como si hubiese dejado la adolescencia para siempre.

El día era tan hermoso como el camino. Ana casi lamentó llegar tan pronto al jardín de Hester Gray, donde se sentaron en un viejo banco. Allí todo estaba igual que aquel lejano día de la dorada excursión, cuando Diana, Jane, Priscilla y ella lo habían descubierto. Entonces era bello, con sus narcisos y sus violetas; ahora los ásteres y otras flores salpicaban también su superficie. El murmullo del arroyo llegaba entre los bosques desde el valle de los abetos con toda su antigua seducción; el aire estaba lleno del susurro del mar; a los lejos se extendían los campos cruzados por surcos teñidos de gris por el sol de muchos veranos y se alzaban las largas colinas arropadas en la sombra de nubes otoñales; con la brisa del este regresaron los viejos sueños.

-Creo -dijo Ana suavemente- que «la tierra donde los sueños se hacen realidad» está allí, en ese valle, entre la bruma azul.

-Ana, ¿tienes sueños no realizados? -preguntó Gilbert.

Algo en su tono, algo que no había escuchado desde aquella noche horrible en el huerto de «La Casa de Patty» hizo saltar el corazón de la muchacha. Pero pudo contestar con tranquilidad.

-Desde luego. Todos los tenemos. No nos vendría bien tener todos los sueños cumplidos. Mejor sería estar muertos que no tener sueños. ¡Qué bien huele! Quisiera poder ver los perfumes a la vez que olerlos. Estoy segura de que serían muy hermosos.

A Gilbert no se lo podía distraer así.

-Yo tengo un sueño -dijo lentamente- y persisto en acariciarlo, aunque a menudo me ha parecido que nunca podría realizarlo. Sueño con un hogar con una chimenea, un perro y un gato, los pasos de los amigos... ¡y tú!

Ana quería hablar pero no podía hallar las palabras. Casi asustada, sentía la llamada de la felicidad.

-Hace dos años te hice una pregunta, Ana. Si la vuelvo a hacer, ¿me darás otra respuesta?

La muchacha todavía no había podido recobrar el habla. Pero levantó sus ojos, en los que brillaba el arrobamiento amoroso de incontables generaciones, y se miró en los de Gilbert por un instante. Él no buscó más respuesta.

Vagaron por el jardín hasta que cayó el sol. Tenían tanto de que hablar, tantos recuerdos; cosas que habían hecho, oído, pensado y dicho equivocadamente.

-Creí que amabas a Christine Stuart -le dijo Ana con reproche, como si no le hubiera dado todos los indicios para que creyera que amaba a Roy Gardner.

Gilbert se echó a reír.

-Christine estaba comprometida con alguien de su pueblo. Yo lo sabía y ella sabía que yo lo sabía. Cuando su hermano se graduó me dijo que ella vendría a Kingsport el invierno siguiente y me pidió que la cuidara un poco, pues como no conocía a nadie se sentiría muy sola. De modo que lo hice. Y entonces me gustó por sí misma. Es una de las mejores muchachas que he conocido. Sabía que las habladurías de la universidad daban por hecho mi amor por ella. No me importó. Nada me importaba mucho, después que me dijiste que nunca podrías amarme, Ana. No había otra; nunca pudo haberla para mi corazón. Te quise desde el día que rompiste la pizarra en mi cabeza en la escuela.

-No sé cómo pudiste, cuando me porté tan tontamente.

-Bueno, traté de hacerlo -contestó Gilbert con franqueza-, no porque pensara eso de ti, sino porque estaba seguro de que tenía pocas posibilidades después que apareció Roy. Pero no pude; y no puedo decirte qué significó para mí durante estos dos años creer que te casarías con él, y que todos me dijeran que el compromiso de ambos estaba a punto de ser anunciado. Lo creí hasta un bendito día, cuando estaba convaleciente. Recibí una carta de Phil Gordon, Phil Blake, en realidad, donde me decía que no había nada entre tú y Roy y me aconsejaba «probar otra vez». El médico se asombró de mis rápidos progresos después de aquello.

Ana se echó a reír..., y a temblar.

-Nunca podré olvidar la noche en que creía que te morías, Gilbert. Entonces lo supe y creí que era demasiado tarde.

-Pero no lo era. Amor mío, esto lo compensa todo, ¿no es cierto? Hagamos que este día sea sagrado para nosotros, por toda la felicidad que nos trae.

-Es el nacimiento de nuestra dicha. Siempre quise este jardín de Hester Gray y ahora me es más amado que nunca.

-Pero tendré que pedirte que esperes largo tiempo, Ana -dijo el joven con tristeza-. Pasarán tres años antes de que termine mis estudios de medicina. Y aun entonces no habrá diamantes ni salones.

-No los quiero -contestó ella riendo-. Sólo te quiero a ti. Ya ves que soy igual que Phil al respecto. Los diamantes y los salones son muy hermosos, pero hay más «campo para la imaginación» sin ellos. Y en lo que se refiere a la espera, no importa. Seremos igualmente felices esperando y trabajando uno para el otro y soñando. ¡Oh!, cuan dulces serán ahora los sueños.

Gilbert la acercó y la besó. Y regresaron a casa, coronados rey y reina del país del amor, por sendas a las que se asomaban las más hermosas flores que jamás vieron florecer acariciadas por la esperanza y el recuerdo.